

ESPOSICION HISTÓRICO-CRÍTICA

**DE LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS MODERNOS**

**Y VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.**



# ESPOSICION

HISTÓRICO-CRÍTICA

## DE LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS MODERNOS

Y VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.

POR

DON PATRICIO DE AZCÁRATE.

---

**TOMO IV.**

---

MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

RESPOSICION

de

DE LOS SISTEMAS FILOSOFICOS MODERNOS

Y

LOS PATRIONES DE ANCIANOS

---

TOMO IV

---

MADRID 1861

# PARTE TERCERA.

## SISTEMA PSICOLOGICO.

---

### HISTORIA.

#### CAPITULO PRIMERO.

Historia de la escuela escocesa.—Ideas preliminares.—Filósofos sentimentalistas.—Shaftesbury.—Butler.—Hutcheson.—Kames.—Smith.—Ferguson.—Mackintosh.—Filósofos racionalistas.—Reid.—Price.—Beattie.—Oswald.—Dugald Stewart.

El mundo de la materia y el mundo de los espíritus, dice To-fail, son como dos esposas de un mismo marido, que no puede este complacer á la una sin irritar á la otra. Este es el cuadro que nos presentan los dos sistemas que hemos examinado. El sistema empírico es el mundo de la materia, el sistema idealista es el mundo de los espíritus, y les hemos visto en continua lucha haciendo cada uno esfuerzos increíbles por quedar dueños del campo, pero sin conseguirlo ni uno ni otro, porque cuanto mas se han encarnizado en la pelea, han sido mayores las dis-

tancias que los separan, hasta el punto de sumirse el uno en un mezquino materialismo, y elevarse el otro á la region del infinito, hasta el punto de encontrarse con el no-ser, con la nada, y dos enemigos que cuanto mas combaten mas se alejan, hacen imposible el triunfo del uno sobre el otro. Buscar, pues, los principios de la certidumbre y de la ciencia, lanzándose directamente al mundo material, como ha hecho el empirismo, ó al mundo del infinito, como ha hecho el idealismo, es encontrarse con dos simas, en que se han sumido las inteligencias mas privilegiadas del mundo, y estas dos simas son el materialismo y el panteísmo. Y bien ¿por qué estos ensayos repetidos por espacio de siglos presenten tan lamentable resultado, habremos de renunciar á la ciencia y entregarnos á los horrores de un desesperado escepticismo? ¿No hay mas caminos que nos conduzcan al templo de la verdad y de la sabiduría? Sí: le hay, si ponemos coto á nuestras miras ambiciosas, si no hacemos alarde de nuestra ciencia, si amoldamos nuestras indagaciones científicas á la estension de nuestras facultades de conocer, si fijamos, en fin, nuestro punto de partida, en el estudio del yo, haciéndole centro de todas nuestras escursiones sobre los otros dos mundos, el mundo sensible y el mundo racional. Me parece, dice Mad. Stael, que ha llegado el momento de crear una doctrina estable; la metafísica debe sufrir una revolucion semejante á la que causó Copérnico en el sistema del mundo, debe colocar nuestra alma en el centro y hacerla semejante al sol, en torno del cual trazan su órbita y reciben la luz los objetos exteriores. Este es el sistema psicológico, que en su desenvolvimiento ha llevado la misma marcha que todos los demás. Descubriendo las partes flacas del edificio empírico, agregando una idea á otra idea, un pensamiento á otro pensamiento, y madurando el tiempo los trabajos de todos, la escuela escocesa ha llegado á iniciar un sistema que será imperecedero, por ser incontestable la base en que se funda.

Sí: es la escuela escocesa la fundadora de esta nueva doctrina, pues si bien son muchos los filósofos desde Sócrates que tienen el presentimiento de ser el estudio de nosotros mismos el verdadero fundamento de la filosofía, nunca llegó á tener un carácter determinado, ni á constituir un método fijo y constante capaz de cimentar las ciencias filosóficas por este rumbo hasta la aparición de la escuela escocesa. La filosofía de Locke reinaba pacíficamente en la primera mitad del siglo XVIII en Inglaterra, si bien no faltaron algunos impugnadores durante la vida de este filósofo. Como esta filosofía conduce á la moral del placer, hallaba en Escocia una resistencia extraordinaria de parte de los hombres entendidos de aquel país, que, rígidos presbiterianos, no podían conciliar la moral religiosa, severa y árida, con la relajación á que conduce la moral empírica. Vieron mas, vieron el desenvolvimiento que iba recibiendo la doctrina de Locke en los escritos de Tindal, Collins, Mandeville y otros altamente ofensivos á la moral y á la religion, y por mas que subyugaran las doctrinas de Locke, que entonces se tenían por irrecusables, se rebelaban la razon y la conciencia á la vista del desbordamiento á que se veía la sociedad amenazada.

Locke, como ya vimos en la esposición de su sistema, no reconoció otro origen de ideas que la sensacion y la reflexion, y desde este acto muchas ideas fundamentales que hay en el espíritu humano, que no representan ni una cosa percibida por los sentidos ó por la conciencia, ni una relacion entre las cosas percibidas por estas dos facultades, todas estas ideas y las verdades que se ligan á ellas se encontraron comprometidas por esta teoría. ¿Cómo se salvan estas ideas, entre las cuales están el principio de causalidad, el de sustancia, las ideas de bien y de mal moral, la eternidad, Dios? Tomando uno de los dos caminos, ó esplicar estas ideas en la teoría de Locke, é negar esta teoría y probar, que si bien la sensacion y la reflexion son origen de ideas, hay tambien otros orígenes que aumentan los conocimien-

tos humanos. Los que tomaron el primer camino, y que naturalmente precedieron á los otros se llamaron *sentimentalistas* y los segundos *racionalistas*, y la esposicion de la marcha que llevaron estos filósofos es la historia misma de la escuela escocesa.

### FILOSOFOS SENTIMENTALISTAS.

#### SHAFTESBURY.

El primero que aparece entre los que buscaron en el instinto el origen de las ideas fundamentales del espíritu humano y particularmente la idea del bien moral, fué el conde de Shaftesbury (1671). Creia firmemente, como todos los filósofos de aquella época, que el hombre no tenia otro medio para adquirir ideas que los sentidos, y como repugnaba á su alma que la virtud no tuviera otro origen que las ideas sensibles, que solo pueden conducir al puro egoismo, recurrió á las tendencias de nuestra naturaleza, suponiendo ser unas sociales y otras personales, inspiradas las primeras por el amor á nuestros semejantes, y las segundas por el amor á nosotros mismos. El desenvolvimiento de todas estas tendencias agrada ó desagrada al alma; pero este agrado ó desagrado es producido por una disposicion íntima del alma misma, que desempeña estas funciones, y esta disposicion es lo que llama Shaftesbury *sentido moral*, y de esta manera cree salvar el carácter desinteresado de las ideas morales, haciéndolas pasar por un sentido para no contrariar la teoría de Locke. Si las tendencias agradan á este sentido son moralmente buenas, y si desagradan son moralmente malas, y como las afecciones benévolas ó sociales causan al sentido moral un placer, que no causan las personales, es claro, que para este filósofo la virtud con-

siste en la satisfaccion de este placer; ó en verse realizadas las afecciones benévolas sobre las personales.

Shaftesbury, queriendo ser fiel á la doctrina de Locke, inventó el *sentido moral*, para dar entrada en el alma á las ideas de bien y de mal moral, consiguiendo asi que quede firme el principio empírico, de que nada entra en el entendimiento sin que haya pasado antes por el canal de los sentidos, que es la base de la filosofia de Locke.

#### BUTLER.

De cerca le siguió José Butler (1692) natural del condado de Berk y obispo que fué de Durham, quien ofendido tambien de las tendencias de la filosofia de Locke, especialmente en moral, reconoce, como Shaftesbury, la distincion de nuestras tendencias en sociales y personales, siendo, á su juicio, tan desinteresadas las unas como las otras, mediante á que las tendencias benévolas ó sociales tienen que entrar como elemento en el goce de las personales, porque en otro caso serian estas muy mezquinas. Asi es que Butler distingue el amor propio del egoismo y mientras engrandece al primero rebaja el segundo haciéndole indigno de las consideraciones morales. Butler no solo reconoce las tendencias personales y benévolas, sino que admite un principio superior, cuya funcion es apreciar moralmente esas mismas tendencias, para calificar las unas de buenas y las otras de malas, y aunque da á este principio el nombre de conciencia, no dice si la considera como un sentido ó como una facultad racional, siendo lo cierto que los partidarios del *sentido moral*, que escribieron despues, todos le reconocieron á Butler como afiliado á su doctrina.

## HUTCHESON.

Los dos filósofos, de que llevamos hecha mención, no son mas que los precursores del verdadero fundador de esta escuela, que fué el Dr. Francisco Hutcheson (1694), profesor en la universidad de Glasgow, cuya influencia para derramar el gusto á la filosofía en Escocia fué inmensa. Escribió varias obras, siendo una de las principales la de *Indagaciones sobre nuestras ideas de belleza y de virtud*. Hutcheson es un discípulo de Locke, y ya que no se cree con fuerzas para sacudir el yugo, hace los mayores esfuerzos para que quepan dentro del sistema sus honrosas aspiraciones. No reconoce en el alma mas facultades que la inteligencia y la voluntad, y ni sospecha la existencia de la razon pura, y sienta por principio no existir otro origen de ideas que los sentidos en los términos que lo hace Locke. ¿Y por dónde hace Hutcheson entrar en el alma la idea de la belleza, cuando claramente no puede entrar por los sentidos corporales? Hay, dice este filósofo, otros sentidos que no son corporales, que no dependen de la organizacion, y que se llaman sentidos interiores ó reflexivos. La presencia de una cosa bella nos proporciona, dice Hutcheson, un placer muy distinto del que proviene del conocimiento de los principios, de las proporciones, de las causas y del uso de los objetos, siendo esta emocion instantánea é inmediata, como lo es la que causan los sentidos esternos. Tambien es desinteresada, y el labrador, que á la vista de una tempestad horrorosa ve desaparecer el fruto de su trabajo, no por eso deja de admirar el magnífico cuadro que presenta la naturaleza en el acto de su desbordamiento. Y esta belleza ¿aparece en los objetos mismos?. Sí, responde Hutcheson, la belleza consiste en la uniformidad combinada con la variedad, y aparece lo mismo en las obras de la naturaleza que en las de las artes, y si se advierte diversidad de

sentimientos en los hombres á la vista de lo bello, nace de la asociacion de las ideas, de la costumbre, de la educacion y otras circunstancias, pero que el fondo encierra una idea grande que hace conocer que el mundo es obra de una causa inteligente.

La misma marcha lleva este filósofo en la cuestion moral. Nosotros, dice, poseemos en nosotros mismos un sentido el mas divino de todos, que apercibe en los movimientos del alma, en las palabras y en las acciones, lo que es conveniente, bello y honesto. Este sentido es el que nos da naturalmente ciertas reglas, que sirven de norma á nuestro carácter, nuestra conducta y nuestro sistema de vida, y es el que, cuando seguimos sus consejos, escita en nosotros un vivo goce, asi como un vivo pesar cuando nos separamos, juzgando lo mismo respecto á nuestros semejantes. Este sentido sublime, que la naturaleza ha destinado á ser nuestro guia en el tránsito de la vida, se llama sentido moral, y es el que juzga todas las facultades, todos los movimientos, todas las intenciones del alma, y se arroga justamente sobre todas estas cosas una autoridad incontestable.

Pero Hutcheson no limita á uno solo los elementos que entran en la cuestion moral, es decir, no se limita al sentido moral, sino que supone un segundo elemento que es la benevolencia ó el amor al bien público, porque en su teoría el sentido moral es el regulador de las afecciones benévolas, las cuales son á su vez los móviles de los actos virtuosos. Tan imprescindible considera este filósofo la benevolencia, como el elemento de las acciones humanas, que resume en ella las cuatro virtudes cardinales. La templanza es moralmente buena, en cuanto se presta mas al servicio del género humano que la glotonería; la fortaleza no seria una virtud sino se destinara á la defensa del inocente, como no lo seria la prudencia si se la encerrara en los estrechos límites del interés personal; y si la justicia no tendiese á la felicidad de los hombres, seria una cualidad aplicable solo á la balanza, su atributo ordinario, y no á un ser racional.

Este es el sistema de Hutcheson, que ya es una aberracion de la teoría de Locke, pero una aberracion que solo tiene lugar haciendo violencia á los principios en que esta se funda, puesto que ha tenido que inventar este filósofo nuevos sentidos que jamás Locke reconoció ni podia reconocer, y además ha tenido que recurrir á los instintos de nuestra naturaleza para sustituir al mezquino egoismo, fruto de la filosofía empírica, con el noble y honroso sentimiento de la benevolencia. Hutcheson, subyugado por la filosofía de Locke, no pudo hacerse racionalista, y se contentó con ser sentimental.

#### KAMES.

Siguió de cerca á Hutcheson Enrique Home (1696) conocido con el nombre de lord Kames, magistrado de mucho concepto en Edimburgo, que despues de combatir el escepticismo de Hume, sin ocupar una posicion ventajosa para poderlo hacer, y de combatir tambien el espíritu cartesiano, por el empeño de querer demostrarlo todo, se convierte en defensor de los sentidos internos ó reflexivos, para explicar las ideas de lo bello y del bien moral, llevando en este punto su exageracion, hasta multiplicarlos indefinidamente, dando á cada idea, ya sea primitiva ó ya proceda del razonamiento, un sentido aparte, y asi, para este filósofo, el principio de que todo fenómeno supone una causa, tiene un sentido particular, la existencia de Dios otro, los signos exteriores de las pasiones, que hacen que sean iguales en todos los hombres, otro, y hasta reconoce ser un sentido el que nos descubre el porvenir.

Males causó el empeño de querer demostrarlo todo, pero aun mas funesto es á los progresos de las ciencias filosóficas el empeño contrario de reconocer para cada cosa una entidad, convirtiendo la filosofía en un campo de Agramante, donde nadie se en-

tenderia, y sin poder satisfacer ni al sentido comun ni á la ciencia.

## SMITH.

El padre de la economía política, Adan Smith (1723) no fué tampoco extraño al movimiento filosófico en Escocia; vió este espíritu creador el peligro que corrian las creencias mas respetables y mas sagradas del género humano con la doctrina reinante de Locke, y se propuso reparar la brecha abierta al principio de moralidad, que se hallaba reducido al mezquino egoismo. Para ello no recurrió como Hutcheson á la invencion del sentido moral, y ya que no pudo arribar á presentarse como racionalista, porque estaba reservado á otro filósofo, y que aun no se hallaba preparado el terreno para un cambio tan radical, acudió á los instintos de nuestra naturaleza en busca de un principio desinteresado, noble y grande, y entre todos ellos se fijó en el de la simpatía.

El hombre, dice Smith, que advierte en otro cierto sentimiento ó cierta pasion, tiende naturalmente, sin que intervenga ni la voluntad ni la razon, á reproducir en sí esa misma pasion y ese mismo sentimiento. Esta disposicion de nuestra alma á ponerse en armonía con la disposicion sensible en que vemos á otro individuo, se experimenta á cada momento de la vida. La madre que acaricia á su niño, el hombre que sufre, que teme, que llora, que rie, provocan naturalmente á los que lo ven á ponerse en la misma disposicion. Lo mismo sucede respecto á los animales, la vivacidad de un pájaro provoca al salto, los visajes del mono á los movimientos mímicos, la serpiente á los movimientos undulatorios, y esta tendencia á simpatizar con todas las impresiones causadas por la sensibilidad, son tan fuertes, que se desarrollan en las grandes concurrencias, en las representaciones teatrales,

en las asociaciones de todos géneros, y en los niños con una energía asombrosa, como que la razón no puede oponerlas ninguna resistencia. Cuando nos vemos arrastrados de una pasión, delante de personas que no participan de ella, naturalmente la aminoramos, para ponernos en armonía con sus pacíficos sentimientos, así como ellos experimentan una emoción simpática para ponerse al nivel del estado de nuestra alma conmovida. El desahogo de un hombre colérico es siempre más fuerte en presencia de su mujer y de sus hijos, que en presencia de personas extrañas. Y en todos estos hechos no obra la razón, no obra la voluntad, y solo obra el instinto.

¿Y cómo deduce de aquí Smith los fenómenos morales? Si simpatizamos, dice, con los sentimientos de otro, es claro, que los aprobamos, y si no simpatizamos, no los aprobamos. Esta aprobación que emana de la sensibilidad, y en la sensibilidad del fenómeno instintivo de la simpatía, es verdaderamente moral, y es la que debe servirnos de guía, para calificar las acciones de los demás, que son buenas ó malas moralmente según la simpatía ó antipatía que á su vista experimentamos. Y si se trata de calificar nuestras propias acciones, Smith no se detiene en esta grave dificultad, y es grave porque en su sistema se suponen otras personas más que la nuestra, y estas otras personas faltan cuando se trata de calificar nuestras acciones propias. Sin embargo, Smith hace al hombre espectador imparcial de sus propias acciones, para calificarlas, en la forma que lo haría, si las viera en otra persona, y si la pasión en momentos dados puede impedirnos hacer este exámen imparcial, queda reservado, para cuando la pasión se desvanezca y la razón recobre su imperio. Por consiguiente, la bondad de una acción, según Smith, está en razón directa del asentimiento que escita en los demás hombres, y será la acción tanto más moral, cuanto mayor sea la simpatía, y será completa, si simpatiza con la humanidad entera. ¿Y cuáles son las acciones que escitan la simpatía, y, por lo

tanto, que son meritorias y nos causan placer? Las acciones benévolas. ¿Y cuáles son las que escitan la antipatía, son demeritorias y causan remordimientos? Las acciones malévolas. De manera, que si se estableciese entre los hombres una armonía de disposiciones benévolas que concurriesen todas á un mismo fin, resultaria una armonía perfecta, que no solo seria la virtud realizada, sino que seria este un espectáculo, que presentaria todos los encantos de la belleza.

Sentada la simpatía como ley moral, deduce de ella las virtudes, que distingue en virtudes amables y en virtudes austeras, sin que le detenga en su esplicacion la imposibilidad que debió encontrar en fundar la virtud sobre la simpatía, puesto que, siendo la esencia de la virtud la libertad, para que el hecho se haga meritorio, debió repugnarle á Smith quererla cimentar en un hecho fatalísimo, como es la simpatía. El sistema de Smith, es, pues, incompleto, y por consiguiente falso, toda vez que intenta construir una moral libre sobre una base que es el puro fatalismo.

#### FERGUSON.

Tambien pertenece á los filósofos sentimentalistas Adan Ferguson (1724) natural de Perth, en Escocia, y profesor en Edimburgo, conocido tambien como historiador y como politico. Con marcadas tendencias al método psicológico, que recibió despues toda su perfeccion, pero sin poderse desprender de la influencia que sobre su alma ejercian las doctrinas de Locke, divide las facultades del alma en facultades cognitivas y facultades activas. En las primeras entran la conciencia, la sensacion, la observacion, la memoria, la imaginacion, la abstraccion, el razonamiento y la prevision, y en las segundas los instintos, los deseos, el sentimiento y la voluntad. En esta division ya se deja conocer el discípulo de Locke, porque no encontró ni un rincon en el alma,

donde colocar la razon, y asi no es estraño, que cuando despues designa las facultades, que á su juicio son origen de ideas, pone la conciencia, la percepcion, el testimonio y el razonamiento, y aun de estas, dice, que solo las dos primeras, la conciencia y la percepcion, son las únicas que nos dan ideas originales, lo que equivale á reproducir la doctrina de Locke, que solo admite la esperiencia sensible y la reflexion como origen de ideas.

Pero Ferguson, como todos los filósofos escoceses, llevado del mismo sentimiento de nobleza y honradez, no podia transigir con la moral del placer, á que conducia la filosofía de Locke, y resuelto á salir de tan estrecho círculo, se lanzó á la cuestion moral, creyendo esplicarla en el terreno del desinterés y de la virtud, sin desprenderse de los principios empíricos, empresa difícil, pero que agotó su ingenio para presentarla. Por lo pronto buscó la facultad por la que adquirimos el conocimiento de la ley moral, y como no pudo acudir á la razon, que está desechada en su teoría, recurrió á la conciencia y al razonamiento, y desde este acto no encontró otro elemento que la esperiencia, como sucede á todo filósofo empírico, y como la esperiencia no nos dá mas que hechos, se vió imposibilitado de encontrar la ley, y solo, á fuerza de interpretaciones y tergiversaciones, pudo presentar su teoría. Analiza despues las facultades activas, que concurren á la realizacion de la ley moral, y pone en primer término la voluntad, que es la que ejecuta sus prescripciones, y además el instinto, el sentimiento y el deseo que favorecen ó contrarian las determinaciones de la voluntad. En fin, reduce las formas de la ley moral á tres, ley de conservacion, con lo que cree satisfecha la teoría de Locke, como limitada al bienestar material; ley de sociabilidad, como transigiendo con los instintos, y especialmente con la teoría de la simpatía de Smith, que ya conocia; y ley de perfeccion, inventada por el mismo Ferguson; creyendo, que las dos primeras no llenaban todas las prescripciones de la ley moral.

La teoría de Ferguson se resiente, como dije antes, en su base. Deseo conservarme, no es mas que un deseo; ansío instintivamente asociarme con mis semejantes, no es mas que un instinto; quiero perfeccionarme, no significa nada, si no se da á conocer el tipo de perfeccion; y ni el deseo, ni el instinto, ni la perfeccion sin tipo constituyen la ley moral, la ley imperativa, la ley obligatoria. El deseo, el instinto, la perfeccion sin base son hechos, que por mas que se quieran generalizar, entre los hechos y la ley hay un abismo, y este abismo se ciega, con solo reconocer otro origen de ideas distinto de la percepcion y la conciencia, con solo reconocer la razon, que Ferguson borra de su teoría, y que es el único conducto que nos pone en comunicacion con los primeros principios, y entre ellos con la ley moral, porque es la facultad del absoluto.

## MACKINTOSH.

El último representante de esta escuela es Santiago Mackintosh (1766) conocido como jurisconsulto, como erudito y como filósofo. Nació en el condado de Inverness, y habiendo permanecido muchos años en las posesiones inglesas de la India, contribuyó mucho á los grandes progresos que se han hecho de un siglo á esta parte en el conocimiento de las lenguas orientales. Como buen escocés, tambien fué objeto de su pluma la cuestion moral, haciendo el mismo esfuerzo por sacudir el yugo de Locke. En su *Historia de la filosofia moral* paga su tributo á este filósofo, reconociendo ser la utilidad el criterio de la moralidad de las acciones, pero luego se separa, convirtiendo la conciencia en un sentimiento independiente de la utilidad, cuyos fautores son los sentimientos personales y los sentimientos sociales, y dotada de toda la autoridad necesaria para declarar buenas unas acciones y malas otras. La obediencia que debe prestarse á la conciencia conce-

bida de esta manera no es obra de la conviccion sino del sentimiento, como resultado del placer que causa toda afeccion benéfica. ¿Esta teoría es mas que la simpatía de Smith? Asi es, y asi lo confiesa el mismo Mackintosh, cuando dice, que la conciencia rehusa su aprobacion á todo lo que es contrario á la simpatía, porque á su juicio la ley de la conciencia se confunde con la ley de la simpatía, que es la que domina nuestras afecciones, nuestros placeres y nuestras penas. Mackintosh, filósofo sentimentalista, buscó un hecho fatal como fundamento de la moral, para librarse de los lazos de Locke, y no ha hecho mas que enredarse en sus propias redes, para no dejar de ser empírico.

En todos estos filósofos descubrimos las mismas tendencias, el mismo espíritu, el mismo respeto á las doctrinas de Locke. Por una parte conocian, que colocar en el amor propio el móvil de todas nuestras acciones, era lo mismo que confesar que no hay mas bien ni mal moral que el interés personal, y este egoismo les repugnaba estraordinariamente, siendo el resultado no poder conformarse en este punto con las doctrinas de aquel filósofo. Por otra parte, creian, como Locke, que la razon era una facultad muy buena para hacernos ver las cosas como sen en sí, pero de ninguna manera para representárnoslas como buenas ó como malas, porque el aparecer buenas ó malas, agradables ó desagradables, es un acto que corresponde á la sensibilidad, en términos, que si el hombre no fuera mas que inteligente, y no sensible, todo en este mundo le seria indiferente. ¿Y cómo estos filósofos se mantienen fieles á la base sentada por Locke en la cuestion moral y desechan la consecuencia que de ella se deduce? ¿Cómo desconocen la razon, como origen de ideas, y admitiendo solo la esperiencia, rechazan el egoismo y la moral del placer, que es su consecuencia? Recurriendo á los instintos, ya simbolizándolos todos bajo el nombre comun de un sentido, como ha hecho Hutcheson, ó ya dando la preferencia á un instinto, como ha hecho Smith. De todas maneras estos filósofos hicieron un gran

servicio á la filosofía, haciendo conocer que el principio moral es y tiene que ser eminentemente desinteresado, incompatible, por consiguiente con la moral egoista proclamada por el sistema empírico, y que si bien han desconocido el elemento racional, no serán jamás perdidos para la filosofía los profundos estudios que han hecho sobre nuestros instintos, nuestras tendencias, nuestros sentimientos, elementos de nuestra constitucion, y uno de los principales móviles de nuestra conducta; y si obcecados por la teoría de Locke, no llegaron á comprender que por cima de los instintos está la razon empírica, encargada de convertirlos en pro del interés personal, y que por cima de la razon empírica está la razon intuitiva, que por medio de una concepcion á priori, nos descubre la ley moral, la ley imperativa, la ley obligatoria, abrieron, sin embargo, la puerta á sus sucesores, para sentar la moral sobre sus verdaderos fundamentos, haciendo conocer, como luego veremos, que el hombre está obligado á practicar el bien moral, porque sus instintos le arrastran á ello, porque su interés bien entendido se lo aconseja, porque la razon intuitiva se lo prescribe, y se lo prescribe como ley.

### FILOSOFOS RACIONALISTAS.

Ya es tiempo de entrar en la historia de la verdadera escuela escocesa. Los filósofos sentimentalistas no han hecho mas que conmovier el edificio empírico, y es llegado el caso de demolerlo. Estos filósofos creian que el principio moral no podia tener por origen la sensacion, porque la sensacion no puede dar otras ideas de bien y de mal, que el placer y el dolor sensibles, y no acertando á resolver el problema, recurrieron á los instintos, que si bien no mejoraron su causa, por lo menos apareció en sus manos el principio moral desinteresado, y no puramente egois-

ta, conforme á la filosofía empírica. Ahora nos vamos á colocar en otro terreno, no será la cuestion moral el único punto de discusion, ni tampoco serán los instintos los que nos ocupen. Si el sentimiento ha combatido la sensacion en la escuela que acabamos de examinar; ahora la razon combatirá al sentimiento, y de esta manera marcharemos por una escala gradual, pasando de los filósofos sensualistas á los filósofos sentimentales, y de estos á los filósofos racionalistas, siendo el gefe y padre de la filosofía escocesa el filósofo de Strachan.

#### REID.

Tomás Reid nació en Strachan (1710) cerca de Averdeen; era hijo de un ministro protestante y despues de hacer sus estudios en esta última ciudad bajo la direccion del Dr. Turnbull, obtuvo una plaza de bibliotecario y despues de profesor en aquella universidad, hasta que pasó á la de Glasgow á ocupar la plaza que Smith habia dejado vacante. Retirado de la enseñanza en 1780, se consagró á la confeccion y publicacion de sus obras, sin que su larga vida de ochenta y cuatro años ofrezca ninguna particularidad, fuera del singular mérito contraido como filósofo eminente en sus muchas producciones, y especialmente en sus *Ensayos sobre las facultades intelectuales y facultades activas*, en los que consignó sus doctrinas y dió á la filosofía una direccion hasta entonces desconocida.

Reid comenzó á darse á conocer, como filósofo original, por la teoría de las ideas representativas, y se envaneció de su obra. En la filosofía moderna reinó constantemente una opinion, que todas las escuelas tuvieron por incuestionable, y mientras diferian absolutamente en la base y disputaban sobre todos los puntos de gravedad, todas convinieron en que la realidad del mundo exterior era indemostrable. El argumento que formaban era

el siguiente. Para la percepcion esterna concurren tres términos; la cosa que se trata de conocer; la idea de esta cosa, que viene al alma, y el alma que adquiere este conocimiento. Pues bien, el alma percibe la idea y nada mas que la idea, sin poder asegurar si aquella idea es un fiel trasunto de la cosa, porque entre la idea y la cosa hay un abismo. Asi lo dijeron, entre los idealistas, Descartes, que para salvar este escollo recurrió á la veracidad divina; Mallebranche, que se hizo escéptico, y Berkeley, que hiz profesion formal de escepticismo; y asi lo hicieron, entre los empíricos, Locke, Condillac, y Hume, fundados en esta misma doctrina, lo cual creó un escepticismo absoluto, negando la existencia del mundo material y del mundo invisible, siendo notable que en esta cuestion todos los filósofos, idealistas y empíricos, todos fueran idealistas. Estas ideas representativas, estas ideas intermedias, entre el alma y el objeto son las que combatió Reid, haciendo ver que no hay tales ideas intermedias, que el alma se apodera directamente de los objetos, en virtud de los instrumentos y facultades cognitivas de que está dotada, que en haber abordado los filósofos esta cuestion no han hecho mas que desacreditar la filosofia; que el querer probar la existencia de los cuerpos es un objeto de irrision á los hombres de buen sentido, que no dudan que hay sol, que hay estrellas, y están seguros de su existencia, sin necesidad de que se lo prueben los filósofos, y en fin, que esas ideas intermedias, si son de alguna entidad, es preciso suponerlas ó que son cuerpos ó que son espíritus, y ya se suponga lo uno ó lo otro, se complica la cuestion extraordinariamente, surgiendo en ambos casos dudas insolubles. Con este motivo Reid lanza rayos contra los filósofos que han creido deber demostrarlo todo, siendo este á su juicio el gran pecado de Descartes. La ciencia, dice, no está llamada á esplicarlo todo, y lo mismo que la percepcion es un acto de fé, que descansa en la veracidad de nuestras facultades, en el mismo caso se hallan todos los hechos simples y primitivos, que todos son

irreducibles, y que lejos de ser un objeto de la ciencia, son los que sirven de fundamento á la ciencia misma. De esta manera Reid destruyó por su base las teorías escépticas de Berkeley y de Hume.

Pero Reid no se detuvo aquí, sino que se propuso poner coto á las exageraciones científicas, que tantos males causan á los verdaderos progresos de la ciencia. El objeto de la filosofía debe reducirse á la descripción de los fenómenos del espíritu humano y solo de los fenómenos, y así es que Reid procura siempre ahorrar la palabra sustancia hablando del alma, para no comprometerse en cuestiones metafísicas. También quiere Reid hacer conocer la línea que separa los dos mundos, el mundo inteligible y el mundo material, para que jamás se confundan, haciendo ver que cada uno de estos dos mundos tiene hechos distintos, instrumentos de observación distintos y métodos distintos, y achaca la causa de los pocos adelantos que se han hecho en filosofía á la lastimosa confusión de unos fenómenos con otros. Reid quiere también que el filósofo sea modesto en sus pretensiones, y que cuando se consagra al estudio de los fenómenos, los vaya ligando hasta el descubrimiento de un hecho primitivo, que sea irreducible y del cual debe valerse para la explicación de los demás. Cada ciencia tiene cierto número de hechos irreducibles, que son otras tantas leyes, todas independientes, y así la lógica tiene las suyas, la gramática, la física, la psicología, todas tienen sus leyes propias, que son el término de las indagaciones científicas. Reid en seguida recorre las ciencias y da la lista de todas estas leyes dividiéndolas en principios necesarios y contingentes, verdaderos en sí los primeros y verdaderos los segundos en el curso de la naturaleza establecido por Dios. Para Reid no hay más filosofía que el estudio de los hechos, hasta tropezar con el hecho más simple, que es el método baconiano aplicado al espíritu humano y lanza un terrible anatema contra las hipótesis, que teniendo por fundamento las intuiciones rápidas

de la razon, sumen á los filósofos en lo infinito, para no ver mas que fantasmas y visiones.

La teoría de la cuestion moral de Reid es como un ensayo que ha hecho de su propio método, esto es, del método psicológico. Para que un hecho sea moral, es preciso, que concurren en el agente dos circunstancias; 1.º que sea libre y 2.º que entre los motivos que le precisan á obrar haya uno, que tenga el concepto de principio moral. Reid prueba la libertad por la experiencia, y al esplicar los motivos de nuestras acciones, los divide en tres clases: principios mecánicos, como son el instinto y el hábito; principios animales, como son el apetito, el deseo y las afecciones, y principios racionales, como es la razon empírica cuando reconoce por base el amor propio, y la razon intuitiva, cuando reconoce por base el bien en sí ó el principio moral propiamente dicho. Esta teoría, que descansa en un estudio profundo del alma, es magnífica, y destruye por su base la moral del interés iniciada por Locke y desenvuelta por Helvecio, la moral simpática de Smith, el sentido moral creado por Hutcheson y cuantas han querido darse por otros filósofos. Mas adelante tendremos ocasion de presentar con mayores detalles esta teoría.

#### PRICE.

No le faltarán á Reid colaboradores, para destruir la obra levantada por Locke sobre el origen de las ideas. Ricardo Price (1723) natural del pais de Galles, ministro disidente, fué uno de los filósofos, que con mas calor combatió la moral del interés y la moral instintiva, en la obra que publicó titulada, *Revista de las principales cuestiones y dificultades en moral*. Dirigió principalmente su polémica contra Hutcheson. Este filósofo, como vimos antes, pretendió probar, que las ideas de bien y de mal son ideas simples y originales, que siendo simples y originales, se derivan

necesariamente de un sentido, y que siendo todo sentido un principio arbitrario de nuestra constitucion, el bien y el mal moral son relativos á nuestra constitucion, como lo es lo dulce y lo amargo, y mudarian de naturaleza, si nosotros mudáramos de organizacion. Este fué el recurso, que inventó Hutcheson, para salvar las ideas morales dentro del sistema de Locke, ya que no podia sacudir el yugo de este filósofo. Price, rebatiéndole, confiesa, que las ideas de bien y de mal moral son simples y primitivas, pero niega que se deban á un sentido, que se vea agradablemente afectado por unas acciones y desagradablemente por otras, porque niega el carácter de relatividad, que en este caso se daría al principio moral, haciéndole depender de la sensibilidad. Las ideas de bien y de mal moral son obra de la razon, y espresan cualidades reales de las acciones que están adheridas á las cosas, y la naturaleza de las cosas es inmutable. Todo juicio moral verdadero espresa una verdad absoluta, inmutable, eterna, que no es subjetiva sino objetiva, como lo son todas las concepciones *a priori* de la razon.

Price señaló el vicio capital de la teoría de Hutcheson, tomado de la filosofía de Locke, y con este motivo combate esta filosofía en la gran cuestion del siglo XVIII sobre el origen de las ideas, haciendo ver, que lejos de ser las ideas de tiempo, de espacio, de causa, un producto de la esperiencia, son, por el contrario, un antecedente lógico y necesario, para que la esperiencia dé sus frutos naturales.

#### BEATTIE.

Si no fué un filósofo original, fué un propagador de las doctrinas de la escuela escocesa, el literato y gran poeta Santiago Beattie (1735) natural del condado de Kincardine en Escocia. Son muchas las obras que publicó animadas todas de un mismo

espíritu, pero la principal fué la que tituló: *Ensayo sobre la verdad*. Para Beattie la creencia es un acto simple del espíritu, que no admite definicion, y asi la verdad es lo que la constitucion de nuestra naturaleza nos precisa á creer, y la falsedad lo que la misma constitucion nos precisa á no creer. Reconoce dos especies de verdades, la que percibimos por medio de una prueba, y la que percibimos inmediatamente conforme á las leyes originales de nuestra constitucion. Dice, ser esta última una facultad del espíritu, que percibe la verdad que le impone la creencia, por un impulso instantáneo, instintivo, irresistible, derivado, no de la educacion ni del hábito, sino de la naturaleza, y la da el nombre de *sentido comun*. Despues de recorrer Beattie la evidencia de las ciencias matemáticas, la evidencia de los sentidos esternos, de la conciencia, de la memoria, la evidencia de los razonamientos probables y fundados en la analogia, y esta especie de evidencia que nos determina á creer en el testimonio humano, concluye diciendo que no podemos creer absolutamente en nada, si no creemos en muchas cosas sin pruebas, que todo buen razonamiento debe en último análisis apoyarse sobre los principios instintivamente ciertos ó instintivamente probables, y por consiguiente, que el *sentido comun* es el juez, en última instancia de la verdad, y que la razon debe estarle continuamente subordinada.

Beattie en la cuestion moral es racionalista como Reid, y cuando contesta á los filósofos sensualistas sobre la virtud que tienen las acciones buenas ó malas de ser agradables ó desagradables, indicando con esto ser su procedencia de la sensibilidad, lo hace de una manera satisfactoria, diciendo, que la aprobacion moral es un fenómeno complejo, compuesto de dos elementos, uno que es un sentimiento agradable, y otro que es una decision del juicio ó de la razon, que el uno sigue al otro absolutamente, como el efecto sigue á la causa, y que la conducta agena ó la nuestra no nos causaria ni un sentimiento agradable ni una emo-

cion desagradable, si desde luego no la juzgáramos justa ó injusta. La cualidad de eminente poeta y el giro agradable que Beattie dió á sus escritos, contribuyó mucho á la propagacion de las doctrinas escocesas.

#### OSWALD.

Santiago Oswald (1750) tambien escocés, escribió una obra titulada: *Llamamiento al sentido comun en favor de la religion*, cuyo titulo descubre desde luego el espíritu de moderacion en las indagaciones filosóficas, que es el carácter especial de la escuela escocesa. Su objeto principal en la obra es hacer la apología del cristianismo, y con este motivo combate el empeño de los filósofos antiguos y modernos de querer demostrarlo todo, perdiéndose en especulaciones imaginarias sobre el ser, sobre el valor ontológico de las ideas y otras mil cuestiones, que siendo insolubles, perjudican notablemente á la verdad, y amenguan el verdadero interés de la filosofía, siendo su resultado, que la duda y la incredulidad se apoderan de los espíritus, sin que hayan bastado dos mil años de trabajos filosóficos, para dar estabilidad á alguna teoría determinada, á algun sistema, siendo este el vicio radical de la filosofía de todos los tiempos. ¿Y cuál es el remedio que aplica Oswald para curar un mal tan grave? El remedio es muy sencillo, limitarse en las indagaciones científicas á los datos que suministra el sentido comun, y no traspasar esta línea. El sentido comun, segun este filósofo, da los principios para resolver los grandes problemas sobre Dios, sobre el hombre y sobre la naturaleza, y dándolos por sentados, subordinando á ellos las cuestiones que puedan suscitarse, desaparecerán las pretensiones quiméricas, que han querido decorarse con el bello nombre de metafísica, y la filosofía, encerrada en sus verdaderos límites, lle-

nará las condiciones de verdadera ciencia. Tendremos ocasion de hablar mas adelante de esta timidez que caracteriza á la escuela escocesa.

#### DUGALD STEWART.

El último representante de esta escuela es Dugald Stewart (1753) natural de Edimburgo, y profesor primero de matemáticas y despues de filosofía moral en aquella universidad. Fiel discípulo de Reid, acabó la obra comenzada por éste, fijando los caracteres de la filosofía escocesa, hasta el punto de constituir una verdadera escuela. Lo mismo para Reid que para Dugald Stewart, en el universo no se conocen mas séres que espíritus y cuerpos, y aun cuando se dispute, sobre si ambos constituyen una sola sustancia ó si hay entre ellos una diferencia radical, á nosotros se nos presentan con cualidades enteramente distintas que son objeto de dos ciencias tambien distintas. Pero la ciencia de los espíritus viene á refundirse en el estudio de nuestro propio espíritu, suponiendo el espíritu de nuestros semejantes igual al nuestro, y descubriendo por el estudio de este el espíritu de Dios, que de frente nos es inaccesible. Por consiguiente todo el campo de la filosofía está reducido al estudio del espíritu humano, no en su sustancia, sino en sus fenómenos, y este es el objeto de la ciencia.

¿Y cómo debe procederse en el estudio de los fenómenos del espíritu humano? Ni mas ni menos que como se procede en el estudio de los cuerpos, dice Dugald Stewart, puesto que el método que de un siglo á esta parte se ha aplicado en el estudio de las ciencias naturales que tienen por objeto los cuerpos, ha dado resultados magníficos y los está dando actualmente en todas las ciencias de aplicacion. ¿Y cuál es este método? El método de Ba-

con, que es valerse de la observacion y la induccion. Si las ciencias naturales han hecho tantos progresos, y si la ciencia del espíritu humano no los ha hecho ha consistido en que en las primeras se han ceñido los filósofos estrictamente al método baconiano, mientras en las segundas se han entregado á discusiones vagas suministradas por la analogía y la hipótesis; ha consistido en que mientras en las primeras han desistido los filósofos de querer penetrar las causas y las sustancias y han limitado sus indagaciones al estudio de los fenómenos y atributos, que es lo único que podemos conocer de la realidad, se han lanzado en las segundas á la averiguacion de las sustancias y las causas, que serán eternamente un misterio á nuestra débil inteligencia; ha consistido, en fin, en que mientras en las primeras los filósofos han respetado las verdades primeras, que presupone la ciencia, como la constancia, por ejemplo, de las leyes de la naturaleza y la veracidad de nuestros sentidos, han puesto en discusion en las segundas los principios mas irreducibles de la razon, las primeras verdades del sentido comun hasta llegar á negar la existencia de los cuerpos y hasta la existencia propia. Que el estudio del espíritu humano se haga en la forma que se hace el de las ciencias, reduciéndole á los atributos y fenómenos del espíritu, única parte capaz de ser observada, que se abandonen las analogías y las hipótesis, poniendo en su lugar la observacion y la induccion, y que se respeten los primeros principios, las primeras verdades del sentido comun, y Dugald Stewart cree firmemente, que los filósofos estarán en el camino de los descubrimientos, y la ciencia del espíritu llegará á la mayor altura en las condiciones de este mundo.

Pero Dugald no se limita á señalar los escollos en que se han estrellado todos los filósofos desde Thales, y que deben evitarse, sino que presenta de lleno las razones directas, que justifican su método. El objeto del conocimiento, dice, varia segun la diversidad de las ciencias, pero el instrumento por el que adqui-

rimos el conocimiento siempre es el mismo, que es la inteligencia humana. ¿Quién duda, pues, que el primer paso que debe darse en el estudio de las ciencias es conocer el instrumento de que tenemos que valernos para penetrar en ellas? ¿No será mejor conocer sus imperfecciones, sus leyes, su estension, para no exigírsele mas que lo que permitan sus condiciones naturales, á fin de que el empleo que de él se haga sea mas seguro para llegar al descubrimiento de la verdad? Luego el estudio del espíritu es la primera condicion de la ciencia. El conocimiento del espíritu suministra á la lógica sus bases, á la moral y á la educacion los móviles del corazon, á la poesía, á la música, á la retórica los encantos para conmovér y persuadir, y á todas las artes las reglas, que no son mas que inducciones del estudio del espíritu humano.

Bien que la ciencia comience por el estudio del espíritu, y bien que destierremos de este estudio todo razonamiento fundado en la analogia y la hipótesis, y nos atengamos solo á la observacion y la induccion ¿habrá de ser esta observacion y esta induccion la misma que se aplica al estudio de las ciencias naturales y ha dado tan brillantes resultados? De ninguna manera, dice Dugald, porque las realidades que son objeto de estudio son enteramente distintas en un caso que en otro. En el primeros son los fenómenos del cuerpo, y en el segundo son los fenómenos del espíritu, y aunque unos y otros fenómenos son observables, no lo son de una misma manera. Los sentidos nos dan á conocer los fenómenos de los cuerpos, y solo el alma nos da á conocer los fenómenos del alma. La observacion en el primer caso es una observacion esterna, porque el objeto está fuera, y la observacion en el segundo es interna y psicológica, porque el objeto está dentro, pero en ambos casos es la observacion la que va del espíritu al objeto exterior ó del espíritu al espíritu por el estudio de sí mismo.

¿Y el alma puede estudiarse á sí misma? ¿Y por qué no, dice

Dugald Stewart, cuando el Criador nos ha dotado de la conciencia, esa facultad que tiene el alma de reflejarse sobre sí misma, y estudiar sus mas recónditas operaciones? Es verdad que son estas numerosas y complicadas, que no pueden estudiarse en la niñez en sus elementos primitivos, cuando empiezan á funcionar, y que aun funcionando, la atencion se fija en el objeto que motiva el desarrollo de sus operaciones, pero no por eso se hace imposible la observacion, recordando las operaciones pasadas y auxiliándose de los resultados que ofrecen las lenguas, la conducta y opiniones de los hombres, y la historia de la filosofía, que no son mas que un gran panorama, que presenta las vastas y complicadas combinaciones del espíritu humano en la práctica de la vida.

No se crea, dice Dugald, que el método psicológico presenta un acceso fácil al descubrimiento de la verdad en el inmenso campo de la filosofía, y el creerlo así, seria un error gravísimo. Lo que se consigue con este método es ponerse en el verdadero camino sembrado de dificultades, como lo es siempre el que conduce al templo de la sabiduría, y la prueba la tenemos en las ciencias naturales, que marchando como marchan por este rumbo, y á pesar de los esfuerzos de tantos hombres competentes, es nada lo que se sabe respecto á los descubrimientos que tienen que hacerse, y se hallan aun ocultos con el velo de la naturaleza. Así tiene que suceder en el estudio del espíritu humano, y Dugald aconseja que cada uno ponga un poco, y el tiempo y la perseverancia madurarán el fruto, que tiene que ser obra de los siglos. Queriendo dar el ejemplo este filósofo se pone á la obra y ha enriquecido la ciencia del espíritu con observaciones ingeniosas y delicadas sobre la percepción esterna, la asociacion de las ideas, la memoria y las principales facultades que concurren al perfeccionamiento de las ciencias estéticas y morales.

Este es el resultado que ofrece la historia de la filosofía escocesa en su conjunto, y si bien en su importacion al continente

ha recibido graves modificaciones, tiene el singular mérito este sistema de haber sentado las bases de una filosofía experimental, que salvando los inconvenientes del materialismo y del panteísmo, en que hemos visto precipitarse el empirismo y el idealismo, asegure el triunfo de la verdadera filosofía, bajo los principios del sentido comun.

---

## CAPITULO SEGUNDO.

Historia de la escuela francesa moderna.—Ideas preliminares.—Filósofos racionalistas.—Pouilly.—Maupertuis.—Lignac.—Jaucourt.—Monestrier.—Saint Martin.—La Romigiere.—Thurot.—Maine de Biran.—De-Gerando.—Filósofos sentimentalistas.—Montesquieu.—Rousseau.—Necker.—Stael.—Filósofos dogmáticos.—Maistre.—Bonald.—Introduccion de las doctrinas escocesas.—Royer Collard.—Cousin.—Jouffroy.—Eclectismo moderno.

Ya hemos visto en el capítulo anterior echados los cimientos del sistema psicológico por la escuela escocesa, pero no por eso podemos dar por terminada su historia. Las doctrinas de Reid y de Dugald Stewart herian profundamente el sistema empírico cuando se hallaban en su mayor auge, y era imposible que no trascendieran á los paises sometidos al imperio de Locke y de Condillac. La Francia se hallaba en este caso, y la esposicion que hicimos en nuestra primera parte de la historia y doctrinas del sistema empírico es una prueba de esta verdad. Pero si bien el siglo XVIII en Francia fué el siglo de Bacon y de Locke, y lo mismo los literatos que los políticos, los hombres consagrados al estudio de las ciencias naturales como los filósofos, todos pagaban tributo al ídolo de la observacion sensible, como origen único de todas nuestras ideas y de todos nuestros conocimientos, no fué tan absoluta su influencia en la misma Francia, que no aparecieran

en la escena algunos filósofos, que llevados, unos de sus propias convicciones, y otros arrastrados por el sentimiento presentarán, ó sus escrúpulos ó sus objeciones contra la filosofía reinante, que queria absorberlo todo. Daremos, pues, á conocer estos filósofos, aunque sea rápidamente, como preliminar de la introduccion en aquel pais de las doctrinas escocesas.

### FILOSOFOS RACIONALISTAS.

#### POUILLY.

Hecho general el sensualismo en Francia creó una sociedad muelle y material, que solo se proponia dulcificar la vida para librarse de sus sinsabores, y solo el hacer un llamamiento al placer que liga á la virtud, era un esfuerzo heróico en medio de aquel escepticismo. Esto es lo que hizo Luis Juan de Pouilly (1691), natural de Reims, en la obra que publicó titulada *Teoría de los sentimientos agradables*. Este filósofo, cediendo á la influencia del siglo, pagó su tributo á la observacion, pero, cosa singular, fué el primero que despertó la idea de aplicar el método baconiano al estudio de los fenómenos psicológicos, idea que ha servido despues de base á los filósofos escoceses para sentar su teoría.

#### MAUPERTUIS.

Mucha mayor influencia ejerció Pedro Luis Moreau de Maupertuis (1698), natural de Saint Malo y presidente perpétuo de la academia de Berlin, por la especial proteccion que le dispensó el Gran Federico. Hecho notable este filósofo por su espedicion á

la Laponia, para verificar la teoría de Newton sobre el aplana-  
miento de los polos, se le tuvo por el hombre mas extraordinario  
de aquel siglo, pero pasado el entusiasmo que produjo aquel des-  
cubrimiento, pronto la opinion le redujo á sus verdaderas con-  
diciones. Sus principales producciones son *Ensayos de cosmología  
y de filosofía moral*, en las que consignó sus opiniones, que le  
enagenaron las simpatías de todo el partido filosófico. Cree Mau-  
pertuis, que las mejores pruebas de la existencia de Dios descan-  
san en el magnífico espectáculo que presenta la naturaleza, no mi-  
rada en sus detalles, sino en su conjunto, en su universalidad y  
su simplicidad, que son los caractéres de la evidencia, y que apa-  
reciendo estos caractéres en la geometría y astronomía, en ellas  
es donde debe buscarse la prueba de la existencia de Dios. Tampoco  
cree, que la esperiencia, á la que sin embargo tributa su culto,  
déla parte necesaria, inmutable y eterna de nuestros conocimien-  
tos, salvándose asi de la nota de empírico. Pero si sacudió este  
yugo, sufrió el del escepticismo con relacion á la existencia del  
mundo exterior, alucinado con la teoría de las ideas representati-  
vas, y no pudo ocultar sus tendencias á las doctrinas de Berke-  
ley. Mas franco fué en combatir el ateismo y el panteismo, ha-  
ciendo ver á sus defensores con todo el entusiasmo que inspira  
el sentimiento religioso, que tan difícil es concebir un Dios uni-  
verso como un Dios espíritu, teniendo por tan insensato al que  
seburla de la religion sin entenderla, como al que la rinde su ado-  
racion sin examinarla. Siendo Maupertuis eminentemente espi-  
ritualista, sin ser decididamente empírico, es extraño, que sienta  
como base de su moral el deseo de ser dichoso, lo que acredita  
que ninguno vive fuera de su siglo, si bien es de admirar la in-  
dependencia de este filósofo en haber sostenido sus creencias re-  
ligiosas y filosóficas hasta su muerte, y por cuya razon decia  
Voltaire en tono burlesco, que Maupertuis habia muerto entre dos  
capuchinos.

## LIGNAC.

Adversario mas decidido fué de la filosofia reinante el abate Lignac (1700), sacerdote del Oratorio y natural de Potiers, por mas que sus obras apenas llamaran la atencion, como lo dice él mismo. Escribió varias obras, siendo las mas notables sus *Elementos de metafisica* y una refutacion contra los fatalistas modernos. En ellas combate las doctrinas de Locke, y busca por teatro de sus reflexiones la observacion y la esperiencia, para no salirse del mismo terreno de sus adversarios. Pero esta observacion la hace sobre el sentido interno, estudiando los fenómenos del alma, y sosteniendo, que ni el sentimiento de nuestra existencia ni nuestra unidad, ni nuestra identidad, ni las cualidades que advertimos en nosotros mismos, de ser inteligentes, activos y libres, no entran en nuestra alma por los sentidos, porque las sensaciones siempre variables y puramente pasivas no pueden darnos la idea de nuestra voluntad, siempre activa, y aun cuando no existan, jamás pueden borrar el sentimiento de nuestra existencia. Lignac en la teoría de las ideas se separa de Mallebranche, se separa de Locke. El primero ve las ideas en Dios, es decir, en el infinito, mientras el segundo las hace variables y finitas, porque reduce el infinito á una negacion, y Lignac adopta un término medio, que si no satisface, acredita su buen sentido y dice con verdad, que solo Locke puede corregir á Mallebranche y Mallebranche corregir á Locke en esta cuestion. Lignac combate con todas sus fuerzas el materialismo, haciendo ver que no hay asimilacion posible entre los fenómenos del cuerpo y los del espíritu, y con este motivo recorre los fenómenos de la percepcion esterna, la nocion de espacio, la idea del infinito, todas nuestras facultades reconocidas por la conciencia, que son incompatibles con los atributos de la ma-

teria. Defensor siempre este filósofo de las buenas causas combate tambien el fatalismo, y sienta la libertad como un hecho, sin que haya necesidad de razonamiento para probarla. En fin, Lignac tiene el mérito de haber combatido las exageraciones del cartesianismo y del empirismo, siendo partidario decidido de la observacion psicológica, y en este concepto el precursor de las doctrinas escocesas. Proclama en sus obras la independenciam de la razon en materias filosóficas, y es este un titulo mas á la estimacion de los hombres de buen sentido.

#### JAUCOURT.

Amigo de Mably, de Condillac, de Malesherbes, y muy querido de Rousseau y Voltaire, tuvo la virtud el caballero Luis Jaucourt (1704), natural de París, de mantener las tradiciones del espiritualismo, en medio del desbordamiento que le rodeaba. No escribió ninguna obra formal que pudiera eternizar su memoria, pero en su lugar fué un infatigable colaborador de la Enciclopedia, sin haber penetrado nunca el pensamiento oculto que guiaba á sus principales directores, sirviendo estraordinariamente á la estension y propagacion de la obra su crédito de hombre de bien y hombre de ciencia, por las infinitas relaciones que le ligaban con la mayor parte de las corporaciones científicas de Europa. De todas maneras el caballero Jaucourt, se libró del contagio, y aunque gustaba que al pueblo se le pusieran de manifiesto todos los sistemas y todas las opiniones, mantuvo con firmeza en sus muchos discursos y disertaciones la causa del espiritualismo, siendo un acérrimo panegirista de las doctrinas de Leibnitz.

#### MONESTRIER.

Discípulo del abate Lignac, cuyas inspiraciones siguió en un todo, fué Blas Monestrier (1717) natural de Clermont, y profe-

sor en Tolosa, en la obra que tituló *Verdadera filosofía*. En ella se presenta como partidario de la esperiencia, y allí combate á los filósofos empíricos. No hay fenómeno en nuestra naturaleza que no haga conocer la distincion del alma y del cuerpo, y hasta la sensacion, que es la mas vecina del cuerpo, se realiza en el alma y no en los órganos. No admite las ideas innatas, pero reconoce ideas primitivas, como la de unidad, de ser, de tiempo, de espacio, de afirmacion, de negacion y otras, que la sensacion no da, y prestan materia para la formacion de ideas secundarias, agregándose á unas y otras las ideas sensibles, que despues rectifica y generaliza la razon, siendo la idea mas fundamental del espíritu la del infinito, que conduce á probar la espiritualidad é inmortalidad del alma, y la existencia de un Dios-Providencia. Asi se explica Monestrier, que si en el fondo defendió la doctrina cartesiana, fué desgraciado en las formas por el estilo hinchado, poco gusto y plan desarreglado de su obra.

#### SAINT MARTIN.

Para dar á conocer á Luis Claudio de Saint Martin (1743), natural de Amboisa, y sus opiniones, referiremos lo ocurrido en las escuelas normales en la época de su apogeo y en ocasion de estar encargado de la cátedra de analisis del entendimiento humano Garat, cuyas doctrinas nos son ya conocidas. A pesar de verse reducida la filosofía á tan estrechos límites en la primera época de las escuelas normales, como que no habia mas cuestion que la del origen de las ideas, todos tenian el presentimiento de que las cuestiones científicas, sociales, y morales, todas tienen su raiz en la filosofía, y que á ella es preciso recurrir como á la fuente, y en este concepto lo mas escogido de la Francia concurría á las escuelas normales, y especialmente á la cátedra de analisis del entendimiento humano. En esta cátedra estaba señalado un día

por semana para poner los discípulos objeciones ó pedir mayores esplicaciones, y en uno de ellos como Garat criticara duramente la famosa proposicion de Rousseau, de que el lenguaje ha debido ser necesario para la formacion del lenguaje, Saint Martin desde su banco y en medio del numerosísimo concurso, tomó de su cuenta la defensa de Rousseau, y se empeñó entre catedrático y discípulo el diálogo siguiente:

C. ¿Intentais sostener por ventura, que hay en el hombre un órgano de inteligencia distinto que nuestros sentidos exteriores y nuestra sensibilidad interior?

D. Si, lo sostengo.

C. ¿Un órgano de inteligencia?

D. Si.

C. ¿Sosteneis como doctrina que sentir las cosas y conocerlas son cosas distintas?

D. Si, estoy persuadido de ello.

C. Pero cuando yo recibo, en presencia del sol, las sensaciones que me comunica este astro brillante, que calienta é ilumina la tierra ¿conozco mas que las sensaciones que recibo?

D. Vos sentis las sensaciones; pero las reflexiones que hagais sobre el sol, pero los..... El profesor le interrumpe bruscamente, y revestido de un tono magistral, dijo:—Es preciso que sepan todos los que me escuchan, que esta doctrina en la que suponeis que nuestras sensaciones y nuestras ideas son cosas diferentes, es el platonismo, el cartesianismo, el malebranchismo, que intentais resucitar. Cuando se tiene fé es muy digno profesarla y profesarla muy alto, pero esta fé no es posible tenerla en la metafísica, como se tiene en la física. La filosofía observa los hechos, los clasifica, los combina, pero no los separa nunca de los resultados inmediatos, sea en su simplicidad, sea en su combinacion. Mallebranche y Platon no proceden de esta manera, uno y otro suponen en el hombre agentes, que no nos son conocidos por ningun hecho sensible, y hechos que tampoco nos son conoci-

dos por ninguna de nuestras sensaciones. Semejantes agentes son precisamente esos ídolos, que por tanto tiempo han obtenido del espíritu humano un culto supersticioso, culto que han recibido en las escuelas como templos, pero cuyas estátuas y altares despedazó el primero el gran Bacon. Si á la apertura de las escuelas normales y de las escuelas centrales pudiesen estos ídolos penetrar en ellas, seria la mayor desgracia, porque serian una rémora para los progresos de los conocimientos y una ruina evidente de la filosofía, y por lo tanto es en mi un deber sagrado, como profesor del analisis, tratar esos ídolos con el desprecio que se merecen.» Saint Martin selló sus labios, y ahogó sus convicciones, y fué víctima de la intolerancia del profesor y de la reprobacion general, por haber suscitado dudas sobre una cuestion, que en aquella época se tenia por inatacable. Saint Martin, llamado despues el filósofo desconocido, estuvo muy distante de renunciar á sus creencias, y publicó varias obras, todas en sentido místico, y, por consiguiente, antisensualistas, despues de haber sido el traductor y comentador de las obras de Jacobo Bøhme, y por cuya razon Mr. de Maistre dice ser el mas elegante de los teósofos modernos.

#### LA ROMIGIERE.

Mas encerrado en el elemento filosófico, causó mayor estrago La Romigiere (1756) en el sistema empirico, porque minó mas de cerca sus principios, si bien apareció siempre con la investidura de condillarista. Este filósofo, natural de Noverga, dió lecciones públicas de filosofía en París en los años de 1811 y 1812, siendo individuo de la Academia de ciencias morales y politicas. En sus *Lecciones de filosofía* trata las mas graves cuestiones, que en aquella época absorbian todas las inteligencias, como la del origen de las ideas y el estudio de las facultades del alma bajo de

un principio rigurosamente sistemático. En la primera, es decir, en la batallona cuestion del origen de las ideas, La Romigiére cree, que no pueden seguirse rigurosamente las doctrinas de Locke ni de Condillac, porque ni la reflexion, segun el primero, ni la sensacion, segun el segundo, dan ni pueden dar las ideas de relaciones, ni las ideas morales, y de esta manera La Romigiére destruye por su base el sistema empírico, que siendo absolutamente exclusivista, desaparece desde el momento que se admiten otros orígenes de ideas que no sea la sensacion, en el hecho de reconocer el sentimiento de relacion y el sentimiento moral al lado de la sensacion y de la reflexion para darnos ideas, y desde este acto La Romigiére dejó de ser empírico, por mas que valiéndose de voces encerradas en la esfera de la sensibilidad, haya querido disimular su desercion del condillarismo. Lo mismo sucedió en el estudio, que este filósofo hizo de nuestras facultades. Conforme con Condillac en reconocer la existencia de una facultad generadora de todas las demás bajo el riguroso principio de la unidad, y que para este filósofo era la sensacion, La Romigiére destrona á esta, y en su lugar coloca la atencion, revistiéndola de la misma virtud de ser creadora de todas las demás facultades, y desde este acto destruyó tambien la base fundamental del empirismo, pues siendo la atencion una facultad de la inteligencia, dejó de estar el origen de las ideas en la esfera sensible y pasó á la esfera racional. Convertida la atencion en origen único de ideas, La Romigiére la hace sufrir las mismas variaciones, que Condillac habia hecho con la sensacion, pasando en el órden intelectual de la atencion á la comparacion y de la comparacion al razonamiento que todo junto se llama entendimiento; así como en el órden moral, de todas estas facultades reunidas, hace que nazca el deseo, del deseo la preferencia, de la preferencia la libertad y todas juntas la voluntad. De esta manera para este filósofo el alma entera se reduce á entendimiento y voluntad. Estas son las variaciones profundas que introdujo La Romigiére

en la filosofía empírica, que si no produjo un cambio notable en las opiniones condillaristas, que exclusivamente reinaban en Francia, fué un paso preliminar, que anunciaba el advenimiento de las doctrinas escocesas, y con ellas la ruina y descrédito del empirismo.

#### THUROT.

Tambien contribuyó á esta obra de destruccion Francisco Thurot (1768) natural de Issoudun, famoso helenista, que era una cualidad rara en el siglo XVIII. Despues de darse á conocer como traductor de muchas obras filosóficas griegas, publicó otras suyas, siendo la mas notable la titulada *Del entendimiento y de la razon*. En la parte que trata del entendimiento divide los hechos psicológicos en conocimiento, ciencia y voluntad. Cuando los explica, no se encierra en la sensacion, pues si bien entra como elemento, reconoce la percepcion que la sigue, y la concepcion del principio de causalidad, con lo que arruina por su base el sistema empírico. La voluntad de generalizar estas percepciones, valiéndose de los signos del lenguaje como instrumento, es lo que constituye la ciencia; y al explicar la voluntad, no solo examina el instinto, el hábito, la espontaneidad y la libertad, sino tambien los sentimientos, que divide en sentimientos personales y sentimientos simpáticos, reconociendo además una facultad particular de percepcion moral, que juzga del mérito y demérito de las acciones. En su segunda parte, que trata de la razon, explica las reglas de la lógica y todos los métodos para el descubrimiento de la verdad, dando su preferencia á la observacion, y, por consiguiente al método inductivo. De todas maneras Thurot se desprendió de los lazos del condillarismo, y se presentó como verdadero racionalista, tributando un profundo respeto al sentimiento

religioso, procurando distinguirle de los intereses religiosos, que á su juicio están las mas veces en oposicion.

#### MAINE DE BIRAN.

Pero uno de los filósofos que, sin afiliarse á ninguna escuela, y por su propia cuenta se alejó mas de la doctrina empírica, fué Francisco Gonthier Maine de Biran (1766) natural de Bergerac en Francia. La historia filosófica de este hombre es la historia de su pensamiento, en términos, que haciendo una esplicacion de la marcha que éste llevó, tendremos un exacto conocimiento de las vicisitudes, que fué experimentando su alma, segun se iba internando en las profundidades de nuestro ser (1794). Maine de Biran publicó una memoria sobre *la influencia de los signos*, y en ella se presentó como puro condillarista, siendo á sus ojos Bacon y Locke los fundadores de la ciencia, y Condillac el que destruyó los delirios, que se decoraban con el pomposo nombre de metafísica (1802). El Instituto concedió el premio á una obra que Maine de Biran publicó titulada *Influencia del hábito*. En ella sienta como un axioma, que la facultad de sentir es el origen de todas las facultades, que es el credo de la escuela empírica, pero al hacer el analisis de las sensaciones, encontrando unas distintas de otras, llega á reconocer, que el hombre es activo en la percepcion y pasivo en las puras sensaciones, y desde este acto Maine de Biran introduce la actividad en el conocimiento, que es estraña é incompatible con el sistema condillarista. Esto no impidió, que los filósofos de la escuela ideológica decretaran el premio al autor de la influencia de los signos (1805). En otra memoria, que tambien fué premiada por el Instituto, titulada *Descomposicion del pensamiento*, ya se presenta Maine de Biran mas en claro. El principio activo, que tuvo necesidad de reconocer en la memoria anterior, aparece aqui desenvuelto con el nombre de esfuerzo, y

cree tan preciso el reconocimiento de este principio, que sin él no puede concebirse en el hombre el deber ni la libertad, y con este motivo se queja amargamente de Bacon, por haber dado ocasion, á que se confundieran los hechos fisiológicos con los internos, y le achaca la ruina de la filosofía del siglo XVIII. Maine de Biran ya no es condillarista, pero su alma no se detiene en este punto (1813). En su obra titulada *Ensayo sobre los fundamentos de la psicología y sobre las relaciones con el estudio de la naturaleza* desenvuelve una teoría formal, y en el principio activo, que fué la primera chispa que se despertó en su alma, y que supone ser el hecho primitivo del sentido íntimo representado en el—yo quiero—que es el acto del esfuerzo, que es la voluntad, recibe un desenvolvimiento asombroso en las cuatro formas reales, que este filósofo da á nuestra existencia. Reconoce como primera forma el *sistema afectivo*, en el que el hombre no se ha elevado por cima de la animalidad; el *sistema sensitivo*, que representa la infancia de la humanidad; el *sistema perceptivo*, por el que aplica el hombre las ideas generales á los fenómenos de la naturaleza; y, en fin, el *sistema reflexivo* por el que se entrega el hombre á las concepciones absolutas de la razon y se estudia á sí mismo. Todos estos estudios Maine de Biran los ha encerrado en el estrecho círculo de la psicología, y critica duramente los que salen fuera de sí mismos, para fundar sus teorías, y cuyo abuso ha dado origen á los estravíos de los metafísicos y de los sensualistas, por buscar unos en el mundo sensible, y otros en el mundo del infinito, los principios, que solo puede dar el estudio del sentido íntimo (1822). Sin embargo, Maine de Biran no fué en los últimos años de su vida tan fiel observante de este principio, cuando se ve en su última obra titulada, *Nuevos ensayos de antropología*, lanzarse al campo de la ontología, y reconocer allí una nueva forma, una nueva vida del espíritu que identifica al hombre con Dios, subordina su voluntad á la voluntad del ser, que es el ideal de toda belleza y de toda perfeccion. Maine de Biran que comenzó

su carrera filosófica por ser el admirador del Tratado de las sensaciones de Condillac, concluyó su vida en 1824 entregado á la lectura de la *Biblia* y de la *Imitacion de Cristo*.

#### DE-GERANDO.

Sino en tan grande escala, la misma gradacion de opiniones se advirtió en José María De-Gerando (1772), natural de Leon de Francia, é intendente que fué por los franceses en 1812 del principado de Cataluña. Este filósofo que la revolucion obligó á espatriarse, y que vuelto á su patria en 1796, se inscribió voluntario en el ejército de Italia, llamó luego la atencion por una memoria que presentó á la Academia de ciencias morales y politicas, sobre los signos y el arte de pensar, siendo entre otras la que obtuvo el premio. En ella (1800) De-Gerando se presentó como puro condillarista, reconociendo como principio fundamental de todos los conocimientos la sensacion, ó la impresion de los objetos exteriores sobre los órganos, debiéndose los grandes adelantamientos hechos sobre tan mezquina base al uso del lenguaje, que modifica nuestras ideas, forma las ideas abstractas y complejas, auxilia los razonamientos y perfecciona los juicios, deduciéndose de aqui la máxima tan repetida por Condillac, de que una ciencia es una lengua bien hecha. No tardó De-Gerando en perder esta posicion, pues habiendo publicado muy luego (1802) otra memoria sobre la *Generacion de los conocimientos humanos*, si bien reconoce en ella ser la esperiencia el origen único de nuestros conocimientos, ya admite ser la conciencia con exclusion de los sentidos, origen de las ideas de sustancia, unidad, identidad y otras. Esta reforma, unida al respeto profundo y tolerante que tributa á todas las opiniones y á todos los filósofos, cosa estraña en aquel siglo, le hacia ya alejarse de sus primitivas creencias. En efecto, en su gran obra *Historia comparada de los*

*sistemas de filosofía relativamente á los principios de los conocimientos humanos* (1805) si bien da una preferencia á la experiencia como origen de ideas, y somete el exámen de todos los sistemas antiguos y modernos á esta estrecha base, concluye por repudiar el gran principio de Condillac, de no reconocer otro origen que la sensacion, niega el vigor de su analisis y de su lenguaje, y hace una marcada distincion entre la actividad del alma y la sensibilidad. De-Gerando, como Maine de Biran, dejó de rendir culto al ídolo que en su juventud habia creído invulnerable, y desertó del campo sensualista, como resultado forzoso de sus nuevas convicciones, nacidas en gran parte del ensanche que recibió su alma al reconocer el vasto campo de la filosofía, para darnos á conocer su historia.

En fin, el edificio sensualista en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX en Francia, cuando las doctrinas escocesas apenas eran conocidas, se hallaba ya fuertemente conmovido por libres pensadores, que estudiando mas á fondo el fenómeno de la sensacion, fueron advirtiéndole en él cada vez mas flancos débiles por donde atacarle, y si nos propusiéramos dar la lista de los soldados que asaltaron la brecha, tendríamos que citar á Pre-montal, Bergier, Prevost, Massías, Bernad, Virey, Keratry, Droz y otros muchos, pero creemos suficientes los ejemplares que hemos presentado para hacer ver, que en el mismo campo de la filosofía con solo las armas de la razon, y antes de recibir ningun auxilio de la Escocia, la filosofía sensualista estaba herida de muerte, contribuyendo no poco á su ruina otros filósofos, que sin internarse en el estudio de la sensacion protestaron en nombre del *sentimiento* contra las horribles consecuencias que se deducian del sensualismo en el órden de la moral, de la religion y de la ciencia.

**FILOSOFOS SENTIMENTALISTAS.****MONTESQUIEU.**

El primero que se presenta en este sentido es Cárlos de Secondat, baron de Montesquieu (1689), natural de Breda, cerca de Burdeos, y presidente que fué del parlamento de aquella ciudad. Montesquieu no fué un filósofo, fué un publicista, y por lo mismo no hay que buscar en sus obras ninguna teoría que penetre las interioridades de la ciencia, sino que consagró sus trabajos á las aplicaciones prácticas en el vasto campo de la política, de la moral y de la legislacion. No puede formarse juicio de este hombre grande por su primera produccion, las *Cartas persianas*, que escribió en el ardor de su juventud, y en las que, por cierto, ofende gravemente nuestro carácter nacional, porque no fueron mas que un arranque inconsiderado del genio, aprovechando la disposicion de los ánimos, dispuestos á recibir toda crítica á todo lo existente en el triste cuadro que presentaba la sociedad francesa en el reinado desastroso de Luis XV, con el singular mérito de haberse fijado en el carácter de sus compatriotas, para abordar las mas graves cuestiones con una soltura, una sencillez y una gracia, que sus Cartas, publicadas tres años antes que el primer tomo de la Enciclopedia, tuvieron un séquito extraordinario. Pero á Montesquieu no hay que buscarle aquí, un paso mas adelante, el *Espíritu de las leyes* es el verdadero testigo de sus sentimientos, y allí está su retrato. Nada prueba mejor la rectitud de su juicio, la firmeza de su carácter y la solidez de sus profundas convicciones, que la publicacion de esta obra, en la que resaltan la tolerancia, lo moderacion y la imparcialidad, en medio de una sociedad dividida en dos fracciones,

que se hacian una guerra encarnizada, entre los defensores de la vieja monarquía con sus abusos y los ardientes promovedores de innovaciones radicales. Montesquieu con su obra satisfizo una necesidad de la época, que era prescindir de los hechos y los detalles, y generalizar los principios del derecho, pues si bien ya la escuela de Grocio habia entrado en este camino, se resentia aun del casuismo de la edad media, y Montesquieu, penetrando la naturaleza humana con sus condiciones variables de existencia en el tiempo y en el espacio, se propuso encaminarla y dirigirla política y civilmente, para que el hombre llene mejor su destino, valiéndose para ello de ese arsenal inmenso de hechos que presenta el pueblo romano, que llegó á ser casi el dominador del mundo. Asi decia Voltaire que el género humano habia perdido sus titulos y que Montesquieu los habia encontrado y se los habia devuelto. Montesquieu, huyendo de todo fundamento artificial y arbitrario, sienta como un principio inconcuso ser las leyes las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, y que en este concepto, Dios, el hombre, los seres animados y los inanimados, todos tienen sus leyes, y con esta antorcha en la mano recorre todos los departamentos del edificio social, sin dejar ni un solo rincon, tanto en el órden político como en el civil y económico, y siempre en el terreno de la razon y de la templanza. Y cuando se trataba de la organizacion de las sociedades humanas ¿podia Montesquieu prescindir de los sentimientos religiosos? De ninguna manera, y asi sienta como fundamento la existencia de Dios, el gobierno de la Providencia y el respeto profundo á la religion. Cosa singular, esclama Montesquieu, la religion cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad en otra vida, constituye tambien nuestra felicidad presente. Asi se esplicaba el autor de las *Cartas persianas*, sin que pueda causar sorpresa este cambio tan radical, si se considera que una instruccion sólida que tiene por apoyo la esperiencia, los años y el buen sentido, disipa completamente las ilusiones de la

juventud y los arrebatos someros del genio, viéndose realizado en Montesquieu el dicho de Bacon, de que un poco de filosofía hace inclinar los hombres hácia el ateísmo, y que un conocimiento mas profundo los vuelve á la religion. Lo cierto es, que Montesquieu, con el cambio que sufrieron sus opiniones religiosas, se enagenó el partido filosófico, lo que prueba mas y mas la superioridad de su genio, en el hecho de reconocer la influencia benéfica del sentimiento religioso en el cumplimiento de los deberes sociales, por mas que en reconocerlo así sacrificara las afecciones de sus amigos.

Así es que Montesquieu miraba con desvío al partido filosófico, y suyo es aquel dicho, hablando de Voltaire, de que hacia lo que los religiosos, que solo escribian para su orden y para su convento. De todas maneras, Montesquieu proclamó todos los altos principios de espiritualidad, moralidad y religion, en medio de una sociedad materialista, sirviendo su gran crédito de contrapeso á los progresos del empirismo, y de preparacion al advenimiento del sistema psicológico.

#### ROUSSEAU.

Es cosa singular que todos los hombres grandes del siglo XVIII presentan, con caractéres encontrados, estos cambios en sus opiniones, estas revoluciones en sus creencias, que acreditan el terreno movedizo en que combatian, desde el momento que se desprendieron de las doctrinas tradicionales, que por espacio de muchos siglos habian dirigido los destinos de la humanidad, es decir, acreditan ese espíritu escéptico que por desgracia ha venido trasmitiéndose hasta nosotros. Ya hemos visto al autor de las *Cartas persianas* en contradiccion con el autor del *Espíritu de las leyes*, pues ahora vamos á ver al autor del *Origen de la desigualdad entre los hombres* y *Contrato social* en pugna con el autor de la *Profe-*

*sion de fè del vicario saboyardo.* Juan Jacobo Rousseau (1718) nació en una aldea inmediata á Ginebra hijo de un artesano. Errante por una parte de Europa, sin recursos de ningun género y víctima en su estrechez de necesidades é injusticias, se encarnaron en su alma resentimientos profundos contra una sociedad que suponía viciada, no por la condición del hombre, sino por los abusos debidos á su horrible organización, pero sin que este juicio atrabiliario, debido á las condiciones especiales de su vida, destruyese la natural nobleza y elevación de sentimientos, que de una manera solemne supo desplegar cuando solo obedecía á las concepciones puras de su razón y á las emociones de su alma. Así es, que considerado como autor del *Tratado de la desigualdad* y del *Contrato social* ha sido y es altamente funesta su influencia, como que á sus inspiraciones se ligan las exigencias comunistas que en estos momentos agitan nuestra sociedad europea. Considerada la sociedad por este filósofo como facticia y artificial en el primer tratado y queriendo ligarla en el segundo, valiéndose también de medios artificiales, crea una utopía en que somete los individuos á la tiranía de las masas, sin reconocer otro principio que su voluntad omnipotente, y olvidando que la razón, que está por cima de las sociedades, impone prescripciones obligatorias, que arreglan el buen sentido y las lecciones de la experiencia, resultando de aquí que creyendo Rousseau asegurar la unidad y la libertad crea la licencia y el despotismo, y despotismo que lleva hasta el santuario de la conciencia, condenando á muerte al ciudadano que quebranta los dogmas jurados de la religión del Estado, y esto lo hace en el mismo capítulo sobre la religión civil, en que pinta antisocial el cristianismo. No es nuestro ánimo considerar á Rousseau bajo este aspecto, que tan distante se halla del objeto que motiva su aparición en este capítulo, queremos presentarle como uno de los precursores de la reacción psicológica que ha tenido lugar en el siglo XIX, y para ello recurriremos, no al Rousseau del *Contrato social*, sino al

Rousseau del Emilio, no á la primera época de su vida sino á la segunda, y si no lo fué como metafísico, porque despreció siempre las indagaciones que tuvieran este carácter, lo fué como promovedor y sostenedor de los grandes principios espiritualistas, en medio de una sociedad corrompida, despertando las afecciones del corazon, reviviendo las pasiones nobles, grandes y generosas, lanzando su alma á la contemplacion de las escenas de la vida en las borrascas del corazon, y poniendo en relieve las dulces emociones á que conducen los trasportes del entusiasmo producido por el sentimiento. En la *Profesion del vicario saboyardo* con que uncion y con que encanto, con que grandeza ensalza la idea de un Dios infinito, padre del género humano; eleva á la mayor altura la dignidad humana, ensalza su inteligencia, reconoce su superioridad sobre los animales, proclama su libertad, que le pone en las vias de conquistar la virtud por medio de sacrificios, presa el alma por los lazos del organismo en su estancia terrestre, la ve ganar en su desprendimiento la inmortalidad y quedar justificada la Providencia; apela para el cumplimiento del deber, no á la razon que falta algunas veces, sino á la conciencia que jamás engaña, fija el principiomoral como eterno é invariable en medio de la diversidad de creencias, de costumbres y de pueblos, le pone á salvo de los ataques y sofismas de los filósofos sensualistas, reanima, en medio de una sociedad corrompida, los sentimientos y las afecciones mas tiernas de la naturaleza, y destruye en nombre del sentimiento filosófico, los altares que los filósofos contemporáneos habian levantado al ídolo de la sensacion. Rousseau fué espiritualista por el sentimiento, que es el punto principal que en este momento nos ocupa, y en sus últimos días se vió aborrecido por el partido filosófico.

## NECKER.

Del sentimiento filosófico pasamos ahora al sentimiento religioso. Si como financiero, si como ministro de Luis XVI, si como autor de obras económicas adquirió mucha celebridad Santiago Necker (1732) natural de Génova, no fué menor su gloria como filósofo. Necker combatió siempre por los buenos principios, y lo mismo fué enemigo de las injusticias, de los abusos, de los privilegios en el orden económico como amigo sincero y ardiente de una moral pura, que opuso constantemente á las doctrinas materialistas y antisociales, que dominaban en aquella época. En sus obras *Curso de moral religiosa é Importancia de las opiniones religiosas* hace imposible la existencia de la sociedad, si la Divinidad no interviene en las mas secretas determinaciones, y si no ejerce una autoridad habitual sobre las conciencias, porque la religion es necesaria para acabar la obra imperfecta de la legislacion, y suplir la insuficiencia de los gobiernos, y á los que proscriben esta alta metafísica, Necker los declara enemigos del género humano. Para este filósofo las opiniones religiosas son esas ideas elevadas y magestuosas, que ligan la organizacion general de la raza humana á un ser poderoso, infinito, causa y motor del universo. Para Necker, ni la opinion ni la libertad pueden nunca ocupar el lugar de la religion, porque las armas de la opinion son la estimacion y el desprecio, y la estimacion tiene necesidad de un guia, si no se quiere, que se oculte con la máscara de la hipocresía; y la libertad tiene mas necesidad de la religion que la esclavitud, porque si llega á separarse de todo lazo espiritual, perdiendo asi la dignidad moral, no es mas que un objeto de disputas y un instrumento para todas las pasiones. Que los filósofos, esclama Necker, se declaren los defensores de la moral religiosa, de esta moral que tiene por principio la caridad,

y si se penetran de este pensamiento, verán, que si han hecho grandes servicios á la ciencia, tienen que hacerlos mayores despues de la revolucion francesa á la sociedad y al órden civil, mostrándose no solo amigos de la sabiduria, sino tambien amigos de Dios, fomentando en el centro de nuestros sentimientos y de nuestros juicios íntimos una moral piadosa, única que puede labrar la felicidad de las naciones. Asi se esplicaba este filósofo, arrastrado por el sentimiento, en medio de una sociedad atea, lo que obligó á decir á madama Stael su hija con alguna pasion, que el libro de su querido padre era el mejor presente que podian hacer todos los hombres reunidos al Ser Supremo, como el mayor testimonio de adhesion á la Divinidad que se ha dado en el mundo.

#### STAEI.

La cita que acabamos de hacer nos conduce naturalmente á fijar nuestras miradas en Germana Necker Stael (1766) en esta muger admirable, que con su pluma empapada en el sentimiento y en las mas tiernas afecciones del corazon, contribuyó poderosamente al descrédito de la filosofia sensualista, dando á conocer las riquezas literarias y filosóficas, que encerraban Italia y Alemania, en dos obras que no pueden leerse sin experimentar las mas vivas simpatías. Madama Stael, sin abandonar el camino trazado por su padre, fué espiritualista por conviccion, y profundamente afecta al sentimiento religioso, pero sin desesperar nunca de la noble causa de la razon en el campo de la filosofia, y si bien tenia por insolubles las altas cuestiones metafisicas, por ser el infinito de donde toman su origen incomprendible, creia con fé viva en las inspiraciones del sentimiento, y en alas del mismo combate la moral del interés, combate el egoismo, y cree, que cuando una accion sublime conmueve todos los poderes de nues-

tro ser, inmoldando todos los placeres y todas las ventajas de este mundo, un rayo divino desciende al corazon del hombre, para causarle un goce, que le hace presentir la inmortalidad. ¿De qué sirve la moral del placer, esclama, cuando se escluye la influencia de la religion sobre las almas? Cuando todos los sistemas admitidos en filosofia como en moral son contrarios á la religion, anonadando la metafísica, la creencia en lo invisible y la moral del sacrificio de sí mismo, la religion queda en las ideas, como el rey quedaba en la constitucion, que la Asamblea constituyente habia decretado; era una república mas un rey, es el ateismo mas un Dios. Madama Stael produjo en Francia una verdadera reaccion espiritualista en nombre del sentimiento, pero, como los tres anteriores, la produjo en el campo de la filosofia, sin renunciar al cultivo de la razon, á las esperanzas de la ciencia, al triunfo de la libertad y al engrandecimiento de la dignidad humana enlazada con el progreso de las artes, de las ciencias, de la religion y de la filosofia.

### FILOSOFOS DOGMATICOS.

#### MAISTRE.

Hubo tambien otros filósofos sentimentalistas, que renegaron de toda filosofia por servir al dogma católico, á pesar, que tambien presentaron sus sistemas, y para que se vean todas las fases que fué vistiendo el movimiento filosófico antes del advenimiento en Francia de la filosofia escocesa, presentaremos los que mas sobresalieron en este punto. El primero es el conde José María de Maistre (1753) natural de Chambery en Saboya. Escribió varias obras, pero las únicas que tienen un carácter filosófico, si puede decirse asi, son las *Veladas de San Petersburgo* y el *Exá-*

*men de la filosofía de Bacon.* En las Veladas intenta justificar el gobierno temporal de la Providencia, porque si el hombre sufre, es porque lo merece, y si lo merece, es porque es culpable, y es culpable por el pecado original, y en un estilo nervioso, audaz y aterrador, pinta á un Dios vengador, que descarga sobre la humanidad los rayos de su cólera, sin un simple recuerdo de la divina misericordia. En la misma forma, en el Exámen de la filosofía de Bacon, lo mismo este filósofo que Locke son objeto de la cólera del autor, llenándoles de imprecaciones, como causantes del moderno materialismo y ateísmo. Lo singular en Maistre es, que en su obra del papa, llevado de su exagerado catolicismo, se propuso sostener la autoridad pontificia, haciéndola infalible. Con los medios de que se valió para probarlo, que fué el principio de la soberanía, destruyó lo mismo que queria sostener, porque hizo perder á la cuestion el carácter de especialidad por motivos revelados y exegéticos, dejándola envuelta en reflexiones de puro razonamiento, y en este terreno mas sostenible es que la soberanía sea consecuencia de la infalibilidad, que no el que la infalibilidad sea consecuencia de la soberanía, como quiere Maistre. De todas maneras, este filósofo combatió con todas sus fuerzas la filosofía empírica apoyada en el sentimiento católico, y esta circunstancia le coloca entre los precursores de la nueva filosofía, que tenia que levantarse sobre los escombros del edificio empírico.

#### BONALD.

Siendo muy conocidas las opiniones de Luis Gabriel, vizconde de Bonald (1753) natural de Monna en el departamento de Aveyron, nos limitaremos al objeto que motiva su aparicion en esta revista. Prescindimos del sistema especial que desenvolvió en su *Ensayo analítico de las leyes naturales del orden social*, y solo diremos, que defensor de los gobiernos tradicionales y absolutos,

quiso, que el hombre no tuviese en su pensamiento mas que lo que su palabra le revelara, para encerrarlo así en las condiciones de la lengua que hablase, y, encerrarlo, por consiguiente, en las formas políticas y máximas religiosas, que encontró al salir al mundo, y esta estraña teoría la anunció Bonald con la siguiente proposicion casi enigmática—«*el hombre piensa su palabra, antes de hablar, ó mas bien, hablar su pensamiento.* Para combatir esta teoría, bastaria considerar, que siendo el lenguaje contingente y mutable, no puede servir de base á la verdad, que es un principio absoluto, siendo su natural asiento la inteligencia y el pensamiento y no el lenguaje, pero no siendo nuestro ánimo entrar en los pormenores de este sistema, y queriendo considerar á Bonald solo como adversario del empirismo, copiaremos en este punto sus palabras, que son bien terminantes. «El hombre, dice, en buena filosofía, es una inteligencia servida por órganos. Los brutos son órganos servidos por un instinto. Estas definiciones esplican los séres segun el rasgo característico y esencial de su respectiva naturaleza; el hombre por la voluntad que dirige sus acciones, el bruto por la necesidad que determina sus movimientos. La filosofía empírica no sale del hombre para encontrar la regla de sus deberes, *fijándola en sus sensaciones*, y por lo tanto trueca la virtud en un bienestar físico, y el vicio en un malestar, en un dolor. Esta filosofía carece de consuelo para el justo que sufre, y no tiene ningun freno que oponer al porvenir en su prosperidad.»

Bonald y Maistre ocupan una misma línea, y sus trabajos unidos á las producciones de Chateaubriand basadas en el sentimiento y en la historia, y adornadas de los encantos de la imaginacion, de la poesía y de las bellas formas del estilo, contribuyeron poderosamente á rehabilitar las creencias del cristianismo, y aunque son representantes de la reaccion espiritualista operada bajo los auspicios del principio de autoridad en odio á toda filosofía, no por eso dejaron de contribuir á la remocion de obs-

táculos, que impedian el paso á la nueva luz filosófica, que ya asomaba por el horizonte del campo de la ciencia.

### INTRODUCCION DE LAS DOCTRINAS ESCOCESAS.

#### ROYER COLLARD.

En la historia de la filosofía en Francia, la aparición de Pedro Juan Royer Collard (1763) natural de Metiercelin, forma época. No es nuestro ánimo considerar á este filósofo como hombre público, porque nos alejaría de nuestro objeto, limitándonos á decir, que con la misma firmeza sufrió la suerte de proscrito en la época del terror por su amor al orden, como sostuvo en las cámaras, durante la restauracion, las reformas y conquistas ganadas por la revolucion contra proyectos reaccionarios, y en su estilo incisivo decia en una ocasion solemne, en la cámara, contra los enemigos de la filosofía. «El pais de la Europa, que ha dado á Descartes, no rehusará la antorcha encendida por este hombre grande. Sin la filosofía no hay literatura ni ciencia verdadera. Si bajo su nombre se han amamantado doctrinas perniciosas, ella es, no la ignorancia, la que debe combatir las, y á ella está reservada su destruccion. El pensamiento ha encontrado ahora en las pruebas del analisis su sublime origen, la moral su autoridad, el hombre sus destinos inmortales.» Si como político el horizonte de su vida se estiende mucho, su aparición como filósofo fué como una ráfaga luminosa, que dejó rastros indelebles, que no desaparecerán nunca. Royer Collard se llegó cierto dia á un puesto de libros, y entre ellos encontró uno escrito en lengua estrangera, que decia—*Indagaciones sobre el entendimiento humano conforme á los principios del sentido comun*—y la compra de este libro, este pequeño incidente, causó en Francia una verdadera

revolucion en las ideas. Este libro era de Tomás Reid, y ejerció una tan poderosa influencia sobre el ánimo de Royer Collard, que hasta entonces habia sido un puro condillarista, y cambiadas sus creencias, quiso darlo á conocer en la cátedra de historia de filosofia, que le encomendó Mr. Pastoret en la facultad de letras, siendo tan solos dos años los que estuvo al frente de esta enseñanza, que fueron los de 1811 y 1812. Como fué por tan corto tiempo, y su objeto fué combatir en su base la doctrina condillarista entonces reinante, limitó sus esplicaciones á la teoría de la percepcion esterna, porque aqui estaba el vicio capital del sistema sensualista, bien convencido, que destruido este en su base, quedaba á cargo de los que vinieran despues, acabar el derribo del vasto edificio empirico. Royer Collard, apoyado en las doctrinas de Reid que dió á conocer, hizo un minucioso analisis del fenómeno de la sensacion, y demostró con la mayor evidencia los distintos orígenes por donde adquirimos nuestros conocimientos. Los sentidos nos dan á conocer las cualidades de los cuerpos y nada mas, solo el entendimiento puro nos suministra la idea de la induccion, el principio de causalidad, la noción de sustancia, la del espacio y la del tiempo. En efecto, los sentidos no nos pueden dar á conocer todos los fenómenos del mundo, y cuando de la observacion de algunos inferimos que en el mismo caso se hallan todos los demás, suponemos la generalidad y firmeza de las leyes de la naturaleza, y esta idea solo nos la puede suministrar la razon por medio de la induccion y no la esperiencia. ¿Y el principio de causalidad por donde nos viene? Los sentidos solo nos dan á conocer fenómenos, la conciencia nos da á conocer el yo como causa, pero es solo un conocimiento especial, y, por consiguiente, la noción de una causa necesaria y eterna viene solo de la razon. Consecuente Condillac con sus principios negaba toda sustancia, y sostenia, que el alma era una coleccion de sensaciones, y reponia Royer Collard, si el alma es una coleccion de sensaciones, la primera de ellas, la primera sen-

sacion, ó es sentida ó no es sentida, si no es sentida no es nada, y si es sentida, hay un yo que la siente, es decir, hay una sustancia á que afecta la sensacion como cualidad. La esperiencia no nos da ni puede darnos las ideas de tiempo y de espacio, porque no hay imágen sensible que pueda representarlos, y el tiempo y el espacio que representan la eternidad y la inmensidad, son una nocion necesaria, que solo concebimos, y que impone una creencia absoluta suministrada por la razon. Como la gran cuestion del origen de las ideas se halla tratada y desenvuelta en la primera parte de esta obra, nos limitamos á puras indicaciones, con el solo objeto de hacer ver el punto principal á que dirigió sus ataques este filósofo, descarnándole de la fuerza de razonamiento, lucidez de pruebas, bellezas de estilo y brillantez de formas con que revestia sus lecciones, á las que se agolpaba toda la juventud, sorprendida de ver combatida en su base una filosofía, que se creia invencible, y combatida por un hombre que, á su lógica y natural elocuencia, unia la claridad y precision matemática de la misma escuela condillarista, que intentaba destruir. Aquí comienza una nueva era para la filosofía, y pasemos al exámen del nuevo desenvolvimiento, que recibieron las doctrinas escocesas, despues de sentada esta primera piedra.

#### COUSIN.

Un jóven de grandes esperanzas, que llevado de la corriente se reconocia sensualista, concibió dudas sobre la bondad de esta doctrina de resultas de una leccion que habia oido á La Romigiere, y con este motivo concurrió á la cátedra de filosofía de Royer Collard, ansioso de fijar sus ideas sobre punto tan delicado. Este jóven era Victor Cousin, que á la desaparicion de Royer Collard, se presentó en la arena y supo imprimir un movimiento filosófico que dura y durará por algun tiempo. Si el nombre de

Cousin fuera mas oscuro nos limitaríamos á darle á conocer como propagador de las doctrinas escocesas, único concepto bajo el cual aparece en esta revista y en este lugar, pero como su nombradía es tanta, y su influencia, en el rumbo que han llevado las ideas en el vecino reino, ha sido tan poderosa, no podemos menos de caracterizarle algun tanto mas, por ser su vida de escritor un elemento necesario para conocer la posicion filosófica de aquel pais. Royer Collard fué una ráfaga que brilló muy poco, pero que con la novedad de sus doctrinas despertó una curiosidad inmensa en la juventud, y hacia falta que un genio se presentara para estenderlas y propagarlas, valiéndose de los encantos de la poesia y de la elocuencia. Este fué el brillante papel que desempeñó Victor Cousin. Dotado de una imaginacion rica y feliz, un lenguaje escogido sin pedantería, un tono familiar y noble, una composicion esquisita, una destreza sin igual para conducir las cuestiones á placer del auditorio, sóbrio en digresiones, ligero en las transiciones, sublime en la exposicion de los principios y arrebatador en las deducciones con aplicacion á la religion, á la historia y á la industria, y á todos los grandes intereses de la sociedad, causaba una admiracion indecible á la juventud asombrada del singular contraste que formaba la grandeza de aquellas concepciones presentadas en grande panorama, Dios, la naturaleza, la humanidad, con los áridos y mezquinos analisis de la escuela condillarista á que estaba acostumbrada. Este infinito, fundamento de la filosofia idealista, y que tanto habia ocupado el alma de Descartes y de Leibnitz, ese infinito que la filosofia sensualista habia reducido á una pura negacion, apareció en los labios elocuentes de Cousin, con toda la elevacion y grandeza que inspira tan alta region, origen único de los grandes pensamientos y de las ideas elevadas. Nunca se habia visto en Francia, en principios del presente siglo, decir un profesor desde lo alto de su cátedra:

«Desde los primeros dias de las sociedades humanas hasta la

venida de Jesucristo, mientras que en un rincon del mundo una raza privilegiada guardaba el depósito de la doctrina revelada, ¿quién, decidme, quién ha enseñado á los hombres bajo el imperio de religiones extravagantes y de cultos las mas veces monstruosos, quién les ha enseñado que poseen un alma, y un alma libre capaz de hacer el mal, pero tambien capaz de hacer el bien? ¿Quién les ha enseñado, á la faz de la fuerza triunfante, en medio de la opresion casi universal, que la fuerza no es todo, y que hay derechos invisibles, pero sagrados, que el fuerte mismo debe respetar en el débil? ¿A quién deben los hombres los honrosos principios de que es mejor guardar la fé prometida que faltar á ella, que es muy digno dominar las pasiones, y ser sóbrio en el seno mismo de los placeres permitidos? ¿Quién les ha dictado las siguientes frases: un amigo es otro yo, es preciso amar á mis amigos mas que á mí mismo, á mi patria mas que á mis amigos, y á la humanidad mas que á mi patria? ¿Quién les ha hecho conocer mas allá de los límites, y bajo el velo del universo, un Dios oculto, pero presente en todas partes, un Dios que ha hecho el mundo con peso y medida, y que no cesa de vigilar sobre su obra, un Dios que ha hecho al hombre, porque no ha querido retener en la soledad inaccesible de su ser sus mas augustas perfecciones, porque ha preferido comunicar y derramar su inteligencia, y lo que es mas su justicia, y lo que es todavía mas su bondad? ¿Quién, en fin, les ha inspirado esta encantadora y sólida esperanza de que terminada esta vida, el alma inmaterial, inteligente y libre será recogida por su autor? ¿Quién les ha dicho que por cima de todas las incertidumbres hay una verdad suprema, una verdad igual á todas las verdades de la geometría, y es que en la muerte como en la vida, un Dios omnipotente, justo y bueno, preside al destino de la criatura y detrás de las sombras de la muerte, suceda lo que suceda, todo será bien, porque todo será obra de una justicia y una bondad infinitas?»

Este lenguaje, esta elevacion, esta magnanimidad de doctri-

nas que ponía en evidencia la estrechez y pobreza de las ideas condillaristas, arrastraba la juventud y la hacía prorumpir en cantos líricos y en emociones arrebatadas en defensa de unas ideas que á la novedad unían la grandeza de miras y los encantos de la oratoria. En pugna abierta Cousin con la Francia del siglo XVIII, con la Francia de Locke y de Condillac, naturalmente se fué en busca del siglo XVII, del gran siglo de Luis XIV, reproduciendo las maneras cultas, las ideas caballerescas de aquella época, haciendo una brillante descripción de los personajes de aquel siglo, de sus damas, de sus amores, de sus fiestas, de sus empresas, de sus galanterías, hizo resaltar en el fondo de sus retratos aquel espiritualismo que imprimió al siglo XVII el genio de Descartes. Pero no se limitó Cousin á tan estrecho terreno, porque su erudición era inmensa, y lo mismo dió á conocer las obras de Proclo, Jenofanes, Platon y otros filósofos de la antigüedad, como las doctrinas de Abelardo en la edad media, como á Descartes y Leibnitz en el siglo XVII, como á Maine de Biran, su contemporáneo, siendo admirable como su pasión filosófica y erudita no influyó para rebajar su alma de las alturas metafísicas á las que se lanzaba, sin que el polvo de las bibliotecas ni los detalles minuciosos é insípidos de las letras radicales impidieran el vuelo á su imaginación para presentar el cuadro general de la ciencia. Su alma abarcaba lo grande y lo pequeño, y en sus obras deja á la posteridad un tesoro inmenso, al que habrá de recurrirse si las ciencias filosóficas caminan á su perfectibilidad.

Si Cousin presenta un cuadro tan ventajoso y tan interesante como erudito y como historiador, no merece, en verdad nuestros elogios como filósofo. Condillarista en su origen y en su primera juventud, se decidió luego por el sistema psicológico, al que hizo inmensos servicios, pero puesto después en comunicación con los filósofos alemanes, sus creencias variaron de rumbo, no pudiendo ocultar sus marcadas tendencias al panteísmo, que acabó por abjurar, acogiéndose al final de su vida á ese espiritualis-

mo templado, que extraño á las indagaciones científicas, forma la religion de los hombres de bien y tiene por fundamento el buen sentido. Esta incertidumbre, esta variacion de Victor Cousin en sus creencias filosóficas, unido á su vastísima erudicion en todo el campo de la filosofía antigua y moderna, dió origen al llamamiento que hizo de todos los sistemas, para residenciarlos y tomar de cada uno lo que á su juicio fuera conforme con la verdad, y este juicio universal le bautizó con el nombre de *eclecticismo*, que forma el principal carácter de la filosofía francesa moderna, y eclecticismo que es la tumba de todos los sistemas filosóficos.

En primer lugar se presenta como partidario decidido del sistema psicológico, dando á conocer en mayor escala y en lecciones públicas las doctrinas escocesas. Buscando la cuna de esta escuela, la halló en la universidad de Glasgow, bajo la direccion del Dr. Hutcheson, siguiendo despues el mismo movimiento las universidades de Edimburgo y Aberdeen, creyendo Cousin que el carácter de moderacion y buen sentido que se nota en esta escuela es debido en gran parte á la circunstancia de haber sido el profesorado el creador y propagador de sus doctrinas, por razon de que en la enseñanza los profesores, deseosos de captarse la voluntad de sus discipulos, quieren siempre permanecer en las vias del sentido comun, lo que les aleja de teorías estravagantes. Indagando las causas que favorecieron la creacion y propagacion de la nueva doctrina, Cousin las encuentra en las condiciones especiales de la Escocia. Separado este pais de la Inglaterra, no esperimentó las terribles convulsiones que trabajaron á esta en las dos famosas revoluciones de 1649 y 1688, y si bien formaron con ella causa comun en defensa de las libertades públicas, ni mancharon sus manos en la sangre de Cárlos I en tiempo de la república, y antes bien el parlamento de Edimburgo protestó solemnemente contra tan horrible atentado, ni en tiempo de la monarquía dieron incienso á la corrompida córte de Cárlos II. Esta firmeza de carácter que tenia por origen la ri-

gidez de sus costumbres, sostenida por sus creencias religiosas, fué un muro que impidió constantemente la adopcion de las ideas empíricas sostenidas y propagadas por las obras de Locke, y sin otra razon para esta resistencia que ver los resultados que estaban dando las doctrinas de este filósofo en manos de los Tindales, Mandevilles y otros discípulos. Es cierto, que fué muy gradual el desenvolvimiento de las doctrinas escocesas, porque tan fuerte era el lazo con que Locke habia encadenado los espíritus. Desde Hutcheson, que sin poder salir de la esfera de la sensibilidad, recurrió á un nuevo sentido para salvar los principios morales hasta Reid, que Cousin mira como el verdadero fundador de esta escuela, se advierte una escala gradual, que fué ganando terreno hasta sustituir los principios racionales á los principios sensualistas, valiéndose para ello de un método, que encomia Cousin, que es el método baconiano con aplicacion á los fenómenos internos, es decir, el estudio del alma, valiéndose de la observacion y de la esperiencia por medio del sentido íntimo. No solo es materia de elogios en la pluma de Cousin el carácter espiritualista de esta escuela, su método baconiano, la medida y circunspeccion en sus indagaciones, sino que reconoce en todos los filósofos escoceses que la han creado y sostenido, un fondo de virtud y de religiosidad, que honra su memoria, y los nombres de Hutcheson, Smith, Ferguson, Reid, Dugald Stewart no pueden pronunciarse sin pagar un tributo de respeto hácia unos hombres que consagraron sus vigiliass á rehabilitar y fortificar el principio moral profundamente conmovido con las doctrinas empíricas de Locke. Los mismos elogios tributa con respecto á la parte política, viendo en estos filósofos un amor ardiente á la libertad conforme á las tradiciones de su pais, modificado por un sentimiento honroso de respeto y consideracion á cosas y personas. Y si no descubre Cousin en los filósofos escoceses aquella unidad que es el alma de todas las escuelas filosóficas, para sostener unos mismos principios con igual

entusiasmo, con la misma perseverancia y bajo de una sola bandera, cree, sin embargo, ser un bien esta misma disonancia, cuando con ella no se jura en las palabras del maestro, no se renuncia á la independencia personal para buscar la verdad con toda la libertad de su razon, máxime cuando esta independencia no ha dañado á la conformidad de sentimientos, de método y de creencias generales, que caracterizan á esta escuela.

Cuando despues Cousin examina las doctrinas de Reid, que reconoce como gefe de la escuela escocesa, adopta sus principios mejorándolos. No solo alaba el método psicológico puesto en evidencia por este filósofo, y cree que sea el único camino que conduce á la ciencia, sometiendo los fenómenos del espíritu á la observacion interna, como se someten los hechos sensibles á la observacion de los sentidos, debiéndose á esto los grandes adelantamientos hechos en las ciencias naturales, sino que examinando las condiciones y límites, á que Reid sujeta las indagaciones filosóficas, las reconoce justas y adaptables, en cuanto por ellas se proscriben para siempre estas temerarias hipótesis, que han conducido á los filósofos á los mas extravagantes sistemas, por el empeño de observar los hechos para justificar sus teorías, de no reconocer un límite en los primeros principios, por querer demostrarlo todo, de no proceder como en las ciencias naturales observando hechos para despues sentar las teorías por medio de la induccion, y de no acabar de convencerse, de que hay hechos inesplicables, que llevan consigo la luz de la evidencia, y sirven de base á la creencia humana. Cousin solo se ofende, de que llevada esta doctrina á la exageracion, resulte proscripta la metafísica. Quiere si, que no se pierda de vista la observacion y la experiencia, como fundamento de las ciencias filosóficas, pero no quiere que se olvide, que la observacion de los hechos no excluye las concepciones puras de la razon, sin las cuales se hace imposible toda ciencia. La razon, dice, concibe *à priori* á Dios como ser infinito, absoluto, universal, que no cae en el tiempo ni en

el espacio, y cuya esencia repugna á toda representacion y á toda determinacion. Esta nocion de Dios nada toma de los datos de la esperiencia, subsiste la misma porque es necesaria, cualquiera que sea el sistema que la ciencia proponga sobre la naturaleza y sobre el hombre. Pero cuando se trata de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre, cuando es preciso definir la creacion y la Providencia, determinar las grandes leyes, que en el órden moral como en el órden fisico manifiestan los designios de esta Providencia, mostrar el destino del hombre en relacion con el mundo y con Dios, entonces la esperiencia se hace necesaria, porque las leyes del mundo, el destino del hombre y de la creacion, y lo mismo la Providencia que supone la relacion de Dios y del mundo, no se conciben *à priori*, sino que se deducen de la observacion de los fenómenos fisicos ó morales del universo, y querer que nazcan solo de la razon pura es reducir la metafísica á vanas abstracciones. He aqui el sistema psicológico, no solo sostenido por Cousin, sino perfeccionado, en el hecho de reconocer por base de la ciencia el estudio del alma por el alma, como quiere la escuela escocesa, con la adiccion de no limitarse al estudio de los hechos psicológicos, sino que se estienda á las concepciones *à priori* de la razon, para abrir el campo á las indagaciones metafisicas, á esa ciencia sublime, que, como dice Cousin, marcha de ruina en ruina, pero avanzando siempre, y presentando con confianza al siglo que visita, los tesoros, que los siglos precedentes han acumulado en su seno.

Brillantes resultados se hubieran obtenido para la ciencia, si Victor Cousin se hubiera mantenido en este terreno, pero un viaje á Alemania en 1818, sus relaciones con Schelling, y su amistad íntima con Hegel, produjeron un cambio notable en sus creencias. Sorprendido por la grandeza ideal de las teorías del infinito, presentadas por estos filósofos, arrastrado por la novedad, nutrida su alma con emociones metafisicas, que no podía contener, y absorto con los resplandores que arroja la ra-

zon eterna en su desenvolvimiento, olvidó el mundo que habitaba, y se fué en busca de otro, donde campear perspectivas infinitas en medio de la soledad y del éstasis. Allí Cousin ya no busca el estudio del hombre, como base de la filosofía, sumido en el infinito, le parece reducido y mezquino el campo de los hechos psicológicos, y situado en lo mas encumbrado de la ontología, ve en Dios el uno, el absoluto, el incondicional, la sustancia, la causa, que de su propia naturaleza está por cima del tiempo y del espacio, que se desenvuelve necesariamente, y cae para desenvolverse en la diversidad, en la imitacion, en la pluralidad. «El Dios de la conciencia, dice, no es un Dios abstracto, un rey solitario, \*relegado mas allá de la creacion, sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta, que se parece al nada mismo de la existencia, es un Dios á la vez verdadero y real, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio á la cima del ser, y en su mas humilde grado infinito y finito todo junto, triple, en fin, es decir, á la vez Dios naturaleza y humanidad.» Estas aspiraciones panteistas cubiertas con el velo de la erudicion, de la elocuencia y de la poesía, aparecian en este filósofo de una manera singular, queriendo amalgamar teorías opuestas que encubria con su eclecticismo, y con este motivo, decia Hegel, que Cousin le habia robado algunos peces, pero que los habia ahogado en su salsa.

Mr. Cousin fué víctima por algun tiempo de estas ilusiones, que el genio de dos hombres extraordinarios imprimieron en su alma, pero cuando despues la reflexion, auxiliada por los años, desvaneció estas ilusiones; cuando se convenció, que el estudio de la filosofía en tanto es provechoso, en cuanto recibe su aplicacion á los usos de la vida y la mejora moral de la sociedad, y cuando vió el punto á que conducian las teorías alemanas de aquellos hombres, se detuvo al pie del precipicio, y recordando las modestas y bien cimentadas doctrinas escocesas, quiso concluir su

carrera, proclamando un espiritualismo sometido á las condiciones del sentido comun, que tiene por fundamento las creencias del mayor número, y presta vasto campo á la elocuencia, para captarse la voluntad de los oyentes.

«Nuestra verdadera doctrina, dice en el prefacio de su última obra, *sobre lo verdadero, lo bello, y lo bueno*, nuestra verdadera bandera es el espiritualismo, esa filosofía tan sólida como generosa, que comienza con Sócrates y Platon, que el Evangelio ha derramado en el mundo, que Descartes ha dado á conocer bajo las severas formas del genio moderno, que ha sido una de las glorias de la patria en el siglo XVII, que ha perecido con la grandeza nacional en el siglo XVIII, y que en principios del presente ha rehabilitado Mr. Royer Collard en la enseñanza pública, mientras que Mr. de Chateaubriand, Mad. de Stael, Mr. Quatremere de Quincy la infiltraban en la literatura y en las artes. Con razon se le da el nombre de espiritualismo, porque su carácter es el subordinar los sentidos al espíritu y tender, por todos los medios que la razon aconseja, á elevar y engrandecer al hombre. Ella enseña la espiritualidad del alma, la libertad y la responsabilidad de las acciones humanas, la obligacion moral, la virtud desinteresada, la dignidad de la justicia, la belleza de la caridad, y mas allá de los límites de este mundo, prueba la existencia de un Dios, autor y tipo de la humanidad, que despues de haberle hecho evidentemente para un fin bueno, no le abandonará en el desenvolvimiento misterioso de su destino. Esta filosofía es la aliada de todas las buenas causas. Ella sostiene el sentimiento religioso, favorece las verdaderas artes, la poesía, digna de este nombre, la gran literatura; es el apoyo del derecho, rechaza igualmente la demagogia y la tiranía, enseña á todos los hombres á respetarse y amarse, y conduce poco á poco las sociedades humanas á la verdadera república, á ese sueño de todas las almas generosas, que en nuestros dias en Europa solo puede realizar la monarquía constitucional.»

Este ha sido el término de la carrera filosófica de Victor Cousin. No fué creador de ningun sistema, porque su alma jamás caminó por este rumbo; fué el propagador elocuente de todos los sistemas anti-empíricos, y desde el espiritualismo tímido de los filósofos escoceses hasta las elucubraciones mas subidas de los filósofos alemanes, no hubo matiz que no vistiera, no hubo color que no tomara, no hubo modificacion que no hiciera suya, conmoviendo los ánimos, arrancando aplausos, y creando un movimiento filosófico hasta entonces desconocido, pero movimiento que, grabado con el sello de la incertidumbre en el llamamiento general de doctrinas antiguas y modernas, espiritualistas é idealistas, tuvo necesidad de tomar formas eclécticas, para que no significara nada, teniendo por término abjurar Cousin todas sus aspiraciones escéntricas, para fijar su alma en las verdades del sentido comun, que mas interesan á la humanidad bajo los auspicios del sistema psicológico.

#### JOUFFROY.

Cuando pasamos de Victor Cousin á Teodoro Jouffroy, la escena cambia absolutamente, en razon de los medios que emplearon para hacer populares las doctrinas escocesas. Cousin siempre activo, siempre elocuente, siempre entusiasta y ansioso de gloria, arrastraba á sus oyentes, sin dejarles tiempo para discurrir, yendo acompañadas sus mágicas palabras de los movimientos de su cuerpo, de sus miradas penetrantes, de sus gesticulaciones, pudiendo decirse, que hablaba con sus ojos, con sus manos, llevándole sus arrebatos á improvisaciones, que solo un genio puede producir, pero improvisaciones que reconocian por origen los sistemas conocidos, por ser mas erudito que filósofo. Sus escursiones por el vasto campo de la filosofia, desde Thales hasta Royer Collard, producian un maravilloso resultado, y sus oyentes,

absortos de tan inmensa erudicion, llegaron á creer realizable ante el tribunal de la razon el pensamiento de una nueva filosofía, compuesta de retazos de todos los sistemas conocidos. Todo cambió con la aparicion de Teodoro Jouffroy en la escena filosófica. Este hombre, débil de cuerpo hasta que llegó á una consunción que le arrebató en lo mejor de sus años, pero dotado de una alma ardiente, reservada, profundamente pensativa y melancólica, no buscaba la gloria literaria en sus esplicaciones, no se proponia atraer y captarse los ánimos, sino producir el convencimiento, supliendo la elocuencia con el encadenamiento de sus ideas, que llevaban hasta la conviccion, y reconociendo, como única base para el progreso de las ciencias filosóficas, el sistema psicológico. En este terreno se encerró Jouffroy, y llegó á ser tan intenso su estudio en los fenómenos internos del alma, que dice en una de sus obras, que entregado dias y noches enteras al estudio de sus propios pensamientos, sin salir de su cámara, tan exclusiva y tan prolongada era la concentracion sobre el estudio de los hechos internos, en busca de la solucion de las cuestiones, que perdía absolutamnete el sentimiento del mundo exterior, y cuando entraba en él para comer y beber, le parecia, que salía del mundo de las realidades y pasaba al de las ilusiones y de los fantasmas. Jouffroy fué un verdadero filósofo, no fué como Cousin un propagador de sistemas, sino que se construyó por sí mismo su filosofía, y cuando se consagraba al estudio de los demás sistemas, era, como lo dice él mismo, para saber, donde estaban las cuestiones y no para obtener su solucion. Jouffroy, constantemente ensimismado, dirigió todos sus estudios sobre el conocimiento del yo, y creia, que era imposible los adelantamientos en la filosofía, si no tomaba por base la psicología, y el gran mérito de todas sus obras está en las delicadísimas observaciones, que hace sobre el alma, en el juego de sus pasiones, de sus facultades, de sus ideas, dando tal claridad á la existencia de los hechos internos, que los hace palpables. Jouffroy es,

no solo el propagador del sistema psicológico, sino que reconcentrado en sí mismo, ha hecho ver las variaciones del pensamiento, el juego y mecanismo de la organización intelectual y las revoluciones de nuestra alma.

Este filósofo entrevió, y solo entrevió sin concebir un sistema, la unidad de las ciencias en el estudio que hizo de las relaciones que ligán los tipos primitivos, y no halló otro camino que el estudio del hombre por el hombre. Lo verdadero, lo bueno, lo bello, esta triada que en su inmensidad encierra todo el pensamiento de la humanidad y que viene á resolverse en el uno, reflejan en el alma y solo se dan á conocer en sus relaciones infinitas por el estudio del alma misma. Aquí se encierran todos los deberes, todas las esperanzas, todas las realidades, todas las bellezas, y quien penetre profundamente los misterios que encierra nuestro ser, se pone en el único camino de los descubrimientos, porque al mundo de los espíritus solo puede conducir el estudio de nuestro espíritu, por ser el único elemento en ese mundo, que es accesible á nosotros.

Firme en esta convicción, Jouffroy, demostró la necesidad de organizar la psicología, y para ello marcó los preliminares de la ciencia, definió su objeto, señaló sus divisiones, hizo conocer el valor de cada facultad y midió su certidumbre. La psicología absorbía toda su alma, porque solo su estudio podía llenar esa sima, en que despues de dos mil años se habían sumido tantos sistemas filosóficos, por carecer de esta base y entregarse á la hipótesis. Y no se crea que este estudio sea imposible; Jouffroy demostró que el conocimiento que tenemos de los fenómenos del alma es mas real y mas positivo que el que tenemos de los fenómenos físicos de nuestro cuerpo, y que si para el estudio de los fenómenos sensibles hay un objeto que es el cuerpo, y un instrumento, que es la sensación, también en el estudio de los fenómenos internos hay un objeto, que es el alma, y un instrumento, que es la conciencia. ¿Quién duda que el estudio del

alma por sí misma aclara las nociones vagas, destruye las incompletas, descubre las falsas y pone el alma en disposición de recibir de lo alto el rayo de luz, que, según el texto divino, ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Si el mundo físico está sometido á leyes fijas y constantes, desde los astros rutilantes que se mueven en sus inmensas órbitas hasta los cuerpos inanimados que obedecen á las leyes de repulsion y asimilacion, ¿cómo puede concebirse que el mundo moral, que está muy por cima del mundo físico, no esté sometido á las suyas? ¿Y qué facultad nos pone en la mano el hilo que haya de conducirnos á su descubrimiento, sino la psicología? Esta ciencia, base y fundamento de todas las demás, abraza un objeto real, que es el alma, tiene un instrumento verídico, que es la conciencia, es susceptible de descubrimientos sobre el mundo moral, y marchando Jouffroy sobre este terreno desenvuelve admirables analisis sobre la idea del bien en sus *Prolegómenos del derecho natural*, la idea de lo bello en su *Curso de estética* y otros muchos fenómenos internos, que han sido objeto de los mas profundos estudios de este filósofo admirable.

De aqui nació su empeño de dar á conocer las doctrinas de los filósofos escoceses con la publicacion que hizo de las principales obras de Reid y Dugald Stewart. En el prefacio de la primera presenta un cuadro interesante de los principios fundamentales de esta escuela, sobre los cuales deben cimentarse las ciencias filosóficas en lo sucesivo. Descartes fué quizá el primero que tiró la línea divisoria que separa ambos mundos, el mundo visible y el mundo racional, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, é hizo conocer la necesidad del estudio de algunos hechos internos para resolver las mas altas cuestiones metafísicas, pero Descartes solo vislumbró la idea de la ciencia del espíritu, y los filósofos escoceses, dice Jouffroy, hicieron mas, porque hicieron conocer que hay real y efectivamente esta ciencia, que es una ciencia de hechos como la física, con la ventaja de ser los

hechos que la constituyen de un orden mas elevado que los hechos fisicos, como que afectan á la parte intelectual y moral y sirven de fundamento para descubrir las obras de Dios. Los escoceses han impreso en todos los espíritus la idea de que hay una ciencia de observacion, una ciencia de hechos, á la manera que lo entienden los fisicos, que tiene el espíritu humano por objeto, y el sentido íntimo por instrumento, y cuyo resultado debe ser la determinacion de las leyes del espíritu, como en las ciencias fisicas es la determinacion de las leyes de la materia.

Otra ventaja que proporcionaron los filósofos escoceses, dice Jouffroy, fué la de haber sentado como principio que el conocimiento del espíritu humano y de sus leyes es la condicion de solucion de la mayor parte de las cuestiones filosóficas, deduciéndose de aqui, que las ciencias filosóficas dependen de la psicología, porque todas reconocen como centro de unidad los fenómenos espirituales, que solo el estudio de la psicología puede dar á conocer, y que es lo que las distingue de las ciencias fisicas. Este es el gran principio que campea en toda la filosofia escocesa, no solo reconociéndole sino practicándole, queriendo explicar las cuestiones por el estudio de las leyes de la naturaleza espiritual, y teniendo por base y fundamento de las ciencias filosóficas la psicología ó el estudio del yo por el yo mismo.

A juicio de Jouffroy otro gran beneficio ha resultado á las ciencias filosóficas por los trabajos de la escuela escocesa. Generalmente se ha creido que la filosofia era una ciencia aparte, una ciencia especial, de un carácter extraordinario y único, que sondeando las bases de las demás ciencias y elevándose á los principios de todas, designa las indagaciones que tienen por objeto el método, los limites, el criterio de verdad y el grado de certidumbre de estas ciencias, y en este sentido se dice que todas las ciencias tienen su filosofia. Pues los filósofos escoceses han destruido esta preocupacion, sentando por base la asimilacion com-

pleta de las indagaciones filosóficas y de las indagaciones físicas, fundándose en el principio de que las unas y las otras tienen igualmente por objeto el conocimiento de una parte de las obras de Dios, y que no hay dos maneras de conocerlas, sino una sola, que se aplica á la solución de las cuestiones filosóficas como á la de las cuestiones físicas. Para ellos esta asimilación es patente, porque sentado como principio que la ciencia del espíritu es una ciencia de hechos como las ciencias físicas y que en el estudio de estos hechos se encuentra la solución de todas las cuestiones filosóficas, es claro, que la obra de Dios se revela por dos órdenes de fenómenos, que son los espirituales y los materiales, y que la observación de estos dos órdenes de fenómenos, auxiliada de las concepciones de la razón, para hacerla patente y descubrir sus leyes, es el único medio de dar solución á todas las cuestiones que en el orden físico y en el orden espiritual se susciten en nuestra inteligencia, resultando de aquí que el procedimiento en uno y otro caso es el mismo, que es la observación de los hechos espirituales en las ciencias filosóficas, y de los hechos físicos en las ciencias naturales, auxiliada en ambos casos por las concepciones de la razón, para resolver cuantas cuestiones se presenten en ambos rumbos.

Jouffroy se presenta decidido partidario de las doctrinas escocesas y tiene la íntima convicción de que, así como los grandes progresos que las ciencias naturales han hecho de un siglo á esta parte, son debidos á la máxima sentada por Bacon, de estudiar los hechos, descubrir por el estudio de los hechos sus leyes, siguiendo rigurosamente el método inductivo, ó como decia este filósofo, caminando con plomo y no con alas, así las ciencias filosóficas debían, ni más ni menos, seguir el mismo método aplicado al estudio del espíritu, base y fundamento de todas las ciencias filosóficas, siendo por consiguiente la psicología la raíz y fundamento del saber humano.

Jouffroy se propuso encarrilar á la Francia por este sistema

filosófico en contraposición de los sistemas alemanes, que ya invadían aquel país, contribuyendo á ello no poco las lecciones de Mr. Cousin, y aunque á su alrededor se hacían sentir las objeciones que se dirigían contra esta escuela por su timidez y su estrechez de miras, reduciendo el campo de la filosofía á la pura observación, sin dar á las concepciones racionales toda la importancia que se merecen, Jouffroy lo rechazaba poniendo por testigo su conciencia y sus obras, cimentadas constantemente en las concepciones puras de la razón, sirviéndolas de base la observación psicológica.

Mr. Jouffroy, silencioso, ensimismado, profunda y habitualmente triste por la pobreza de su organización física, que le llevaba á una consunción irremediable, y por el resentimiento que habían sufrido las creencias católicas en una alma que no podía vivir sin creencias, y el estudio asiduo y constante de los fenómenos espirituales en sí mismo, lo que le mantenía en un estado habitual de concentración y de trabajo irresistibles, todo anunciaba su fin próximo, á pesar de hallarse en su mejor edad, y como presintiéndolo decía, poco antes de morir, á sus discípulos, en una distribución de premios. «La subida de la vida os oculta su bajada del otro lado; de sus dos pendientes no conocéis mas que una, que es por la que subís. Ella es risueña, es bella, es perfumada como la primavera. No os es dado, como á nosotros, contemplar la otra con su aspecto melancólico, el pálido sol que la ilumina, y la ribera helada que la termina. Si tenemos la frente triste es porque la vemos.» Mr. Jouffroy falleció muy luego á los cuarenta y seis años de edad, perdiendo la Francia uno de sus mas distinguidos hijos, y la filosofía uno de los psicólogos mas grandes que ha producido el siglo XIX.

## ECLECTISMO MODERNO.

No es posible tocar esta parte de la filosofía moderna sin fijar el principal carácter de la filosofía del siglo XVIII y el resultado que produjo en el siglo XIX. El siglo XVIII, según vimos en la primera parte, fué un siglo de destrucción, siendo la base de todo la desconfianza, y el instrumento la crítica, y á la sombra de no reconocer otro fundamento de verdad que la observación sensible, todo fué sometido al análisis, sin dar entrada ni á las aspiraciones del corazón, ni á los arranques del entusiasmo, ni á las expansiones del sentimiento, sin más bases que el razonamiento y la crítica. Cuando se vió concluida esta destrucción y solo se vieron ruinas por todas partes, y se advirtió la ilusión padecida, de creer que el destruir era edificar, cuando se advirtió el vacío horrible que deja la falta de creencias positivas, cuando todo aquel siglo había dado por definitivo producto el *Tratado de la sensación y la lengua de los cálculos*, entonces el partido del sentimiento, iniciado por la Profesión de fé del vicario saboyardo, desplegó todas sus galas y aparecieron en la escena las encantadoras descripciones de la naturaleza por la delicada pluma de Saint Pierre, las tiernas emociones del alma por la entusiasta Mad. Staél, y la magnífica epopeya del cristianismo, presentada en relieve por la enérgica pluma de Chateaubriand.

Mientras el sentimiento invadía de esta manera el campo del sensualismo, se veía este trabajado y minado en su mismo corazón por los que se reconocían sus adictos. Desde que La Romigiere substituyó á la sensación la atención, facultad de la inteligencia, y Maine de Biran reconoció un principio activo incompatible con el sistema condillarista, y De-Gerando extendió sus indagaciones sobre la historia, abandonando los estre-

chos límites de la sensación, y Jouffroy penetró las intimidades del ser, para reconocer un principio activo, se vió profundamente conmovido el sensualismo sin dejar piedra sobre piedra del edificio levantado por Condillac. A esta destruccion contribuyeron tambien las universidades de Escocia y Alemania. No pudiendo conciliar los sábios de la primera los principios morales con la sensación, como único origen de ideas, fueron recorriendo desde la simpatía de Smith hasta el racionalismo tímido de Stewart, y la importacion en Francia de estas doctrinas por Royer Collard acabó por completar estas nuevas influencias. Estrechadas las relaciones de Mr. Cousin con Hegel, aparecieron en aquel pais por primera vez popularizadas, las doctrinas alemanas, y aquel filósofo con su elocuencia proclamó el triunfo de la razon intuitiva sobre las mezquinas concepciones sensualistas. De esta manera se vió en principios del presente siglo dividido el campo de la filosofía en tres grandes fracciones, teniendo por bandera, una la sensación, otra el sentimiento, y otra la razon intuitiva, con sus tiendas, sus armas y sus adalides para pelear y sostener sus respectivas pretensiones.

La Francia se habia hecho el teatro, donde se desenvolvian á la par todas las doctrinas, y como si hubiera de tener lugar un juicio universal de todas las creencias humanas, se vieron renovadas al mismo tiempo las aspiraciones idealistas de Platon, el misticismo semioriental de Proclo, el espiritualismo galante de Descartes, Bossuet y Mallebranche, las elucubraciones debidas á tantos sábios orientalistas, la exegesis alemana, que ha descubierto los laberintos de civilizaciones desconocidas, y los grandes trabajos de todos los filósofos modernos, que apoyados por el poderoso auxilio de la historia, y llevando su crítica á una altura que fué desconocida de Bossuet, y no bien interpretada por Voltaire, se les vió vagar por el inmenso campo de la ciencia, buscando unos sus principios en la revelacion, otros en la razon, otros en la historia, valiéndose para ello ya de la poesia, ya de

la religion, ya de la ciencia, siendo el tema comun la *humanidad*, que todos han querido mejorar, desde el dogmatismo absoluto de Bonald hasta las funestas teorías de Proudhon.

Todos los siglos han tenido un carácter determinado, debido al genio de un hombre, que en cada época y en cada siglo ha sabido encarrilar los espíritus, para darles una direccion determinada, y así con razon se dice el siglo de Bacon, el siglo de Descartes, el siglo de Locke. Sin embargo, hay épocas de transicion y de combates, donde acumulándose doctrinas opuestas, y sacudiéndose del principio de autoridad en materia de ciencia, presenta la humanidad la imágen del caos. Los esfuerzos que en los primeros siglos del cristianismo hizo la escuela alejandrina, amalgamando el mundo griego y el mundo oriental, la religion y la filosofia; la aparicion de los sistemas griegos y romanos en el renacimiento, en pugna con las creencias religiosas reinantes; y el cuadro que presenta el siglo XIX, en el que campean el dogmatismo, el idealismo, el racionalismo, el escepticismo bajo mil formas y colores, son las tres épocas que presentan un mismo carácter, y que, por efecto del choque de tantas opiniones y de la insubordinacion con que se presentan, han sido y son en su fondo escépticas, si bien en su forma se las ha querido revestir con el traje de eclécticas.

Se ha proclamado el eclecticismo en el siglo XIX, y la elocuencia de Mr. Cousin, aprovechándose de las circunstancias accidentales de la situacion política de su pais, para enlazar la causa de la filosofia con la causa de la libertad, llegó á conseguir, que el eclecticismo, en la revolucion de 1830, se sentara en el trono, y se convirtiera en la filosofia oficial, dando así un rumbo determinado á las ideas que vagaban en tantas direcciones. Pero el eclecticismo no es un sistema, el eclecticismo no es mas que una transaccion con todos los sistemas conocidos, es la entresaca de lo que en cada uno justifiquen la observacion, el razonamiento y la crítica, y esto mismo hace ver, que es un sistema sin bandera y

sin pensamiento creador, y donde falta un pensamiento creador, no puede haber entusiasmo. Puede un hombre de talento tremolar por algun tiempo la bandera del eclecticismo, y alucinar con su elocuencia, hasta el punto de hacer creer, que es una realidad, que es una filosofia; pero esta ilusion desaparece, desde que, pasada aquella ráfaga, se entra en condiciones ordinarias, y lo que en manos de aquel hombre, á fuerza de una critica delicada y una variedad exquisita, pudo sostenerse á la altura de un verdadero eclecticismo, tiene que degenerar en manos subalternas y en talentos de segundo órden, en un sincretismo miserable, que es el mas terrible enemigo de la verdadera filosofia. ¿Qué significa adoptar lo mejor de cada sistema, que es la máxima fundamental del eclecticismo? ¿Dónde está el punto de apoyo, donde la regla de los sistemas fuera de los sistemas mismos, que sirva de criterio para la respectiva calificacion? cuando se entra aunistiándolo todo, se pierde el entusiasmo por un principio, el sentimiento de la historia, el amor á la ciencia, y donde falta la fé, no puede haber la energía y firmeza que necesita el alma para sostener una doctrina. Enhorabuena que se sometan á un exámen severo y critico todos los sistemas, sin que puedan menos de someterse, pero reconociendo como base uno, que sirva de cimiento al edificio, que se intente levantar, y este uno que sea el indicado por Sócrates, proclamado por Descartes, y desenvuelto por la escuela escocesa, que es el estudio del hombre por el hombre mismo, como punto de partida, para todas las indagaciones filosóficas, desde los fenómenos mas groseros de la sensacion hasta las mas encumbradas cuestiones ontológicas. El mismo Cousin últimamente decia:—«hay algo mas que debe ponerse por cima de la historia de la filosofia, y, por consiguiente, del eclecticismo.» Es de la mayor utilidad discernir bien en cada sistema lo que tiene de verdadero y lo que tiene de falso, y para ello es preciso saber ya, cual es la verdad, lo que exige principios fijos y preconcebidos. El eclecticismo es un absurdo de los tiempos mo-

ernos. Para aprovecharse de la historia no es necesario ser ecléctico. Dios os libre, jóvenes, del eclecticismo que dista un paso del sincretismo que es la sima en que se hundió la escuela doctrinaria por su empeño de querer convertir los hechos en principios cuando los separa un abismo.

## CAPITULO TERCERO

# VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.

---

DOCTRINA.

## CAPITULO TERCERO.

La metafísica es una ciencia real y positiva accesible al hombre y susceptible de progreso.

Si en las dos direcciones, que he marchado en el exámen de los sistemas filosóficos, he encontrado dos simas sin fondo, una en el materialismo á que conduce el sistema empírico, y otra en el panteísmo á que conduce el sistema idealista, no se crea, que renuncio al título de puro y verdadero racionalista, no se crea que esté agotada en mí la fé en los progresos, que prometen las ciencias filosóficas en el órden de la razon, no se crea, en fin, que abjuro mis creencias sobre la metafísica, que considero como una roca indestructible, sobre la que se cimentan todas las ciencias, todos los conocimientos, todo el saber humano. ¿Cuál es el objeto de la metafísica? Si se echa una mirada sobre este mundo y todas las cosas que contiene, nosotros no vemos mas que la superficie, nosotros solo vemos fenómenos, porque solo fenómenos y super-

ficies nos da la observacion. Pero nuestra inteligencia camina mas adelante, nuestra inteligencia concibe, mas allá de esa superficie, mas allá de esos fenómenos, causas y sustancias, que dan origen á esos accidentes y á esos fenómenos, y cuya realidad le parece tan positiva como los fenómenos mismos, á pesar de no estar sometidas á la observacion. Cree, que detrás de los efectos que se ven, están las causas que no se ven ni pueden verse, que detrás de los accidentes que están á la vista, están las sustancias que se ocultan, y que tales causas y sustancias obran en un espacio y en una duracion igualmente invisibles á la observacion, y que estas causas y estas sustancias están ligadas á una causa y una sustancia superior, que sirve de nudo porque las liga todas, que es el origen de toda existencia y de toda causalidad, que es Dios. Aqui tenemos el objeto de la metafísica. Este mundo invisible en el que existen estas causas, estas sustancias, que obran en la eternidad y en la inmensidad como medio, y cuyo centro es Dios, es la materia de la metafísica, y veamos ahora, si por el resultado de los sistemas que hemos examinado, es susceptible de progreso, que es el objeto de este capítulo.

Si recordamos lo que se dijo en la esposicion del sistema empírico, veremos, que segun su doctrina, no solo no ofrece ventaja alguna el sistema idealista, ó lo que es lo mismo, el estudio de la metafísica, sino que es hasta un absurdo abordarle, porque solo conduce á una region fantástica, donde todo son sombras y nada realidad. El sistema empírico sienta por principio, que el único origen de todos nuestros conocimientos es la observacion sensible, y si fuera esta una verdad, es claro, que la ciencia no puede traspasar los límites de los fenómenos, que se ven, que se tocan y que se palpan, y la ontología ó metafísica tiene que ser una quimera, hija de imaginaciones estraviadas, puesto que las realidades, de que se ocupa esta ciencia, están fuera de los alcances de la observacion. Los puros empíricos estuvieron algun tiempo en la creencia, de ser compatible su sistema con la exis-

tencia de las realidades metafísicas, queriendo deducir estas de la observacion sensible, y este fué el gran trabajo de Locke; pero vino Hume, y destruyó completamente este castillo fundado en el aire, demostrando, que por mas violencia que quiera haerse, de los datos empíricos jamás pueden dar á conocer las realidades ontológicas. Y asi no es extraño, que Cabanis dijera, que los dichos de Platon convenian con los primeros nazarenos, y que solo podia adoptarlos un fanatismo sombrío é ignorante; y que Bolingbroke sostuviera, que los metafísicos eran hombres que tomaban la razon por cómplice de su delirio. De aqui resulta, que si nos atenemos al sistema empírico, las ideas que la inteligencia humana se forma de las realidades del mundo invisible, son imaginarias y quiméricas, y, por consiguiente, las ventajas que podríamos esperar del estudio de la metafísica, son nulas y hasta perjudiciales, por los estravíos á que conducen, por falta de bases sobre que fundarse.

El mismo cuadro nos presentan los sistemas idealistas, que han sido objeto de exámen en la segunda parte. El que mas sobresale es el sistema critico. Kant conoció perfectamente el vicio capital del sistema empírico, de no reconocer otro origen de ideas que la observacion, y en este concepto admitió las nociones procedentes de la razon pura, siendo en este punto admirables sus trabajos, que le condujeron al puro idealismo. Pero mientras admite las nociones ontológicas, supone que son resultado de nuestra constitucion intelectual, que son formas de nuestro entendimiento, sin que esté en nuestro poder averiguar, si á estas ideas de nuestra alma corresponden realidades, que estén fuera, deduciendo de aqui, ser un absurdo lanzarse á las cuestiones metafísicas, que no pueden dar ningun resultado positivo. Kant proscribió la metafísica, en el acto mismo que presenta un sistema todo metafísico. De manera, que en los resultados, si bien marchando por distintos caminos, el sistema de Kant en nada se distingue del sistema empírico, porque ambos anatematizan

zan el estudio de la metafísica, y suponen absolutamente ineficaces sus resultados.

No aparecen en este terreno los demás sistemas idealistas, que han sido objeto de nuestro exámen. Servet, Descartes, Mallebranche, Spinoza, Leibnitz, Fichte, Schelling, Hegel, no han dudado de la existencia de la ciencia, y entregados á sus propias concepciones, se han lanzado al mundo invisible, en busca de las realidades que contiene, para presentar esos sistemas atrevidos, que son la admiracion del hombre pensador. Pero esta misma circunstancia, este mismo arrojó ha producido el descrédito de la metafísica, y ha ahogado toda esperanza de poderla considerar como verdadera ciencia. Todos estos filósofos, que constituyen lo que se llama la escuela ontológica, no estrechan sus miradas á lo que arroja la observacion sensible, por ser un círculo escesivamente mezquino á sus miras como hacen los filósofos sensualistas, ni tampoco reducen las ideas ontológicas á ser puras formas del pensamiento, como hace el filósofo de Kœnisgberg, sino que aplicando á estas ideas ontológicas el puro razonamiento, sin tener en cuenta para nada los datos de la observacion, se entregan á velas desplegadas á vanas teorías, y construye cada uno un mundo fantástico, que intenta presentar como la realidad misma. En este sentido dice muy bien Diderot: Las grandes abstracciones solo dan una luz sombría, el acto de la generalizacion tiende á despojar los conceptos de todo lo que tienen de sensible. A medida que este acto avanza, los espectros corporales se desvanecen, las nociones se retiran poco á poco de la imaginacion hácia el entendimiento, y las ideas se hacen puramente intelectuales. Entonces el filósofo especulativo se parece á aquel, que mira de lo alto de esas montañas, cuyas cimas se pierden en las nubes; los objetos de la llanura han desaparecido á sus ojos, y no le queda mas que el espectáculo de sus pensamientos, y la conciencia de la altura á que subió, y donde quizá no es dado á todos seguirle y respirar. «Esta es la historia de estos filósofos, y

desde Parmenides hasta Spinosa, y desde Spinosa hasta Hegel, se ha seguido un encadenamiento de sistemas metafísicos, destruyéndose unos á otros, por el empeño de aplicar el puro razonamiento á las nociones de causa, de ser, de tiempo, de espacio y demás ideas de la razon pura. Esta renovacion y destruccion continua de sistemas metafísicos ha creado un verdadero desaliento en los ánimos, haciendo creer, que el estudio de la metafísica era una pura quimera, una sombra sin realidad, siendo el mayor delirio quererla reducir á las condiciones de una ciencia. De manera que negando unos filósofos su existencia, y haciendo conocer su inutilidad los que se han propuesto justificarla, parece extraño, que con tales elementos no se reconozcan sus inconvenientes y desventajas.

En efecto, los sistemas que hemos recorrido no presentan buenos elementos para acreditar la metafísica. ¿Y por qué así? Porque todos estos sistemas desconocen el verdadero método que conduce á la ciencia. ¿Qué extraño es que encerrado el sistema empírico en no reconocer otro origen de ideas que la observacion sensible, encuentre cerrado el paso á las verdades ontológicas? Pero nosotros no podemos transigir con un error tan grave, desmentido por la observacion misma. Esta nos dice, que á la vista de los fenómenos nuestra razon concibe espontánea é inmediatamente la idea de causa, que no toma de los datos de la observacion, sino que se despierta con ocasion de estos datos. Si este es un hecho que destruye por su base todo el sistema empírico, la ciencia metafísica es accesible al hombre y en su mano está el descubrimiento de las verdades ontológicas. Estraviados de esta manera los filósofos empíricos, no es extraño que desconozcan las ventajas que ofrece su estudio y que miren con absoluto desden las indagaciones metafísicas.

Lo mismo sucede con la filosofía crítica, si bien en muy distinto rumbo. Kant admite la observacion como origen de ideas, en la misma forma que lo hacen los empíricos, pero se diferen-

cia de ellos en que admite además la razon pura, como origen de las ideas, que no aparecen en forma sensible, pero como no asegura su realidad, y las reduce á ser puras formas del entendimiento, mata la metafísica y hace imposible su estudio. ¿Pero de dónde deduce Kant que las ideas metafísicas hayan de ser puras formas de nuestro entendimiento, y que variarian ellas si nuestra organizacion intelectual variara, y que esto mismo no pueda suceder con las ideas suministradas por la observacion? Si nuestra organizacion variara ¿se sabe si apareceria á nuestros ojos el mundo sensible lo mismo que es? Kant con su razonamiento destruye toda certidumbre y mina por su base toda la ciencia, y en un sistema en el que se proclama un escepticismo absoluto, no es extraño que se desconozcan las ventajas de la metafísica y que se desprecie su estudio.

En direccion absolutamente opuesta los filósofos de la escuela ontológica han destruido la metafísica á fuerza de exagerarla, sacándola de sus condiciones naturales. Es cierto que Servet, Spinoza, Hegel y todos los demás presentan magnificas e popeyas, en las que aparece bajo el principio de unidad, descubierto el enigma del universo, pero estos no son mas que sueños que se han ido reemplazando unos á otros, sin que la ciencia ni el buen sentido hayan encontrado ni uno solo en que poder cimentar. Estos sistemas, llenos de originalidad y de grandeza, descansan en los datos que suministra la razon pura de causa, de sustancia, de espacio, de tiempo, pero desentendiéndose de los datos que suministra la observacion y entregándose al puro razonamiento presentan sus construcciones lógicas, como el verdadero desenlace de todos los misterios que encierra el universo, pero que por desgracia las tales construcciones están en completa contradiccion con la realidad de este mundo. No, esta no es la ciencia ontológica, esta no es la verdadera metafísica, la cual, si bien no podria existir sin los datos suministrados por la razon pura, esto es, no podria existir sin las nociones de causa, de sustancia,

de espacio, de tiempo, tambien es un hecho infalible que para que se cree la verdadera ciencia metafísica no basta saber que todo fenómeno tiene una causa, que todo atributo pertenece á una sustancia conforme á las inspiraciones de la razon pura, sino que es preciso bajar la mano y averiguar cuales son estas causas, estas sustancias, estos seres que pueblan este universo, descubriendo las relaciones que ligan los fenómenos que observamos con las causas que han debido producirlos, y de este modo nuestras indagaciones patentizarán la naturaleza de los seres invisibles que se ocultan á la observacion. Solo así la ontología puede llegar á ser una verdadera ciencia, porque no hay otro camino legítimo para el descubrimiento de las verdades ontológicas, que el estudio de las relaciones que ligan los datos de la observacion á los datos suministrados por la razon pura, y si bien ligado nuestro entendimiento á tan estrechos límites, se cierra la puerta á esas magnificas síntesis que tanto admiramos, tambien los resultados, aunque modestos, son mas aceptables á la humanidad, porque se aproximan á la realidad de las cosas, ponen en armonía lo que sabemos del mundo visible con el mundo invisible, hacen realizable la ciencia ontológica, justifican nuestras esperanzas y nuestras aspiraciones, y patentizan la soberana inteligencia que gobierna al mundo.

Ha sido una desgracia para esta ciencia, que algunos filósofos, que han merecido el concepto de genios, se hayan dejado llevar del poder de su imaginacion, para lanzar al mundo sistemas llenos de novedad y atrevimiento, que si por un momento deslumbran, descubren, luego que se les profundiza, el vicio capital que abrigan en sus entrañas, y desvanecida así toda esperanza, y perdida toda ilusion, se ha concebido un desprecio absoluto para con una ciencia que á tales delirios nos conduce. No, la metafísica es una ciencia verdadera cuando se la somete á sus naturales condiciones; cuando se busca la realidad del ser sin perder de vista la realidad de este mundo, la metafísica es la es-

presion clara de la razon humana, auxiliada del sentimiento del infinito, que responde á las mas caras y mas nobles necesidades del corazon, y que por medio del magnifico espectáculo que tenemos á la vista, presenta á la adoracion y al amor del género humano un ser real, infinito, omnipotente. No seamos ambiciosos, abandonemos en esta ciencia el sistema de brillantes hipótesis, que tan tristes resultados ha dado hasta ahora, ciñamos nuestras investigaciones á las ideas que nos suministra la razon como base de todas las operaciones de nuestro pensamiento, pero combinándolas con los datos que nos suministra la observacion sin separar la razon de la conciencia, ni la conciencia de la libertad, ni la libertad de las demás fuerzas que ella supone, y sentada de esta manera la metafísica en su verdadero cimiento, recobrará su influencia y el alto puesto que la está señalado en ventaja de la moral, de la religion y de la filosofia. No hay remedio, todo sistema filosófico que se desentiende de los datos de la observacion, y que quiere construir la ciencia sin el intermedio de los hechos, se pierde irremisiblemente en el inmenso campo de las hipótesis. Desde el momento que prevalidos los filósofos de ciertos principios absolutos, se entregan á las deducciones del puro razonamiento, es bien seguro que jamás llegarán á la realidad que se trata de conocer, jamás se fijarán en el hombre, en el mundo, en Dios, y cuanto mas fecundo sea el principio en que apoyen sus razonamientos teóricos tanto mas escéntricas serán sus teorías, porque tanto mas se alejarán de la realidad que es la que constituye la legitimidad de la ciencia.

El estudio de la metafísica tiene que comenzar por el conocimiento de nosotros mismos. Las revelaciones de nuestra conciencia son la base de todas las indagaciones ontológicas. Tenemos instintos, tenemos apetitos, tenemos sensaciones groseras, fenómenos todos hijos de nuestro organismo, y que tienen por término la conservacion de la vida. Pero por cima de estos elementos empíricos, tenemos mas, tenemos otras facultades, te-

nemos inteligencia, voluntad, sentimiento, imaginacion, que elevan nuestra alma á regiones mas altas, y que en muchas ocasiones están en contradiccion con las emociones físicas que experimentamos en este mundo. ¿No se ve á nuestra inteligencia escudriñar las entrañas de nuestro globo, indagar las especies que han debido habitar en su superficie, desentrañar la historia de los pueblos mas remotos, buscar el origen de todas las cosas y lanzarse por cima de nuestras cabezas en busca de esos mundos rutilantes que pueblan el globo, para conocer las leyes que les rigen y la marcha que llevan en su magestuoso movimiento? ¿No vemos á nuestra imaginacion en alas de la poesía y del arte romper las cadenas que nos ligan á la tierra y crear un mundo en el que brilla la perfeccion moral, elevando nuestro ser á la region de los ángeles? ¿Qué significan los arranques del sentimiento, que estando por cima de las concepciones de la razon y del vuelo de la imaginacion, llenan el alma de amor, de admiracion y de fé, sin encontrar palabras para explicarlos? ¿Y no ha de tener un origen esta tendencia irresistible que se abriga en el fondo de nuestras almas hácia lo verdadero, lo bueno, lo bello? ¿Serán estas magníficas ideas que absorben todo nuestro ser palabras vacias de sentido, cuando las concebimos como necesarias y absolutas, y cuando nos vemos forzados á atribuirles, fuera de las cosas finitas de este mundo, una existencia infinita, eterna, centro de toda existencia, de todo movimiento y de toda vida? Si, en el fondo de todas estas ideas aparece una realidad, y esta realidad es el infinito, que nos revela los fenómenos del espíritu, las ideas y los principios de la razon y el magnífico cuadro que presenta la naturaleza.

Estudiémonos á nosotros mismos, vayamos de lo conocido á lo desconocido, y la metafísica se hará una realidad. Estudiemos nuestra organizacion intelectual, y veremos que por cima de la sensacion que nos pone en comunicacion con los cuerpos, por cima de la conciencia que nos da á conocer las profundidades de

nuestro ser, nuestra inteligencia posee un gran número de ideas necesarias, que no pueden entrar por los sentidos, que no nos da la conciencia, y que, sin embargo, constituyen la base principal de nuestros conocimientos. Estas ideas necesarias son las de sustancia, de causalidad, de inmensidad, de eternidad, de belleza, de bien, de verdad, que no pudiendo existir por sí mismas, suponen un centro comun, un ser, un Dios eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma. Dios, autor del orden y de la vida, se revela al alma humana por su accion incesante, rodeándola con el brillo de su luz, y someténdola á la irresistible impresion de su poder, y este conocimiento, que eleva nuestra inteligencia por cima del firmamento, es obra de la razon, de esta facultad sublime, que pone nuestro espíritu en comunicacion con la verdad infinita. Asi por el solo estudio de las leyes de nuestra inteligencia, y sin perder de vista el mundo fenomenal, en el que se desenvuelven nuestras facultades, pasamos naturalmente de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo universal, del mundo de las sensaciones al mundo de las ideas, del empirismo al idealismo, centro de la verdadera metafísica. Estudiémonos, y veremos, que la idea que se opera en nuestra alma es la forma inteligible del ser, que es el limite, en que vienen á encontrarse el ser y el pensamiento, y es el punto de fusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo infinito y de lo finito. La naturaleza en su grandeza es una manifestacion de Dios, pero es una manifestacion débil, mientras no se desprende de sus formas materiales, mientras no se la reduce á una idea operada en nuestra inteligencia, mientras no aspira á lo absoluto y á lo eterno. En medio de la variedad que presentan las ciencias en sus distintas combinaciones, en medio de las formas sensibles y tambien variables de las artes, se descubre un punto fijo, que es la unidad, centro de todos los conocimientos, y este descubrimiento es obra de la idea, que conmueve el espíritu, y de esta manera el estudio del alma, el estudio

de nosotros mismos es la base de la verdadera ciencia, y la prosecucion de este ideal es el objeto de la alta filosofía, por mas que en toda su estension nos sea irrealizable. Pero este estudio de nosotros mismos, este estudio de la idea que se realiza en nuestra alma, no ha de hacerse bajo la estrecha teoría de Kant, que convierte las ideas en formas subjetivas, y sin ninguna relacion con el ser; ni bajo la teoría de Hegel, que las identifica con el ser, sino que es preciso considerarlas como formas absolutas del pensamiento, que distinguiéndose del ser, tienen con él una conexión íntima y necesaria. La idea no es el ser, sino que es una simple forma del ser y del pensamiento á la vez, de tal manera, que el ser y el pensamiento coinciden en la idea, resultando de aqui, que el estudio de la idea que se realiza en el alma, y el estudio del alma misma, constituyen el verdadero fundamento de las indagaciones metafísicas. De esta manera, del estudio de nosotros mismos nos lanzamos, por las ideas, al mundo invisible, donde todo es grande, todo es magnífico, porque nos aproxima á la perfección, porque nos descubre los tipos del bello ideal, que en vano se buscan con los ojos del cuerpo.

Pero si el estudio de nosotros mismos nos pone en el verdadero camino, para que las indagaciones metafísicas den su verdadero fruto, no se pierda de vista, que el objeto de esta ciencia es el estudio del infinito, y que si es absolutamente indispensable dar su parte al razonamiento y á la experiencia, para evitar extravíos, siempre en el fondo aparece algo de incomprensible, que es objeto, no de la convicción, sino de la creencia, no de una certidumbre rigurosa, sino de la fé, no de la razon sino del sentimiento. En esta region elevada campean los sentimientos grandes, y que son grandes por lo mismo que se oscurecen en el fondo del infinito. Esta fé verdaderamente filosófica es la que nos introduce en el dominio de la realidad, y nos da á conocer, no formas, sino la existencia misma de los objetos, sobre los que se ejercita nuestra inteligencia. Si los sentidos y la conciencia nos

dan á conocer los fenómenos del mundo exterior y del mundo interior; si el razonamiento nos conduce al descubrimiento de las relaciones que les ligan; y si la razón nos descubre las primeras verdades, los principios *à priori*, base y fundamento de toda verdad y de toda certidumbre, existe por cima de todo, otro elemento que desborda todas nuestras ideas, todas nuestras facultades comprensivas, y que de no tomarle en cuenta se harian ilusorias todas nuestras indagaciones metafisicas. Este elemento es la creencia inquebrantable é irresistible, de que mas allá del ser que concebimos está el ser que no concebimos, y que no podemos someter á las formas determinadas que le puede dar nuestra inteligencia. Es la creencia que inspira al poeta, que inflama al orador, que entusiasma al artista y que constituye la fé del género humano en lo incomprendible y en lo absoluto. Estudiémosnos á nosotros mismos, y vayamos de lo conocido á lo desconocido, pero no olvidemos este elemento, que se halla en el fondo de los estudios metafisicos, y sume el alma en la contemplacion del infinito, centro de toda realidad. Es cierto, que nuestra inteligencia finita no puede penetrar en las últimas profundidades del infinito, pero como la idea del infinito existe en su alma, y es la primera base de su existencia intelectual y moral, no dude en abordarla, pero llevando en la mano la antorcha de la observacion y de la esperiencia, para conciliar asi los datos que estas suministren, con las inspiraciones que imprime aquella region tan sublime como desconocida, tan encantadora como incomprendible.

Sentada esta base para las indagaciones metafisicas, son inmensas las ventajas que puede proporcionar su estudio. Teniendo una conciencia perfecta de todas las leyes y de todas las formas determinadas de nuestra inteligencia, creeremos en el infinito, que está por cima de nosotros, y creeremos en el finito, que está fuera de nosotros. El infinito es el ser en sí, y sin esta verdad objetiva y absoluta, sin este infinito en sí no puedo comprender

la existencia del mundo exterior, y así Dios, la naturaleza y el alma humana son tres términos de la existencia que se hallan tan ligados en nuestro espíritu, que es imposible desechar uno, sin desechar igualmente los otros dos. Se admite el infinito con lo finito, y nos veremos libres del panteísmo; se admite lo finito con lo infinito, y nos veremos libres del ateísmo y del materialismo; se admite el finito y el infinito, y nos ponemos en las verdaderas condiciones de la metafísica, é iluminados con la antorcha de la fé filosófica, abordaremos el problema de nuestro destino, y comparadas las miserias á que estamos espuestos en este mundo con el horizonte inmenso que abren, delante de nosotros, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestras facultades y nuestros deberes, concebiremos la existencia de una vida inmortal, donde reciban su natural solución las contradicciones de este mundo.

El cultivo que recibe el alma con los estudios metafísicos es inmenso. Las ideas abstractas suponen ya una meditación profunda, que nos hace percibir los menores hilos de nuestros pensamientos, y las relaciones que ligan las ideas mas lejanas en apariencia, y buscando la solución en el foco del alma, se ensancha el espíritu, y desde el fenómeno físico mas insignificante hasta las primeras verdades en el orden moral se advierte el encadenamiento maravilloso, que liga al conjunto, y que en su universalidad es objeto de las ciencias metafísicas. Así se ha visto, que mientras los filósofos empíricos encerrados en el estrecho círculo de la sensación, buscan el origen de las bellas artes en la simple imitación de la naturaleza, se lanzan los filósofos idealistas en busca de la belleza ideal, y encuentran en los sentimientos innatos del alma, los materiales para dar forma y vida á los cuadros de Murillo, á las concepciones delicadas de Garcilaso, haciendo conocer al hombre su grandeza y su dignidad, para ocuparse de lo eterno y de lo invisible, en medio del elemento grosero que le rodea. Útil y aun necesaria es la experiencia, para averiguar las

leyes que rigen al universo, pero tambien obrando asi, se estrecha el alma en el pormenor de los detalles, mientras que entregado el filósofo idealista á la contemplacion de los primeros principios, predice por el pensamiento lo que la observacion viene despues á confirmar. A concepciones de este género se deben el descubrimiento de un nuevo mundo, la ley de la atraccion universal, la existencia de algunos planetas, la inamovilidad del sol. El filósofo idealista ve en el alma un reflejo del universo entero, y fija su mirada en el principio de unidad, cree descubrir el lazo que liga el mundo fisico con el mundo moral, el mundo de las sensaciones con el mundo de las ideas, el ideal con lo real, lo real con lo ideal, engrandeciendo asi, con las luces del pensamiento, la ciencia de la naturaleza, del hombre y de Dios. Es verdad, dice Mr. Cousin, que la historia de la metafisica nos presenta sistemas, que se combaten y se destruyen sucesivamente, pero no todo perece en esta incesante destruccion. La metafisica avanza de ruina en ruina, y marcha al través de los siglos, des- envolviéndose indefinidamente, enriqueciéndose siempre, y presentando con confianza, al siglo que visita, los tesoros que los siglos precedentes han acumulado en su seno. Si se eclipsa momentáneamente de la escena filosófica, no se crea que es para desaparecer sin remedio, sino que tales eclipses son momentos de detenida, que separan una gran época de otra. Como un sistema de metafisica no es nada menos que la sintesis de todas las ciencias especiales, cuando no responde ya á las necesidades siempre crecientes del espíritu humano, cuando el análisis ha descubierto, ya en el mundo fisico, ya en el mundo moral, hechos numerosos y decisivos, que este sistema no puede explicar, entonces la metafisica tiene que sucumbir á los ataques del escepticismo. Pero el escepticismo, que no es mas que un medio y no es un sistema, se retira poco á poco de los espíritus; y al hueco que deja se sucede un nuevo trabajo, que engendra con el tiempo una nueva sintesis. Para quien conoce y juzga bien lo

pasado, es evidente, que la metafísica comienza hoy día á triunfar de las negaciones del escepticismo y de las reservas del espíritu empírico, porque no combatimos por una causa envejecida, sino por una causa siempre jóven, porque es inmortal.

## CAPITULO CUARTO.

### Planteo de la cuestion metafísica en el sistema psicológico.

Grave, gravísima es la situación en que me encuentro cuando del juicio general consignado en el capítulo anterior, tengo que presentar en detalle mis opiniones sobre el sistema del mundo bajo la base psicológica, pero lo que no alcance mi entendimiento, lo suplirá el fin noble que guía mi pluma. Hemos visto la marcha que ha llevado el espíritu humano en sus indagaciones filosóficas desde el renacimiento. Fortificado con las luchas de la escolástica en la edad media, preparó su emancipación en el renacimiento y en medio del combate de todos los sistemas de la antigüedad, que fueron renovados y de la guerra que unos á otros se hicieron, se reconoció el espíritu con fuerzas que no creía tener, y poniendo en tela de juicio el principio de autoridad, resentido ya con los descubrimientos físicos, astronómicos y geográficos del siglo XVI, que minaban por su base las antiguas y venerandas hipótesis, vió que también la razón tiene sus elementos propios y que podía anchamente edificar por su cuenta. Así lo ha hecho, y la esposición de los sistemas filosóficos que acabamos de examinar son una prueba de esta verdad. No son per-

fectos, como lo he hecho ver, descubriendo el vicio que interiormente les corroe, pero en medio de su imperfeccion ¡cuántos bienes, qué de ventajas inmensas han proporcionado á las artes, á la industria, á la moralidad y cultura de los pueblos! Solo la independencia de la razon proclamada por Descartes, cuando el principio de autoridad estaba en su apogeo, causó una verdadera revolucion en los ánimos y la filosofia recibió una direccion desconocida en sus indagaciones. No fué menor la causada por Bacon, proclamando el método inductivo en el estudio de la naturaleza. Los grandes descubrimientos de Newton, Galileo y otros, y cuantos se están haciendo en las ciencias naturales, sirven de prueba de no ser perdidos nunca los trabajos científicos en filosofia, por mas que recaigan sobre sistemas erróneos, porque el genio que los inventa siempre deja á la posteridad algun legado honroso, siempre descubre algunas verdades que aumentan el fondo de riqueza de la humanidad. ¿Qué sistema mas falso en su base, ni mas funesto en sus resultados que el de Condillac, reduciendo todo el mecanismo intelectual á la pura sensacion, que supone ser origen de todas las facultades y afecciones del alma? Sin embargo, el estudio profundo que este filósofo hizo del fenómeno de la sensacion, ha contribuido poderosamente á las indagaciones filosóficas. La fuerza que ha adquirido el principio moral en la pluma de Kant, en su tratado de la *Razon práctica* es un monumento imperecedero que eternizará la memoria de este filósofo. Todos los filósofos han hecho algun descubrimiento, todos han agregado alguna verdad, todos son acreedores al reconocimiento de la posteridad.

Sin embargo, el exámen crítico que hemos hecho de sus sistemas, nos ha hecho conocer los puntos débiles por los que no han podido resistir el ataque. ¿De qué sirve que Descartes proclamara la independencia de la razon, si con su principio de la pasividad de las sustancias dió origen al panteísmo de Spinoza? ¿De qué sirve que Bacon proclamara el método inductivo, si no

comprendió el valor de las causas eficientes y desechó absolutamente las causas finales? ¿De qué le sirvió á Leibnitz restablecer el principio activo á las sustancias, si con sus mónadas encadenó el mundo y destruyó la libertad humana? ¿De qué sirve que Locke aplicara á la filosofía el método baconiano, si lo hizo de una manera estrecha y exclusiva? ¿De qué sirve que Kant sentara sobre tan firmes fundamentos la moral filosófica si entregó el mundo á un escepticismo pavoroso? Y si tendemos la vista por esas *construcciones à priori* que los sucesores de Kant han levantado en el campo del idealismo, nos convenceremos mas y mas, de que para prometerse frutos en las indagaciones filosóficas, es indispensable contener el vuelo de la imaginacion y no llegar á las abstracciones metafísicas sino por rigurosa induccion, en la forma que se practica en las ciencias naturales, creando asi verdaderos sistemas en vez de creaciones fantásticas y de hipótesis aventureras.

Es preciso convencerse que la filosofía está en el mismo caso que todas las demás ciencias, y por lo tanto que para hacer progresos en ella no hay mas camino que uno, que es estudiar los hechos psicológicos sin ningun sistema preconcebido, y por los hechos descubrir las leyes, fijar los principios y llegar asi á las mas elevadas cuestiones ontológicas, teniendo constantemente en la memoria una máxima que debe servir de norte fijo en las indagaciones filosóficas, y es, que la verdadera filosofía no inventa sino que identifica, hace patente y describe lo que realmente existe, sin separarse nunca de las reglas del sentido comun. ¿Se diferencian por ventura algo las cuestiones naturales de las cuestiones filosóficas? ¿No se procede en las primeras por la observacion y por la esperiencia, y por haber procedido asi, no se han hecho los mas brillantes descubrimientos en física, en química, en astronomía y en todas las ciencias naturales? ¿Por qué, pues, no deberemos prometernos iguales adelantos en las ciencias filosóficas si adoptamos la misma marcha con

sola la diferencia del campo en que haya de tener lugar la observacion y del instrumento de que hayamos de valer nos? El mundo fisico está sometido á los sentidos y á la observacion sensible, y el mundo filosófico, es decir, el mundo intelectual y moral está sometido á la conciencia, á la observacion psicológica. Tan hechos observables son los hechos fisicos sobre que descansan las ciencias naturales, como lo son los hechos psicológicos sobre que descansan las ciencias filosóficas. Los sentidos son el instrumento de observacion para los primeros, la conciencia es el instrumento de observacion para los segundos, y en ambos se camina de los hechos á los principios, para descubrir por induccion las leyes que les rigen, porque lo mismo el mundo fisico que el mundo intelectual y moral, están sometidos al orden que Dios imprimió á su obra al soltarla de sus manos.

Es preciso penetrarse bien de la verdad de lo que llevamos expuesto. ¿Cuál es la realidad que en el mundo intelectual y moral puede estar sometida á nuestra observacion? El principio que en nosotros mismos siente, piensa y quiere. Estudiemos, pues, este principio por medio de la conciencia, porque solo la conciencia nos puede dar á conocer los fenómenos que se desenvuelven en el interior de nuestro ser, y estudiados los hechos psicológicos descubramos la existencia, naturaleza y leyes del mundo intelectual y moral por medio de la induccion. De manera, que asi como las ciencias naturales descansan en el conocimiento del mundo fisico por medio de la observacion sensible, asi las ciencias filosóficas descansan en el conocimiento de nosotros mismos por medio de la observacion psicológica. Estudiados los hechos se fijan los principios á que están sometidos como obra de la induccion, hasta llegar, de hechos en hechos mas generales y de principios en principios mas generales, á un pensamiento matriz, que preste materia á una deduccion lógica y á una sintesis absoluta que explique el enigma del universo. Este y no otro es el camino del progreso en las ciencias filosóficas, porque

es el único que paso á paso, sin el peligro de las hipótesis, conduce á la verdad. A la vista de un paisaje desconocido el observador estudia minuciosamente todas las partes que le componen, examinando los valles, los cotos, las alquerías y todos los accidentes de localidad, sin desentenderse de las producciones, calidad de terrenos, influencia del clima y cuantos datos sean indispensables para adquirir un verdadero y detallado conocimiento. Estudiados los objetos y las relaciones que los ligan, se coloca en un punto que todo lo domine, y entonces el observador, dando expansion á su alma, contempla aquel paisaje, sus contornos, su situacion respecto al conjunto del universo y todas sus relaciones generales, y auxiliado de las concepciones puras de la razon, facultad de lo absoluto, fija su pensamiento uno, universal, necesario, y redescendiendo lanza una sintesis que pone en evidencia en su conjunto el pais sometido á su exámen, y este arranque del genio lo hace con toda la confianza de quien se ha asegurado de antemano de todos los detalles. Por este método han progresado las ciencias cosmológicas, valiéndose de la experiencia sensible como base, y de las concepciones puras de la razon como término. Por este mismo método tienen que progresar las ciencias filosóficas, valiéndose de la observacion psicológica como base, por ser los hechos sobre que recaen, no sensibles, sino inteligibles, y generalizando estos por las concepciones puras de la razon, rehacer despues la obra analítica é inductiva por medio de la *sintesis*, que es la antorcha de la ciencia, porque es la que presenta toda la grandeza del pensamiento y hace vislumbrar el pensamiento de Dios.

¿Y este mismo método no ha sido observado por todos los filósofos? No, y la gloria de este descubrimiento es debida toda á la escuela escocesa. Hasta ahora, es cierto que los filósofos han consagrado sus vigiliass al estudio del espíritu humano, pero no lo han hecho en el sentido de conocer primero los hechos, para despues sentar las cuestiones por los resultados de los hechos,

sino que han adoptado un rumbo enteramente contrario, han preconcebido un sistema, y han estudiado despues los hechos psicológicos para acomodarlos á los sistemas. Asi hemos visto á Descartes sentar como base de su sistema de que «sentir y querer es pensar» para venir despues Condillac y decir «pensar y querer es sentir» y lanzarse uno y otro al estudio del alma, no para estudiarla, sino para acomodarla á su respectivo sistema. ¿Qué le sucedió á Kant por querer encerrar la metafisica en el yo, como base de su sistema preconcebido? Que se vió arrastrado por la lógica al mas exagerado escepticismo, por el estudio que hizo del yo para acomodarle á su sistema, dando origen á que Fichte, arrastrado tambien por la lógica, dijera con mucha razon: si todo se encierra en el yo, el yo es el creador del mundo, la humanidad y Dios. ¿Qué sucedió en la edad media con la escolástica? Que sin curarse del estudio de los hechos, ni en el mundo físico, ni en el mundo intelectual y moral, se lanzaron á la discusion de las cuestiones preconcebidas, como la famosa de los universales, y eternizaron las disputas, sin poder dar un solo paso en el terreno de la verdad, de las mejoras y de la civilizacion. La gran conquista del siglo XIX en filosofia no es el haber resuelto las grandes cuestiones que interesan á la humanidad, lo que está reservado á los siglos venideros, sino el haber descubierto el método para abordarlas y resolverlas, y este descubrimiento ha sido el fruto penoso de tantas esperanzas defraudadas en los muchos sistemas que han venido sucediéndose unos á otros, y arruinándose mutuamente, sin que haya podido la humanidad fijarse en ninguno. Este cuadro desconsolador ha estrechado al espíritu humano á reducir sus pretensiones, comenzando por el estudio de sí mismo, por el estudio de los hechos psicológicos, y por ellos y sus leyes resolver las mas encumbradas cuestiones ontológicas. Solo el siglo XIX puede graduar el gran mérito de nuestro Luis Vives, cuando en el siglo XVI clamaba con tanto ardor por la mejora y perfeccionamiento de los métodos.

No hay remedio, la filosofía se halla hoy en el mismo caso en que se encontraron las ciencias naturales antes de aplicar el método baconiano. Es preciso abandonar todos los sistemas conocidos, es preciso abandonar el régimen de las cuestiones, y comenzar la filosofía por el estudio de los hechos psicológicos, los cuales nos darán á conocer las leyes de la naturaleza moral é intelectual, y descubiertas estas, tendrá lugar entonces una gran síntesis que será una verdadera antorcha que ilumine la ciencia. En prueba de ser este el verdadero camino de descubrimientos, basta examinar todos los sistemas filosóficos que nos han precedido, y en ellos advertiremos los esfuerzos que sus autores han hecho, no de propósito, sino instintivamente, para buscar en la naturaleza humana el apoyo y la solución de sus sistemas. Así sucedió á Locke, Descartes, Leibnitz, Kant y todos los grandes filósofos, quienes sondearon profundamente muchos hechos del alma, si bien lo hicieron, no para ilustrarlos y esclarecerlos como base y fundamento de la ciencia, sino para aducirlos como prueba de la tesis ó pensamiento creador de su filosofía. Este ha sido su error, y error influyente en el porvenir de la ciencia, puesto que examinados los hechos psicológicos bajo una faz determinada y con intención decidida de servir á un pensamiento dado, faltó la independencia que necesitan las indagaciones filosóficas, para caminar de los hechos á las leyes y de las leyes á la solución de las cuestiones. En apoyo de esta necesidad de desentenderse de todo sistema, estudiar los hechos, las leyes y las cuestiones por su orden, y encumbrarse con paso firme hasta donde sea dado llegar á nuestra inteligencia, no solo tenemos el buen sentido y el razonamiento, sino la experiencia de las ciencias naturales, de haber hecho mas progresos en ochenta años con la aplicación del método inductivo, que se habian hecho en los veinte y dos siglos precedentes, por el empeño de haber querido, que el razonamiento puro supliera á la observación y á la experiencia, y que quimeras ridículas ocuparán el lugar de ver-

daderos descubrimientos. La filosofía tiene que entrar por este mismo camino, porque es el único de salvacion si ha de llegar á la altura á que está llamada por sus altos destinos.

Y bien, si la filosofía no puede reconocer otra base que el estudio psicológico de los hechos y por una rigurosa induccion encumbrarse á la solucion de las cuestiones, si es preciso levantar de nuevo el vasto edificio filosófico ¿habrán sido perdidos para la ciencia todos esos sistemas, que han conmovido el mundo, formados por los hombres mas eminentes que han honrado la humanidad? ¿Serán perdidos para la ciencia esos monumentos, en que se hallan grabados los arranques del genio de los Platones y Aristóteles, de los Descartes y Leibnitzes, de los Lockes y Kanes? No, y mil veces no. Estos monumentos son impercederos, y si bien por no haber seguido en sus descubrimientos el método psicológico, el verdadero método, representan sus sistemas, en el derrotero de la ciencia, escollos que es preciso evitar, ofrecen, sin embargo, en sus detalles, ideas grandes, pensamientos elevados, sagacisimos análisis de los hechos de la conciencia y materiales inmensos, que el psicólogo, en el nuevo método, debe utilizar en beneficio de la ciencia, ahorrándose asi trabajos inmensos, que sin tales preliminares tendria que practicar. ¿Cómo es posible que se pierdan para la ciencia el análisis psicológico de Smith sobre la simpatía, el de Dugald-Stewart sobre la asociacion de las ideas, el de Condillac sobre la sensacion, el de Kant sobre el principio moral, y el de tantos filósofos, cuando no hay uno que no haya profundizado algun hecho del espíritu, cuando no hay uno que no haya penetrado los mas íntimos repliegues de la conciencia humana? La filosofía está ahora iniciada en el camino de los descubrimientos, pero no puede hacerlo rompiendo con todo lo pasado, porque seria una imperdonable insensatez. Variar el método y utilizar los descubrimientos de todos los filósofos predecesores, que es el trabajo acumulado de los siglos, es la gran mision que tienen que desempeñar, cuantos

quieran llevar una sola piedra para el levantamiento del grande edificio de la filosofía, que el siglo XIX está llamado á levantar sobre la observacion psicológica, como lo estuvieron los siglos XVII y XVIII para elevar, á la altura en que hoy se hallan las ciencias naturales, sobre la observacion sensible.

Lejos de renegar de la historia, es preciso buscarla con esmero, seguir el curso que han llevado los sistemas, coger la clave de cada uno, poner en evidencia su vicio radical, patentizar sus ventajas y sus inconvenientes, sus bellezas y sus errores, hacer la comparacion de unos con otros, adquirir fuertes afecciones á favor de los grandes filósofos, penetrar las mas altas cuestiones, cultivar el espíritu y fortificar el amor á la ciencia. Los mismos extravíos, que constan de la historia, y que en nuestra condicion presente son un preliminar forzoso de la verdad, sirven de aliciente, para lanzarse con confianza en alta mar en busca de puerto, salvando todos los escollos que ya son conocidos. Es cierto, que los sistemas en su conjunto no nos dan á conocer la verdad, cuando les hemos visto nacer unos para morir otros, y caminar todos de ruina en ruina, pero son tantas las bellezas que encierran, tan altos los pensamientos que en ellos pululan, y tan magnificas y elevadas sus inspiraciones, que al leerlos y contemplarlos, el alma, llena de fé y de esperanza, ve abrirse delante de sí un horizonte inmenso, que le dice:—no te desanimes, alli está el infinito, origen de la grandeza de tu ser y término de tus aspiraciones, no desconfies de tu razon, que es un destello de la divinidad, estúdiate á tí mismo, y por el estudio de tí mismo tendrás en tu mano el hilo, que te conduzca en el laberinto de la vida, y quizá te descubra el enigma del universo. Estudia la historia, mírala como un arsenal inmenso, en el que están acumulados los trabajos de las cabezas mas privilegiadas del mundo, utiliza los preciosos despojos que yacen en torno de los vastos edificios levantados por estos hombres, y derruidos por la accion del tiempo, de la ilustracion y de la crítica, y tomando por base el

estudio de tí mismo, sin ningun sistema preconcebido, en la forma que se está verificando en el estudio de las ciencias naturales, y cuyo método es la gran conquista del siglo XIX, cuenta como seguro, que estarás en el camino de los descubrimientos, y que no hay mas antorcha que ilumine con seguridad en el camino de la ciencia, que el método psicológico.

Cuando se trata de poner en práctica esta doctrina, cuando se trata de poner en ejecucion este nuevo método ¿qué podré hacer yo con mi pobre inteligencia? En los demás sistemas ha sido sumamente fácil la esposicion y crítica. Unos filósofos sentaron las bases, otros las desarrollaron, otros las combatieron y criticaron, presentando cada sistema un verdadero drama con su accion principal, sus incidentes, sus alternativas y su desenlace en el curso de los siglos, y ha sido fácil presentar el conjunto sin mas elementos que la erudicion, el buen sentido y una racional crítica. En el sistema psicológico cambia absolutamente el teatro. La escuela escocesa es la primera que ha iniciado este movimiento, y no ha hecho mas que señalar el camino, que debe de seguirse en las indagaciones filosóficas, no ha hecho mas que recomendar el método psicológico, en la forma que Bacon recomendó el método inductivo en el siglo XVII, y si bien lo mismo Reid que Dugald-Stewart se han puesto á la obra, analizando varios fenómenos del espíritu como la percepcion, la asociacion de ideas y otros varios, se consideran ellos mismos muy distantes de haber llegado al término de la ciencia. Trabajos delicados en este mismo sentido han sido ejecutados en Francia por Royer-Collard, Cousin, Jouffroy, pero unos y otros no han tenido poco que hacer con desembarazar el camino, destruyendo las semillas del sensualismo, que tan arraigado estaba en Francia é Inglaterra, y probando victoriosamente la escelencia del sistema psicológico. El mismo anunciado de este sistema está indicando, ser obra de muchos hombres y de algunos siglos, porque siendo su base el conocimiento profundo de todos los fenómenos del

espíritu humano, sin ningun plan preconcebido, es claro, que no es obra ni de un dia, ni de un hombre, y que requiere los esfuerzos combinados de todos los que con fé y resolucion se consagren á la ejecucion de tan grandioso pensamiento. Y en un sistema donde todo está por hacer, donde solo está indicado el camino que debe seguirse ¿qué partido podrá tomar mi inteligencia, privada de los recursos que da el genio, para presentarse como colaborador? Colgar su pluma, y dar por terminada su tarea, que solo se consideraba comprometida, hasta dar á conocer los sistemas filosóficos desde el renacimiento, y dado á conocer está un sistema, que vive en esperanza, y su mérito consiste solo en el método, cuando se evidencia este como se acaba de hacer en este capítulo, á la manera de las estátuas puestas en los caminos públicos, que apuntan con el dedo el rumbo que debe llevar el caminante, para que no sufra el menor extravío.

Sin embargo, visto el valor, estension y desenlace que han tenido los sistemas que hemos examinado; teniendo en cuenta los flancos débiles por donde han sido combatidos, y no perdiendo de vista los inmensos trabajos que por espacio de siglos han venido acumulándose sobre todos los fenómenos del espíritu humano, quizá pueda hacerse una tentativa para presentar el origen, marcha y término de las ciencias filosóficas, conducidas por el método psicológico. No podrá hacerse en sus detalles, pero podrá llegarse, por el estudio del yo, á una altura desde donde puedan registrarse todos los departamentos de la ciencia, siguiendo paso á paso, aunque á grandes rasgos, la averiguacion de los hechos, el descubrimiento de las leyes, la solucion de las cuestiones. Conozco sobradamente ser esta una tentativa muy superior á mis fuerzas, pero mi voluntad y mi amor á la ciencia suplirán lo que falte á mi entendimiento, y si consigo con mi pobre ensayo despertar los ingenios de nuestra juventud, nacida en la feliz época de ser de derecho comun la libertad de pensamiento, me daré por indemnizado con solo la esperanza de

que esa misma juventud, saliendo del estrecho círculo de la erudición y de las mezquinas enseñanzas que está recibiendo en nuestros establecimientos científicos, se convierta en creadora de la ciencia, y se una bajo nuestra bandera nacional al movimiento filosófico, para que también por este rumbo ocupe nuestra nación el lugar que la corresponde en el mundo civilizado.

A pocos puntos está reducido mi pensamiento, se justificará la legitimidad del método inductivo para las ciencias filosóficas, y en seguida el estudio del yo, el conocimiento del no-yo y la aplicación del elemento que liga el yo con el no-yo, presentando como consecuencia infalible, el mapa-mundi de la ciencia en toda su inmensidad, serán objeto de mis indagaciones en los capítulos siguientes.

## CAPITULO QUINTO.

Los fenómenos psicológicos en las ciencias filosóficas son susceptibles de observacion, como lo son los fenómenos físicos en las ciencias naturales.

Siguiendo á Mr. Jouffroy para la demostracion de lo que intentamos probar en este capítulo, diremos que los que solo viven con los sentidos del cuerpo ó que tienen contraido hábito á fijarse solo en los hechos físicos, como sucede á los que están consagrados al estudio de las ciencias naturales, tienen por una paradoja, que los hechos psicológicos, como la percepcion, la volicion y demás actos internos del alma estén sometidos á la observacion, por estar en la creencia de que no hay mas hechos reales, ni que puedan probarse que los que están sometidos á los sentidos, y hay necesidad de deshacer este error, como que si los hechos psicológicos no fueran susceptibles de observacion, quedaba minado por su base el sistema que intentamos dar á conocer, que es el método baconiano aplicado al estudio del alma. Bacon dijo, si se quiere que las ciencias progresen, comiéndose por observar los hechos, y observados y valiéndose de ciertos principios que suministra la razon, háganse las inducciones que convengan para conocer las leyes á que están sometidos los

hechos observados, y con estos datos resuélvanse las cuestiones. Y como esta doctrina se aplicó á las ciencias naturales, que recaen sobre hechos sensibles, y se advirtieron los grandes progresos que las mismas han hecho siguiendo este método, se creyó que la doctrina de Bacon solo era aplicable á las ciencias naturales, y que no alcanzaba este remedio para las ciencias filosóficas. Y ahora pregunto yo ¿no hay otros hechos que se escapan á la vista, al oído, al tacto y demás sentidos, y que sin embargo son muy observables y muy susceptibles de identificarse con toda certidumbre? Hay sí dos especies de hechos, unos sensibles, como los hechos físicos, astronómicos, químicos, etc., y otros no sensibles, es decir, que no se tocan ni se palpan, como son los hechos internos del alma, y á estas dos especies de hechos corresponden dos clases de observaciones. ¿Y no es tan real y verdadera la existencia de los hechos físicos como la existencia de los hechos internos del alma? ¿No es tan real y verdadera la existencia de un cuerpo en la naturaleza como la existencia de una volición en el alma? No hay mas diferencia que los hechos son distintos, pero ambos son hechos reales, susceptibles los primeros de inducciones para fundar las ciencias naturales, y susceptibles los segundos de las mismas inducciones, para fundar las ciencias filosóficas con la misma certidumbre las unas que las otras.

No hay nadie, absolutamente nadie, que ignore lo que se pasa dentro de sí mismo, en el santuario de sus sensaciones, de sus pensamientos, de sus determinaciones, y nadie por abstraído que esté de cuantos objetos exteriores le rodean, que no pueda dar razon si se le pregunta de lo que en aquel acto esté pasando en su conciencia. Esta percepcion continua de nuestro estado interior, no es obra de los sentidos, y produce la conviccion mas profunda de cuanto puede imaginarse. ¿Cómo puede negarse á nadie, que piensa, que desea, que quiere, que se acuerda en el acto mismo que está pensando, deseando, queriendo, y acordándose? Estos actos del alma son, por lo menos, tan ciertos,

como lo que vemos por nuestros ojos y tocamos con nuestras manos. Supuesta la unidad de la inteligencia humana, de la que no puede dudarse, la misma inteligencia es la que percibe las cosas exteriores que la que siente los fenómenos internos, la misma la que percibe los cuerpos que la que distingue, asocia y clasifica las ideas, y si es una misma inteligencia la que ve por los sentidos exteriores lo que se pasa fuera, y que siente por la conciencia lo que se pasa dentro de nosotros, no hay razon para negar su confianza, ni á lo que atestiguan los sentidos ni á lo que atestigua la conciencia, y debe tenerse por tan cierto é incontestable lo uno como lo otro, siendo en ambos casos la verdad la que llega por distintos conductos. De aqui resulta una verdad importante, y es que nuestra inteligencia tiene dos caminos para adquirir conocimiento, uno para lo de fuera por el intermedio de los sentidos, y otro para lo de dentro, sin ningun intermedio, por la conciencia. El primero se llama observacion sensible, el segundo observacion interna ó psicológica. Ambas observaciones son claras, reales y positivas, y que tienen igual autoridad.

Estas dos observaciones tienen cada una su esfera especial y distinta, de manera que los sentidos no pueden penetrar en la esfera de la conciencia, ni la conciencia en la esfera de los sentidos. Nada de lo que pasa dentro de nosotros es perceptible por los sentidos, nada de lo que pasa en los sentidos es perceptible á la conciencia. El fenómeno de la sensacion ofrece un ejemplo bien patente. Se compone de dos partes distintas. Una impresion material producida sobre uno de nuestros órganos por una causa cualquiera se trasmite al cerebro por medio de los nervios, y resulta en nosotros tan pronto un sentimiento doloroso ó agradable, tan pronto un sentimiento y una idea. La necesidad de una accion, de una causa exterior sobre el órgano, y de la trasmision de esta accion al cerebro por el intermedio de los nervios, para que el sentimiento y la idea se produzcan en nosotros es un

dato de la observacion sensible, pero en esta no hay instrumento posible que alcance á descubrir el sentimiento y la idea, estos hechos se escapan á los sentidos. Por el contrario, la conciencia siente perfectamente el placer y el dolor, percibe muy bien la idea, pero no recibe ninguna noción ni del órgano ni del nervio, ni de la impresion hecha sobre el uno, ni de la trasmision operada por el otro, y sin los informes de la observacion sensible jamás la conciencia llegaria á saber que la sensacion y la idea habian sido precedidas en el cuerpo con tales circunstancias. Por consiguiente para conocer completamente el fenómeno de la sensacion es preciso consultar la observacion interna y la observacion sensible, una sola no basta, y es por lo tanto un absurdo querer formar la ciencia con sola la conciencia, como quieren los filósofos, ó con sola la observacion sensible, como quieren los naturalistas. ¿Qué es la conciencia? El sentimiento que el principio inteligente tiene de sí mismo. Este principio se siente, y porque se siente tiene conciencia de todos los cambios, de todas las modificaciones que sufre. Los únicos fenómenos de que puede tener conciencia, son, pues, los que se producen en él. Los que se producen fuera de él puede verlos, pero no puede sentirlos, no puede tener conciencia de ellos. Puede tener conciencia de sus sensaciones, porque es él el que goza y el que sufre; de sus pensamientos y de sus determinaciones, porque él es el que piensa y el que quiere, pero no puede tener conciencia de la contraccion muscular, de la digestion, de la circulacion de la sangre, porque es el músculo el que se contrahe, el estómago el que digiere, la sangre que circula, y no es él. Estos fenómenos para con el yo son exactamente de la misma condicion que los fenómenos de la naturaleza exterior, se producen fuera de él y no puede tener de ellos conciencia.

¿Qué es lo que pasa con los hechos externos? Que el comun de las gentes los ve desapercibidos, mientras el naturalista, fijando en ellos su atencion, estudia su naturaleza y les da á cono-

cer perfectamente. Lo mismo sucede con los hechos internos, no hay nadie que ignore lo que es sentir, desear, deliberar, querer, amar, aborrecer, admirar, despreciar, conocer, comprender, acordarse, creer, etc., el comun de las gentes ejercita todos estos actos á cada momento, pero lo hace sin conocerlos ni estudiarlos, y para que estos actos pasen á ser científicos, tiene que hacer con ellos el psicólogo, lo que hizo el naturalista respecto á los hechos esternos, que es fijar en ellos su atencion y darlos á conocer. Es verdad que el comun de las gentes se fija mas en los hechos esternos que en los internos, nacida esta tendencia del hábito contraido desde la niñez, de fijarnos mas en lo que vemos y tocamos, que en los actos interiores del alma, porque los hechos esternos tienen una relacion directa con la conservacion de la vida, y la satisfaccion de nuestras necesidades, siendo esta la causa de haber progresado mas las ciencias naturales que las ciencias filosóficas. Si bien es cierta esta tendencia hácia el mundo exterior con preferencia al mundo interior, hay, sin embargo, momentos solemnes en que el alma se separa de la via acostumbrada. El silencio, la noche, la soledad, nos llama naturalmente á ensimismarnos, y mas si recae en personas notadas de un temperamento frio y poco susceptible á las impresiones esternas. Un poderoso interés, pasiones vehementes, un amor exagerado conducen ordinariamente á analizar, con una fidelidad prodigiosa, los sentimientos que agitan el alma, y entonces mudos sus sentidos y sin fijarse en los objetos esternos, llega á adquirir una idea clara de las operaciones de su inteligencia, de los movimientos de su sensibilidad y de los demás movimientos habituales de su conciencia, descubriendo en las profundidades de nuestro ser perspectivas inmensas, pobladas de hechos sin número, en los que vienen á resolverse naturalmente las mas altas cuestiones que el espíritu humano puede agitar.

Lo que se acaba de decir, prueba, que los hechos internos

del alma son susceptibles de observacion, y que pueden profundizarse hasta en sus mas recónditos repliegues. Pero no es suficiente este estudio accidental, nacido de las situaciones particulares de las personas, para fundar la ciencia. Para esto es preciso explorar de propósito el campo de la conciencia, estudiar los hechos, no darles tormento para separarlos de su natural tendencia, no poetizarlos, distinguir las circunstancias accidentales que deben reservarse á los pintores de costumbres, de las fijas y permanentes, que deben ocupar un lugar en la ciencia, y mas que todo no amoldar los hechos á sistemas preconcebidos, que es la gran falta cometida por Locke, Leibnitz, Kant y otros, lo que hace imposible toda ciencia. Mientras los filósofos no se limiten á la averiguacion científica de los hechos psicológicos, para deducir de ellos naturalmente las inducciones, que correspondan, y resolver en su vista las cuestiones como hacen en las ciencias físicas los naturalistas, las ciencias filosóficas, entregadas á las hipótesis y á los caprichos de la opinion, quedarán reducidas á la nulidad. Y no se diga, que la averiguacion de los hechos psicológicos no sea una prenda segura para el descubrimiento de las leyes, que rigen y gobiernan al mundo intelectual y moral, porque esta suposicion está contradicha por el orden universal que reina en el universo, y si el mundo material está sometido á leyes, y bajo esta base los naturalistas las descubren con el estudio de los hechos físicos, valiéndose de rigurosas inducciones ¿cómo puede concebirse, que el mundo intelectual y moral estuviera entregado al acaso, sin leyes que le rijan y le gobiernen? Además ¿el estudio de los mismos hechos psicológicos no nos descubre estas leyes á cada paso? ¿Hay un recuerdo en el alma, sin haberse despertado una idea preexistente ya en el espíritu, ni una resolucion sin motivo? Pues estas son leyes, y cuando todas se pongan en evidencia, las ciencias filosóficas serán ciencias exactas.

¶ Pero mas aun, la observacion, que puede tener lugar sobre

los hechos internos, para conocer sus leyes, es mas asequible que la esperiencia, que puede recaer sobre los hechos fisicos en las ciencias naturales. Basta ver los trabajos de los fisicos y químicos, para convencerse de las gravísimas dificultades que han tenido que vencer, para el descubrimiento de algunas leyes, siendo muchos los experimentos que han fracasado, é infinitos todavía los fenómenos, cuyas leyes se ignoran. Las dolorosas esperiencias que todos los días se repiten en anatomía para el estudio de la vida animal y de las funciones de sus órganos en ejercicio; el estudio de los objetos de la naturaleza desparramados por todas partes, desde los astros rutilantes hasta las mas pequeñas moléculas en las entrañas de la tierra, ofrecen inmensos sacrificios, delicadísimos instrumentos y perseverancia á prueba, para descubrir algunas leyes en la naturaleza viva ó inanimada. Pues todos estos obstáculos que se presentan á la observacion sensible, desaparecen completamente en la observacion psicológica. El hombre constantemente lleva consigo el objeto de sus observaciones, que es su alma, sin que se pase un solo instante que no esté en ejercicio alguna de sus facultades, para poderlas observar, cualquiera que sea la suerte que le haya cabido, y esta observacion, lejos de exigir contracciones y dislocaciones como en los hechos fisicos, requiere la mayor naturalidad en el desarrollo de los fenómenos del alma, para verlos con mayor claridad, y los hombres que se consagran á este género de estudios, tienen la inmensa ventaja de no necesitar preparacion ni instrumentos, ni buscar ocasiones, sino que á todas horas, en todos los lugares, y en todas circunstancias, pueden fijar sus miradas sobre las operaciones de su alma, y proseguir el curso de sus indagaciones. Un mismo hecho psicológico aparecerá bajo mil formas, y se verá en claro lo que tiene de accidental para despreciarlo, y lo que tiene de invariable para fundar la ciencia. Porque la observacion psicológica, para ser provechosa, ha de ser muy detenida y circumspecta, repitiéndola cuantas veces sea ne-

cesario, hasta penetrar las leyes y el principio de todo este desenvolvimiento fenomenal. Si la anatomía y la fisiología son ciencias indispensables para el estudio de la medicina, con mas razon el estudio de los fenómenos de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad, será indispensable para la resolucion de cuantas cuestiones se susciten en las ciencias cosmológicas, estéticas, morales y metafísicas, que abrazan todo el saber humano.

Queda, pues, demostrado, que la observacion nos da á conocer los hechos internos, que pueden estudiarse sus fenómenos y sus leyes, que valiéndose del razonamiento pueden hacerse útiles y rigurosas inducciones, y que pueden elevarse las ciencias filosóficas por este camino único seguro, como lo ha sido en las ciencias naturales, á una altura inmensa con resultados positivos, que si bien los hechos de la conciencia son de distinta naturaleza que los hechos sensibles, tan sometidos están los unos como los otros á las miradas de la inteligencia, tan reales y positivos son los unos como los otros, tan competente es la conciencia para dar testimonio de los hechos psicológicos, como lo son los sentidos para darle de los hechos sensibles, y, en fin, que si se sigue con perseverancia el método inductivo en las ciencias filosóficas, su triunfo es infalible, porque descansarán sobre su verdadero cimiento.

## CAPITULO SESTO.

### CONOCIMIENTO DEL YO.

El alma considerada como sustancia.—El alma considerada en sus operaciones.  
—Deslinde del hombre psicológico.—Facultades del alma en general.—De las facultades intelectuales del hombre.—De las facultades activas y morales de hombre.—Instintos.—Del amor propio.—De la facultad moral.

DEL ALMA CONSIDERADA COMO SUSTANCIA. Para fijar bien la cuestion, es bueno hacer la esplanacion del terreno. ¿Qué es el yo, qué es el alma humana? La psicología espermental contesta, que el yo es un principio que siente, que piensa, que quiere, y obra libremente, segun nos lo da á conocer la conciencia, y los filósofos que se han encerrado en este círculo, para buscar el principio constitutivo de nuestro ser, no han penetrado en el fondo, y se han fijado en algunas facultades, convirtiéndolas en centro y esencia de todas las demás. Asi hizo Descartes, que hizo al pensamiento esencia del alma, y como el pensamiento humano es finito, no teniendo un principio que le

sostenga, le fué muy fácil á Spinoza convertir el pensamiento humano en un modo del pensamiento infinito de Dios y crear su panteísmo. Asi hizo Condillac, fijándose en otra facultad, la sensacion, convirtiendo el alma en una coleccion de sensaciones, destruyendo la unidad sustancial. Asi lo hizo Maine de Biran, fijando la esencia del alma en la voluntad, cuando la voluntad tiene sus intermitencias; como se ve en el recién nacido, el dormido, el idiota, que son incompatibles con la idea de persistencia, que se tiene de una entidad sustancial. Es imprescindible el estudio que debe hacerse de las facultades del yo por medio de la conciencia, pero donde acaba esta observacion psicológica, empieza el trabajo de la razon, que nos descubre lo que debe de ser por lo que es. La conciencia nos hace ver, que el yo está dotado de las facultades de sentir, pensar y querer, porque de hecho siente, piensa y quiere, y la razon nos descubre el principio íntimo, el *abstractum*, el foco sustancial, de donde parten esas mismas facultades y las da unidad y fuerza.

Por las esplicaciones que se den sobre las operaciones del yo en su ejercicio, será fácil penetrar su esencia por una rigurosa induccion. En el hombre, segun veremos en su lugar, hay dos vidas absolutamente diferentes, si bien en mútua relacion la una con la otra, que son la vida fisica y la vida intelectual y moral. La vida fisica tiene sus fenómenos propios como la nutricion, la circulacion de la sangre, la digestion, la secrecion de la bilis, etc., que se verifican en el hombre, lo mismo que pueden verificarse y de hecho se verifican en los animales ó cualquiera cuerpo organizado de la naturaleza, y que se estudian y conocen por medio de la observacion sensible, valiéndose para ello de instrumentos materiales, como el escalpelo y la lupa; y fenómenos, que aunque se verifican en el cuerpo, el yo no tiene conciencia de ellos, y si llega á saberlos, lo sabe en la misma forma que un eclipse ó los efectos del vapor ó cualquier otro fenómeno de la naturaleza, sirviendo de ejemplo la circulacion de la sangre, que

se verifica en el cuerpo del hombre, y el hombre lo ignoró muchos siglos, como ignora ahora mismo las funciones de algunos órganos que existen en el cuerpo humano. De manera que los fenómenos de esta vida física son absolutamente materiales, los órganos sobre que recaen materiales, el cuerpo en que funcionan material, el fin que se proponen, que es la conservación de la vida material, y la causa que motiva estos fenómenos descansa en las leyes generales de la naturaleza exterior, y no en el yo, que es absolutamente extraño á ellos, ni de ellos tiene conciencia. Pásemos ahora á la vida intelectual y moral del hombre, á la vida psicológica, y veremos, que causas, fines, teatro, todo cambia, porque todo es inmaterial, todo es superior á las condiciones físicas de este mundo. Aquí los fenómenos son la sensibilidad, la inteligencia, la voluntad, que son inmateriales, aquí el teatro, en que se verifican estos fenómenos es la conciencia, que es inmaterial, aquí el fin de estos fenómenos es el perfeccionamiento del ser moral, que es inmaterial, y aquí, en fin, la causa de estos fenómenos no está en las leyes de la naturaleza exterior, sino que está dentro de nosotros mismos está en nuestro yo, que crea, que dirige, que ordena sus instintos, sus pensamientos, sus voliciones y sabe que lo es, porque la conciencia se lo dice, y esta causa, que es yo, es absolutamente extraña á la materia. Causa que reúne todas las condiciones de ser verdadera causa, porque tiene la conciencia de los actos que ejecuta, y se reconoce responsable de ellos, porque en el hecho de ser causa, *conatum involvit*, como dice Leibnitz, es decir, es activa, es una, es idéntica, y liga su pasado á su presente, y su presente á su porvenir, y estas condiciones, todas inmateriales, reconocen por base y fundamento una sustancia espiritual, extraña al mundo material. Este simple deslinde de las dos vidas, la una material la otra inmaterial, la primera con la causa fuera de nosotros, como lo están los fenómenos astronómicos, y la segunda con la causa dentro de nosotros, que en el hecho de ser causa, es activa, es una, es idéntica.

tica, en medio de la variedad de nuestros modos y de nuestros atributos, de las manifestaciones tan diversas de nuestras facultades, de la rápida sucesion de los fenómenos de nuestra existencia, en el tiempo y en el espacio, con el cortejo de los hechos inmatrimales, que en todas direcciones y en todos conceptos la rodean, es mas que suficiente, para justificar en nosotros la existencia de una sustancia espiritual, que forma el primer anillo de ese mundo invisible de las inteligencias y de los espíritus, á que nos llama nuestro destino, significado por nuestra posicion recta, en actitud de dirigir nuestras miradas al firmamento, en busca del infinito.

Se dirá que entre los fenómenos psicológicos y nuestro organismo físico existe una dependencia rigurosa y que puede muy bien el aparato orgánico ser causa de nuestros pensamientos y voliciones. Que existe esta dependencia es indudable, pero lo mismo existe porque se considere el aparato orgánico causa de la volicion y del pensamiento, que por considerarlo solo como instrumento para la produccion de estos fenómenos, y por considerarle como instrumento en nada se invaden los dos mundos, cuando si se le considera como causa, se incurre en el mayor absurdo, cual es, que la materia haya de producir el pensamiento sin prueba que lo justifique y contrariando todas las reglas de la analogía y del sentido comun. ¿Qué es el cerebro? una reunion de partículas materiales colocadas de cierta manera, como es una máquina de vapor, y asi como esta es un instrumento de que se vale el hombre para producir el movimiento, asi el cerebro es el instrumento de que se vale la causa inteligente para producir el pensamiento, por mas que se le considere indispensable para la produccion de este fenómeno, puesto que indispensables son los órganos de los sentidos y los nervios para el fenómeno de la percepcion y sensacion, é indispensables los nervios, los músculos y los miembros para los movimientos voluntarios, sin que nadie, absolutamente nadie, haya dudado ja-

más, de ser todos estos órganos instrumentos de tales fenómenos psicológicos y no causas. En la naturaleza humana hay dos órdenes de hechos, unos físicos, que tienen su raíz en el mundo material, y que nos asimilan á las bestias, y otros hechos psicológicos que tienen su raíz en el mundo inteligible, y nos asimilan á los ángeles ¿y estos últimos hechos que constituyen la parte mas elevada y mas noble, habrán de reconocer por principio á los primeros, que son la parte mas rebajada de nuestro ser? El pensamiento, que tiene su asiento en la conciencia del hombre, que tiene sus leyes, que gira por su cuenta, y que mira á la materia como una traba á su desenvolvimiento ¿podrá reconocer como causa, como sustancia, el aparato orgánico, extraño á la conciencia y sometido á leyes físicas en la forma en que están todos los fenómenos de la naturaleza material? Mucha obcecacion se necesita para no reconocer la existencia en nosotros de un principio independiente del organismo, que piensa, que siente, que quiere, y que en el fondo de sus sensaciones, de sus voliciones y de sus pensamientos, aparece un centro de unidad, que todo lo dirige, todo lo impulsa y todo lo liga y encadena en todo lo largo de su existencia, con una aspiracion continua é inagotable, que lo saca de las condiciones de este mundo y lo hace conocer un grandioso porvenir mas allá de la tumba. «Nuestra alma, dice Sócrates en el Phedon, nuestra alma es semejante á lo que es divino, inmortal, inteligible, simple, indisoluble, siempre el mismo, y siempre semejante á sí; y nuestro cuerpo se parece perfectamente á lo que es humano, mortal, sensible, compuesto, disoluble, siempre mudable y jamás semejante á sí mismo. Esto supuesto, el cuerpo tiene que disolverse y el alma ser indisoluble ó cosa semejante.

EL ALMA CONSIDERADA EN SUS OPERACIONES.—DESLINDE DEL HOMBRE PSICOLOGICO. Examinada el alma en su sustancialidad, considerémosla ahora en sus operaciones. Este es el orden que deben llevar las ideas, para que tomando por base los hechos,

descubriendo por ellos los principios, y descendiendo despues de los principios á los hechos, se dé á la razon y á la esperiencia la parte que legítimamente les corresponde, y se eviten los estravíos á que se han visto conducidos los que han querido construir sistemas filosóficos con sola la esperiencia, sin contar con las concepciones puras de la razon, ó con solas las concepciones puras de la razon sin contar con la esperiencia.

El hombre se compone por una parte de un cierto número de moléculas materiales, que constituyen el cuerpo que vemos, y por otra de una cierta fuerza oculta que mantiene este cuerpo, es decir, que el hombre se compone de materia y de vida. Con la muerte la materia subsiste y la vida desaparece, pero subsiste la materia, no para obedecer á las leyes que la imponia la vida, sino para entregarse á la accion de las leyes generales de la materia. De manera que lo principal y constitutivo del hombre es la vida, porque la materia no es mas que un agregado, y tan puro agregado, que durante la vida está renovándose incesantemente.

La vida, que es el principio constitutivo del hombre ¿en qué elementos se resuelve? Examinémonos á nosotros mismos y veremos con claridad, que entre los fenómenos de la vida hay unos que tenemos conciencia de ellos, que nos reconocemos causa de ellos, como el pensamiento, la volicion, el recuerdo y todos los demás actos que son obra nuestra; y hay otros fenómenos en la vida á que somos absolutamente estraños, hasta el punto de producirse por sí mismos, como la secrecion de la bilis, la digestion, etc., habiendo entre ellos algunos que se ha ignorado su existencia por espacio de siglos, como sucede con la circulacion de la sangre. De manera que hay dos órdenes distintos de fenómenos en la vida, unos de los que somos nosotros mismos la causa, porque los producimos, y otros que se producen sin saberse la causa que los produce, y que están en el mismo caso que los fenómenos exteriores. Hay, pues, en el hom-

bre dos causas, la del yo y la de un principio desconocido, y como los fenómenos de este principio desconocido son relativos solo á la conservacion y reproduccion del cuerpo, y como los que pertenecen al yo como causa son estraños á la vida del cuerpo, son los primeros fenómenos físicos y los segundos fenómenos psicológicos. Los fenómenos físicos tienen por fin el bien del cuerpo, y los fenómenos psicológicos tienen por fin el bien de este principio que se llama yo, y estas dos vidas son tan distintas que en muchas ocasiones están en oposicion, y no repara la causa del yo en sacrificar el bienestar, la salud y hasta la destruccion del cuerpo.

Pero estos dos principios, si bien no siempre marchan en armonía, no por eso están independientes. La intervencion del yo es indispensable para asegurar la satisfaccion de las necesidades del cuerpo y vice-versa, el yo necesita las sensaciones que le suministra el cuerpo para percibir el mundo exterior, y se ve perturbado en el ejercicio de sus funciones si el cuerpo está fatigado, enfermo ó si padece. De manera que son dos elementos, que siendo distintos, se auxilian y constituyen esta unidad, que se llama el hombre. El estudio del yo, que es el hombre verdadero, con los fenómenos de la vida intelectual y moral es el objeto de la psicología. El estudio del otro principio desconocido, que trata de la fuerza vital organizada, y compone la vida animal, es la fisiología. Estas dos ciencias, si bien deben prestarse apoyo como dos buenas hermanas, son sin embargo, independientes, como lo son las dos vidas, que tienen por objeto, como son distintos los fenómenos que tienen que examinar, y como lo son los procedimientos de que tienen que valerse. Si el fisiólogo acude á los sentidos, se vale de instrumentos, como el escalpelo, y observa objetos físicos; el psicólogo estudia objetos mentales, desecha todo instrumento y solo se vale de la conciencia para llegar á conocerlos. Tirada la línea que separa los fenómenos físicos de los fenómenos de la conciencia, ó lo que es lo mismo,

deslindado el campo de lo que pertenece á la fisiología y lo que pertenece á la psicología, y siendo esta última la única que es objeto de nuestras esplicaciones, tenemos ya sentada la base para caminar con desahogo. Siendo, pues, el hombre psicológico el objeto de nuestros estudios, su teatro la vida intelectual y moral y el instrumento la conciencia, pasemos á las diferentes facultades que los fenómenos de esta vida implican, fijando la función de cada uno y su influencia en la operación total, lo cual justificará mas y mas la sustancialidad del alma que dejamos probada.

FACULTADES DEL ALMA HUMANA EN GENERAL. Sedice que el alma tiene ciertas facultades, porque vemos que en ella se producen ciertos fenómenos, y así, si vemos que siente y piensa, decimos que tiene la facultad de sentir y pensar. ¿Y se dice esto mismo de las cosas por los fenómenos que en ellas se advierten? ¿Se dice por ventura que el fuego tiene la facultad de derretir la cera, la leña la facultad de arder? De ninguna manera, porque el buen sentido ha distinguido siempre entre las capacidades del alma humana y las capacidades de las cosas, llamando á las primeras facultades y á las segundas propiedades, y así se dice que el alma tiene la facultad de acordarse y el fuego la propiedad de derretir la cera; que el alma tiene la facultad de pensar, y el árbol la propiedad de producir hoja, flor y fruto. ¿Y por qué el lenguaje ha introducido esta diferencia? Porque las capacidades naturales del alma humana tienen un carácter especial que las distingue de las capacidades naturales de las cosas. Todas las cosas del mundo tienen sus capacidades, pero el desarrollo de estas se verifica sin el conocimiento de las cosas mismas, porque es obra de la naturaleza. No sucede así en el hombre, que lejos de verificarse el desarrollo de sus capacidades sin su conocimiento tiene el privilegio especial de dirigir las y amoldarlas á sus planes. El relój da las horas, y el artífice está fuera, y cuando sufre alguna alteración se va en busca del artífice, el alma humana pien-

sa, y es el alma misma la que dirige el pensamiento. Esta es la razon porque al relój se le llama cosa, y porque al hombre se le llama persona, y lo que decimos del relój se dice de todas las demás cosas. Nosotros disponemos de nuestras capacidades y mandamos en ellas, mientras las cosas no disponen de las suyas ni mandan en ellas, nuestras capacidades son facultades, porque somos personas, las suyas son propiedades, porque son cosas, y el hombre se aproxima tanto mas á perder el carácter de persona y convertirse en cosa, cuanto mas abdique el poder que tiene de disponer de sus facultades,

DE LAS FACULTADES INTELECTUALES DEL HOMBRE. Sentado ya lo que se entiende por facultades del alma humana, y teniendo que descender á su clasificacion, justo es seguir paso á paso á uno de los principales fundadores del sistema psicológico que estamos esponiendo, justo es seguir á Dugald Stewart en su preciosa filosofía moral. Las principales facultades intelectuales en el hombre, segun este filósofo, son:

- 1.º Conciencia.
- 2.º Percepcion esterna.
- 3.º Atencion.
- 4.º Concepcion.
- 5.º Abstraccion.
- 6.º Asociacion de ideas.
- 7.º Memoria.
- 8.º Imaginacion.
- 9.º Juicio y razonamiento.
10. Lenguaje.

*Conciencia.* Designamos por esta palabra el conocimiento que el alma tiene de sus sensaciones, sus pensamientos y sus voliciones, y en general de todo lo que se pasa actualmente en ella. La conciencia es inseparable de todas las operaciones del alma, y por eso se dice *sui conscia*, sin que salga nunca de su propio recinto, que es de pura subjetividad, y por eso dice con razon

Kant, que la conciencia carece de toda realidad objetiva. Sentir y saber que se siente, pensar y saber que se piensa, querer y saber que se quiere, y todo sin salir del alma, es el carácter de la conciencia. El testimonio de la conciencia es el mas irrecusable de todos, y fué la primera piedra sobre que levantó Descartes su grandioso edificio como base indestructible.

*Percepcion esterna.* La percepcion esterna es el conocimiento que adquirimos de las cualidades de la materia, con ocasion de las sensaciones que los cuerpos producen en el alma. Pertenece á las cualidades intelectuales del alma, porque es un medio de adquirir conocimientos, como que nos pone al alcance del mundo material. El empeño que tuvo Descartes de querer probarlo todo, dió origen á la famosa cuestion de las ideas representativas, que tan victoriosamente combatió Reid, y al idealismo de Berkeley y Mallebranche, negando la realidad del mundo exterior. Entre el alma y los cuerpos, decian estos filósofos, están las sensaciones, y como al alma solo llegan las sensaciones, ignora absolutamente si existen los cuerpos. Razonamiento falso y repugnante al sentido comun. Las impresiones producidas, no solo por la vista y el tacto, sino tambien por el oido, el olfato y el paladar, se localizan en los mismos sentidos, y por nuestro cuerpo conocemos los demás cuerpos, estensos, figurados, divisibles, para distinguirlos de nosotros mismos, y reconocer la existencia real, verdadera y positiva del mundo exterior y de la humanidad, por una intuicion directa del espíritu, y solo el empeño ridículo de disputar por todo ha podido dar margen á tan estraña controversia. Sin embargo, á los sentidos no hay que pedirles mas que lo que pueden dar. La esfera en que despliegan su actividad los sentidos, es la esfera de los fenómenos, es decir, de las cosas mudables y relativas, porque otra es la facultad que da las ideas de lo absoluto y de lo incondicional, pero este mundo fenomenal que los sentidos dan á conocer es la base de las ciencias físicas y naturales, y el elemento de nuestro bienes-

tar y de nuestra grandeza en las condiciones de este mundo.

*Atencion.* Se observa que muchas ideas van de paso en el espíritu, y que lo mismo sucede con muchos hechos respecto á los sentidos, lo que suele achacarse á falta de memoria, cuando en realidad procede de no haber fijado la atencion. La atencion es una cualidad indispensable para el ejercicio de sus operaciones intelectuales, y en este concepto ocupa justamente su lugar en este ligero ensayo.

*Concepcion.* Todo concurre á hacernos creer que los animales se ocupan enteramente de sus sensaciones y de sus percepciones actuales, pues el hombre no se detiene aquí, sino que tiene la facultad de representarse las sensaciones de que se tuvo conciencia y los objetos percibidos precedentemente. Esta facultad es la que se llama concepcion, y admite con el uso un desarrollo inmenso, sin que deje de tener mucha conexion con el cuerpo, como se advierte cuando con solo concebir un sabor ácido, se escita en nosotros la salivacion, siendo muchos los ejemplos que podrían citarse.

*Abstraccion.* Por los sentidos nosotros percibimos solo individualidades, objetos particulares, pero despues nuestros razonamientos se refieren á clases enteras de hechos ó de objetos, es decir, que tenemos el poder de concentrar nuestra atencion sobre ciertas cualidades de los objetos y sobre ciertas circunstancias de los fenómenos, separándolos de todo lo demás. Esto es lo que se llama abstraccion, que puede definirse, la facultad por la que el espíritu divide los compuestos que se le presentan, á fin de simplificar el objeto de su estudio. Una palabra apelativa ó genérica es un nombre comun, aplicable á un cierto número de realidades individuales, que se asemejan por ciertas fases y se diferencian por otras. Por medio de tales palabras nuestros razonamientos pueden abrazar clases enteras de objetos y de fenómenos, y dar resultados generales que encierran una multitud de verdades particulares. El uso que hace el álgebra de las le-

tras del alfabeto nos ofrece el mas bello ejemplo, y hace comprender la naturaleza del razonamiento general, y los principios que le sirven de regla. Debe irse con mucho pulso en la aplicacion de los principios generales especulativos á la práctica de la vida, porque el hábito de una especulacion abstracta que la experiencia no ha corregido, ó la de una práctica ciega que los principios generales no han ilustrado, son dos extremos opuestos ó dos vicios intelectuales, en que ya en uno, ya en otro, todos suelen incurrir. El lenguaje tiene una relacion directa con la abstraccion.

*Asociacion de ideas.* Entre las operaciones de la inteligencia este es uno de los fenómenos mas claros y patentes. Se presenta una idea en el espíritu y desde luego aparece otra espontánea y necesariamente. De esta clase son las ideas de *semejanza, analogía, oposicion, contiguidad* en el tiempo y en al espacio. Otras veces unas ideas llaman otras, pero estas últimas no se presentan espontáneas y son obra de la meditacion y del estudio, como las de causa á efecto, las de medio á fin, las de premisas á consecuencia. El curso de nuestras ideas se gobierna por las leyes de asociacion, si bien no está escludida la voluntad, para ejercer su influencia sobre esta parte de nuestra constitucion, pues aun cuando la idea se presente de suyo en el espíritu, siendo muchas mas las que á ella se asocian, se puede admitir unas y desechar otras hasta fijar nuestro [pensamiento. Es verdad que esta influencia de la voluntad es indirecta, pero un grado mayor de atencion y el hábito, hacen que prevalezcan los principios de asociacion, que la voluntad quiere utilizar y de esta manera se enriquece la imaginacion poética, el genio de invencion en las artes y el talento de improvisacion.

*Memoria.* Si bien son hipotéticas todas las teorías que descansan sobre rastros materiales en el cerebro para explicar la memoria, es indudable, sin embargo, que depende mucho del estado de nuestro cuerpo, como se ve en la embriaguez, la enferme-

dad, la edad, etc., y si se formara una coleccion de los hechos relativos á estas influencias, sería de mucha utilidad al conocimiento del espíritu humano, y podria conducir á inducciones muy importantes. Una memoria perfecta deberia componerse de una gran susceptibilidad para coger, una gran capacidad para retener, y una gran prontitud para recordar, pero semejante reunion de cualidades es rara, y no es posible que se desenvuelva una sino á espensas de las otras.

*Imaginacion.* Lo propio de la imaginacion es recoger, en el seno de los objetos que nos ofrece la esperiencia, ciertas circunstancias y ciertas cualidades y combinarlas de manera que formen un todo nuevo que la pertenezca esclusivamente. La imaginacion no es facultad simple, sino que es resultado de muchas facultades diferentes. Asi, por ejemplo, el esfuerzo que hace un pintor para componer un paisaje ideal, implica la *concepcion* que le representa las bellas escenas de la naturaleza, de donde ha de tomar los elementos de su obra; la *abstraccion*, que separa los materiales escogidos de todas las cualidades y de todas las circunstancias que las acompañan en el recuerdo; y el *juicio* ó el *gusto* que hace la eleccion, dispone y ordena la combinacion. La naturaleza y el objeto de la imaginacion se manifiestan con mas evidencia en las artes, que toman sus elementos de belleza de las percepciones de la vista. Las operaciones de la imaginacion, en este caso particular, sirven para hacer comprender, por qué procedimientos en la conducta moral ciertas almas se separan de los modelos que les suministra la esperiencia, y se abren paso hácia un objeto nuevo por caminos desconocidos. Resultado de estas operaciones, que por desapercibidas se renuevan incesantemente en la conciencia de todos los hombres, es que los negocios humanos ofrecen un espectáculo lleno de variedad y de movimiento, y se agrandan ó declinan, segun que las nociones reinantes de virtud y de felicidad son justas ó erróneas.

*Juicio y razonamiento.* Los lógicos definen el juicio, un ac-

to del espíritu por el que una cosa es afirmada ó negada de otra. Bien que esta definición no esté al abrigo de toda escepcion, es, sin embargo, tan buena como la naturaleza del objeto lo permite. Entre nuestros juicios hay los que se forman en el momento que se oyen los términos de la proposicion, ó que resultan tan necesariamente de la constitucion de nuestra naturaleza, que arreglan nuestras acciones desde nuestra infancia, sin que jamás hayamos reflexionado en ello. En otros casos, nuestros juicios son fruto de un largo encadenamiento de ideas, que recorreremos paso á paso. De aqui proceden dos especies de *evidencia*, la *evidencia intuitiva* y la *evidencia deductiva*.

Hay muchas especies de evidencia intuitiva, he aqui las mas importantes.

1.º La evidencia de los axiomas.

2.º La evidencia que acompaña á la conciencia, á la percepcion y á la memoria.

3.º La evidencia de estas leyes fundamentales de la creencia humana, que forman una parte esencial de nuestra constitucion, y cuya autoridad se encuentra implicada, no solo en toda especie de razonamientos, sino tambien en toda nuestra conducta como seres activos. En esta clase se colocan la evidencia de nuestra identidad personal, la de la existencia del mundo material, la de la constancia de las leyes de la naturaleza, ó en otros términos, de este órden que arregla la sucesion de los fenómenos y que la esperiencia nos da á conocer. No hay ningun hombre que haga problemáticas tales verdades, y las presente en forma de proposiciones, sino que toda su conducta y todos sus razonamientos implican que las da por sentadas y admitidas. La creencia en estos principios es necesaria á la conservacion de nuestra vida, y esta es sin duda la razon porque es contemporánea á las primeras operaciones de la inteligencia. Los ataques del escepticismo moderno se han dirigido principalmente contra esta última clase de verdades intuitivas. Algunos escritores

mas recientes que se han propuesto sostener su autoridad, les han dado el nombre de *principios del sentido comun*. Las conclusiones de estos escritores son tan sólidas como importantes, pero la vaguedad que ofrece la espresion de *sentido comun* que han empleado en esta controversia, y que es tomada ordinariamente en una acepcion muy distinta, ha dado ocasion á sus adversarios para presentar bajo falsos colores la doctrina en cuestion y pintarla como una tentativa atrevida hecha para poner las preocupaciones vulgares al abrigo de todo exámen, y someter las decisiones de la ciencia al juicio de la multitud.

Pasemos á la evidencia deductiva. A pesar de la doctrina comunmente admitida, que establece una distincion radical entre la intuicion y el razonamiento, no es seguro, que una de estas facultades no esté implicada en la otra. Si es cierto, que una demostracion perfecta resulta de una série de razonamientos, cuyos términos estén encadenados unos á otros por la evidencia intuitiva ¿no lo es igualmente que el razonamiento presupone la intuicion? Por otra parte ¿no basta la intuicion y la memoria para esplicar este trabajo del pensamiento, que por un encadenamiento de consecuencias conduce al espíritu de las premisas á la conclusion? Cuando el espíritu, dice Locke, percibe inmediatamente la conveniencia ó inconveniencia de dos ideas sin el intermedio de una tercera, el conocimiento puede llamarse intuitivo. Cuando de la comparacion inmediata, ó por decirlo así, de la justaposicion de las ideas no resulta la percepcion de su conveniencia ó de su inconveniencia, hay precision de hacer, que intervengan otras ideas, ya una, ya muchas, segun la necesidad, para llegar á esta percepcion, y esto es lo que se llama razonar. Conforme á estas definiciones, si se supone que por la coincidencia de dos líneas A y B percibimos inmediatamente su igualdad, este juicio del espíritu es intuitivo. Si se supone, por el contrario, que A coincide con B y B con C, la relacion entre A y C es percibida por el razonamiento. Esta manera de presentar las cosas no se aco-

moda con el lenguaje usual. La verdad de los axiomas matemáticos ha pasado siempre por eminentemente intuitiva, y el primero de los axiomas en la enumeracion de Euclides afirma, que si A es igual á B y B igual á C, A y C son iguales. Admitiendo, sin embargo, que la definicion de Locke sea exacta, es fácil ver, que la facultad que percibe la relacion entre A y C es la misma que percibe la relacion entre A y B y entre B y C. Una vez percibida la relacion de igualdad entre A y B, A y B no son mas que dos nombres diferentes de una sola y misma cosa. La estructura del silogismo lo mismo que el razonamiento se resuelve igualmente en la intuicion y la memoria. No se puede concebir, que un entendimiento perciba la verdad de la mayor y de la menor de un silogismo, sin percibir la verdad de la conclusion, por lo mismo que procede de lo universal á lo particular.

La evidencia deductiva es de dos especies, demostrativa y probable. La primera se refiere á las verdades necesarias, la segunda á las verdades contingentes. Se llama propiamente *invencion* el procedimiento, por el que el espíritu descubre la prueba de una proposicion dudosa, y el procedimiento por el que da á luz una nueva verdad. Sobre este punto se observan grandes desigualdades entre los individuos, mientras que todos los hombres tienen poco mas ó menos la misma capacidad para comprender los razonamientos de los demás. La palabra *lógica* se emplea por los escritores modernos en dos diferentes sentidos, tan pronto para designar el arte escolástico de la argumentacion, de que Aristóteles pasa por ser el inventor, tan pronto para designar esta rama de la filosofia del espíritu humano, que tiene por objeto precaverse de los diversos errores, en que podemos caer razonando, y dirigir nuestra facultad de invencion en la indagacion de la verdad. El objeto general de estas dos especies de *lógica* es el mismo, y solo difieren por la precision de los principios, que les sirve de punto de partida. La inutilidad de la primera está fuera de duda, y solo merece nuestro recuerdo, como un artículo cu-

rioso de la historia de la ciencia. La segunda está aun en su infancia, pero Bacon y otros escritores han presentado sobre este objeto algunas consideraciones de una verdad y de una importancia incontestables.

*Lenguaje.* La conformacion y aptitudes del cuerpo, asi como los diversos órganos de percepcion derramados en su interior tienen una relacion evidente con la naturaleza racional del hombre, y están admirablemente apropiados á su desenvolvimiento intelectual. Esta observacion es aplicable muy particularmente al lenguaje. Al uso de los signos artificiales somos deudores de nuestras ideas generales, y sin ellos nuestro conocimiento se hubiera limitado á las individualidades. A ellos debemos toda esta parte de nuestros conocimientos, que no es fruto de nuestra experiencia personal. Por ellos se trasmite la ciencia adquirida á las generaciones venideras, sin cuya trasmision el perfeccionamiento progresivo de la especie humana seria imposible. La formacion de un lenguaje artificial presupone el uso de algunos signos naturales, segun Reid. Estos signos consisten en ciertas espresiones del semblante, ciertos gestos del cuerpo y ciertas entonaciones de la voz. Parece que el hombre posee la facultad de interpretar instintivamente algunos de estos signos. Es cierto, que en los tiempos modernos se ha negado este hecho, pero se le puede apoyar con muchas consideraciones, que justifican la opinion comun, si bien encerrada en justos límites, y depurada por algunas correcciones. A medida que las ideas se multiplican, se hacen sentir las imperfecciones del lenguaje natural. Los hombres comprenden la necesidad de inventar signos artificiales, cuyo valor está fijado por un mútuo consentimiento. Cuanto mas se perfecciona el lenguaje artificial, tanto mas se va debilitando la lengua de la naturaleza, hasta el punto que en un estado social como el nuestro, se necesita una gran fuerza de reflexion y largos estudios, para recobrar el uso. Este estudio entra en mucho en el arte del cómico y del orador.

Pueden dividirse en dos clases los signos artificiales, los que hablan á los ojos, y los que se dirigen al oido. Estos últimos han sido en todas las naciones el medio empleado para las comunicaciones intelectuales. Como no tenemos la historia de ninguna lengua, é ignoramos por qué grados sucesivos se han formado; algunos escritores han agotado todos los recursos de su espíritu, para achacar á las diferentes facultades del alma las diferentes partes del discurso, y para explicar los progresos del lenguaje por los progresos de la sociedad. Se pueden designar por el título de *historias teóricas* todas las especulaciones de esta naturaleza, que tienen por objeto la marcha de la especie humana en una rama particular de su desenvolvimiento. Las imperfecciones de las lenguas, que deben su origen al uso popular, han sugerido la idea de una lengua filosófica, espresamente compuesta para el servicio de la ciencia. La inutilidad de los esfuerzos tentados hasta aqui no es una razon decisiva contra la posibilidad de semejante proyecto.

La escritura es un hecho importante en la historia del lenguaje, y una de las invenciones humanas que mas enérgicamente contribuyen á los progresos intelectuales de nuestra especie.

La imprenta ha dado una prodigiosa estension á las ventajas de la escritura. Se la puede mirar, no solo como el espediente mas dichosamente imaginado para facilitar entre los hombres el comercio intelectual, sino tambien como uno de los sucesos mas importantes que presenta la historia de los negocios humanos.

*Razon.* Es cosa notable que en la revista que acabamos de hacer de las facultades intelectuales del hombre, segun Dugald Stewart, no aparezca como una de las mas principales la *razon*, y sin duda este filósofo la supone comprendida en el razonamiento intuitivo; aun cuando asi sea, la *razon* como facultad intelectual, merece indudablemente una mencion especial, no porque en nuestra opinion deba ponérsela á la altura, á que la han llevado

Mallebranche, Cousin y otros filósofos, que huyendo de hacerla personal, la han convertido en una luz que ilumina en conjunto á la humanidad, suponiendo ser el verbo divino, que une lo finito con lo infinito, sino tan solo para que se la considere tal como es sin exageraciones. La razon no es mas que la inteligencia humana, en cuanto percibe los principios absolutos, que sirven de base al conocimiento, como son las ideas de unidad, de causa, de sustancia, de inmensidad, de eternidad, etc., y de esta manera, sin dejar de ser personal en cada individuo, no pierde el carácter de universalidad, que ha producido el extravío de estos filósofos. La luz que ilumina el alma no viene de la razon, puesto que la razon no es mas que el alma misma, como facultad de lo absoluto, la luz viene de otra parte como veremos en su lugar.

DE LAS FACULTADES ACTIVAS Y MORALES DEL HOMBRE. La palabra *accion* se aplica á todo ejercicio de fuerza, que se sigue á toda determinacion voluntaria, sea que se produzca fuera ó se verifique en una operacion puramente interna del alma. Asi, por ejemplo, creemos, que el alma es activa cuando está entregada al estudio. Sentado esto, los primeros orígenes de nuestra actividad son las circunstancias que influyen sobre nuestra voluntad. Entre estas circunstancias las hay que forman parte de nuestra constitucion, y que han recibido por esta razon el nombre de *principios activos* de nuestra naturaleza. Los mas importantes son los siguientes:

- 1.º Instintos.
- 2.º Amor propio.
- 3.º Facultad moral.

INSTINTOS. Los instintos que son objeto de este capítulo se resuelven en los siguientes: 1.º *Apetitos*: 2.º *Deseos*: 3.º *Afecciones*.

*Apetitos*. Las circunstancias siguientes distinguen esta clase de nuestros principios activos: 1.º Toman su origen del cuerpo, y nos son comunes con las bestias: 2.º No son continuos sino pe-

riódicos: 3.º Van acompañados de una sensación desagradable, fuerte ó débil, segun la fuerza ó la debilidad del apetito. Nuestros apetitos son tres, el hambre, la sed y el apetito del sexo. Los dos primeros están destinados á la conservacion del individuo, el tercero á la propagacion de la especie. Sin ellos la razon hubiera sido insuficiente para garantir estos dos resultados importantes. No puede decirse propiamente, que nuestros apetitos sean interesados, porque aspiran á sus objetos respectivos como á su fin último, y por otra parte es indispensable que ellos hayan obrado una primera vez, antes de toda esperiencia del placer que acompaña á su satisfaccion. Además, muchas veces el interés se ve sacrificado al apetito, como sucede en todos los casos, en que nos abandonamos á un goce presente con la certeza ó la mas grande probabilidad, de que los resultados serán funestos. Además de los apetitos naturales tenemos apetitos facticios, como el apetito del tabaco, del opio, de los licores fuertes. En general, todo lo que escita el sistema nervioso deja tras sí un cierto decaimiento, que nos hace desear la vuelta de la irritacion. Las propensiones periódicas á la accion y al reposo tienen bajo muchos conceptos mucha analogía con los apetitos.

*Deseos.* Se distinguen de los apetitos por las circunstancias siguientes: 1.º No proceden del cuerpo. 2.º No obran periódicamente y á ciertos intervalos, y no cesan despues de haber conseguido un objeto particular.

Los principios de esta especie mas notables son: 1.º el deseo de conocimiento ó principio de curiosidad. 2.º el deseo de sociedad. 3.º el deseo de estimacion. 4.º el deseo de poder ó principio de ambicion. 5.º el deseo de superioridad ó principio de emulacion.

*El deseo de conocimiento ó de curiosidad* se descubre desde luego en los niños, y se desenvuelve en ellos con tanta mas energía cuanta mayor es su capacidad. La naturaleza le da entonces la direccion que mas conviene á sus necesidades. En los primeros

años de la vida se le ve ligarse únicamente á estas propiedades de las cosas y á estas leyes del mundo material, cuyo conocimiento es indispensable á la conservacion de nuestra existencia. En una edad mas avanzada su direccion cesa de ser uniforme y varía de un individuo á otro. De aqui esa multitud de vias diversas que toman los hombres. Importa poco que se atribuya esta divergencia á ciertas predisposiciones naturales ó á la educacion. Siempre es cierto, que nosotros hemos sido hechos de tal suerte y colocados en circunstancias tales que esta divergencia era irremediable y que existe en el actual órden de cosas. Su causa final es evidente. Gracias á ella la atencion y los estudios de cada uno se limitan y se concentran, y de aqui todas las ventajas que la sociedad saca de la division y subdivision del trabajo intelectual. El deseo de conocimiento no es un principio interesado. Asi como el objeto del hambre no es el bienestar sino el alimento, asi el objeto de la curiosidad es el conocimiento y no el bienestar.

*El deseo de sociedad* nos lleva instintivamente, como se ve en los niños, á unirnos á nuestros semejantes, sin tener en cuenta las afecciones benévolas y las ventajas que resultan de la union social. Es cierto, que despues de haber gozado de los placeres de la vida social, la influencia del hábito y el conocimiento de las ventajas que de él se derivan fortifican mucho este deseo instintivo de sociedad, y creyéndola por esta razon artificial, algunos autores han negado su existencia. Pero cualquiera que sea la opinion, que en esta cuestion especulativa se adopte, el deseo de sociedad tendrá siempre derecho á ocupar un lugar entre los principios naturales y universales de nuestra constitucion. Lo cierto es, que el hombre en la soledad trata de llenar este vacío, ya tomando por compañeros los mas viles animales, ó ya encariñándose con objetos inanimados. La relacion que existe entre el deseo de sociedad y el deseo de conocimiento es muy notable. Este último principio va siempre acompañado de la necesidad

de hacer partícipes a los demás del resultado de sus indagaciones, hasta el punto de ponerse en duda si la curiosidad sola podría comprometer y sostener en un trabajo penoso al hombre que hubiese perdido toda esperanza de vivir con sus semejantes. Así está asegurada entre los hombres la comunicacion de sus descubrimientos respectivos.

*El deseo de estimacion* se nota desde la infancia. Antes de que los niños hayan podido reflexionar sobre las ventajas de la buena opinion entre los demás, y antes de que hayan adquirido el uso de la palabra, se les ve insensiblemente mortificados por la menor señal de negligencia ó desprecio que adviertan. El deseo de estimacion es uno de estos principios que no pueden resolverse, ni en la razon, ni en la esperiencia, ni en ningun otro hecho mas general que ellos. La poderosa influencia que ejerce sobre el alma viene en apoyo de esta induccion, influencia tan enérgica, que ningun otro principio activo la puede trastornar. Lo mismo que el hambre y la sed, sin ser interesadas, son, sin embargo, inmediatamente útiles á nuestra conservacion; así el deseo de estimacion, sin ser un principio social ó benévolo, contribuye, sin embargo, de una manera directa al bienestar de la sociedad.

*El deseo de poder* se descubre tambien desde muy luego. El niño en lactancia se complace en ejercer su poder naciente sobre los objetos que están á su alcance, y se mortifica si algun accidente le hace sentir su debilidad. Los enredos á que se entregan los muchachos tienen, casi sin escepcion, este carácter de darles la idea de su poder, y lo mismo puede decirse de los juegos y ejercicios atléticos de los jóvenes de mayor edad. A medida que avanzamos en edad y que la actividad de nuestras facultades físicas va perdiendo su vigor, nuestra ambicion muda de naturaleza. Buscamos en la superioridad de la fortuna y el rango, ó en la mas alhagüena de nuestro talento, los medios de estender nuestra influencia sobre los demás, y para ello se ponen en jue-

go la fuerza del entendimiento, la estension de conocimientos, los artificios de la persuasion y una mañosa habilidad. ¿Qué otra idea que la del poder domina al orador cuando en fuerza de su elocuencia subyuga los ánimos de su auditorio, cuando el matemático, el químico, el naturalista descubren verdades que les hacen superiores á los demás? Si nos internáramos á deslindar el derecho de propiedad, el vicio de la avaricia, el amor á la libertad, y hasta el cariño á la tranquilidad y al retiro, segun Ciceron, en todos descubriríamos la influencia de este deseo, que tambien se hace sentir en el placer de la virtud. Gustamos seguir nuestras tendencias sin someternos á la censura de un superior, pero esta independencian no basta á nuestro bienestar. Cuando hábitos viciosos ó la fuerza de la pasion nos arrastran á cosas que la razon desaprueta, el sentimiento del dominio que ejercen sobre nosotros los principios inferiores de nuestra naturaleza, nos mortifica y nos da la conciencia amarga de nuestra pebilidad y de nuestra cobardía. No sucede asi al hombre que se siente capaz en todas ocasiones de calmar el tumulto de las pasiones, y de obedecer á las frias sugerencias del deber y del honor, porque entonces la libertad, la independencian, la elevacion de alma y el orgullo de la virtud son sus sentimientos naturales.

*El deseo de superioridad* ó de emulacion es un principio activo, y si bien alguna vez va acompañado de una afeccion malévolá, no es condicion precisa, y la prueba es que puede haber y hay emulacion entre dos amigos sinceros. Cuando la emulacion va acompañada de una afeccion malévolá toma el nombre de envidia. Querer hacernos superiores á aquellos con quienes nos comparamos, es emulacion, quererlos rebajar á nuestro nivel es envidia. El fin de ambas es uno mismo, pero el medio es distinto. La envidia quiere el mal como medio para llegar á su fin. La emulacion ó deseo de superioridad influye entre los hombres en una infinidad de direcciones, y debe mirársela como uno de

los resortes mas enérgicos del desenvolvimiento de nuestra especie.

Como hay apetitos facticios hay tambien deseos artificiales. Todo aquello que puede contribuir á obtener el objeto de un deseo natural, que se busca como medio, suele concluir por convertirse en fin, como sucede con la riqueza, que no siendo mas que un medio, se convierte para muchos en término verdadero de su ambicion. La asociacion de ideas explica fácilmente la formacion de estos deseos facticios.

*Afecciones.* Comprendemos bajo de este título todos estos principios activos, que tienen por objeto directo y definitivo, comunicar á algunos de nuestros semejantes el placer ó el dolor. Conforme á esta definicion el resentimiento, la venganza, el aborrecimiento, se colocan en esta clase de principios, lo mismo que el reconocimiento, la compasion, etc. Nuestras afecciones se distinguen, pues, en benévolas y malévolas.

Nuestras *afecciones benévolas* son muy variadas, y quizás no seria conveniente dar de ellas una enumeracion completa. El amor paterno y filial, las afecciones de parentesco, el amor, la amistad, el patriotismo, la filantropía, el reconocimiento, la compasion son las mas importantes. Hay además afecciones benévolas particulares, escitadas por ciertas cualidades morales, que hacen á uno amable, respetable, ó digno de admiracion. Prescindiendo de la cuestion de origen, y de si las diferentes afecciones pueden reducirse á un principio mas general, lo que importa conocer es la naturaleza, leyes y destino de las afecciones benévolas.

El desenvolvimiento de toda afeccion va acompañado de una sensacion ó de una emocion agradable. Este origen de bienestar es tan abundante, que los autores que solo se proponen captar el espíritu, sacan de estas afecciones algunos de los principales recursos para agradar. He aqui el origen de la fuerza que se da á la tragedia y á las demás composiciones patéticas. Se duda si es bueno gastar la compasion con desgracias imaginarias, y se

parar por este medio el principio activo de las circunstancias reales en que podria tener lugar la aplicacion. No se crea que las afecciones virtuosas son las únicas que dan placer. Tambien le dan las afecciones criminales, y muchas veces seduce la juventud y la irreflexion, por los encantos que presta á la locura y al vicio. En el acto mismo que las afecciones benévolas se ven burladas en sus esperanzas, el placer que la va adherido subsiste en cierto grado y se mezcla á la pena. Mas aun, algunas veces el placer predomina en mucho.

La causa final de la emocion agradable que acompaña al desenvolvimiento de la benevolencia en sus diversas modificaciones es evidente. Esta emocion tiene por objeto inclinarnos á cultivar con esmero una clase de principios tan inmediatamente útil al bienestar de la sociedad. A pesar del placer que encontramos en abandonarnos á las afecciones benévolas, sin embargo no tienen nada de interesado en su origen, y diferentes autores lo han demostrado hasta la evidencia. Sabemos que esta opinion no está conforme con los sistemas de muchos filósofos antiguos y modernos, pero lo está con los hechos, lo está con la realidad, y la analogia de los otros principios activos, que hemos examinado, lo confirma poderosamente.

Hemos visto, que la conservacion de los individuos y la propagacion de la especie no han sido confiados ni al interés, ni á la razon, sino que estamos dotados de ciertos apetitos, que nos arrastran á sus objetos respectivos sin ninguna reflexion de nuestra parte. En igual forma hemos visto que la adquisicion de conocimientos, de que dependen el perfeccionamiento de los individuos y el de la especie, no ha sido entregado únicamente al interés y á la benevolencia, sino que nos vemos arrastrados hácia este objeto importante por el principio innato de curiosidad. En fin, hemos reconocido, que el sentimiento del deber tenia igualmente su auxiliar en el deseo de estimacion, que no es solo uno de nuestros mas poderosos principios activos, sino que continúa

obrando con toda su energía hasta el último momento de nuestra existencia. Encontramos ahora, que el hombre, está evidentemente destinado á vivir en sociedad, y que la union social no puede subsistir sin un cambio reciproco de buenos servicios. ¿No es racional inducir de aqui por analogia con todas las demás condiciones de nuestra naturaleza, que un resultado tan importante no tiene por única garantía las tardías deducciones de la razon ó los cálculos metafisicos del interés, sino que su realizacion ha sido confiada á una clase particular de principios activos, destinados á operar sin el socorro de la reflexion, como los apetitos y los deseos? Afirmar que asi sucede con las afecciones de parentesco ó de compasion, no es decir mas en su favor, que lo que hemos dicho del hambre y de la sed, á saber, que estos principios nos arrastran á ciertos fines particulares sin miramiento á nuestro propio interés.

*Las afecciones malévolas* se designan con varios nombres en el lenguaje ordinario, se distinguen el odio, los celos, la envidia, la venganza, la misantropía. Pero es de creer, que de todos los principios de esta especie, no hay mas que uno que sea innato en nosotros, que es el resentimiento, el cual se distingue en resentimiento instintivo y resentimiento deliberado. El primero obra en el hombre exactamente de la misma manera que en los animales, destinado sin duda para precavernos de una violencia repentina, en los casos en que la razon venga demasiado tarde en nuestro auxilio. Esta especie de resentimiento desaparece desde el momento, que nos convencemos, que la injuria no fué hecha con intencion. La injuria con intencion es la que escita en nosotros el resentimiento deliberado, y asi esta clase de resentimiento implica una noción de justicia ó de bien y de mal moral. El resentimiento, escitado por una injuria hecha á otro, se llama propiamente indignacion. En ambos casos el principio parece ser fundamentalmente el mismo, y tener por objeto, no comunicar el dolor á un ser sensible, sino castigar la injusticia y la crueldad.

Lo mismo que toda afeccion benévola va acompañada de una emocion agradable, en los mismos términos toda afeccion malévola turba el alma y la hace sufrir. Esto es cierto lo mismo respecto al resentimiento, cualquiera que sea el grado de justicia, que le preste la conducta injuriosa del autor.

En la revista que acabamos de hacer de nuestros principios activos, no hemos hablado de las *pasiones*. La verdad es, que esta palabra en su acepcion propia no se aplica exclusivamente á ninguna clase de estos principios, sino á todos, cuando permitimos, que ellos pasen los límites de la moderacion. Entónces una agitacion ó conmocion sensible se hace sentir en el cuerpo, nuestra razon se turba, perdemos hasta cierto punto el poder de mandarnos á nosotros mismos, y nos vemos arrastrados á obrar por un impulso casi irresistible. La ambicion, la sed de reputacion, la avaricia, la compasion, el amor, el reconocimiento, el resentimiento, la indignacion, adquieren igualmente en ciertas circunstancias el triste derecho de ser llamadas pasiones. Cuando hablamos en general de la *pasion*, comunmente se entiende del resentimiento, sin duda porque esta afeccion turba nuestra razon, y nos arranca completamente la posicion de nosotros mismos, mas que ningun otro principio de nuestra naturaleza.

DEL AMOR PROPIO. Si los principios que hemos recorrido formasen por sí solos la constitucion del hombre, seria esta en todo conforme á la de las bestias. Pero la razon caracteriza su naturaleza y su condicion de hecho diferentes. Las bestias son incapaces de preveer las consecuencias de lo que hacen, ni pueden comparar á la vez los diferentes goces á que les arrastran sus necesidades, y esta es la razon, si las apariencias no nos engañan, porque ceden siempre al impulso del momento. El hombre, por el contrario, tiene el poder de abrazar de una sola mirada sus diferentes principios de accion, y de formar un plan de conducta para conseguir aquello, á que ha dado la preferencia. Esto prueba, que el hombre tiene la facultad de rehusar momentánea-

mente la satisfaccion, que de él reclaman los diversos principios de accion, que quedan explicados. Segun el principio particular que gobierna habitualmente la conducta de un hombre, se le dice avaro, ambicioso, estudioso, lúbrico, y su conducta es mas ó menos sistemática, segun que se adhiere con mas ó menos perseverancia á este plan general.

Una constancia sistemática es la prosecucion de un fin particular, en tanto que este fin es necesario á la satisfaccion completa de nuestra pasion dominante, y es mucho mas favorable al perfeccionamiento moral que la indecision entre los fines diversos, que la vida nos presenta, y la disipacion intelectual que de ella resulta. El hombre voluptuoso, cuando lo es sistemáticamente, es capaz de amaestrar un mayor número de caprichos sensuales y prolongar sus dias mucho mas que un libertino atolondrado, y por viles que sean los pensamientos que le ocupen, la unidad de direccion raras veces deja de dar á sus facultades intelectuales un cierto grado de cultura. Esta observacion admite una escepcion, y es cuando el principio dominante es la *vanidad*. Como en este caso la regla de conducta viene de fuera, la conducta misma tiene que ser incesantemente fluctuante y variable. Asi se ve, que si los hombres vanos se distinguen muchas veces por acciones brillantes, raras veces son persistentes en un rumbo determinado, á menos que la opinion pública, por un concurso singular de circunstancias, no los arrastre constantemente en una misma direccion durante toda su vida. Una conducta sistemática y dirigida siempre hácia un mismo fin es mucho mas favorable al bienestar individual, que la que está sometida á la influencia de las inclinaciones y necesidades del momento. El mismo que tiene por principio, no tener ninguno, si está firme en su opinion, se encuentra libre de aquella inevitable inquietud, que turba la tranquilidad de los caracteres móviles é inconstantes.

Otra diferencia importante hay entre el hombre y las bestias, y es que el hombre es capaz de sacar provecho de su propia es-

perencia, sea para evitar placeres de pésimos resultados, sea para someterse á penas ligeras, cuando sabe, que pueden conducirle á un mayor bien. En una palabra el hombre es capaz de formarse una idea general de bienestar personal, y de deliberar sobre los medios de conseguirlo. La idea de felicidad personal lleva consigo la de ser esta un objeto deseable, y, por consiguiente, que el amor propio es un principio activo muy distinto de los otros, que hemos examinado. Estos últimos pueden ser efecto de una coordinacion arbitraria, y esta es la causa, porque se les ha dado el nombre de principios innatos. El deseo de bienestar personal puede llamarse principio racional, porque es lo propio de una naturaleza racional y su consecuencia necesaria.

Titulando esta seccion del *amor propio*, hemos seguido el lenguaje comun de los filósofos modernos. La expresion no es tan buena como podia desearse, porque haria creer lo que no es cierto, de que hay analogía entre el cuidado, que todo ser racional debe necesariamente tener de su propio bienestar, y estas afecciones benévolas que nos ligan á nuestros semejantes. Ha sido causa de mucha confusion en las indagaciones morales, dar á la palabra amor propio el sentido de la palabra egoismo. La palabra *egoismo* siempre es tomada en mal sentido, y de aqui el que algunos autores no han visto en este defecto mas que una exageracion del cuidado, que debemos tener de nuestro propio bienestar. Es notable, sin embargo, que bien que no demos á la avaricia y á la sensualidad el epíteto de egoista, jamás lo aplicamos ni al deseo de conocimiento, ni al amor á la virtud, que son seguramente origen de placeres mas esquisitos que las riquezas ó los placeres sensuales.

Examinando la cosa un poco mas de cerca, resultaria probablemente, que la palabra egoismo, aplicada á la prosecucion de un objeto, no se refiere al motivo de esta prosecucion, sino al efecto que ella produce en nuestra conducta. Ni los apetitos, ni la avaricia, ni la curiosidad, ni el deseo de la perfeccion moral

se derivan del amor propio, pero algunos de estos principios nos separan de la sociedad mas que otros, sin indicar mayor afecto á nuestro propio bienestar, y descubriendo mayor indiferencia por el bienestar de los demás. Los actos del avaro no van mezclados con ninguna afeccion moral, por el contrario sus intereses se encuentran siempre en oposicion con los de sus vecinos. Los goçes del epicúreo espiran en su propia persona; buscándoles, no hace nada por sus semejantes, y desprecia sus deberes sociales. No sucede lo mismo con el deseo de conocimiento, que siempre va acompañado de la necesidad de comunicacion, ni con el amor de la escelencia moral, que en su tendencia práctica, coincide con la benevolencia de una manera tan notable, que un gran número de autores han ensayado sumir uno de los principios en el otro.

Pero lo que prueba evidentemente que no entendemos por egoismo la consideracion de nuestro propio bienestar, es que la reprobacion que arrojamamos sobre las calificaciones de esta clase, se funda en parte en la idea, de que en ellas va implicado el sacrificio de nuestros verdaderos intereses á algun principio inferior de nuestra naturaleza. Veamos, por ejemplo, un hombre esclavo de sus apetitos animales, y lejos de considerarle viviendo bajo la influencia de un amor propio exagerado, le tenemos compasion, y le despreciamos al ver que se desentiende de los mas puros y elevados placeres de que libremente podia disfrutar.

DE LA FACULTAD MORAL. Algunos filósofos han creído, que la virtud es un negocio puramente de prudencia, y que el sentido del deber no es mas, aunque con otro nombre, que el amor propio bien entendido. Esta manera de ver la cuestion era bastante natural, porque en general estos dos principios conducen á las mismas acciones, y tenemos razones para creer, que si nuestro conocimiento de las cosas fuera mas estenso, se reconoceria su conformidad en todos los casos posibles.

Sin embargo, diversas consideraciones demuestran, que tenemos una idea del deber, que no puede resolverse en el amor de nuestro bienestar personal. 1.º Todas las lenguas tienen palabras que equivalen á las de *deber* y de *interés* en la nuestra, y jamás se ha confundido su distinta acepcion. En general se las ve coincidir en la aplicacion, pero siempre implican ideas diferentes. 2.º Las emociones que se derivan de la contemplacion de lo que es justo ó injusto, difieren en el grado y en la especie, de las que nacen de la idea de nuestro bienestar personal. Esto se ve sobre todo en las emociones escitadas en nosotros por la conducta moral de los demás, porque tanto nos obcecamos respecto á nosotros mismos, que son pocos los hombres que juzgan de sus acciones con un perfecto desinterés. Las emociones que los personajes de la historia y los héroes de romance nos causan, son algunas veces mas vivas aun, que todo lo que caractéres parecidos á ellos, en el círculo de nuestras relaciones sociales, nos hacen experimentar. Sin embargo, de cuantas situaciones pueden imaginarse para observar estos fenómenos, ninguna mas á propósito que la teatral. Produciéndose toda especie de entusiasmo con mas fuerza cuando los hombres están reunidos, nuestros sentimientos morales se desenvuelven en mucha mayor escala en el teatro que en el gabinete. Asi es que las menores sujestiones del poeta escitan hasta el arrebató las pasiones del auditorio, y arrancan lágrimas á personas las mas retenidas y conocedoras del valor de las cosas. 3.º Bien que los filósofos hayan demostrado, que el deber y el interés bien entendido concurren en el mayor número de casos, para prescribirnos la misma conducta, hasta el punto de hacernos ver, que, sin salir de este mundo, la verdadera discrecion aconseja la virtud, sin embargo, es esta una verdad que se escapa al sentido comun de la humanidad, y que solo puede ser resultado del conocimiento práctico de los negocios humanos, y de un exámen atento de las consecuencias de nuestras diferentes acciones. Asi es que debemos á la esperiencia y á la reflexion esta

verdad práctica, que la virtud es un medio de prosperidad. Estos grandes principios de moralidad que se encuentran con la misma evidencia en la conciencia de todos los hombres, no pueden, por consiguiente, resultar de solo un cálculo de interés personal. 4.º Esta verdad está confirmada por la época de la vida, en que nuestros juicios morales hacen su primera aparicion. Se manifiestan en la infancia de la razon, y mucho antes que sea capaz de formar la nocion general de bienestar personal.

Para eximirse de la fuerza de algunos de los argumentos precedentes, se ha supuesto, que las reglas morales han sido primitivamente descubiertas por la sagacidad de los filósofos y de los políticos, y que popularizadas y trasmitidas por la educacion, habian concluido, por tomar la apariencia de un elemento constitutivo de la naturaleza humana. Se ha querido presentar, como prueba de esta doctrina, la diversidad de opiniones en los diferentes países sobre la moralidad de ciertas acciones particulares. Pero el poder de la educacion tiene sus límites, y no puede producir efecto, sino obrando en el sentido de los principios constitutivos de nuestra naturaleza. Mas aun, esta susceptibilidad de educacion, que es el carácter universal de nuestra especie, implica la existencia de ciertos principios naturales, comunes á todos los individuos que la componen. El poder que tiene la educacion de diversificar, por decirlo así, la fisonomía de la naturaleza humana, descansa sobre esta ley de nuestra constitucion, que hemos llamado asociacion de ideas. Esta ley supone en todos los casos, que existen opiniones y sentimientos esenciales á la humanidad, con los que las circunstancias esterióres se combinan, y por cuyo medio se apoderan éstas del alma, y la acomodan á su situacion accidental. La educacion puede, en ciertos casos, establecer diversidades en la opinion de los individuos sobre lo bello y lo sublime, pero la educacion no puede crear nuestras nociones de belleza y fealdad, de pequeñez y grandeza. En igual forma, nuestros sentimientos sobre tal ó cual accion pueden participar de

la influencia de la educacion, que hemos recibido, pero la educacion no nos da las ideas mismas de justo é injusto, de mérito y de demérito. Los hechos históricos alegados para probar, que nuestros juicios morales son de hecho facticios, no resisten al exámen. Tan pronto el sentido que se les da proviene de los falsos colores, con que se les ha representado, tan pronto conducen á conclusiones de hecho opuestas á las que se han querido deducir, con solo tener en cuenta, las diferentes circunstancias en que los hombres se han encontrado en los periodos sucesivos del desenvolvimiento social, la diversidad de sus opiniones especulativas, y los diferentes sentidos que presenta moralmente una misma accion en los usos y costumbres de los diferentes pueblos.

Todas estas doctrinas, por erróneas que sean, han sido sostenidas por escritores, amigos sinceros de la moral. Pero algunos moralistas licenciosos han ido mucho mas lejos, y han querido probar, que los motivos para obrar en todos los hombres son los mismos, y que la virtud no es mas que la hipocresia. La impresion desagradable que dejan en el alma tales retratos de la naturaleza humana, les desacredita suficientemente. Si realmente no hubiese ninguna distincion esencial entre la virtud y el vicio, ¿cómo se esplica, que tengamos por mejores y mas meritorias unas cualidades que otras? ¿Por qué creeremos, que el orgullo, la vanidad, el egoismo, son motivos de conducta menos respetables que el patriotismo, la filantropía y la firme resolucion, por lo que creemos que constituye el deber? ¿Por qué se nos representa nuestra especie menos amable en ciertos sistemas de filosofia que en otros? Ha sido un error general entre los moralistas licenciosos confundir el estado actual de la especie humana con el de la realidad de las distinciones morales, y sustituir la sátira del vicio y de la locura de los hombres con el cuadro filosófico de los principios de su constitucion. Admitiendo la fidelidad de los retratos que nos han dado algunas veces de la depravacion humana, la tristeza y disgusto que dejan en el alma, de-

muestran claramente, que hemos nacido para amar y admirar la excelencia moral, y que es una ley de nuestra naturaleza. La hipocresía misma, como dice La Rochefoucauld, es un homenaje que el vicio rinde á la virtud.

Es imposible ser testigo de una buena accion, sin tener la conciencia de una afeccion benévola ó de amor ó de respeto por el agente que la realiza, y como todas nuestras afecciones benévolas encierran un sentimiento agradable, toda accion buena es necesariamente un origen de placer para el espectador. Además de este placer, otros sentimientos agradables de órden, de utilidad, de paz del alma, vienen sucesivamente á asociarse á la idea general de conducta virtuosa. Las cualidades, que en las buenas acciones escitan agradables sentimientos en el alma del espectador, componen lo que los moralistas han llamado la belleza de la virtud. El mundo esterno todo entero no tiene encantos tan poderosos como los que proporciona la belleza moral, y encantos que nos escitan á cultivar cualidades, que forman la felicidad y perfeccion de nuestra naturaleza.

Las acciones virtuosas, realizadas por los demás, no solo escitan en nuestra alma una afeccion benévola ó una disposicion á contribuir á su felicidad, sino que despiertan tambien el mérito de los agentes. Reconocemos, que se han hecho un objeto de amor y de estimacion, y que es moralmente justo, que reciban su recompensa. Nosotros mismos nos creemos obligados á hacer conocer al mundo su mérito, para procurarles el favor y respeto de que son dignos, y si consentimos, en que su virtud quede en la oscuridad, nos parece, que reprimiendo el lenguaje natural de nuestro corazon, cometemos una injusticia. Cuando por lo contrario somos testigos de un acto de egoísmo, de crueldad ó de opresion, no solo sentimos nacer en nosotros aversion y odio al culpable, sino que tenemos dificultad en retener la expansion de nuestra indignacion. Las pasiones viles de los individuos encuentran un freno en este movimiento natural del alma, movimiento

que sirve de apoyo al buen orden antes del establecimiento de las leyes positivas, porque no son estas las que crean las ideas de lo justo y de lo injusto. Decir, segun Montesquieu, que no hay mas justo ni injusto que lo que prescriben las leyes positivas, es decir, que antes que se trazara el círculo, todos los radios no eran iguales. Con respecto á nosotros, cuando tenemos conciencia de haber obrado bien, nos creemos con derecho á la estimacion y al afecto de nuestros semejantes, y sentimos con toda la evidencia de una percepcion, que gozamos de la aprobacion del invisible testigo de nuestra conducta. De aqui procede, que al sentimiento de nuestro mérito se une una anticipacion de recompensa, y que lanzamos sobre el porvenir una mirada llena de seguridad y de esperanza. Los remordimientos que acompañan á la conciencia de haber obrado mal, envuelven igualmente un sentimiento de *demérito*, y el presentimiento de un castigo futuro.

Estas ideas de justo y de injusto, de mérito y de demérito envuelven, como una consecuencia forzosa, la nocion de obligacion. La conciencia nos dice que la facultad moral, considerada como principio activo, es esencialmente diferente de todos los demás principios activos que hemos recorrido hasta aqui. Con ella sucede lo que con ningun otro, la menor violacion de su autoridad introduce en nuestra alma el remordimiento, y por el contrario, cuanto mas nos sacrificamos obedeciéndola, mas completos son nuestra satisfaccion y nuestro triunfo. La facultad moral, dice Smith, lleva consigo las mas evidentes garantías de su mision y atestigua por signos ciertos, que dispone de nuestras acciones, y que solo á ella pertenece ejercer la superintendencia sobre todos nuestros sentimientos, todas nuestras pasiones, todos nuestros apetitos, y decidir hasta qué punto cada uno de estos principios debe ser tolerado ó reprimido. Juzgar los demás principios de nuestra naturaleza y distribuir entre ellos la reprobacion ó el elogio, tal es el atributo especial y el oficio de esta facultad.

Todas las indagaciones precedentes sobre la constitucion moral del hombre implican la suposicion, de que tiene éste la libertad de escoger entre el bien y el mal, y que si ejecuta una accion que sabe que es injusta se hace con razon digno de castigo. Es indudable que esta suposicion descansa en la creencia del género humano, creencia tan antigua como el pensamiento, sostenida por todos los hechos de la vida psicológica y de la vida social, anterior á toda esperiencia científica, y tan incontestables que seria preciso renunciar á toda sociedad, á toda idea de justicia, á la razon, á la conciencia, al sentimiento, á la voluntad, sino se supusiera al hombre libre. Se ha querido, á fuerza de silogismos, destruir un hecho que cualquiera puede verificar por sí mismo en su propia conciencia, que es la libertad, y todos los sofismas del mundo no alcanzan á destruir una verdad de hecho enlazada con la existencia racional del hombre.

---

En la revista que acabamos de hacer del alma considerada en sus operaciones, siguiendo á Dugald Stewart, y huyendo, como lo ha hecho este filósofo, de los infinitos desenvolvimientos que admite la materia, por no permitirlo el objeto particular, aunque enteramente distinto de ambas obras, siempre aparecen con bastante claridad los caracteres principales del yo en el ejercicio de sus funciones, y se le ha representado como fuerza inteligente y como fuerza activa. Como fuerza inteligente el yo se estudia á sí mismo por la *conciencia*; conoce el mundo exterior por la *percepcion esterna*: se fija en un objeto por la *atencion*; ausente de él se le representa por la *concepcion*; estudia una de sus cualidades con absoluta independencia por medio de la *abstraccion*; combina y dirige el curso y trabazon de las ideas por la *asociacion*; y auxiliado de la *memoria* que recuerda, de la *imaginacion*, que pinta, del

*juicio*, que compara, del *razonamiento*, que profundiza y descubre verdades ocultas, de la *razon*, que da á conocer las concepciones puras, base y fundamento de la creencia humana, y del *lenguaje*, nudo que liga el mundo espiritual con el mundo físico, presenta la grandeza de su ser, por el lugar que ocupa en el reino de las inteligencias. Como ser activo, como fuerza que obra, tres son los móviles que impulsan al yo á la acción, los *instintos* á que le arrastra su naturaleza, que se desenvuelven en los apetitos, los deseos y las afecciones; el *amor de sí mismo* ó el amor propio, que es la razón empírica, dirigiendo y gobernando esos mismos instintos en provecho del yo, y en el estrecho círculo del interés bien entendido; y la *bondad moral* que le engrandece y y eleva, despertando en él pensamientos grandes y elevadas ideas, que le llevan á la realización de sus altos destinos, por el camino de la virtud. Este es el yo en su ejercicio que hemos presentado á grandes rasgos y cuyos grandiosos caracteres confirman su naturaleza íntima de ser el yo sustancial un principio uno, activo, idéntico, de naturaleza espiritual y el primer dato para la resolución del gran problema del ser y del conocimiento que me he propuesto resolver.



## CAPITULO SETIMO.

### CONOCIMIENTO DEL NO-YO.

Mundo material.—Mundo estético.—Mundo humano.—Mundo metafísico.

Con el mayor sentimiento hemos prescindido de muchos detalles en la esposicion del yo, por no permitirlo la naturaleza de esta obra, cuyo objeto esclusivo es marcar el rumbo en el sistema psicológico, ó lo que es lo mismo, dar á conocer el principal pensamiento, reservando los desenvolvimientos para los ramos especiales de lógica, ética, estética, ontología, y teodicea, que bajo tal pensamiento hayan de formarse, y cuyo conjunto presentaria un sistema completo y acabado. Habiéndonos limitado, pues, al pensamiento principal en la esposicion del yo, en el mismo caso nos hallamos ahora con el no-yo. Le presentaremos á grandes rasgos, y le presentaremos, no como pintores ni poetas, sino con la sencillez de filósofos en lo puramente preciso á la realizacion de nuestro pensamiento.

Estudiado el hombre veamos los objetos en que ejercita esas mismas facultades de que está dotado, porque todo conocimiento supone dos términos, una inteligencia que conoce, y un objeto

conocido, y entre esta inteligencia y este objeto está el conocimiento mismo, que es el lazo que une el sujeto inteligente y el objeto conocido. Hemos dado á conocer en la primera parte el sujeto inteligente, y vamos á dar á conocer en esta segunda el objeto que debe conocerse, y reservaremos para la tercera el conocimiento mismo, que será lo que complete nuestro pensamiento. Y bien ¿cuáles son los objetos sobre los que haya de ejercitar sus facultades el sujeto ó el yo inteligente? Por el estudio de nuestras facultades podemos conocer los objetos que están á su alcance. Colocado el hombre en el punto mas elevado de la escala de la creacion, que conocemos en este mundo, se le ve dotado de las facultades necesarias para concebir desde la materia mas grosera, hasta la idea del infinito pasando por todos los grados intermedios que le hacen conocer la existencia de los distintos mundos que abarca su inteligencia, comenzando por las mezquinas condiciones de bestia para concluir por las regaladas condiciones de ángel. De nada serviria que el hombre estuviera dotado de tan preciosas y elevadas facultades, si no encontrara los objetos correspondientes á esas mismas facultades. ¿Y existen esos objetos, existen esos mundos accesibles á su inteligencia? ¿Quién lo duda?

— *Mundo material.* El primero que se le presenta es el mundo material, con el que está en continuo contacto. El cielo estrellado que cubre el firmamento; el sol con todo el cortejo de los planetas que giran en su torno; la tierra que habitamos; los cuerpos que en ella existen, unos orgánicos, otros inorgánicos, unos sensibles, otros insensibles, pero llenando todos su destino; los minerales formados por moléculas agregadas por una fuerza sometida á leyes fijas; las plantas entregadas á un desenvolvimiento mas variado, mas rico, mas poderoso, que hacen suyos los gérmenes desparramados en la superficie del globo, para cubrirse de troncos, de hojas y de frutos; los animales, que por el juego combinado de ciertas operaciones que la vida ejecuta, sin ellos

conocerlo, realizan mecánicamente el fin que les ha sido asignado en la creacion, y en fin, ese movimiento y renovacion eterna entre la vida y la muerte, sucediéndose los individuos unos á otros para la conservacion de la especie, y siempre mejorándose y perfeccionándose el organismo, como lo acredita la cosmogonía de los siglos, este es el mundo material, este es el primer mundo que vemos con nuestros ojos, que tocamos con nuestras manos, con el que estamos perfectamente identificados con nuestro mismo cuerpo, y en cuya posesion entramos por medio de la *sensacion* ó percepcion esterna, auxiliada de nuestros sentidos corporales. Hasta aqui en nada nos diferenciamos de las bestias, pero un paso mas y ya nos encontraremos solos.

*Mundo estético.* En ese mismo mundo material, los objetos despiertan en el alma, por medio de los sentidos, nociones, que no se limitan á la existencia de los cuerpos, sus dimensiones y magnitudes. Cuando el alma percibe en los cuerpos unidad en su composicion, armonía en sus partes, justa proporcion en sus detalles, combinacion, gradacion, sobriedad, medida en todas sus formas y en los efectos que causan, se dice á sí misma: esto es mas que materia, aqui hay un sentimiento de belleza que me saca de las condiciones de este mundo puramente material, y me hace vislumbrar la existencia de otro mundo, donde la idea espiritiosa de la belleza entra como elemento. Las mismas formas de los cuerpos que revelan esta belleza, descubren el papel que estos desempeñan en la creacion. La figura del hombre, que es la mas hermosa que el mundo material nos presenta ¿no refleja en claro su naturaleza inteligente? La figura de los animales ¿no es mas bella que la que presentan los cuerpos inanimados? ¿No se advierte entre los mismos mas ó menos rasgos de belleza, segun es mas ó menos delicado su organismo? Entre los mismos cuerpos inanimados ¿no aparecen como mas bellos aquellos que revelan fuerzas inmensas que conmueven el curso ordenado de la naturaleza física? Apenas hay situacion en la vida donde no se

presenten, en grande ó en pequeño espectáculo, las emociones causadas por la belleza. ¿Quién no encuentra bella la vista del océano, el panorama que presenta toda altura inmensa, el nacimiento del sol en una hermosa mañana de primavera, el aspecto que presenta el mundo entre la luz y la sombra cuando el sol se pone en el ocaso, la vista de un campo cultivado y embellecido, el aspecto de una flor, el canto melodioso ó la armonía de un instrumento? Pues todas estas situaciones que forman uno de los principales elementos de la vida, son las que constituyen el mundo estético, que no puede confundirse con el mundo material. Este nos da los cuerpos, los bultos, las magnitudes, que son los que perciben los animales, pero el mundo estético nos da los cuerpos como base, pero descubriendo en ellos la forma simbólica de la belleza, con los mil matices y colores, que no admiten clasificacion ni esplicacion, y esta forma ya nos revela el ideal de un mundo que está en relacion, no con nuestro cuerpo, sino con nuestra inteligencia, que es la parte mas noble de nuestro ser, que no pertenece á la materia. Para conocimiento del mundo material nos ha bastado la sensacion ó percepcion esterna, como la llaman los filósofos escoceses, auxiliada de los sentidos corporales, y es claro que para percibir los cuerpos y sus dimensiones, no hay necesidad de acudir á otra facultad; pero en el mundo estético, si bien es tambien necesaria la sensacion, como que los cuerpos son la base, es indispensable que entre en ejercicio otra facultad del alma, que con ocasion de las formas del cuerpo conciba la idea de belleza, y combinada esta idea de belleza con la percepcion sensible, resulta el *sentimiento*, que es una facultad mista, que fluctúa entre el mundo material y el mundo estético y proporciona al alma la expansion y el dulce goce, que da una sensacion agradable, elevada á la altura de la idea simple é irreducible de la belleza, con la tendencia irresistible en la escala de los mundos hácia un mundo mejor.

*Mundo humano.* Efectivamente este mundo mejor es el de la

humanidad. El hombre pertenece por su cuerpo al mundo material, por su hermosa forma exterior al mundo estético, y por su alma al mundo de la humanidad. El hombre, por el estudio de su conciencia, sabe que el fondo invariable de su ser, en medio de los fenómenos siempre movibles que rodean su existencia, es una sustancia, es una causa indivisible é idéntica, una causa verdaderamente digna de este nombre, capaz de obrar, no solo sobre sí misma, sino también sobre los demás mundos, una fuerza libre é inteligente. Este conocimiento de nosotros mismos y cuya demostración hicimos antes, nos lleva naturalmente al de nuestros semejantes, porque los mismos movimientos nos hacen suponer las mismas facultades, los mismos efectos las mismas causas, los mismos fenómenos, las mismas sustancias, auxiliándose esta convicción con el roce continuo, vivo, intuitivo por medio del lenguaje. Existen, pues, sobre la faz de la tierra, cierto número de millones de seres libres é inteligentes, que constituyen la humanidad. Este mundo humano, este mundo moral é intelectual es el tercer teatro que se le presenta al hombre para ejercitar sus potencias y facultades. Ya no es el mundo material adquirido por la *sensación*; no es el mundo estético adquirido por el *sentimiento*; es el mundo intelectual y moral adquirido por la *conciencia*, por el estudio de sí mismo; mundo que alejándose más que el estético del mundo material, presenta en su desenvolvimiento el reino de los espíritus y de las inteligencias y abre la puerta á los más vastos problemas. Este ser racional y libre que se reconoce dotado de las más brillantes cualidades para aspirar á una felicidad sin fin; que ve contrariadas estas nobles aspiraciones por el veto continuo que le opone la materia; que recorre su historia sobre la tierra y ve sucederse unas razas á otras, unas civilizaciones á otras, despedazándose mutuamente en el campo de la fuerza para adquirir superioridad; que en medio de tantas contrariedades y amargas vicisitudes sirven estas mismas de crisol donde se purifica su

alma, perfeccionándose su inteligencia y mejorándose su condición moral, que erguida su cabeza le hace conocer la grandeza y elevación de su destino, y en fin, que formando parte de la humanidad vislumbra la ley que debe dirigir á esta para llenar las altas miras de la Providencia en las condiciones de este mundo, y es el misterioso problema de la filosofía de la historia, este ser racional y libre que en el interior de su conciencia siente el peso de todos estos problemas formidables, se encuentra con este tercer mundo donde de lleno puede ejercitar todas sus facultades, como que en él se halla la parte mas noble de su ser, y radican las cuestiones que mas interesan á la humanidad.

*Mundo metafísico.* Pero aun no lo hemos dicho todo; tratándose de mundos falta otro, falta el que sirve de clave á la bóveda, y sin el cual serian los otros tres mundos un enigma incomprendible. El mundo material tiene sus fenómenos, la gravitación, la electricidad, el fluido magnético, el organismo, el principio vital, la vida y la muerte, y tantos otros; el mundo estético tiene los suyos en la infinita y encantadora variedad que presenta la belleza, y los tiene aun mas grandes y delicados el mundo de la humanidad, donde radican la inteligencia, el principio moral, el destino del hombre, que tan variados y complicados hechos presentan en el espacio y en el tiempo, y todos estos fenómenos de todos tres mundos tienen relaciones entre sí, están sometidos á leyes constantes, van ligados á las condiciones generales de la existencia, hacen conocer el lazo que liga el espíritu á la materia, fijan las posiciones distintas del hombre y la naturaleza, y hacen entreveer un mundo que recoge todos estos cabos sueltos, que auna todas estas relaciones, que unifica todas estas leyes, que da un impulso creador y omnipotente para presentar en grande panorama las maravillas del universo, bajo el riguroso principio de unidad. Este es el mundo metafísico que sirve de coronamiento á todos los demás mundos, y en el que se encierra la verdadera ciencia, porque es la ciencia de

los principios, porque allí está el estudio del ser y del conocimiento todo á la vez, y porque solo esta ciencia responde á una necesidad imperecible del espíritu humano en las condiciones de este mundo. El hombre, con el estudio de sí mismo, trata de penetrar este fondo divino de las cosas, busca su base, la sigue en todos sus giros, quiere penetrar sus detalles, analiza sus relaciones, hasta que se encuentra con la realidad precisa y evidente que busca, y esta realidad es el término de sus aspiraciones, porque es el término de la ciencia. El espíritu humano, al sondear este foco de la existencia y del conocimiento, se encuentra en las alturas metafísicas desde donde registra los otros tres mundos y encuentra allí la expresión exacta de la naturaleza de las cosas, y el fondo constitutivo de todos los seres sometidos á nuestras miradas. Este es el mundo metafísico.

El hombre no puede salir de estos cuatro mundos, porque en los cuatro mundos se encierran todas las existencias y así no hay remedio, ó se fija en el mundo material, sus leyes y sus relaciones, ó se fija en las formas variadas y espirituosas que resaltan en los cuerpos y patentizan el mundo estético, ó se fija en los hechos humanos en la inmensa complicidad que presenta la vida intelectual y moral del hombre, que es el mundo de la humanidad, ó va en busca de los primeros principios, de la esencia de las cosas, para dar pensamiento al universo, que es el mundo metafísico, y solo falta que demos á conocer el lazo que liga á estos mundos y será objeto del capítulo siguiente.

---

## CAPITULO OCTAVO.

ELEMENTO QUE PONE EN COMUNICACION EL YO CON EL NO YO.

### IDEA DEL INFINITO.

Ya dijimos en el capítulo anterior que todo conocimiento supone dos términos, un sujeto que conoce y un objeto conocido, y que entre este sujeto, ó mas bien, entre esta inteligencia y el objeto conocido está el mismo conocimiento, que es el lazo que une los dos términos. Pues bien, ya sabemos lo que es el alma, que es el sujeto, y sabemos tambien lo que es el objeto, que son os cuatro mundos, mundo material, mundo estético, mundo humano y mundo metafísico, y lo que falta conocer ahora es el elemento que los une, lo que propiamente se llama conocimiento, y sin el cual es imposible todo saber humano. Para convenirse de esta verdad, basta un ejemplo sencillo, tomado del mundo material. Supóngase una habitacion magníficamente alhajada con esquisitos muebles, preciosos cuadros, delicados relieves, artesonados del mejor gusto, y de una forma arquitectónica admirable, y que esté cerrada herméticamente por to-

do el exterior, sin ninguna entrada á la luz. Supóngase colocado dentro de esta habitacion un hombre en el uso completo de todas sus potencias y facultades. ¿Cuál es la situacion de este hombre? De nada le sirve tener sentidos, ni tener inteligencia, ni tampoco le sirve verse rodeado de aquellos preciosos objetos, de aquellas pinturas y delicado mueblage. De manera que dentro de aquella habitacion hay una inteligencia que conoce, y hay objetos que deben conocerse, y sin embargo, no hay conocimiento ¿y por qué? Porque falta el medio para que esta inteligencia allí encerrada perciba todos aquellos preciosos objetos que le rodean. Supóngase ahora, que por uno de los extremos de aquella habitacion se abre un agujero en el centro del dia, por el que se da paso á un rayo de luz, desde aquel acto todo cambia de faz para aquel hombre, para aquella inteligencia. El rayo de luz ilumina la habitacion, y el hombre, que nada veia ni podia ver, lo ve todo y admira las preciosidades que se encierran en aquel recinto.

Esto sucede en el mundo material, para cuyo conocimiento no basta tener inteligencia, no basta tener sentidos, no basta que existan objetos maravillosos que conocer, se necesita mas, se necesita la luz que haga á estos objetos accesibles á los sentidos para que lleguen á la inteligencia. ¿Qué seria el mundo material sin la luz que le ilumina y le patentiza, y qué seria entonces la humanidad? Si el mundo material no puede concebirse sin luz que ilumine á la inteligencia del hombre por medio de los sentidos ¿será posible que el mundo inmaterial, que se compone de la mitad del mundo estético y de todo el mundo de la humanidad, y de todo el mundo metafísico, pueda existir sin una luz acomodada á su naturaleza, que dé á conocer los grandes objetos inateriales de estos mundos á nuestra inteligencia? ¿No deben estar sometidos el mundo material y el inmaterial en punto á conocimiento, á unos mismos principios y reconocer los mismos tres términos? Será mas privilegiado el mundo material que es

el mundo de las sensaciones, que el mundo inmaterial, que es el mundo de las ideas, en el que radica la grandeza de nuestro ser? No, absolutamente no, y si en el mundo material existe una luz creada que le hace accesible á la inteligencia del hombre, en los otros mundos inmatrimales existe otra luz tambien inmaterial é increada, que patentiza á nuestra inteligencia esos mismos mundos inmatrimales y sin la cual no es concebible su existencia.

Si, existe esta luz, y para conocerla no se necesitan razonamientos, no se necesita aguzar el ingenio, porque basta solo el estudio de nosotros mismos y el buen sentido para reconocer su existencia. Cuanto mas te internes en el conocimiento de tí mismo, tanto mas penetrarás los secretos de la naturaleza universal, dice Marco Aurelio, y esta máxima tiene una aplicacion inmediata en el hecho que nos proponemos justificar. El hombre se examina á sí mismo y solo encuentra una inteligencia limitada, examina los seres que le rodean y aun encuentra mayor limitacion, examina el mundo en que vive y se presenta la materia limitada, tiende sus miradas por todo lo que le rodea y encuentra que en sí y fuera de sí todo es finito y perecedero. Sin embargo, no hay en el hombre una sola operacion del espíritu, de cualquier naturaleza que sea, que no suponga la concepcion necesaria del infinito. Esta no es una verdad que tenga necesidad de prueba, porque no se saca por induccion ni por deducccion, es un hecho real y verdadero, que atestigua la conciencia, y tiene por apoyo la historia del mundo, las obras del artista, los cantos del poeta, las instituciones civiles y religiosas de todos los pueblos y la creencia universal del género humano. Es un hecho, repito, que no admite controversia. El hombre tiene la idea del infinito, y la idea del infinito es el punto mas elevado á que puede arribar su inteligencia, porque es la base de todas las demás ideas, y lazo que liga todas las relaciones que existen entre las ideas y las cosas, entre la razon y los sentidos, entre el espíritu y la materia.

Y bien, esta idea del infinito, que llena toda su alma, que eleva sus pensamientos y que le hace conocer la existencia de esos mundos, tan extraños á la materia ¿le viene al hombre de sí mismo, de los séres que le rodean, del mundo material que habita? De ninguna manera, porque lo finito no puede dar jamás la idea de lo infinito. Luego esta idea de lo infinito viene de lo alto, y esta idea es la luz increada que ilumina todos los departamentos del alma, para hacer perceptibles los mundos inmateriales, en la misma forma que el rayo de luz, que entró por el ángulo de la habitacion cerrada herméticamente, hizo perceptibles al hombre puesto alli los objetos que la decoraban. Podrán las sensaciones producidas en el alma por la accion de los objetos materiales despertar la idea del infinito, pero será como ocasion, no como causa, porque, repito, lo finito no puede ser nunca causa del infinito. Tampoco podemos sacar esta idea del infinito de nuestro propio fondo, porque siendo limitadas nuestras facultades, solo puede producir nuestra alma abandonada á sí misma pensamientos limitados. Nosotros tenemos la idea del infinito, y esta idea del infinito es un fenómeno que se realiza en nuestra alma, pero que nuestra alma no puede producir, porque el fenómeno es infinito y el alma es finita, y no puede concebirse que el efecto abrace mas que la causa que le produce. Luego si el fenómeno ó el efecto es infinito y nuestra alma como finita no puede producirle, es preciso buscar la causa fuera de nosotros, y esta causa tiene que ser infinita, única que puede producir un efecto infinito. Luego tenemos, que la idea del infinito existe en nosotros y no procede de nosotros, y que debe venirnos de fuera procedente de una causa infinita. Esta idea del infinito, que nos da á conocer la inmensidad y la eternidad, es el punto mas alto á que puede llegar nuestra inteligencia, es como una antorcha que viene de fuera á iluminar las demás ideas que se encierran en nuestra alma. Luego esta idea del infinito es la luz que ilumina nuestra alma, es la razon, facultad del ab-

soluto, es la que ennoblece nuestro ser, porque nos pone en contacto con esos mundos inmateriales, y es, en fin, la que nos separa de los lazos de la materia, y nos da posicion en esa escala inmensa de seres inteligibles que se pierde en la eternidad.

Quando contemplamos, dice Mad. Stael, el cielo estrellado, donde chispas de luz son otros tantos universos como el nuestro, y donde el polvo brillante de la Via láctea traza con mundos un camino en el firmamento, nuestro pensamiento se pierde en el infinito, nuestro corazon late por lo desconocido, por lo inmenso, y tenemos el presentimiento, de que es mas allá de las esperiencias terrestres, donde debe comenzar verdaderamente nuestra vida. Las emociones religiosas mas que ningunas otras, despiertan en nosotros el sentimiento del infinito, y despertándole, le satisfacen, y por esta razon sin duda, decia un hombre de gran ingenio, que la criatura pensadora no era dichosa, sino quando la idea del infinito se habia convertido para ella en un goce, en lugar de ser una carga. Quando nos entregamos decididamente á las reflexiones, á las imágenes y á los deseos, que traspasan los límites de la esperiencia, solo entonces es quando respiramos. Quando solo nos fijamos en los intereses, en las conveniencias y en las leyes de este mundo, el genio, la sensibilidad, el entusiasmo agitan penosamente nuestra alma; pero la inundan de delicias, quando se las consagra á este recuerdo, á esta idea del infinito, que se presenta, en la metafisica bajo la forma de disposiciones innatas, en la virtud bajo la del sacrificio, en las artes bajo la del ideal, y en la religion misma bajo la del amor divino. El sentimiento del infinito es el verdadero atributo del alma; todo lo que es bello en todos géneros escita en nosotros la esperanza y el deseo de un porvenir eterno y de una existencia sublime. No puede apercibirse el viento en los bosques, ni el delicioso acento de las voces humanas, ni los encantos de la elocuencia ó de la poesia, en fin, no es posible amar con inocencia y con efusion, sin estar penetrado de religion y de inmortalidad.

Todos los sacrificios del interés individual nacen de la necesidad de ponerse en armonía con este sentimiento del infinito, cuyo encanto se experimenta, aunque no se pueda expresar. Si el poder del deber estuviese encerrado en el corto espacio de esta vida ¿cómo podría tener, sobre nuestra alma, mas imperio que las pasiones? ¿Quién sacrificaría límites á límites? *Todo lo que concluye es tan corto*, decia San Agustin. Los instantes de goce que pueden proporcionar los placeres terrestres, y los dias de paz que asegura una conducta moral, diferirían bien poco, si emociones sin límites y sin término no se escitasen en el fondo del corazon del hombre que se consagra á la virtud. Muchos negarán este sentimiento del infinito, y ciertamente ocuparán una ventajosa posición para negarlo, porque es imposible poderlo explicar; no bastarán algunas palabras mas para hacer comprender lo que el universo no les ha dicho. La naturaleza ha revestido el infinito con diversos símbolos, que pueden hacerle llegar hasta nosotros, la luz y las tinieblas, la calma y la borrasca, el placer y el dolor, todo inspira esta religion universal, de que su corazon es el santuario.»

Siendo, pues, no un principio, sino un hecho absolutamente incontestable la existencia de la idea del infinito en nuestra alma, y siendo tambien incuestionable por una rigurosa induccion, que esta idea de lo infinito no puede dárnosla ni nuestra alma finita, ni el mundo material por medio de los sentidos, y que es una concepcion pura de la razon, veamos el efecto inmediato que produce este rayo de luz en el alma, y el desarrollo inmenso que ocasiona su aparicion.

La idea del infinito, que encierra en su seno el máximum de perfeccion imaginable, sufre en su aparicion en el alma, un fraccionamiento, si puede decirse así, que sin debilitarla ni perder su condicion de infinito, desenvuelve los tipos primitivos, que la constituyen, considerada en su conjunto. La idea del infinito, al pasar por el alma, se descompone y sufre tres irradiaciones, que juntas componen el infinito, y separadas dan á conocer los

tipos eternos é infinitos de lo *verdadero*, de lo *bello*, de lo *bueno*, que son las formas invariables, con que las cosas se presentan á nuestro espíritu. Pondré un ejemplo tomado del mundo visible, para que se conozca mejor mi pensamiento. El rayo de luz, que recibe el prisma, sufre una refraccion, dividiéndose y apareciendo del lado opuesto los siete colores primitivos, en que se descompuso, y estos siete colores primitivos reunidos constituyen el rayo de luz, que dió en el prisma. Pues bien, el rayo de luz es la idea del infinito, nuestra alma es el prisma, y asi como en el prisma el rayo de luz se convierte, por medio de la refraccion, en los siete colores primitivos; asi en el alma el rayo del infinito sufre la refraccion, y aparecen los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, que reunidos constituyen el rayo del infinito. Pero sigamos adelante con la comparacion, que si bien es de lo material ó lo inmaterial, es, sin embargo, exacta por la coincidencia de ser el rayo del sol y el rayo del infinito ambos rayos de luz, que el uno ilumina los cuerpos y el otro ilumina los espíritus. El rayo de luz refracta en el prisma, para dar á conocer sus tipos primitivos, que son los siete colores, y cuando despues, en la marcha ordinaria de la naturaleza, ese mismo rayo de luz tropieza con los cuerpos, no refracta sino que refleja sobre el ojo del espectador aquel color de los siete, que se adapta á la superficie del cuerpo sobre que recae, el cual, al paso que refleja ese solo color, se absorbe los seis restantes, y se dice entonces, que aquel cuerpo es colorado, ó verde, ó pajizo, segun que es colorado, ó verde, ó pajizo el color primitivo que reflejó, por ser el único, que por medio de la reflexion llegó al ojo del espectador, puesto que los otros seis quedaron absorbidos. Lo mismo sucede con el rayo del infinito respecto del alma. El rayo del infinito, que es el rayo de luz de los espíritus, al entrar en el alma, sufre la refraccion, y presenta los tres tipos primitivos y fundamentales que le constituyen, lo verdadero, lo bello, lo bueno, y cuando despues de refractar en el alma, van á tropezar con los tres mun-

dos que se le presentan, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, refleja de estos el tipo primitivo de los tres, que corresponde á las condiciones del mundo respectivo. Se trata del mundo material, y con respecto á él quedan, como quien dice, absorbidos los tipos de lo bello y de lo bueno, para solo reflejar el tipo de la verdadero, por ser la primer verdad la realidad del mundo exterior, la existencia del universo. Se trata del mundo estético, y quedan respecto á él absorbidos los dos tipos primitivos de lo verdadero, de lo bueno, para solo reflejar el tipo de lo bello, porque el mundo estético, atendidas sus condiciones, es el único que puede reflejar este tipo. Se trata del mundo de la humanidad, y quedan respecto á él absorbidos los dos tipos de lo verdadero y de lo bello, para solo reflejar el tipo de lo bueno, porque el mundo de la humanidad, atendidas sus condiciones, es el único que puede reflejar este tipo. En efecto, el tipo de lo verdadero solo puede reflejar la realidad del universo, como fundamento de toda certidumbre con sus leyes y sus principios; el tipo de lo bello solo puede reflejar las bellezas que encierra el universo, revestidas siempre bajo formas sensibles; y el tipo de lo bueno solo puede reflejar las acciones humanas, que es lo que constituye el mundo de la humanidad; resultando de aquí, que cada uno de estos tres mundos refleja sobre el alma el tipo que corresponde á la base especial que le constituye, en la misma forma que los cuerpos, al recibir el rayo de luz, reflejan un color y absorben los demás, según sus peculiares condiciones para aparecer solo con el color reflejado.

Todo lo que llevamos espuesto tiene por objeto, estraer, por decirlo así, de los tres mundos, el mundo material, el mundo estético y el mundo de la humanidad, el ideal que todos tres encierran por los respectivos tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, y constituyen la elevacion y grandeza de estos tres mundos, dejando en toda su fuerza los hechos materiales, que suministran estos tres mundos por medio de la sensacion, auxilia-

da de los sentidos, que son siempre la materia del conocimiento para el alma, en las condiciones de este mundo.

Pero el tipo del infinito, considerado en su conjunto, tiene otro aspecto para con el alma, de cuya esplicacion no podemos prescindir. El alma que se ve como anegada por la idea del infinito, que se encuentra iluminada con los resplandores de este rayo de luz, naturalmente reobra sobre esta misma idea en su conjunto, va en busca de su origen, aspira al punto de donde parte, desentendiéndose de la refraccion que sufre con aplicacion á los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, y aspirada así, se encuentra con otro mundo, que está por cima, que forma el coronamiento, y es el mundo metafísico, centro de todos los tipos, foco de todas las ideas, y único manantial de todas las existencias.

A estos cuatro tipos, el tipo de lo verdadero, el tipo de lo bello, el tipo de lo bueno y el tipo del infinito, corresponden los cuatro mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo humano y el mundo metafísico, y á estos cuatro tipos y cuatro mundos corresponden cuatro órdenes de ciencias, que abrazan todo el saber humano, las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales y las ciencias metafísicas, prestando la materia del conocimiento la sensacion auxiliada de los sentidos y prestando la forma la razon, facultad de lo absoluto, no la forma mezquina y subjetiva de Kant, sino la forma objetiva que representa una realidad fuera de nuestro entendimiento, como veremos en su lugar.

Resumiendo, pues, el mundo material nos lo da á conocer la percepcion sensible ó la sensacion auxiliada por los sentidos, su base por la razon es el tipo de lo verdadero, su objeto las ciencias cosmológicas.

El mundo estético nos lo da á conocer la razon auxiliada del sentimiento, su base es el tipo de lo bello, y su objeto las ciencias estéticas.

El mundo de la humanidad nos lo da á conocer la razon auxiliada de la conciencia, su base es el tipo de lo bueno, y su objeto las ciencias morales.

El mundo metafisico nos lo da á conocer la razon pura, su base es el tipo del infinito, y su objeto las ciencias metafísicas.

Fuera de estos cuatro tipos, fuera de estos cuatro mundos, fuera de estos cuatro órdenes de ciencias, que se ligan y encadenan entre sí, no hay nada, y he aqui presentado en gran panorama el enigma del universo por el estudio de sí mismo.

Respecto á los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, y el mundo de la humanidad, entran, segun se ve, dos elementos bien distintos, para componer el saber humano, uno necesario, absoluto, invariable, y otro contingente, relativo, variable. El primer elemento son las leyes y los principios que rigen á estos tres mundos, el segundo son los fenómenos que tienen lugar en cada uno de ellos. Los cuerpos en el mundo material, los objetos bellos en el mundo estético, las acciones humanas en el mundo de la humanidad, son todos hechos fenomenales que constituyen este elemento móvil entre la aparicion y desaparicion, entre la vida y la muerte; pero el principio de órden impreso al mundo material, el principio de la belleza impreso al mundo estético, y el principio moral impreso al mundo de la humanidad, tienen el mismo carácter de fijeza y de necesidad, que los tres tipos de donde nacen lo verdadero, lo bello, lo bueno, que tienen tambien su raiz en la idea del infinito, centro y foco de todos los principios absolutos. Los dos focos de lo absoluto y de lo contingente producen naturalmente los dos órdenes de ideas, de ideas absolutas é ideas relativas, absolutas cuando proceden de aquellos tipos eternos, relativas cuando recaen en los objetos variables del mundo fenomenal. Solo en el tipo del infinito no tienen lugar los dos elementos, porque siendo el punto de donde todo parte, no entra alli para nada lo variable, lo contingente, lo fenomenal, y solo reina lo necesario, lo inva-

riable, como centro de unidad absoluta. Pero mirado en su conjunto el conocimiento humano se compone de la influencia de la idea del infinito con el desenvolvimiento de los tres tipos, que nos dan á conocer lo eterno, lo imperecedero, lo invariable; de la influencia del mundo sensible, que con sus sensaciones y los sentidos para verificarse, nos dan á conocer lo perecedero, lo variable, lo fenomenal; y la influencia del alma, que auxiliada de sus facultades y su actividad nativa, trabajando sobre aquellos datos, nos da las ideas facticias, que son obra del trabajo intelectual, graduándose los progresos del alma en razon del mayor grado de actividad desplegada, para penetrar en las interioridades del mundo material, del mundo estético, del mundo de la humanidad y del mundo del infinito.

Luego el tipo del infinito suministra las primeras nociones que constituyen la racionalidad espontánea del hombre, las mismas que vulgarmente se llaman reglas del buen sentido. Esta es la gran cuestion de las categorías, que tanto ha dado que discutir á las primeras inteligencias que ha habido en el mundo. Aristóteles designaba diez pensamientos primordiales, de donde parten todos los demás; Kant los reduce á nueve, y la escuela escocesa, con el nombre de verdades del sentido comun, ha plagado el mundo científico de categorías. Esta variedad, que ha sido origen de infinitas discusiones, ya sobre el conjunto y ya sobre los detalles y designaciones de ideas determinadas, en razon de si deben ó no ocupar el rango de categorías, desaparece absolutamente á la vista de la teoría que yo presento, en la que, bajo la base de una unidad absoluta en el conocimiento, desconocida por aquellos filósofos, no hay mas categorías que una, que es la idea del infinito, resuelta á su paso por el alma en los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, que son la fuente y raiz de todas las ideas, de todas las concepciones, de todos los conocimientos humanos en el orden de la naturaleza, de la humanidad y de Dios.

Volviendo, pues, á nuestro razonamiento primitivo, el conocimiento humano reconoce por base los dos elementos, lo variable y lo invariable, y desde el instante que el hombre en sus indagaciones pierde de vista uno de estos dos elementos, irremisiblemente se precipita, como ha sucedido á los filósofos empiricos, por su empeño de desconocer el elemento absoluto, y haberse entregado al elemento variable suministrado por las sensaciones y los sentidos, precipitándose en el materialismo; y como ha sucedido á los filósofos alemanes, por su empeño de desconocer este último elemento, este elemento fenomenal que no debe perderse de vista, y entregarse esclusivamente al elemento absoluto, dando á luz esas construcciones á priori, que les ha sumido en el más lamentable panteísmo. Este extravío de los filósofos, que tanto daño ha causado á los progresos de la ciencia, por dejarse llevar, ya de un extremo, ya de otro, refluye tambien en los métodos. Cuando el hombre se consagra al estudio de los fenómenos, que es el elemento variable para descubrir sus leyes y sus principios, que es el elemento absoluto, procede por analisis y por rigurosa induccion. Cuando busca en el elemento absoluto el descubrimiento de las leyes y principios para despues hacer aplicacion á los fenómenos, que es el elemento variable, procede por síntesis y por rigurosa deduccion. No pudiendo, pues, perderse de vista el elemento absoluto y el elemento variable, para evitar extravíos la razon dicta, que ambos métodos, analítico y sintético, se auxiliien y amparen como buenos hermanos. Si el analisis sirve para estudiar los fenómenos y descubrir las leyes, y es imprescindible en las ciencias experimentales, y por cuya causa se le tiene por método de invencion, tambien se hace despues imprescindible la síntesis, para colocarse á la mayor altura, recorrer desde alli todo el campo descubierta ya por el analisis ó la esperiencia, y valiéndose de la analogía ó el razonamiento y de las concepciones absolutas que suministra la razon, presentar el conjunto de un plan ó de un

sistema en las ciencias teóricas, que libre de extravíos dé solución á las grandes cuestiones, sin traspasar los límites de la razón y del buen sentido. Haber querido suprimir la síntesis como intentó Bacon, ó haber querido suprimir el análisis, como intentó Hegel, son dos aberraciones que han causado los mas funestos resultados á los progresos de la ciencia, como los causan siempre la intolerancia y el exclusivismo.

También para la clasificación de las ciencias entran los dos elementos, el elemento absoluto, necesario, invariable, y el elemento relativo, contingente y variable. El elemento absoluto, representado en los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, presta materia á la clasificación general por grupos de las ciencias comprendidas en cada uno de estos tipos, y así al tipo de lo verdadero corresponden las ciencias cosmológicas, al tipo de lo bello las ciencias estéticas, y al tipo de lo bueno las ciencias morales; pero si de esta altura de lo absoluto se desciende á las ciencias particulares, se pierde ya de vista el elemento absoluto y se entra en el elemento relativo, contingente y variable, es decir, se entra en el mundo fenomenal, sin salir de la clasificación general según el tipo respectivo. En las ciencias cosmológicas, dentro del tipo de lo verdadero, por ejemplo, se trata del movimiento de los astros, de la naturaleza de los cuerpos, de sus elementos, de la organización de los seres, etc., etc., y se les da el nombre de astronomía, física, química, anatomía, tomado del elemento práctico fenomenal y variable, que ofrecen estos objetos. En las ciencias estéticas, dentro del tipo de lo bello, las infinitas variaciones que ofrece la belleza en edificios, relieves, cuadros, composiciones poéticas, etc., etc., dan origen á la arquitectura, escultura, pintura, poesía, etc., tomando el nombre del elemento fenomenal y variable que compone aquellos objetos. En las ciencias morales bajo el tipo de lo bueno, y cuyo elemento variable son las acciones humanas, toman las ciencias los nombres que corresponden á la gradación, que ofre-

cen estas mismas acciones, desde el individuo aislado hasta toda la humanidad, desde la moral privada hasta el gran problema sometido á la filosofía de la historia. De manera que el principio absoluto, representado por los tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, clasifica las ciencias en general, para que nunca se pierda de vista, que el elemento absoluto es la base de todo el saber humano, y despues de clasificadas con su carácter absoluto, entra la clasificacion en detalle, que recae sobre el elemento variable, sobre la materia del conocimiento, que son los cuerpos en el mundo material, los objetos bellos en el mundo estético y las acciones humanas en el mundo humano, recibiendo las ciencias el nombre que corresponde á estos objetos, y de esta manera se hermanan los dos elementos, el invariable y el variable, el absoluto y el relativo, la razon y la esperiencia, para componer los conocimientos humanos. En el mundo metafísico no entra el elemento variable, como se dijo ya anteriormente, y por lo tanto tan absoluto é invariable es el tipo del infinito que le da el ser, como el mismo mundo metafísico, y en este concepto la ciencia en este mundo recibe el nombre de su objeto, que es el estudio del ser, la ciencia de la unidad absoluta, la ontologia, término de todas las indagaciones y aspiraciones del hombre.

Esta unidad absoluta, reina, brilla y resplandece por todas partes. Los tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno reconocen por centro de unidad el tipo del infinito. El mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad reconocen por centro de unidad el mundo metafísico. Asi sucede con los cuatro órdenes de ciencias que hemos establecido. Las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales que corresponden á los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo humano, y corresponden á los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, reconocen por centro de unidad las ciencias metafísicas, resultando de aqui, que en última espresion la idea del infinito es el centro de union de los cuatro

tipos, de los cuatro mundos, de los cuatro órdenes de ciencias. ¿Y quién puede dudar de la absoluta unidad de las ciencias? ¿Quién puede desconocer, que efecto de esta unidad, las ciencias naturales tienen que reconocer como base las ciencias metafísicas? Las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales observan los cuerpos, las bellezas que siempre aparecen en forma sensible, las acciones humanas, y sobre estos hechos forman un cuerpo de doctrina, con el descubrimiento de las leyes á que están sometidos todos estos fenómenos, pero estas leyes que descubren tienen por fundamento los tipos eternos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que son los puntos de donde proceden esas leyes, y no es posible tropezar con estos tipos, sin ir en busca del tipo del infinito, que les da el ser, y este tipo es la metafísica de todas las ciencias, el centro de todos los principios, la base de todos los conocimientos humanos, y cualquiera que sea la ciencia á que el hombre se consagre, serán siempre mezquinas sus ideas, si no lleva el pensamiento á esta altura, que es la que verdaderamente le constituye rey de la naturaleza, como que desde ella diserta sobre el origen de los conocimientos, sienta los principios de certidumbre, penetra la razon de los hechos, enlaza en grande escala las relaciones que ligan á los mundos, y con la luz que le da la idea del infinito, levanta el magestuoso y magnífico edificio de las ciencias.

Ese empeño de los filósofos empíricos del siglo XVIII de depreciar y rebajar las indagaciones metafísicas es un insulto á la razon humana, y que se halla ya superabundantemente reparado por los esfuerzos de los filósofos escoceses, los filósofos alemanes y por la Francia moderna, que han vuelto la ciencia por el carril, de donde no debió salir nunca. ¿Es posible que las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales escluyan del círculo de su accion las indagaciones sobre la razon de las cosas, el estudio de las formas del pensamiento, las leyes y

los procedimientos generales del espíritu humano, hasta llegar á la unidad absoluta que es la metafísica? ¿En qué consiste el empeño que se advierte en todos los autores de estas mismas ciencias cosmológicas, estéticas y morales, de dar un sello metafísico á sus producciones, con los dictados de filosofía de las matemáticas, filosofía química, anatomía filosófica, filosofía del derecho, filosofía de la historia, filosofía de las bellas artes, filosofía de la elocuencia? Es la convicción profunda que tienen todos los hombres científicos, de que hay un centro comun, á donde van á parar todos los principios, que rigen todos los mundos, para ligarse á un principio único, que vivifica todo el universo. No hay remedio, la metafísica todo lo invade, lo mismo las ciencias físicas que las ciencias morales, lo mismo la jurisprudencia que la organización de los cuerpos, lo mismo la ley que gobierna á los astros que la historia que refiere los hechos humanos, que la poesía y las bellas artes que se representan con imágenes sensibles. La metafísica es imprescindible para dar á las ciencias su forma dogmática y regular, y si bien esta forma se resiste aun á aparecer con toda la evidencia que es de desear, esta circunstancia no impide el progreso práctico de las ciencias mismas, ni es motivo para que el hombre, dotado como está de las mas brillantes facultades, desista de su empeño de descifrar el enigma del universo.

Si las ciencias caminan á la unidad, los mundos caminan á la perfección. Esta no es una verdad de razonamiento, porque es una verdad de hecho, es un hecho que nos da la historia. ¿El mundo material de ahora es el mismo que el que existia en la guerra de Troya? Sin salir de los tiempos históricos ¿es ahora el mundo material el mismo que existia cuando la expedición del gran Alejandro? ¿La Europa moderna es aquella que César sometió á su imperio? ¿La Europa de las cruzadas es la misma que la del renacimiento, ni la del renacimiento la misma que la del presente siglo? Todos esos imperios fastuosos del Asia, esas grandes ciudades de las cien puertas, esos paraísos de Tempe, esos diamantes

de Golconda, todas estas grandezas desaparecen á la simple vista de un camino de hierro ó de un buque de vapor. Esos bosques vírgenes, inmensos, impenetrables, que nos presenta la historia de Europa en tiempo de nuestros progenitores indígenas, y que sometidos á la influencia fatídica de algun dios ridículo, poblaban el espacio de sombras terroríficas, se hallan reemplazados con caminos, canales, arbolados, campos inmensos cultivados, que proporcionan todas las producciones de la tierra. La faz material del mundo va en continuo progreso, y el dia que se descubran las virtudes de los cuerpos imponderables, con aplicacion á los usos de la vida por la industria del hombre ¡quién sabe el grado de perfectibilidad á que podrá llegarse! La misma marcha progresiva se observa en el mundo estético. A los encantos que presenta la naturaleza en su desenvolvimiento, se agregan las bellezas artificiales, debidas á la inteligencia del hombre. Campos inmensos cubiertos de flores y verdura, simétrica distribucion en el cultivo para presentar vistosos panoramas, curso forzoso en los elementos que presenta la naturaleza para ofrecer vistas agradables y de grande espectáculo, combinaciones científicas en la industria, para matizar con mil colores los objetos destinados á todos los usos de la vida, paises enteros embellecidos por la mano del hombre, con todos los primores que ha proporcionado el arte en pintura, escultura y arquitectura, y en fin, el aspecto agradable y simpático que en el dia presentan todos los pueblos cultos de la tierra, que marchan en progreso ¿no es una prueba concluyente, de que el mundo estético, lo mismo que el mundo material, caminan á su perfeccion, viéndose reemplazada la naturaleza hórrida y salvaje por las gracias de la belleza, por los encantos de las artes, por la cultura y suavidad de las formas? Esta mejora progresiva de ambos mundos se debe á la inteligencia del hombre. En un principio, rodeado éste de fenómenos extraordinarios, sin poder conocer sus causas, recurrió á la magia y á la divinacion, y creó un mundo lleno de fantasmas y sombras terro-

rificas, abultadas por la ignorancia y la supersticion. Este mundo fantástico se ha ido disipando, segun se han ido conociendo las leyes que gobiernan ambos mundos, el mundo material y el mundo estético, es decir, que mientras la naturaleza ha sido mas fuerte que el hombre, el hombre ha tenido que entregarse á la imaginacion en busca de causas extraordinarias y sobrenaturales, para satisfacer su curiosidad natural; mas cuando con los siglos, con la esperiencia, con el estudio, y con mil percances ha ido desentrañando los fenómenos, aclarando sus causas, y viendo en claro la realidad de la naturaleza y su curso ordenado por leyes fijas y constantes, ha llegado á conocer su mision sobre la tierra, que es arrancar á la naturaleza sus secretos, y destinar por el trabajo sus descubrimientos á la mejora y embellecimiento de ambos mundos, el mundo material y el mundo estético, para que el titulo de rey de la naturaleza, á que le llama su condicion de ser racional y libre, sea una verdad, y quede relegado al pais de las quimeras ese mundo fantasmagórico, á cuya sombra tanto se ha abusado de la credulidad humana.

Si el mundo material y el mundo estético caminan á la perfeccion por la mano del hombre ¿quedará en zaga el mundo de la humanidad, que tantas escelencias tiene sobre los otros dos mundos? No, el hombre es perfectible, la humanidad es perfectible. Sondeando las entrañas de la tierra, se encuentran testimonios auténticos de la progresiva perfectibilidad, que ha tenido la organizacion en el mundo. Inmensos vegetales primero, reptiles informes despues, reemplazados por animales menos informes hasta la aparicion del hombre sobre la tierra, es el cuadro que presenta la creacion, y aun en el hombre se ve, en el curso de los siglos, desaparecer las razas americanas y mogoles, para dar paso á la raza circasiana ó europea, que es la mejor organizada, y aun en esta misma se disputan la preferencia la raza teutónica con la latina, sin poderse adivinar el término de esta cadena de creaciones de menos en menos imperfectas, en la que nosotros somos

un anillo. Las almas humanas, dice Leibnitz, estuvieron en su origen privadas de sentimiento y de conciencia, de aqui pasaron á ser almas sensibles, y por último se han elevado á la dignidad de almas racionales, en virtud de evoluciones naturales y sucesivas, cuyo gérmen desde su origen habia sido depositado en ellas, y si las almas, hasta llegar á adquirir la cualidad de racionales, han tenido que caminar por este curso de evoluciones, la misma razon hay para creer, que estas continuen hasta elevarse mas y mas en la escala de los séres. Con razon ha dicho Schelling, que el hombre y no el animal tiene una historia, precisamente porque se acrece á sí mismo, perfeccionándose. ¿No está verificándose lo mismo con la organizacion social y política? En medio de las vicisitudes humanas producidas por los intereses y las pasiones se ve recibir una luz inmensa, la nocion del derecho, que en su raiz destruye el despotismo y la anarquía, y lleva á las naciones á refundirse en una sola familia, para realizar el principio moral en toda su estension bajo la ley providencial. Reniega de Dios y de la Providencia quien desconozca este porvenir reservado á la humanidad. ¿Y no se ve esta misma tendencia en la organizacion religiosa? Tres grandes creencias divididas componen la especie humana con costumbres, hábitos é instituciones absolutamente diferentes, que son el cristianismo, el mahometismo y el brahmanismo, que con escasas escepciones ocupan las cinco partes del mundo. Estas tres creencias constituyen tres grados de civilizacion, pero todo lo que tienen de débiles el mahometismo y el brahmanismo, lo tiene de expansivo y enérgico el cristianismo, y la historia nos hace conocer, que mientras el mahometismo y brahmanismo van perdiendo terreno en sus dominios de Asia y de Africa, sin mas recurso que estar á la defensiva, el cristianismo, dueño ya de Europa y América, estrecha á sus dos rivales dentro de los dominios de Brahma y de Mahoma, fundando colonias, dominando reinos y llevando por todas partes nuestras creencias, nuestro culto, nuestra civilizacion muy superior á

la suya, debiendo presagiarse la ruina y desaparicion del mahometismo y del brahmanismo y la absorcion en el cristianismo, que es el único que ejerce verdadera influencia en los destinos del mundo. En el momento que escribo estas líneas, las horribles matanzas en la Siria que es la desesperacion en la agonía, y la invasion de los ejércitos europeos hasta el corazon de la China son hechos precursores del decaimiento y ruina á que caminan el mahometismo y brahmanismo. Esta absorcion en el cristianismo, en la que la unidad católica será quizás la síntesis de la tesis y antitesis que la razon y la revelacion formarán, cuando la revelacion y la razon se entiendan, es irremediable, y de todas maneras la filosofía de la historia resolverá el destino que le espera al cristianismo, cuando reine sin rival bajo la ley de la perfectibilidad.

A esta ley no está sujeto el mundo metafísico, porque siendo su tipo el infinito, pero el infinito puro, no admite mas ni menos, por ser en sí la infinita perfeccion.

## CAPITULO NOVENO.

Desenvolvimiento de la idea del infinito.—Tipo de lo verdadero.—Ciencias cosmológicas.—Tipo de lo bello.—Ciencias estéticas.—Tipo de lo bueno.—Ciencias morales.—Tipo del infinito.—Ciencias metafísicas.

En el capítulo anterior hemos presentado el pensamiento creador de nuestro sistema y solo resta desenvolverle para que aparezca con toda claridad. Ya dijimos que la idea del infinito es la luz que ilumina las almas, lo mismo que la luz del sol y de las estrellas iluminan los cuerpos, que esta idea del infinito sufre en el alma una refraccion, dividiéndose en tres rayos ó tipos, que son lo verdadero, lo bello, lo bueno, que despues de atravesar el prisma del alma, van á tropezar con los tres mundos, el mundo material, el mundo estético y el mundo de la humanidad, para volver por reflexion sobre el alma, quedando de cargo de esta, por ser un principio activo, arreglar, combinar y ordenar las ideas suministradas por los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que son absolutas, necesarias é invariables, con las ideas suministradas por los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, que son relativas, contingentes y variables, porque son contingen-

tes y variables los objetos de estos tres mundos, que son los cuerpos, las bellezas precisadas á aparecer en forma sensible y las acciones humanas, resultando de la amalgama y combinacion de las ideas absolutas suministradas por los tres tipos y de las ideas relativas suministradas por los tres mundos, el conocimiento humano, valiéndose el alma de la razon, que es la facultad de lo absoluto, para adquirir los tres tipos, y auxiliándose respecto á los tres mundos, con la sensacion para el mundo material, con el sentimiento para el mundo estético, y con la conciencia para el mundo de la humanidad, y constituyendo los tres tipos con los tres mundos, los tres órdenes de ciencias, de ciencias cosmológicas, ciencias estéticas, ciencias morales. Solo el mundo metafísico está en un caso enteramente distinto, pues como el alma aspira al origen de donde viene la idea del infinito, antes de sufrir la refraccion, y es objeto de este mundo la idea misma del infinito, y es el tipo el infinito mismo, aqui no entra nada de contingente, de relativo, ni de variable como en los otros tres mundos, ni el alma necesita emplear otra facultad que la razon pura, porque solo la razon pura da las concepciones absolutas.

Con estos preliminares es fácil conocer la esplicacion que vamos á dar de los cuatro tipos, el tipo de lo verdadero, el tipo de lo bello, el tipo de lo bueno, y el tipo del infinito. El carácter de necesarios, de absolutos y de invariables, que tienen los tres primeros tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, se modifica con el carácter de contingentes, relativos y variables, que tienen los cuerpos, las bellezas sensibles y las acciones humanas, objeto de las ciencias cosmológicas, las ciencias estéticas, las ciencias morales, resultando de aqui que la certeza de los cuerpos, sus leyes y sus principios, ó lo que es lo mismo, que la existencia del mundo material, sus leyes, sus principios y sus aplicaciones á las ciencias cosmológicas es el principal objeto de esplicacion en el tipo de lo verdadero; que la belleza siempre sensibilizada, sus leyes, sus principios, y sus aplicaciones á las ciencias estéticas

es el objeto de esplicacion en el tipo de lo bello; y que las acciones humanas, sus leyes, sus principios y sus aplicaciones á las ciencias morales es el objeto de esplicacion en el tipo de lo bueno. Queda reservado al tipo del infinito en su conjunto las concepciones puras de la razon, sin aplicacion determinada, pero que sirven de lazo á todas las concepciones de los tres tipos, como centro de unidad y de unidad absoluta.

### TIPO DE LO VERDADERO.

La idea del infinito, que es la luz que ilumina el alma antes de sufrir la refraccion, representa la verdad *ideal*, y de la que hablaremos en su lugar, pero despues de la refraccion representa la verdad *real*, reflejada sobre el mundo material, contingente y variable, y tratándose de la verdad con esta aplicacion, la primera pregunta es ¿existe el mundo material? ¿Es una realidad lo que vemos y tocamos? ¿Son una verdad los cuerpos? Parece increíble que la filosofía tenga que hacer estas preguntas, y mas increíble aun, que el empeño de sutilizar haya llevado á inteligencias privilegiadas, como las de un Mallebranche y un Berkeley, á punto de negar la existencia del mundo exterior, contrariando asi las creencias del sentido comun, y poniendo en ridículo las especulaciones filosóficas. Existe el mundo material, existen los cuerpos, que nos da á conocer la sensacion por medio de los sentidos y los sentidos no son mas que la continuacion de la sensacion misma, que liga nuestro cuerpo á los cuerpos que nos rodean y aplicando el tipo de lo verdadero á este mundo fenomenal y variable, resulta el sello de fijeza que tienen las leyes y principios á que está sometido, en medio del cambio y movilidad propios de su carácter fenomenal. Los hombres consagrados al estudio de la naturaleza exterior saben bien, que si los fenómenos que esta presenta son movibles y variables, bajo de esta

corteza exterior se ocultan principios fijos, leyes permanentes á que están sometidos los mismos fenómenos, y sus esperiencias, sus experimentaciones y sus observaciones, por mas que recaigan sobre los mismos fenómenos, tienen por único y exclusivo objeto el descubrimiento de las leyes á que están sometidos, como que estas leyes, con relacion al mundo exterior, son las que constituyen el tipo de lo verdadero, que no es mas que la idea misma del infinito, despues de sufrir la refraccion en el alma. De manera que todos los sábios, dedicados á las ciencias matemáticas, á las ciencias físicas, ciencias naturales y ciencias médicas, que comprenden el estudio entero de la naturaleza exterior, todos reconocen como base de sus indagaciones, no el mundo fenomenal sobre que giran sus experimentos y cálculos, sino un principio de verdad, que no le dan ni los sentidos ni la conciencia, sino que le da el tipo de lo verdadero, que es la idea del infinito refractada ya sobre el alma con aplicacion al mundo exterior. ¿De qué servirian todos los experimentos que pudieran hacer todos los matemáticos, todos los físicos, todos los naturalistas, todos los fisiólogos sobre el mundo fenomenal, sino contaran con un elemento racional que sirva de luz á su inteligencia, que dé firmeza á sus indagaciones, y que ligue los fenómenos á principios infalibles? Pues este elemento racional es el tipo de lo verdadero, que viene de lo alto y entra en el alma por la razon con la idea del infinito.

Cuando los hombres consagrados á las ciencias arrancan á la naturaleza sus secretos en el mundo material, cuentan con dos elementos, uno que suministra la percepcion sensible auxiliada de los sentidos, que es la parte fenomenal, y otro que suministra la razon, que es la ley á que está sometido el fenómeno, y esta ley, como todos los principios inmatrimales, es el tipo de lo verdadero, en los términos que lo llevamos explicado. Preguntad al astrónomo sobre el movimiento de los cuerpos celestes que giran en el espacio, y le vereis desentenderse del fenómeno y

fijarse luégo en las sencillas leyes que les rigen y les gobiernan, queriendo llenar mas bien la idea del infinito, recurriendo á los principios que la parte fenomenal, que mira como accidental y variable. Lo mismo responderán el mecánico sobre las innumerables máquinas, que esclavizando á la naturaleza y libertando al hombre aumentan estraordinariamente los productos y disminuyen el trabajo; lo mismo el fisico en la aplicacion del vapor y de la electricidad para estrechar las distancias, en el para-ra-yos para salvar los edificios, en el uso del pozo artesiano para fecundar terrenos áridos y desiertos; lo mismo el químico en las composiciones y descomposiciones de los cuerpos, como si cada molécula llevara dentro de sí un ser viviente, prestando un inmenso interés á las artes, á la medicina, á la administracion de justicia y á todos los usos de la vida; lo mismo el mineralogista en los raros fenómenos de la cristalización, como en los mas sorprendentes de los electro-magnéticos del ámbar amarillo, de la piedra imán y de la turmalina, que encerrando en sí como un principio de vida orgánica, parece ser el lazo que une los reinos mineral y vegetal; lo mismo el botánico, que os descubriría en algunas plantas la union de los sexos, confiada á las estremidades de un pequeño insecto, ó á la fuerza del inconstante viento, ú os hablára del sueño de las plantas, principio aparente de sensibilidad, que aproxima el reino vegetal al reino animal; lo mismo el zoólogo que os probará la armonía de la organizacion animal, hasta el grado de deducir, de la inspeccion de una sola muela, el organismo, costumbres y modo de ser del animal á que perteneció, os referirá á un solo tipo todas las organizaciones animales, y os conducirá, por una rigurosa gradacion, desde la esponja hasta el hombre; el paleontólogo, que desenterrando los huesos petrificados en el seno de la tierra, formará con ellos el esqueleto de un animal, que habiendo dejado de existir ha muchos siglos es ahora examinado, clasificado y descrito por él, como pueden serlo los que hoy existen sobre la superficie de

la tierra; el geólogo, para cuya ciencia los siglos son segundos en la vida de la humanidad, os explicará la formación del globo y recorrerá así una parte del velo que cubre el enigma del universo, con la misma facilidad con que el botánico explica la formación de un pequeño arbusto.

¿De qué servirían á estos sábios sus ojos, sus manos, su sensación, ni sus instrumentos, por delicados que se les suponga, si no contaran con otros medios para progresar en las ciencias? ¿De qué les servirían ni sus manos, ni sus instrumentos, si carecieran de la luz que recibe el alma del elemento racional, de la idea del infinito refractada en el alma y representada en el tipo de lo verdadero, con relación al mundo exterior, que es la que ilumina el entendimiento, patentiza los principios inmateriales, racionaliza los fenómenos y eleva al hombre al ideal que constituye la esencia de su ser? Los fenómenos que produce la sensación y los datos que proporcionan los sentidos ¿pudieron ser por ventura los únicos elementos con que los Newtones y Leibnitzes resolvieron el cálculo infinitesimal? ¿La misma voz de infinitesimal no está descubriendo la fuente del infinito á donde acudieron para inspirarse y dar á conocer sus concepciones atrevidas? ¿Y qué son estas concepciones puras y esas leyes inmatrimales á que se acogen los matemáticos, los físicos, los naturalistas, los fisiólogos, sino el ideal de esas mismas ciencias? ¿Y qué es el ideal de toda ciencia sino la metafísica, centro de todos los principios y única base de todos los conocimientos humanos? Las ciencias cosmológicas tienen por teatro el mundo material, tienen por teatro los fenómenos que presentan los cuerpos, para cuya adquisición basta la sensación auxiliada de los sentidos corporales y de buenos instrumentos, pero cuando de los fenómenos se pasa á los principios, se sale naturalmente del terreno de las sensaciones, y se pasa al de las concepciones de la razón; se sale del mundo de la materia y se entra en el mundo de los espíritus; se sale de la luz creada que da á conocer los

cuerpos, y se entra en la luz increada que da á conocer las altas regiones de la inteligencia; se sale de la condicion de bestia, para saborear los placeres espirituales de ángel. Este es el punto á que vienen á parar las ciencias cosmológicas, y este punto, con relacion á estas ciencias, es el tipo de lo verdadero, reflejado sobre el mundo material, como lo es, respecto á las ciencias estéticas, el tipo de lo bello reflejado en el mundo estético, y como lo es, respecto á las ciencias morales, el tipo de lo bueno reflejado sobre el mundo de la humanidad, y cuyos tres tipos, en su ideal y antes de refractar en el alma (permitaseme que no abandone esta comparacion) constituyen la idea del infinito, centro de los tres tipos, centro de los tres mundos, centro de las tres ciencias.

### TIPO DE LO BELLO.

La misma base sentaremos en la esposicion de este tipo que en el tipo de lo verdadero. La idea del infinito, que es la luz que ilumina el alma antes de sufrir la refraccion, representa la belleza *ideal*, y de la que hablaremos en su lugar, pero despues de la refraccion representa la belleza *real*, como reflejada sobre el mundo estético, contingente y variable, y tratándose de la belleza con esta aplicacion, se pregunta ¿si existe este mundo estético, este mundo práctico de belleza? ¿Quién lo duda? Las elevadas cimas de los montes pobladas de arbolado, los frondosos valles, la marcha magestuosa de los rios, los sorprendentes saltos de agua, las raras y variadas producciones naturales en pedrerías, conchas y minerales, las flores matizadas de mil colores, las aves vestidas con la mas caprichosa variedad de ropages, la estampa que presentan los animales en sus formas, la figura humana con todos

los incidentes que produce la diferencia de climas y de razas, las producciones del arte en magníficos edificios, vistosos relieves y pinturas delicadas, las acciones humanas en su infinita complicidad en las que aparecen ya los rasgos del genio, ya los encantos de la virtud, todos estos elementos prestan materia para un juicio estético, de esto es bello, y aquello no lo es. Los animales tienen ojos, tienen sentidos, tienen sensaciones para percibir los objetos, pero ninguna señal se advierte en ellos de la existencia de este juicio. Entre una rosa y una yerba comun, entre un guacamayo y un murciélago, entre una mariposa y un caracol, entre una palmera y un arbusto, entre un leon y un erizo, el hombre califica de bellos los primeros, cotejados con los segundos. Este juicio es primitivo, es irreducible. El tipo de lo verdadero recae sobre el mundo material en su masa, en sus magnitudes, en sus cuerpos, el tipo de lo bello recae sobre el mundo material, pero en sus formas, en sus variedades, en sus contornos. Además, el juicio de lo bello es desinteresado, y la prueba es, que hay objetos que son útiles y no son bellos, y otros que son bellos y no son útiles. Una casa de campo perfectamente adornada podrá ser útil á su dueño, pero es bella y puramente bella al forastero que la visita y la contempla. Se desea poseer los objetos útiles para gastarlos, consumirlos y aplicarlos á los usos de la vida, se desea poseer los objetos bellos para conservarlos y admirarlos. Tampoco puede confundirse el tipo de lo bello con el tipo de lo bueno en sus aplicaciones, porque la idea de bien supone un fin en el ser, que tiene que realizar, mientras la idea de lo bello se encierra en el objeto, que considera como bello sin ningun fin ulterior.

No sucede así con la idea de lo sublime, que si bien es distinta de la idea de lo bello, en su esencia son una misma cosa, y toman un nombre distinto por razon de la materia sobre que recaen, y la distinta modificacion que producen en el alma. La vista de montañas cuyas cimas cubiertas de nieve se pierden en las nubes, la horrible historia de un naufragio, el aspecto imponente

te de un bosque sagrado y silencioso cubierto de sombras producidas por árboles seculares, el infierno de Milton, son todos objetos sublimes, mientras que la vista de praderías esmaltadas de flores, cortadas por risueños arroyos, que llevan por todo el valle la fertilidad y la abundancia, provocando el alma á dulces y regalados pensamientos, es un objeto bello, pero unos y otros son juicios estéticos, que tienen su raíz en el tipo de lo bello.

¿Y cuál es el origen del juicio estético? El origen está en la idea del infinito. En esta idea están embebidos los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, mas desde el momento que esta idea del infinito, esta luz ilumina el alma, se separan los tres tipos, y lo que en la idea del infinito era verdad absoluta, belleza absoluta, bondad moral absoluta, pasa, verificada la refracción en el alma, á ser verdad real la verdad absoluta, belleza real la belleza absoluta, bondad moral real la bondad moral absoluta, porque si la idea del infinito, antes de refractar, contiene en sí la verdad pura, la belleza pura, la bondad pura, verificada la refracción, se dirigen los tres tipos de lo verdadero, lo bello, lo bueno, sobre los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, y desde este acto entran en combinación los tres tipos con los objetos variables de los tres mundos, que son los cuerpos en el mundo material, las bellezas en forma sensible en el mundo estético, las acciones humanas en el mundo de la humanidad, y de esta manera, mediante esta aplicación, la verdad pura, la belleza pura, la bondad pura, pasan á ser verdad real, belleza real, bondad moral real. Por consiguiente, el origen del juicio estético en su raíz está en la idea del infinito, y en su aplicación está en el tipo de lo bello combinado con los objetos variables de los tres mundos, descubriendo en ellos todas las bellezas que encierran. Este es el origen del juicio estético, en el que, según se ve, entra el elemento racional, que es el tipo de lo bello, con aspiraciones á la idea del infinito de donde procede, y entra el elemento sensible, que son los objetos

variables de los tres mundos, que están sometidos á la observacion y á la esperiencia por medio de los sentidos.

Y ¿qué facultades del alma concurren para la formacion del juicio estético? Es muy sencilla la contestacion, atendidas las esplicaciones anteriores. La ventana única que tiene el alma, por la que entra la luz del infinito, es la razon pura, porque la razon es la facultad de lo absoluto, y, por consiguiente, el alma percibe la idea del infinito por sola la razon. Mas cuando despues la idea del infinito, al pasar por el alma, sufre la descomposicion, si puede decirse asi, dividiéndose en los tres tipos, el tipo de lo bello refleja sobre los cuerpos, las bellezas en forma sensible y las acciones humanas, que son los objetos de los tres mundos, y desde este acto es imprescindible escitar la sensibilidad, por rozarse ya con objetos sensibles, y la razon del tipo combinada con la sensibilidad y enriquecida con la imaginacion, por ser nuestra alma un principio activo, es lo que constituye el sentimiento, y he aqui la causa, porque el sentimiento tiene tan poderosa influencia en el mundo estético.

Consecuencia de lo que llevamos espuesto es, que las ciencias estéticas, ó mas bien, la teoría del arte, tiene por fundamento la idea del infinito, desenvuelta en el alma con el tipo de lo bello, con aplicacion al mundo estético, valiéndose de la razon y del sentimiento, y elevada á esta altura, desaparecen todas estas teorías mezquinas, inventadas por falsos y rebajados sistemas, en las que han querido, unos reducir la idea de lo bello á lo puramente agradable, como puede hacerse con el olor ó sabor de una cosa, rebajando una idea pura de la razon, como es lo bello, á las tristes condiciones de la percepcion sensible, y convirtiendo otros la teoría de las artes en la simple imitacion de la naturaleza, privando al artista de su primer atributo de ser creador y no imitador. No quiere decirse, que el artista saque las cosas de la nada, porque seria este empeño tan impotente como ridículo, sino que suponiéndole inspirado en el ideal del infinito, deposita en

imágenes y símbolos puros, transparentes y bellos, las ideas de la razón, que se hallan envueltas en las imperfecciones de la naturaleza y de la humanidad, y en este concepto es un verdadero creador, es como un hombre inspirado, que sin salir de la realidad de los mundos, llega en el infinito, que en el hecho de ser infinito no tiene término, á un punto, á donde ningun mortal habia llegado, y esta aspiracion privilegiada le granjea el titulo de hombre extraordinario. El arte tiene por objeto representar, por medio de imágenes sensibles creadas por el espíritu del hombre, las ideas que constituyen la esencia de las cosas, y se hallan en su raiz en la idea del infinito. Esta elevacion es la que crea la independencia y dignidad de las ciencias estéticas, y si bien el artista no puede salir de las condiciones naturales de los mundos, para tomar las formas sensibles, que favorezcan su pensamiento, nunca puede encerrar éste en la pura imitacion de la naturaleza, sin destruir esa elevacion, y sin rebajar sus propias concepciones. En fin, el bello ideal descende del infinito; sin el encanto del infinito no se conciben las ciencias estéticas, y el artista, á la sombra de las formas, de los colores, de los sonidos, de las palabras, debe escitar en el alma la emocion inefable de la belleza, y entonces ocupa el elevado punto que le corresponde como creador y como artista.

La belleza tiene que aparecer bajo forma sensible, como condicion precisa, en las ciencias estéticas, y consecuencia de esto es, que los sentidos son tambien otra condicion imprescindible, pero su intervencion varía extraordinariamente, pues mientras el gusto, el olor y el tacto son poco menos que antiestéticos, están la vista y el oido, que se absorben todas las producciones bellas y sublimes del arte, hasta el punto de ser estos dos sentidos la base para su clasificacion, perteneciendo al primero la arquitectura, la escultura y la pintura, y perteneciendo al segundo la música, la poesía y la elocuencia. Unas mas vivas que otras, sin salir ninguna del círculo que tienen trazado por sus condiciones

naturales; unas mas entusiastas que otras, segun su virtud de excitar emociones mas ó menos fuertes; unas mas expansivas que otras, segun la esfera de accion que les está asignado, es en todas una condicion necesaria, absolutamente necesaria la *expresion* de una idea, que bajo del simbolo penetre, eleve y conmueva el alma, y en torno de esta idea *expresada*, que es lo que constituye la unidad, entran en juego todos aquellos matices, con que el genio del artista, auxiliado de la imaginacion, decora su obra, contribuyendo asi la variedad de las formas á dar realce á la unidad de pensamiento.

La estética, como ciencia independiente, es muy moderna. La antigüedad miró la belleza como una cuestion incidental, y fué desconocida á los filósofos de la edad media. En los tiempos modernos, Bacon mira las bellas artes como un objeto de placer y nada mas, Descartes y su escuela se olvidan de ellas. La escuela de Leibnitz tiene la gloria de haberlas dado nombre. Baumgarten discípulo de Wolf, fué el primero que concibió la idea de una ciencia de lo bello, y la llamó *estética*. El siglo XVIII en Francia é Inglaterra fué poco favorable, para que las ciencias estéticas ocuparan el punto elevado que las corresponde. Envueltos los filósofos de ambas naciones en los lazos de Locke y Condillac, ocupaban una tristísima posicion, para que pudieran agrandar sus miras, y se ve en aquella época que los mismos filósofos, que no podian concebir que las ideas de belleza dependieran de la sensacion, no tuvieron fuerza para sacudir el yugo, y creyeron que aquietaban su conciencia, con inventar un nuevo sentido estético, ó recurrir á los instintos como se ve en Hutcheson, Shaftesbury, Burke y algunos otros. Reid y Dugald-Stewart ya admiten el elemento racional, pero enemigos de indagaciones ontológicas, no salen del círculo, que se trazaron dentro del campo psicológico. La verdadera fundadora de la estética es la Alemania, pues prescindiendo de los atendibles trabajos de Winkelman, fué Kant el verdadero fundador de esta ciencia, ha-

biéndola hecho objeto de su *Critica del juicio*, pero envuelta en el vicio radical de su sistema, la quita todo el mérito de la objetividad, y la deja reducida á ser la belleza una forma del entendimiento, como las demás ideas primitivas y fundamentales del conocimiento humano. Restablecida la objetividad por Schelling y Hegel, el uno con el absoluto, el otro con la idea, abrazan la ciencia en su conjunto, y desenvuelven la idea de lo bello en sí misma, en su naturaleza, en sus formas fundamentales, en el arte y en la historia, y es sensible, que trabajos de tan raro mérito formen parte de unos sistemas de hierro, en que el mundo, la humanidad y Dios, bajo el principio de unidad absoluta, se desenvuelven por evoluciones necesarias.

### TIPO DE LO BUENO.

Llegamos al tipo de lo bueno, y esto nos conduce naturalmente al mundo de la humanidad. El hombre, en cuanto tiene cuerpo, está sometido á las leyes generales ó especiales de la materia, y en este concepto pertenece al mundo material, como pertenece á las ciencias cosmológicas la fisiología, que trata del conocimiento de su organismo. Lo mismo el hombre, por su forma humana, que es la mas hermosa del mundo, pertenece al mundo estético y al tipo de lo bello, que le corresponde, y del que ya hemos hablado. Ahora se trata del hombre considerado como un ser intelectual y moral, que, con los demás seres intelectuales y morales, constituyen el mundo de la humanidad, que corresponde al tipo de lo bueno, de que ahora tratamos. Lo mismo debe decirse de este tipo, que lo que dijimos de los anteriores. La idea del infinito es la luz increada que ilumina el alma, y antes de sufrir en ella la refraccion, lleva embebida en sí la bondad moral *ideal*, mas despues de verificada la refraccion

y que la idea del infinito se divide en los tres tipos, la bondad moral absoluta se convierte en bondad moral *real*, por la aplicación que recibe sobre las acciones humanas, que son la materia variable del mundo de la humanidad.

¿Y este mundo de la humanidad existe? ¿Es una realidad? El estudio de nosotros mismos nos da una respuesta satisfactoria. «Cuando al resplandor de un hermoso rayo de luz de la luna, dice Jouffroy, y cuando todo duerme en la aldea, el paisano, que en su vida ha filosofado, mira con ojos de envidia los soberbios frutos que penden de los árboles de su opulento vecino, podrá estar seguro que nadie le ve, podrá calcular el poco daño que puede causar robando aquel fruto, y comparando la regalada vida del rico con las fatigas del pobre y la estrechez del uno con la abundancia del otro, podrá presentir todo lo que ha dicho Rousseau sobre la desigualdad de las condiciones y la excelencia de la ley agraria, pues toda esta conspiración de pasiones y de sofismas se entrelaza en su alma, con un cierto principio incorruptible, que insiste y persiste en llamar la acción por su nombre y en juzgar que robar es malo. Que resista ó que ceda á la tentación poco importa, si cede sabe que obra mal, si resiste sabe que obra bien, en el primer caso tomará partido por el tribunal correccional, y en el segundo esperará del cielo la recompensa, que los hombres dejan á Dios el cuidado de pagar á la virtud. Este juicio moral formado por este pobre hombre ¿á qué escuela filosófica lo debe? Y si lo sacó de su propio fondo ¿para qué andar en indagaciones filosóficas sobre la existencia de este principio? Podrá decirse que á falta de filósofos que no ha leído, los sermones del párroco y las disposiciones del Código le habrán hecho conocer que el robo es un crimen. Pues sin embargo, si el párroco le predicase que comete un pecado sino lleva al presbiterio el diezmo de su cosecha, es seguro que no le creería; y si leyese en el Código penal que veinte personas pueden hablar juntas sin foensa de la justicia, y que si son veinte y una ya existe esta

ofensa, no lo comprendería. ¿De dónde nace esta diferencia? Las autoridades son las mismas, y tan pronto la conciencia se aquie- ta, tan pronto lo resiste. Prestamos todo el respeto posible á la filosofía, al Código penal y á los sermones, pero dejamos cada cosa en su lugar, y puesto que el paisano, sin ser filósofo, distingue el bien del mal, juzga las disposiciones del Código, aprueba ó desaprueba los preceptos de su párroco, creemos que tiene dentro de sí mismo una regla de apreciacion moral, que no debe ni al Catecismo, ni al Código, ni á la filosofía, que rectificaca las decisiones de éstos, y que es anterior y superior á ellos, y asi el Catecismo será racional ó absurdo, el Código justo ó injusto, la filosofía buena ó mala, segun que el Catecismo, el Código y la filosofía interpreten fiel ó infielmente esta regla de apreciacion.» En efecto, no hay hombre, cualesquiera que sean sus condiciones, y cualquiera que sea el grado de instruccion que haya recibido, que no sienta dentro de sí mismo esta regla de apreciacion moral para tener por malos el robo, el asesinato, la maledicencia, y para tener por buenos el respeto á las personas, á la honra y á las cosas ajenas. El hombre malo juzga con la mayor severidad la conducta de los demás y viste con la capa de moralidad sus mismos hechos malos, para engañar su conciencia, porque no puede echar de sí el principio moral que está en su alma.

¿Qué es lo que constituye este principio moral en nuestra alma? La idea del infinito, que es la luz increada que penetra todo nuestro ser, ilumina toda nuestra alma, que si en su perfecta simplicidad comprende la verdad absoluta, la belleza absoluta, la bondad moral absoluta, se divide al atravesar el alma, sin perder su carácter de infinita, en los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, que van á reflejar sobre los cuerpos, las bellezas sensibles, y las acciones humanas, que son objeto de las ciencias cosmológicas, estéticas y morales, convirtiéndose la verdad absoluta en verdad *real*, la belleza absoluta en belleza

*real*, y la bondad moral absoluta en bondad moral *real*, mediante la aplicacion de la idea del infinito á objetos determinados, combinándose así el elemento racional con el elemento sensible. De esta manera primordial é irreducible radica en nuestra alma la idea de bien, que como una cantidad constante influye en nuestros juicios, en nuestras deliberaciones, en nuestra conducta, sin poder desasirse de ella, ya porque la satisfacemos, proporcionándonos el placer de haber obrado bien, ya porque la contrariemos buscando disculpas para que no se dé por ofendida. En fin, esta idea de bien es la ley moral, encarnada en nuestro espíritu, porque es la idea misma del infinito aplicada al mundo moral, y como ley estamos en el deber de cumplirla, y cuando faltamos á ella la conciencia nos acusa de nuestra falta.

¿Y qué facultades son las que intervienen en la formacion de nuestros juicios morales? Como la base de estos juicios es la idea del infinito convertida, al pasar por el alma, en el tipo de lo bueno, la primer facultad que interviene es la razon, porque es la facultad de lo absoluto, y la que nos da á conocer estos tipos primitivos. Pero la materia sobre que recaen estos juicios son las acciones humanas, que son el objeto del mundo de la humanidad, y las acciones humanas, tienen su raiz y su asiento en la conciencia, que es el punto de donde parten. No basta esto, el hombre se reconoce causa de sus juicios, de sus deliberaciones, de su conducta, y en este concepto entra la voluntad que soberanamente cierra el juicio. Estos son los elementos que componen nuestros juicios morales, el tipo de lo bueno inspirado por la razon, que es la ley moral, la conciencia que examina los actos humanos que tienen lugar en el interior del alma, como que la conciencia es el teatro en que se desenvuelve el mundo humano, y la voluntad libre que decide, y que por ser libre, constituye morales los actos, pues en tanto son morales en cuanto hay en el agente libertad para la deliberacion, y en cuyo concepto le son imputables. Y no alegue el hombre la oscuridad de la ley para

acallar sus remordimientos, á título de que el tipo de lo bueno, ó la idea de bien moral, que es la ley, es una cosa vaga, sin un sentido circunscrito y determinado, porque hay un medio sencillo de conocer el valor y estension del tipo de lo bueno, que viene de lo alto, que es el estudio de nuestra propia naturaleza. El bien para un ser es el desenvolvimiento armónico de su naturaleza, que es su ley para llenar su destino, y su naturaleza marca los medios de realizar su bien. Desde la lapa pegada á la peña que solo necesita para llenar su destino que el flujo y reflujo la bañe periódicamente, hasta la sociedad de los castores, que se dan por satisfechos con sus lagunas y su barro para construir sus edificios, y desde el reptil mas inmundo hasta el mas hermoso cuadrúpedo, todos llenan su destino, cuando se verifica el desarrollo de sus respectivas naturalezas de una manera regular y armónica. El hombre está en el mismo caso en el desarrollo de su naturaleza de una manera regular y armónica, pero hay la diferencia, que en los animales este desarrollo es fatal, es necesario, y no está en su voluntad contrariarle, mientras que el hombre, dotado de inteligencia y de libertad, realiza por sí mismo su destino, que no es mas que el desenvolvimiento armónico de su naturaleza, en la misma forma que lo verifican los demás seres, segun la suya respectiva. El hombre recibe por la razon la luz del infinito, que es el tipo de lo bueno, que es su ley moral; además de esta luz tiene inteligencia para conocer su naturaleza y lo que exige su natural desenvolvimiento; además de esta luz y de esta inteligencia tiene la conciencia de sus actos y de las operaciones de su alma, para conocer su valor, su estension, y la aplicacion que debe hacer al tipo de lo bueno, á la ley moral, y dueño de todos estos elementos decide libre y absolutamente su conformidad ó no conformidad con esta misma ley.

¿Y cómo verifica el hombre el desarrollo armónico de su naturaleza? Cumpliendo con la ley moral, ajustando á ella todos sus actos, que es lo que se llama la realizacion del derecho, y de esta

manera llena el hombre las condiciones que corresponden á los seres racionales y libres. Si ajusta sus actos á la ley moral, contrae mérito; si no los ajusta contrae demérito. En el primer caso se hace digno de premio, en el segundo digno de castigo. El juicio que se forme de una vida virtuosa lleva tras sí todas estas ideas, que son correlativas. ¿Y la virtud, el mérito y el premio son realizables en este mundo? No, en este mundo solo es realizable la virtud, y si no existiera otra prueba de la inmortalidad del alma bastaria este hecho para justificarla. El hombre en este mundo es el último anillo de la cadena del mundo de la materia y es el primer anillo del mundo de los espíritus, es el lazo que liga ambos mundos, y si en el primero, que es el mundo de las contrariedades, solo le esperan sacrificios, tiene que recibir en el segundo, á que le llama su destino, inmarcesibles coronas, ó renegar de la Providencia.

Siempre tras el delito irá el castigo;  
Jamás virtud habrá sin recompensa.

Como el mundo físico está sometido á la ley de la gravitacion universal, asi el mundo de la humanidad, como un solo hombre está sometido á la ley moral, y el conocimiento de esta ley es la ciencia de los deberes, es la *teoría del deber*. Hay uno que está por cima de todos y es el culto que la criatura está obligada á rendir á la encarnacion viva de esta ley, que es el objeto de la *religion natural*. En torno de la teoría del deber giran todos los derechos que la son correlativos en todos rumbos y direcciones, para que esa ley sea una realidad, en cuanto lo permitan las condiciones de este mundo. El derecho natural, el derecho civil, el derecho penal, el derecho político, el derecho internacional y todas las ciencias que abraza la *teoría del derecho*, no son mas que el arreglo armónico de las relaciones que ligan á los hombres, á las familias, á los ciudadanos, á las naciones, y á la humanidad entera. Y no solo la teoría del deber y la teoría del derecho constituyen la

ley moral á que está sometida la humanidad, sino que entra tambien como elemento la *teoría del trabajo*, ó lo que es lo mismo, la ciencia económica que describe las leyes por las que, sustituyéndose el trabajo gratuito de la naturaleza al trabajo oneroso del hombre, aumentándose así las riquezas y con ellas los goces, y disminuyéndose los valores y con ellos el esfuerzo personal, contribuye poderosamente al perfeccionamiento moral de la sociedad. Lo que falte á estas teorías lo suplirá *la historia*, que es el espejo de la vida, la antorcha que ilumina el camino de la ciencia, la carta en nuestro derrotero terrestre que da á conocer los escollos para que el hombre sensible, inteligente y libre aproveche sus enseñanzas, realice la ley moral, y llene las altas miras de la Providencia cubiertas con un velo, que quizá descubra algun dia la *filosofía de la historia*.

Estas son las ciencias sometidas al tipo de lo bueno.

### TIPO DEL INFINITO.

Ya llegamos, puede decirse, al punto donde deberemos entregar el baston de viage. El tipo del infinito corresponde al mundo metafísico, y en este mundo ya no se trata ni de los cuerpos, ni de las bellezas representadas en forma sensible, ni de las acciones humanas que son objeto de los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo humano, y objeto de los tres órdenes de ciencias, ciencias cosmológicas, ciencias estéticas y ciencias morales. En el mundo metafísico solo se trata del tipo del infinito antes de recibir la refraccion en el alma, y segun sale del centro de unidad, de donde parte para iluminar nuestros espíritus, y antes por consiguiente de tener lugar las aplicaciones á los fenómenos variables y contingentes de los otros tres mundos. En el mundo metafísico no se trata de la verdad

real aplicada al mundo material, de la belleza real aplicada á las bellezas sensibilizadas, de la bondad moral real aplicada á las acciones humanas, sino tan solo de la verdad absoluta, de la belleza absoluta, de la bondad moral absoluta, ó lo que es lo mismo, del ideal de los tres tipos de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno.

Sentada así la cuestión se pregunta desde luego ¿ese ideal de los tres tipos, esa verdad, esa belleza, esa bondad moral absolutas, son cosas que existen por sí mismas ó son cualidades que suponen un sugeto, una entidad en quien radiquen? El sentido comun afirma lo segundo, porque no se puede concebir lo primero, no hay accidente sin sustancia, no hay cualidades sin sugeto, no hay atributos sin un ser. Siendo, pues, indispensable que la verdad, la belleza y la bondad moral, estén adheridas á una entidad, es necesario suponer un ser en quien radiquen estas cualidades y atributos, y como estas cualidades son absolutas, absoluto tiene que ser el ser que las posea, luego existe un ser absoluto que tiene por atributo la verdad absoluta, la belleza absoluta, la bondad moral absoluta. Luego existe Dios. Mas aun, en los tres mundos, el mundo material, el mundo estético, el mundo de la humanidad, se descubren leyes fijas y principios infalibles que están en perfecta armonía entre sí, lo que supone la unidad de un designio, y se descubren fenómenos contingentes y variables, que suponen la causa que haya debido producirles, y la unidad de designio y la existencia de lo contingente suponen un Dios, uno, soberanamente sábio, infinitamente creador.

Dios uno, infinitamente creador, infinitamente sábio, infinitamente bueno, que rige y gobierna con su omnipotencia todos los mundos, en el orden físico, en el orden estético, en el orden moral, es el punto donde se descifran todos los enigmas, donde se aunan todos los principios, donde se concilian todas las contrariedades aparentes y donde el hombre encuentra la expansion

que necesita, para satisfacer el ansia de ciencia y de felicidad que devora su alma. Débiles y finitos por nuestra naturaleza, pero iluminados con la idea del infinito, nuestra alma siempre activa, al descifrar los cuerpos, las bellezas y las acciones humanas y sus respectivas leyes, que son los objetos de los tres mundos, se eleva á la contemplacion del ideal puro, como quien sigue un arroyo en busca de la fuente de donde procede, porque supone justamente que el agua habrá de ser mas pura, mas cristalina, mas virginal, y allí se encuentra con los atributos de Dios, la omnipotencia infinita, la sabiduría infinita, el amor infinito, y absorbida en sus resplandores se ve inundada de gloria, y concibe ideas á que no habian alcanzado los tres mundos y los tres tipos. En esta elevada region respiraron los Copérnicos, Keplers y Newtones en el mundo material; los Tassos, los Gœthes, los Miltones, los Cervantes, los Rafaeles y Murillos en el mundo estético; los Decios, los Asas, los Guzmanes en el mundo humano; los Platones, los Descartes y Leibnitzes en el mundo metafísico. Dichosos los hombres que elevados á esta altura gustan los sabores del infinito puro, y no es extraño que al examinar tantas maravillas sean los primeros á entonar himnos de amor, de reconocimiento y de confianza hácia el Ser Supremo. Jamás pronunciaba Newton el nombre de Dios sin quitarse el sombrero.

El Dios que invocamos no es el Dios que á la sombra de una unidad exagerada, representa un principio consustancial y eterno de lo finito y de lo infinito, de Dios y la naturaleza, como si fueran ambos un doble aspecto de una sola y misma existencia; no, el Dios que invocamos es el Dios soberanamente libre, que tiene conciencia de sí mismo, que ha grabado el sello de su sabiduría á esos cuerpos que pueblan el espacio y componen el mundo material, que ha enriquecido de bellezas ese otro mundo estético, como obra de su infinita grandeza, y que ha impreso al mundo de la humanidad las dos formas sublimes que lo ca-

racterizan, que son la moralidad humana y la Providencia divina, en medio todo de la inmensidad del espacio y de la eternidad del tiempo.

¡Con qué facilidad aparece en este sistema descubierto el enigma del universo! El hombre, lejos de ser un accidente en la vida universal como quieren los panteistas, y lejos de verse reducido á la condicion de bestia como un producto de la sensacion como quieren los empíricos, es una entidad real y sustancial, que ha recibido su existencia de mano del Criador dotada de sensibilidad, inteligencia y libertad, iluminada por dos luces, una material y visible para percibir los cuerpos y todos los objetos estereiores que nos rodean, causándonos dolor ó placer, y otra inmaterial, que es la idea del infinito y con ella las irradiaciones de lo verdadero, lo bello, lo bueno, que encierra en su seno, haciéndonos vislumbrar la existencia de un mundo espiritual, con el que estamos en contacto, y al que aspiramos incesantemente, mirando su ansiada posesion como una conquista ganada con sacrificios entre las asperezas de nuestra peregrinacion terrestre. Porque es preciso desengañarse, mas allá del tiempo está la eternidad, mas allá de lo finito está lo infinito, y este infinito es una realidad, es la existencia de Dios grabada por Dios mismo en el fondo de nuestros corazones, es el sentimiento religioso, es la religion misma, en cuya region, dice un filósofo, todos los enigmas de la vida, todas las contradicciones del pensamiento tienen su solucion, donde se amortiguan todos los dolores del sentimiento; es la region de la eterna verdad, de la paz eterna. Allí corre el rio del Letheo, donde el alma bebe el olvido de todos los males, allí todas las oscuridades del tiempo se desvanecen delante de los resplandores del infinito.

Libre de los artificios del genio que tantos sistemas estravagantes ha producido, y guiado tan solo por las sencillas reglas del sentido comun, nos place haber presentado un sistema, en el que aparece en claro el deslinde y realidad de los mundos, la

realidad y sustancialidad de un Dios-providencia, que dan solución á las mas graves cuestiones, y dejan á salvo la espiritualidad é inmortalidad del alma, el principio moral, la existencia de Dios y todos los principios salvadores de la humanidad.

Son, pues, objeto del tipo del infinito la ontología, la teodicea, la teología natural.



## CAPITULO DÉCIMO.

### ARBOL ENCICLOPEDICO DE LAS CIENCIAS

#### EN EL ORDEN DE LA RAZON.

Al querer presentar el árbol enciclopédico de las ciencias en el orden de la razón, no es otro mi ánimo, que ofrecer en un cuadro sinóptico la aplicación de mis propias ideas, segun quedan consignadas en los capítulos anteriores. Conozco los distintos árboles que se han formado hasta ahora. Nuestro español Huarte fué, puede decirse, el primero que hizo un ensayo, bajo la base de tomar por fundamento las distintas facultades del alma, y ensayo que fué seguido despues por Bacon, y que quiso perfeccionar D'Alambert, poniéndole al frente de la gran Enciclopedia. Posteriormente Bentham publicó otro árbol, que á pesar del vicio radical en que descansa, y de lo envuelto que se halla en ese furor de clasificaciones y subdivisiones, que caracteriza á todas las producciones de este filósofo, tuvo, sin embargo, mucha aceptación. Posteriormente se ha publicado otro árbol bajo bases tambien distintas por Mr. Ampere, que es el mas lato y estenso,

al que no le han faltado impugnadores, uno de ellos Mr. Cournot que, en su obra titulada *Ensayo sobre el fundamento de nuestros conocimientos*, descubre sus vicios capitales, y formula por sí una nueva clasificación de las ciencias, que equivale á la formación de un nuevo árbol.

Si me propusiera esponer y demostrar la preferencia del mio sobre todos los que quedan citados, es claro, que tendria que desenvolver los sistemas respectivos de cada uno, para hacer despues la comparacion, y probar la preferencia, porque el árbol de cada uno no es mas que el resultado de la teoría presentado en un cuadro, y este trabajo, que no me seria difícil ejecutar, y que hasta con sentimiento dejo de hacer, me llevaria insensiblemente mucho mas lejos, que lo que permite esta obra. Baste decir, que cada uno de los filósofos que quedan citados forma su árbol, tomando por punto de partida su propia teoría, y que siendo el que yo publico igualmente un resultado de mis propias doctrinas, dejo gustoso á la critica de los sábios, que le examinen y vean, hasta qué punto es aceptable ó no aceptable, perfectible ó no perfectible.

#### ESPLICACION.

El hombre es la base de todos nuestros conocimientos. Estudiar nuestras facultades, fijar el valor de nuestras creencias, clasificar nuestros conocimientos é indagar el origen de nuestras ideas, es el objeto de la psicología, á la que está adherida naturalmente la lógica general.

Sentada esta base, y aprovechando la idea del infinito, que es la luz increada que ilumina el alma, resultan los cuatro tipos, los cuatro mundos y los cuatro órdenes de ciencias, que aparecen en el árbol en esta forma.

**CIENCIAS COSMOLOGICAS**

Componen este grupo, procedente del tipo de lo verdadero, las ciencias matemáticas, que son las que tratan de las relaciones de número y estension; las ciencias físicas que tratan de las propiedades de los cuerpos, causas que las modifican, leyes á que están sujetos en sus composiciones y descomposiciones, en su modo de ser y estar; las ciencias naturales que tratan de la denominación, descripción y clasificación de los animales, vegetales y minerales, para valerse de los primeros, aprovecharse de los segundos, explotar los últimos, y conocerlos todos; y las ciencias médicas, que son la física médica, higiene, terapéutica, medicina práctica, respecto del hombre, y veterinaria respecto á los animales. Además la historia y la lógica ó método particular de cada una de estas ciencias.

**CIENCIAS ESTETICAS.**

Componen este grupo, procedente del tipo de lo bello, la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía, con sus clasificaciones, divisiones, órdenes, escuelas, métodos é historia respectivas, y la elocuencia, en la que entra el artificio y belleza del lenguaje, gramática general, gramáticas particulares, conocimiento de las lenguas, retórica y la elocuencia misma con su historia particular.

## CIENCIAS MORALES.

Componen este grupo, procedente del tipo de lo bueno, la *religion natural*, que comprende las religiones derramadas por el mundo, ritos y ceremonias, dogmas, controversias, variaciones y curso que han llevado, signos de verdad de alguna de ellas, y razones que la justifiquen; la *teoria del deber*, que comprende deberes para con Dios, para con los demás, para consigo mismo, y como fundamento la moral privada, la moral universal, la mejora de educacion, la veracidad, la benevolencia, la justicia, la inmortalidad del alma, la vida futura, los atributos morales de Dios y un designio benévolo en el gobierno moral del mundo; la *teoria del derecho* que comprende el derecho natural, derecho civil, derecho penal, derecho administrativo, derecho político, derecho internacional, poderes del estado, formas de gobierno, relaciones con la humanidad; la *teoria del trabajo* ó ciencia económica, que comprende la observacion del hombre en sus relaciones sociales, para descubrir las leyes á que están sujetos los esfuerzos, que hace para satisfacer sus necesidades, y su influencia sobre el perfeccionamiento intelectual y moral de la humanidad; la *historia*, ya descansando en la ficcion como en la novela, ya en la certeza de los hechos que es la verdadera historia, y en ambos casos dando á conocer hechos humanos en su relacion con el órden moral y la vida de la humanidad; la *filosofia de la historia* que comprende el gran problema, de descubrir, por la historia, el destino de la humanidad sobre la tierra, conforme á la ley providencial.

**CIENCIAS METAFISICAS.**

Componen este grupo la ontología, que es la ciencia del ser, la teodicea que es la existencia de un Dios creador y administrador moral del mundo, y en este sentido, dice muy bien Leibnitz, que la metafísica es la raíz del árbol de las ciencias, y como raíz aparece en el que presentamos.

---

## CONCLUSION.

---

Doy aquí por terminada mi tarea, y plegue al cielo, que con ella se vea cumplido el fin patriótico que me he propuesto, aun á riesgo de comprometer la opinion de escritor público, que es hacer un llamamiento, para que á la revolucion política y á la revolucion económica, que la generacion actual ha consumado en nuestro pais á fuer de grandes sacrificios, siga la revolucion filosófica, que debe completar nuestra regeneracion. Este movimiento está en el curso natural de las ideas. Reducida nuestra nacion á una absoluta nulidad al espirar el reinado de la casa de Austria, comenzó con Felipe V un verdadero renacimiento, por el hecho de ponerse nuestro pais, mediante las nuevas y estrechas relaciones con la Francia, en contacto inmediato con el gran siglo de Luis XIV. El R. P. Feijóo y otros comenzaron la obra, haciendo la esplanacion y destruyendo preocupaciones vulgares, y con este preliminar comenzó entre nosotros el movimiento literario, que ha recibido su complemento con la coronacion del cantor de la libertad española, el inmortal Quintana. A la par del

movimiento literario ha tenido lugar el movimiento económico y el movimiento político, y movimientos ambos, que pasando del terreno de la discusión al terreno de la práctica, han producido las instituciones liberales que nos rigen, y las reformas económicas que han desarrollado una riqueza inmensa. A los movimientos literario, económico y político, tiene que seguirse el movimiento filosófico, porque aquellos no pueden subsistir sin base, y la filosofía es el cimiento de todas las ciencias y de todas las instituciones humanas, y si hasta ahora no ha podido tener lugar esta revolución entre nosotros, porque los tiempos no se habían cumplido, es tiempo ya de que se inicie este movimiento, porque la bola de nieve está desprendida de la altura, y no hay poder que la detenga.

Es preciso desengañarse, la filosofía es la reina del mundo. Desde Thales, con el que comienzan los tiempos históricos, la humanidad ha tenido constantemente guías en el camino de la razón. Grecia fué la cuna de la filosofía y de todos los sistemas, el pueblo romano fué estoico, la edad media aristotélica, el renacimiento platoniano, el siglo XVII pertenece á Descartes, el siglo XVIII á Locke, el siglo XIX á Kant, ni puede suceder otra cosa, á no ser que el hombre renuncie al mas precioso don que recibió del Criador, que es el uso de su razón. Si entre nosotros se estinguió toda luz filosófica, esta luz tiene que renacer ahora en el curso natural de las cosas, pues de no ser así, equivaldria á vivir fuera de la humanidad.

Si es irremediable este movimiento, lo conveniente es darle dirección, presentando como ensayo un sistema filosófico, que no desdiga de nuestros hábitos, que robustezca nuestras antiguas creencias, que halague nuestro orgullo nacional, y todo en el campo del racionalismo. Este es el objeto de mi obra. He espuesto los sistemas, ya tomándolos de otros filósofos ó ya desenvolviéndolos por mí mismo, ya mezclando la esposición con la crítica ó ya presentándolas separadas segun su calidad y condicio-

nes, pero en ambos casos y siempre siguiendo en la critica de todos ellos mi propio juicio, conforme con el pensamiento que me he propuesto al escribir y publicar esta obra. En seguida, aprovechando los hechos psicológicos mas incontestables doy á conocer el pensamiento creador de mi sistema, aunque sin desenvolvimientos, y trazo el plan del universo segun lo concibe mi inteligencia, conservando en él el carácter teista y espiritualista, que ha sido y es el verdadero carácter español. Si por este arranque se me moteja de orgulloso, repetiré lo que dije en el prólogo de mis *Veladas*, que si no tengo asiento entre los hombres grandes, hago lo que Cervantes en el *Parnaso*, doblar mi capa y sentarme en el suelo, y nadie me priva de la complacencia de estar en relacion con las primeras capacidades, que ha habido en el mundo.

Las diferencias que separan mi sistema de los demás modernos son claras como la luz. Huyendo del precipicio del materialismo, á que conduce el sistema empírico, por su empeño de no reconocer otro origen de ideas que los sentidos, y huyendo del precipicio del panteísmo, á que conduce el sistema idealista, por su empeño de despreciar la esperiencia, y entregarse á exagerados razonamientos, desprendidos de las concepciones absolutas de la razon, presento un sistema, que salva los inconvenientes por ambos lados; al paso que, si bien, afecto al sistema psicológico, en él he buscado la base de mis opiniones, no he podido menos de desentenderme de esa timidez espiritualista, que caracteriza á la escuela escocesa, y he querido volar con mis propias alas. Tampoco he encontrado modelo entre los filósofos psicologistas de la vecina Francia, pues Jouffroy absorbió su privilegiada inteligencia en la cuestion particular del destino humano, y Cousin, si bien consignó sus últimas opiniones en su obra—*De lo verdadero, de lo bello y de lo bueno*—en ella aparece de lleno esa falta de coherencia, de trabazon y de unidad de que adolecieron siempre sus creencias filosóficas. No presumo, que mi siste-

ma tenga ningun mérito, pero por lo menos servirá como despertador, para provocar á personas mas competentes y á nuestra juventud, que es la esperanza de la patria, á que entren en el terreno de la originalidad, hasta crear *escuela española*, y que cese cuanto antes el triste papel que hemos desempeñado hasta ahora de ser simples espectadores del movimiento filosófico europeo.

Este pensamiento en mí es muy antiguo, y para conocer el estado de la opinion en este punto, publiqué mis *Veladas* en 1853, y esta publicacion me ha hecho conocer que efectivamente los estudios filosóficos entre nosotros no son de derecho comun. Despues he reflexionado y he dicho ¿cómo lo han de ser en un pais en cuya lengua no se conocen las obras del gran Descartes, ni las de Mallebranche, ni las de Spinosa, ni las de Leibnitz, ni las de Bacon, ni las de Locke, ni las de Kant, ni las de Fichte, ni las de Reid, ni las de Dugald Stewart, ni de ningun filósofo? ¿En un pais, en cuyos establecimientos científicos, sin culpa del profesorado, muy digno y respetable por otra parte, no se discute el valor de los sistemas, ni resuena una voz amiga ni enemiga de estos hombres grandes para darlos á conocer? ¿En un pais donde las universidades incoloras callan absolutamente, lo cual es contrario á los instintos de la ciencia, y á lo que se vió en nuestro siglo de oro, cuando la universidad de Coimbra rivalizaba con nuestra Sorbona, cuando las órdenes religiosas sostenian su palenque tomista ó escotista en todos los establecimientos de enseñanza, cuando en pintura se emulaban las escuelas rivales de Granada, Córdoba y Sevilla? ¿En un pais que cuenta muchos hombres científicos en ramos especiales, y se advierte, sin embargo, en el fondo de sus producciones y desus arengas, bien parladas las unas, bien escritas las otras, cierta carencia del cimiento filosófico, que es la base de la educacion científica y el núcleo de cuanto se habla, piensa y escribe en Francia, Inglaterra y Alemania en todos los ramos del saber humano? ¿En un pais en cuyos planes de estudios, que se han sucedido sin interrupcion, de todo se habla menos de filosofia,

que es el fundamento de toda ciencia, á pesar del ejemplo que nos da la Iglesia, que para la teología quiere que preceda como cimiento el estudio de la filosofía en sus seminarios conciliares? ¿En un país, en fin, en el que se siente, pero no se conoce científicamente, que los filósofos imprimen á cada siglo una forma determinada, una idea reinante, que es el nudo que traba y enlaza todos los acontecimientos generales y particulares del mismo siglo, y constituyen su fisonomía propia, distinta de las fisonomías de los otros siglos? Así es, que cuando los jóvenes, después de concluidas sus carreras y de recibirse de licenciados ó doctores, oyen decir á un reciénvenido, por ejemplo, que el carácter místico que tuvo entre nosotros el siglo XVI, que fué nuestro gran siglo, y trascendió al siglo XVII, fué debido á la importación de la filosofía alejandrina; que el gran mérito de Cervantes fué el haber penetrado con ojo de águila el espíritu oriental-místico de su siglo, y viéndole estraviado con las raras ilusiones de apariciones de espíritus, vestiglos, gigantes, brujas, vampiros y mil sueños presentados como realidades, le aplicó el remedio en la práctica de la vida con su héroe revestido de formas adaptables á sábios é ignorantes, causando en las ideas una revolución que en aquel acto estaba consumando en la teoría de la ciencia el gran Descartes. ¡Alma elevada de Cervantes, alma elevada de Descartes, vosotros fuisteis, aunque por distintos rumbos las dos lumbreras del siglo XVII, ambos disipásteis las sombras que impedían el paso á la luz, ambos dísteis á conocer la realidad de las cosas, ambos proclamásteis la evidencia, como primer criterio de la verdad, ambos fuisteis los bienhechores de la humanidad y poderosamente influyentes en los destinos del mundo! Si le oyen decir que el materialismo del siglo XVIII no fué obra de la corrupción, ni de la inmoralidad, sino de una creencia filosófica creada por Locke, y tenida por verdadera por los hombres entendidos de aquel siglo; que si la Francia del siglo XIX ha recobrado el carácter espiritualista que tenia en el siglo XVII, es debido á la es-

cuela escocesa introducida en aquel pais por Royer Collard; que el gran Leibnitz fué el creador del movimiento idealista de la Alemania, y que en ese yo y no-yo aleman, que tanto hastío produce en las inteligencias medianas, se encierran los mas altos pensamientos y los mas vastos problemas de la filosofia de la historia, elevando las cuestiones de alta moral y de alta política á cuestiones de humanidad, porque á esta altura ha llevado la filosofia la idea en el siglo XIX; al oírlo se sorprenden, porque nada de esto oyeron en las aulas, asi como nada oyeron de nuestros filósofos Lulio, Ruiz, Foxio, Bocarro, Huarte, Vives, Sabonde, Quevedo, Pereira, Ayala, los dos Sanchez y otros, ni de sus sistemas, ni de su influencia en sus respectivas épocas, y asi miran aquel reciénvenido como un estrangero que trae nuevas de un pais desconocido. Podrá suceder que las medianías no salgan del carril por donde fueron conducidas y que desdeñen este nuevo mundo, porque no pueden comprenderle, pero los jóvenes de elevados instintos vislumbran un horizonte que estaba oculto á sus ojos, y su ánsia de saber les abre nuevas rutas, hasta ponerse al nivel de aquel hombre despertador de sus almas dormidas. Asi es como se va infiltrando el pensamiento filosófico, y puede decirse que ya está en la atmósfera, puesto que nuestra juventud tiene el presentimiento, y que de año en año, de mes en mes, de dia en dia se advierte el progresivo aumento que va tomando, y me daré por altamente satisfecho si mi obra contribuye á convertir este presentimiento en realidad.

Jóvenes consagrados á las carreras científicas, vosotros sois el móvil de esta obra, y hoy os repito lo que os decia en la dedicatoria de mis *Veladas*, con la mas íntima y profunda conviccion.

«Es preciso estudiar y trabajar para saber, porque yo no conozco un camino real de matemáticas,» decia un profesor á un principe su alumno. Asi os digo yo; porque las flores son raras en el camino de la ciencia como lo son en el de la virtud. Ins-

piraos del ideal de la ciencia, sed perseverantes; miradla, no como unarbitrio para buscar la vida, sino como un medio de buscar la verdad; y la aspereza del camino os conducirá al eden de los placeres del entendimiento, que tanto engrandecen nuestra alma. Si quereis elevar á la mayor altura la ciencia especial á que os consagreis, agrandando vuestros conocimientos, ligadla con la alta metafísica, foco de todas las existencias, que es la ciencia de Dios; y alli, y solo alli encontrareis el rayo de luz, el ideal que ilumina el templo de la sabiduría. ¿Veis en un vasto océano cruzar los buques en mil direcciones y hasta en rumbos opuestos, llevando todos un objeto especial en su viage y un punto distinto en su destino? Pues esas son las distintas ciencias á que podeis dedicaros; pero tened presente que esos buques que navegan con vientos encontrados, en tan distintos rumbos y con destinos diferentes, todos, todos tienen un punto de contacto, todos tienen su brújula, y en todos esta brújula se dirige á la estrella del Norte; y ¡desgraciado el buque que pierde esta brújula! Asi son las ciencias especiales: la legislacion, la medicina, las lenguas, la literatura, las bellas artes, las matemáticas, la administracion, la política, todos son buques que marchan en distintos rumbos; pero ¡desdichada la tripulacion que no vaya á buscar á la metafísica el ideal de su viage; que no vaya á buscar á la alta filosofía los primeros principios que descubren el enlace, relacion y conjunto de todos los conocimientos en el órden de la razon y de la ciencia! Colocaos á esta altura, ligad vuestra profesion particular con el ideal de todas las ciencias, y vereis qué luz abundante se derrama sobre las cuestiones que parecian insolubles cuando las examinábais en el estrecho recinto de la ciencia especial, y vereis tambien que ensanchando asi la esfera de accion á vuestros poderes racionales, acrece vuestro entusiasmo, se agranda vuestra voluntad, se ennoblecen vuestros sentimientos, y recibe vuestra inteligencia el rayo de luz que os comunica con el mundo del infinito. Esos hombres grandes con

que se honran todos los paises no hay otro fundamento á su grandeza qua el haber poseido la ciencia á esta altura, porque solo á esta altura puede el hombre inspirarse de esas concepciones atrevidas, que le hacen aparecer á esa elevacion sobre el resto de sus semejantes, y le granjea el titulo de hombre extraordinario. Si quereis modelos en vuestro pais de hombres de este temple, y que por ser asi han arribado al templo de la inmortalidad, ahí teneis en el ideal de la religion los Granadas y Chacones, los Arias Montanos y Azpilcuetas, los Canos y Salmerones. Ahí teneis en el ideal de la politica los Patiños y Saavedras, los Antonio Perez y Cisneros, los Olivares y Campillos. Ahí teneis en el ideal de la milicia los Leivas y Córdoba, los Albas y Bazanes, los Santa Cruz y Urbinas, los Pizarros y Corteses. Ahí teneis en el ideal de la historia los Morales y Marianas, los Solises y Herreras, los Mendozas y Zuritas. Ahí teneis en el ideal de la epopeya los Cervantes y Ercillas. Ahí teneis en el ideal de la poesia los Lope de Vega y los Quevedos, los Garcilasos y Calderones, los Rebolledos y Góngoras. Ahí teneis en el ideal de la filología los Brocenses y Sepúlvedas, los Nebrijas y Sigüenzas. Ahí teneis en el ideal de la legislacion los Covarrubias y Macanazes, los Campomanes y Jovellanos. Ahí teneis en el ideal de la medicina los Valles, los Lagunas y Huertas. Ahí teneis en el ideal de las matemáticas los Jorge Juan y los Ulloas. Ahí teneis en derecho natural los Victorias, los Sotos, los Ayalas, maestros del gran Grocio. Ahí teneis en el ideal de las bellas artes los Riveras y Céspedes, los Velazquez y Canos, los Murillos y Herreras. Ahí teneis, en fin, en el ideal de la filosofia los Vives, los Pereiras y Huartes, y los dos campeones, los Balmes y Valdegamas, que en el siglo XIX han abierto el palenque.» Poneos al corriente de lo que pasa en el mundo científico, tomando conocimiento de los sistemas filosóficos, su filiacion, su enlace, su influencia en los destinos del mundo. Considerad, que aun concluidas vuestras carreras una nube espesa os oculta el tem-

plo de la sabiduría. No seais nunca hostiles á las creencias siempre respetables de vuestro pais, pero tampoco jureis jamás en la palabra del maestro en materia de ciencia, y tened tanta fé en el porvenir como la que yo tengo, y la filosofía os conducirá al templo de la inmortalidad por el camino de la libertad, de la virtud y de la ciencia para gloria de nuestra patria.

FIN.



## APÉNDICE.

---

*En el prólogo de esta obra se remite al lector que desee conocer su objeto y motivos, al prólogo de las Veladas publicadas por el autor en 1853, mas como estas se han refundido en el primer tomo de la que ahora da á luz y carecen por lo mismo de todo interés, se publica á continuacion el prólogo que precedía á aquella obra, y á que se hace referencia en el de esta.*

### PROLOGO.

Muy ageno, lector, estaba, y he estado toda mi vida, de darme á conocer en el sentido en que aparezco en esta obra; pero una porcion de circunstancias han creado esta necesidad, y llamo necesidad por lo mismo que la voluntad ha tenido la menor parte... Cuando seguí mi carrera literaria de jurisprudencia tuve ocasion de entregarme á una variada y vasta lectura en la biblioteca del Sr. Jovellanos, en la villa de Gijon, vecindad de mis padres, venciendo antes el obstáculo de las lenguas vivas de naciones que van delante de nosotros; y estaba en el lleno de mis

estudios cuando tuve que abandonar, por el estado de mi salud, aquel pueblo de grato recuerdo para mí, y establecerme en Leon, mi pais natal. El cúmulo de negocios que me rodearon en el momento que abrí mi bufete, y la circunstancia de haber comenzado á muy luego la guerra civil, en la que tomé parte en defensa de la Reina, símbolo del principio de libertad, sirviéndola con mi entendimiento, hicieron que en diez años se vieran interrumpidos mis estudios absolutamente, pues en todo este periodo apenas tuve el tiempo necesario para el descanso ordinario. Separado de la vida pública en fines de 1843, con la renuncia que hice del gobierno de una provincia, pude, sin perjuicio de mi profesion, consagrar horas y reanudar mis estudios, como compensacion á un alma que no conocia solaz en tantos años. Los que sepan lo que son los placeres del entendimiento advertirán con qué gusto renové mis antiguas ideas, y adquirí otras nuevas despues de diez años de interrupcion.

Asi las cosas, llega el curso literario de 1852 á 1853, en ocasion que un hijo mio entraba á estudiar cuarto año de Instituto, ó lo que es lo mismo, primer año de filosofía elemental, y con este motivo me movió la curiosidad de examinar el plan vigente de estudios, que es de 10 de setiembre de 1852, y saber qué clase de enseñanza iba á recibir, como preparacion para cursar facultad mayor en universidad. Tristes reflexiones se me ofrecieron á la vista de este documento, del que solo hablaré como el artista que critica una imágen sin faltarla al respeto (1).

Por lo pronto se nota una idea, y es, hacer que se resuelve y no resolver el problema, es presentar solo las ramas, y ocultar cuidadosamente el tronco del árbol de la ciencia; con la diferencia de que, teniendo que contemporizar mas con las exigencias de la opinion en los gobiernos constitucionales, se pro-

(1) Lo que deciamos entonces del plan de 1852, podemos decir hoy del vigente, porque la filosofía no ha ganado con él nada, absolutamente nada.

cura presentar las ramas con mas follaje, para que sea la ilusion mas completa, y aun este follaje en espalier para que la direccion y vegetacion sean forzadas. Baste decir que la facultad de filosofia se divide en cuatro secciones, que son: literatura, administracion, ciencias naturales y ciencias físico-matemáticas; y en ella, segun se ve, no han tenido cabida ¡parece increíble! la ciencia del espíritu, la ciencia del bien, la ciencia de la humanidad, la ciencia de Dios. Allí no desempeñan ningun papel, ni hay seccion para ellas, la psicología, la ética, la ontología y la teodicea, que constituyen el ideal de la verdadera filosofia y la grandeza y realidad de la ciencia. Allí todo, todo á las aplicaciones de la ciencia; nada, nada á la forma filosófica; todo, todo á la materia; nada, nada al pensamiento. La filosofia del plan de estudios vigente, sin elevacion y sin dignidad, es la filosofia de la materia; y materializada la ciencia no sé cómo deje de materializarse la sociedad. Y el español, que es espiritualista por instinto, por raza, por elevacion de sentimientos y por sus creencias religiosas ¿es acreedor á que se le inocule en estas tendencias empíricas y se desnaturalice su carácter? Las universidades sin vida propia, el profesorado condenado en parte á arrastrarse en las antecámaras, los libros de testo convertidos en un objeto de especulacion mercantil, y un espíritu reglamentario, que todo lo encadena con eslabones de hierro, forman el cortejo de un sincretismo, alma del plan, magnífico para formar eruditos á la violeta y pedantes que hablen de todo, y de nada entiendan.

Las ciencias todas se ligan y encadenan por hilos imperceptibles, y el descubrimiento de un solo principio central seria el mayor grado de perfeccion. Este descubrimiento será quizá inasequible para nuestra débil inteligencia; pero la cultura é ilustracion de los pueblos se gradúa por la mayor centralizacion hácia este principio único. Los planes de enseñanza deben ser un fiel reflejo de esta centralizacion; y siéndolo tienen que aparecer á la cima de la enseñanza en las universidades, cátedras que caracte-

ricen el verdadero espíritu filosófico de la época. Y ¿cuál debe ser su asignatura? La alta filosofía, la ciencia de los primeros principios, la metafísica, única que, hablando científicamente, puede tener el carácter de facultad mayor en las ciencias profanas. Pudiendo concurrir á estas cátedras los jóvenes al término de sus carreras, estando ya en edad conveniente, llevarian allí los principios de sus respectivas facultades, que serian otros tantos cabos sueltos que irian á buscar en la ciencia del absoluto los lazos que les ligan entre sí y á otros principios superiores. Vislumbrando así el ideal de la legislación, de la medicina, que tambien tiene su ideal, de las bellas artes, de la literatura, de las ciencias físicas y naturales y fisico-matemáticas, se ensancharia el campo de los conocimientos, y con la grandeza del objeto recibirian las inteligencias una expansion capaz de las mas altas concepciones. Pero esta enseñanza central, que forma la clave de la bóveda en todos los ramos, no debe estar á cargo de profesores asalariados, mientras los haya voluntarios que, llevados del entusiasmo de la ciencia y ansiosos de gloria literaria, se presten y tomen de su cargo estas asignaturas, á imitacion de la gran institucion del *privat doctem* de las universidades de la Alemania, en cuya escuela se han formado los grandes hombres de aquella nacion sábia. De esta manera aparecerian, como en un foco comun, todas nuestras capacidades intelectuales, y los jóvenes de las distintas carreras, en presencia unos de otros, se animarian, se entusiasmarian, se agrandarían sus miras y se crearia un espíritu filosófico que caracterizaria la época; y en las modificaciones que recibirian las primeras ideas en nuestro pais, darian á éste una fisonomía determinada, que recibiria en el tiempo y en el espacio el bautismo de filosofía española, y entonces el crédito de las universidades descansaria en el crédito del profesorado, por el sello que hubiere impreso en la region de las ideas, y no en ejecutorias, edificios vastos y bibliotecas materiales, como sucede ahora, por no presentarse ocasion á estos cuerpos científicos para el desen-

volvimiento de la mucha ciencia de que son depositarios.

Francklin, ciudadano de los Estados-Unidos, decia en el siglo pasado á la metrópoli: «Dejadnos obrar y no gobernéis demasiado.» Asi digo yo á los que dirigen la enseñanza. La ciencia es como la virtud; los grandes caract res, los h eros en la virtud, se forman en el seno de la libertad. La ciencia no necesita pedagogos; lo que necesita es proteccion, y la proteccion consiste en remover obstáculos, y los obstáculos se remueven destruyendo el espíritu reglamentario, capaz por sí solo de ahogar todo g ermen intelectual; en términos que no faltará quien califique de una atrevida prevaricacion de los reglamentos vigentes de enseñanza que yo, sin títulos, ni de doctor ni de licenciado, ni aun de regente en filosofía, invada este territorio, por el que nadie puede viajar sin tales pasaportes. Que el profesorado obtenga sus puestos por oposicion y mérito, y que las universidades tengan vida propia, sin reservarse el gobierno otras atribuciones que velar en los aledaños del templo de la ciencia, removiendo obstáculos y evitando abusos, y entonces el desarrollo en el seno de la libertad será inmenso, y el genio español, rivalizando con el genio de las demás naciones, sostendr  la competencia en las grandes cuestiones científicas, y no se nos llamar  semigodos y semi rabes, como decia Herder en el siglo pasado.

Estas y otras muchas reflexiones son las que se me ofrecieron   la vista del plan de estudios; y haciendo la aplicacion   mi hijo, que era mi objeto especial, aun fueron mas tristes mis presentimientos, considerando que si se dedica   la carrera de jurisprudencia,   que manifiesta inclinacion, no iba á recibir otras nociones filosóficas que en el último año de instituto, destinado por el plan al conocimiento de la psicología, lógica,  tica, ontología y teodicea, y estas en combinacion con otras enseñanzas. Acerc ndome   saber mas, supe tambien que los profesores, para abarcar tantos objetos y tan vastos en tan poco tiempo, daban esta enseñanza por medio de cuadernos que, por mas esfuerzos que el

profesor haga para que sean perfectos, nunca dejan de tener las cualidades de esqueletos y de producir en los jóvenes los mismos efectos que produce la vista de un esqueleto, que son el horror y el hastío. De manera que el método adoptado para que los jóvenes adquieran elementos filosóficos es magnífico para cobrarles odio; resultado de la enseñanza de unos cuadernos que no entendieron ni pudieron entender, por aventajado que sea el profesor, y que fatigaron su memoria y no cultivaron su entendimiento. Y mi hijo, decía yo, ¿no ha de recibir otra enseñanza filosófica? No; y hasta donde alcancen mis débiles fuerzas le tengo de inspirar sentimientos elevados sobre la ciencia, recorriendo el velo misterioso con que se la quiere ocultar. Quiero que sea filósofo para que enriquezca su alma y sepa también por la razón que está hecho á imagen de Dios. Quiero que sea filósofo, para que su alma no se vea sorprendida por el halago falaz de obras seductoras llenas de materialismo y ateísmo, que, traducidas, corren por desgracia de mano en mano; y que firme en la religión de sus padres y de sus abuelos, acredite por sí mismo la profundidad que encierra aquella máxima de Bacon: «Un poco de filosofía natural hace inclinar los hombres hácia el ateísmo; un conocimiento mas profundo de esta ciencia los vuelve á la religión.» Jamás las luces pueden perjudicar á la verdad; y siendo la religión toda verdad, jamás pueden perjudicarla los conocimientos filosóficos. Lo cierto es que, cuanto mayores han sido los descubrimientos en ciencias naturales, tanto mas evidentes han resultado las interpretaciones bíblicas, dadas por la Iglesia á los libros santos; y cuantos mas progresos se han hecho en el conocimiento de Dios, del hombre y de la naturaleza por la razón, tanto mas se han afianzado las verdades fundamentales de la religión, como la existencia de Dios, la de su providencia, la espiritualidad é inmortalidad del alma, la inmutabilidad del principio moral, y otras.

¿Por qué pues se estrecha el campo de la filosofía á nuestra juventud hasta el punto de proscribir del plan de estudios, como

acabamos de ver, todo el órden de las verdades psicológicas, morales, ontológicas y metafísicas, ó por mejor decir, ¿por qué se proscribe entre nosotros el estudio de la filosofía propiamente dicha? ¿Qué significa la libertad de imprenta, ó lo que es igual, la libertad de pensamiento, consignada en nuestro código fundamental, si se excluye de la enseñanza nacional el objeto predilecto en que puede y debe ejercitarse nuestra inteligencia? No hay razon ninguna que pueda justificar esta conducta. Se dirá quizá que el temor al abuso; pero el temor al abuso no es razon. Del seno de la Iglesia han salido heregías terribles que han assolado la Europa; y ¿habria razon para proscribir la religion por temor á las heregías? La filosofía es buena, porque su objeto es grandioso. La Iglesia se gloria con santos padres filósofos, como un San Agustin, un Santo Tomás y otros; la filosofía se estudia en todos los establecimientos eclesiásticos, y yo mismo la estudié en un seminario conciliar; y si es buena, no hay razon para proscribirla por temor al abuso. Si sus discusiones en el terreno de la razon dan origen á algunas exageraciones, estas mismas producen el bien, que Reid dice han producido los escépticos, que, descubiertos por ellos los flancos débiles del templo de la ciencia, obligan á los verdaderos operarios á fortificar el muro por aquel rumbo, y asegurar asi mas y mas el edificio. Lo cierto es que, si no hubiera habido los Hobbes y los Collins, tampoco la filosofía se gloriaría con los ilustres nombres de sus impugnadores los Clarkes, los Leibnitzes, los Fenelones y los Bossuets, lo mismo que si no hubiera habido los malos libros de caballería, tampoco se gloriaría la nacion española con su inmortal *Don Quijote*. La luz que derraman las discusiones filosóficas siempre tiene por resultado el triunfo de la verdad, reina del mundo; y los que sostienen la verdad llevan una ventaja inmensa sobre los autores de falsos sistemas, porque el tiempo, que madura las discusiones, repara las sorpresas, restablece el equilibrio y asegura el triunfo de los buenos principios; y la ruina de la filosofía empírica del siglo XVIII, que se cre-

yó invencible, es una prueba de esta verdad providencial.

Con estos ligeros antecedentes ya puedes, lector, formar juicio sobre el origen de esta obra. Yo, que, aunque pequeña criatura, siento en mí aspiraciones al infinito, que forman todo mi ser, mi grandeza y mis esperanzas, y que en su integridad quisiera trasmitir al alma de mi hijo, para que si la suerte le condena á ser pobre de bienes, sea rico de sentimientos, ¿podia ver con indiferencia que, víctima del plan vigente de estudios, se pegara, como alma ruin, al terruño, y fuera juguete de ilusiones ridículas de ciencia? No, dije para mí, y hasta donde alcancen mis débiles fuerzas le haré conocer el campo entero de la filosofía, para que nivele su alma á la grandeza del objeto. Entonces fué cuando tomé la pluma para escribir unas lecciones, como un asunto interior de familia, de padre á hijo, y que las conservara como un recuerdo. Esta ocupacion la miré como un desahogo y un descanso á mis habituales ocupaciones; pero es cosa singular: llevaba escritos los dos primeros capítulos, y al reconocerlos me encontré con que en su estilo, en su lenguaje y en sus formas habia tomado el tono de quien se dirige al público, olvidándome absolutamente del carácter familiar que estaba en mi pensamiento. Pues señor, dije entonces, mi pluma se ve arrastrada por un fatalismo irremediable, y esto quiere decir que quizá supla á los padres que se hallan con sus hijos en iguales circunstancias que yo me hallo con el mio; y desde aquel acto hice mi profesion de fé de ser escritor público, y terminar la obra como la habia comenzado.

Reflexiones de otro orden muy distinto han venido despues á robustecer esta determinacion. En nuestra sociedad española se advierten de lleno los efectos de haber desaparecido los obstáculos morales y materiales que mantenian este pais absolutamente extraño al movimiento filosófico general de la Europa, y nuestras instituciones han sido el escalon para llegar á ocupar tan ventajosa posicion; pero, como el movimiento filosófico toma su

raiz desde el renacimiento de las letras, y por efecto de nuestro aislamiento por espacio de tres siglos, no nos ha sido tradicional, es claro que, borrados los Pirineos en sentido científico, respiramos en la misma atmósfera que los demás países de Europa; pero, como solo es el tiempo el que madura el fruto de la ciencia, hasta ahora solo tenemos el sentimiento, tenemos el instinto, y nada mas que el instinto. Pero el instinto no satisface, y la prueba es la incertidumbre y falta de fijeza que se nota en todos los espíritus, y que tanto refluye en nuestro bienestar social, sin que ninguno adivine la causa, y es preciso caminar hasta la convicción. Y ¿cómo se crea esta convicción? Poniendo en claro á la juventud el *statu quo* de la ciencia, rasgando el velo que cubre á los sistemas filosóficos, nacidos todos en otros países, hasta hacerlos conocer en su conjunto, en sus ilaciones, en sus afinidades, en sus diferencias y en el orden progresivo en que cada uno ha marchado, como base y fundamento de los ulteriores trabajos á que puedan consagrarse nuestras inteligencias privilegiadas. Este es el gran servicio que la ciencia espera, y servicio que está en su madurez, porque nuestro país en estos momentos no puede aspirar á mas. Sin escluir los genios, y en el orden regular, para nosotros el resto de este siglo es siglo de erudicion, y no de invencion.

Dos grandes hombres (hablo solo de fallecidos), cuya muerte prematura ha sido una desgracia para la filosofia y para su país, parecia que estaban destinados á llenar esta mision. Los señores Balmes y Valdegamas, dotados de vastos conocimientos, de una rara comprension y de un decir armonioso, sonoro y elegante, hubieran atraido en torno suyo toda la juventud si se hubieran propuesto descubrir los tesoros filosóficos que se encierran en las demás naciones que van delante de nosotros; pero quizá miraron esta empresa como muy inferior á la superioridad de su genio, quizá no la creyeron digna de ocupar sus talentos, y á fé que fué una desgracia que lo creyeran asi. Es verdad que

el señor Balmes no fué tan estraño á este pensamiento, y su *Filosofía fundamental* tuvo por objeto dar la clave de los sistemas filosóficos; pero llevado del poder inagotable de su genio, aspiró á un imposible. Entre el magnifico ropage y las galas de una fecunda imaginacion, se descubren las arrugas de la vieja escolástica, que el señor Balmes se propuso resucitar; y entre las sutilezas de la edad media y el idealismo moderno, ha resultado un conjunto, que admiran todos, pero que pocos entienden. Sin embargo, si no le ayudó la fortuna en la eleccion de pensamiento, su obra, por sus detalles, será siempre un tesoro para la ciencia y uno de los monumentos de gloria para nuestro pais. En alas del éxtasis y del amor divino voló el señor Valdegamas á la region de los ángeles algunos años antes de su muerte natural, porque solo el infinito podia satisfacer sus aspiraciones religiosas é idealistas; y si bien esta misma sublimidad produjo obras inmortales que eternizarán su memoria, fué, sin embargo, sensible que perdiera las condiciones de este mundo, para que sus producciones prestaran una utilidad mas efectiva á las ciencias filosóficas. Siguiendo una comparacion de Bacon, estos dos filósofos, honra y prez de la nacion española, el uno caminando hácia atrás, y el otro hácia adelante, y en alas ambos del infinito, se remontaron, como la alondra, á los cielos con su vuelo, hasta perderse de vista, y por perderse de vista, no dejaron los rastros necesarios para que la juventud les tomara por guia y utilizara sus vastos conocimientos. Yo, en mi pequeñez, tambien he querido remontarme á las regiones del infinito; pero no como la alondra para perderme de vista, sino como el falcon, para volver con la presa; es decir, he querido embeberme en las aspiraciones del infinito para conocer los sistemas, y vuelto á mi estancia, darlos á conocer y hacerlos accesibles é inteligibles á la juventud; y si mis trabajos en este sentido son flacos y débiles en si mismos, tienen a ventaja de poder ser provechosos á los demás, y no perderse en la vaguedad del espacio y del tiempo. Se

calificará de orgullo en haber ido con mi pobre inteligencia en busca del infinito; pero en el infinito, por lo mismo que es el infinito, caben todas las inteligencias; y aunque no puedo tener asiento en la asamblea de los Platones y Aristóteles, de los Leibnizes y Kants, de los Balmes y Valdegamas, hago lo que Cervantes en el Parnaso, doblar mi capa y sentarme en el suelo, y nadie me priva de la complacencia de estar en relacion con las primeras inteligencias que ha habido en el mundo.....

Esto es lo que tenia que decirte, lector, sobre el origen, extension y objeto de esta obra, y ahora me permitirás que te deje en paz, para dirigir un apóstrofe á mi libro.

Adios, libro mio. Vas al mundo sin antecedentes, sin valedores, sin Mecénas, sin reales órdenes que te declaren testo. Yo te entrego absolutamente en manos de la divina Providencia, y si flaco y débil como eres, tienes la virtud de provocar á los verdaderos talentos á que suelten sus plumas y creen un movimiento filosófico espiritualista y liberal, que encarrile los espíritus y engrandezca mi patria, me daré por satisfecho; pero si, por lo contrario, nadie hace aprecio de tí, y vas al panteon de tantos libros inútiles como se han escrito en el mundo, se me acusará de imprudente, pero no de criminal, por haberte dado á conocer sin merecerlo; pero tambien te aseguro que, escarmentado tú, ahorrarás los dolores de alumbramiento de los otros dos libros tus hermanos.

## NOTA DE LOS FILOSOFOS

### QUE SE CITAN EN ESTA OBRA.

---

Anselmo (S.), tomo 1.º, página 30.

Abelardo, tom. 1.º, pág. 30.

Argens (marqués de), tom. 1.º, pág. 73.

Aretino, tom. 2.º, pág. 5.

Amaury, tom. 2.º, pág. 23.

Arnauld, tom. 2.º, pág. 64.

Abicht, tom. 2.º, pág. 258.

Ast, tom. 2.º, pág. 258.

Ammont, tom. 2.º, pág. 283.

Arce de Herrera, tom. 2.º, pág. 33.

Agrippa (Cornelio), tom. 2.º, pág. 33.

Bacon (Rogerio), tom. 1.º, pág. 4.º

Bacon (baron de Verulamio), tom. 1.º, págs. 43—85.

Bolingbroke (vizconde de), tom. 1.º, pág. 54.

Bonnet, tom. 1.º, pág. 63.

Beccaria, tom. 1.º, pág. 64.

Broussais, tom. 1.º, págs. 80—168.

- Bentham, tom. 1.º, págs. 84—278.
- Bocaccio, tom. 2.º, pág. 5.
- Bessarion, tom. 2.º, pág. 6.
- Bayer, tom. 2.º, pág. 8.
- Bruno (Jordan), tom. 2.º, págs. 9—33.
- Bocarro, tom. 2.º, pág. 12.
- Boehme, tom. 2.º, pág. 30.
- Bossuet, tom. 2.º, pág. 66.
- Boussier, tom. 2.º, pág. 73.
- Bayle, tom. 1.º, pág. 52 y tom. 2.º, pág. 83.
- Brandenborgg, tom. 2.º, pág. 84.
- Bilfinger, tom. 2.º, pág. 230.
- Baumeister, tom. 2.º, pág. 231.
- Bubdeo, tom. 2.º, pág. 232.
- Boethius, tom. 2.º, pág. 243.
- Berk, tom. 2.º, pág. 244.
- Bendavid, tom. 2.º, pág. 244.
- Bergk, tom. 2.º, pág. 245.
- Berger, tom. 2.º, pág. 245.
- Born, tom. 2.º, pág. 245.
- Buhle, tom. 2.º, pág. 246.
- Bardili, tom. 2.º, pág. 247.
- Bonterweck, tom. 2.º, pág. 247.
- Bayer, tom. 2.º, pág. 275.
- Baumgarten, tom. 2.º, pág. 275.
- Bardt, tom. 2.º, pág. 276.
- Bassedow, tom. 2.º, pág. 276.
- Butler, tom. 4.º, pág. 9.
- Beattie, tom. 4.º, pág. 24.
- Bonald, tom. 4.º, pág. 54.
- Balmes, tom. 2.º, pág. 160, tom. 3.º págs. 68—208 y apén-  
dice.

- Champeaux (Guillermo de), tom. 1.º, pág. 30.  
Charron, tom. 1.º, pág. 37.  
Collins, tom. 1.º, pág. 53.  
Condillac, tom. 1.º, págs. 62—145.  
Condorcet, tom. 1.º, pág. 66.  
Cabanis, tom. 1.º, pág. 78.  
Conches, tom. 2.º, pág. 4.  
Chartres, tom. 2.º, pág. 4.  
Cusa (cardenal de), tom. 2.º, pág. 6.  
Cesalpino, tom. 2.º, pág. 8.  
Cruz (San Juan de la), tom. 2.º pág. 34.  
Cordemoy, tom. 2.º, pág. 64,  
Clauberg, tom. 2.º, pág. 65.  
Clarke, tom. 2.º, pág. 72.  
Cupero, tom. 2.º, pág. 83.  
Cant, tom. 2.º, pág. 230.  
Crouzaz, tom. 2.º, pág. 232.  
Crusio, tom. 2.º, pág. 233.  
Carzow, tom. 2.º, pág. 275.  
Conradi, tom. 2.º, pág. 284.  
Claudio, tom. 2.º, pág. 285.  
Campe, tom. 2.º, pág. 285.  
Chenier, tom. 1.º, pág. 76.  
Comenio, tom. 2.º, pág. 32.  
Cepeda, tom. 2.º, pág. 33.  
Cousin, tom. 4.º, pág. 58.
- Duns-Escoto, tom. 1.º, pág. 30.  
Deslandés, tom. 1.º, pág. 55.  
Delisle de Sales, tom. 1.º, pág. 63.  
D'Alembert, tom. 1.º, pág. 69.  
Diderot, tom. 1.º, pág. 69.  
Desttut de Tracy, tom. 1.º, págs. 77—331.

- Dante, tom. 2.º, pág. 5.  
 Dinante, tom. 2.º, pág. 23.  
 Descartes, tom. 2.º, págs. 58—89.  
 Dietz, tom. 2.º, pág. 244.  
 D'Edelman, tom. 2.º, pág. 276.  
 D'Ernesti, tom. 2.º, pág. 277.  
 Danb, tom. 2.º, pág. 284.  
 Dinter, tom. 2.º, pág. 285.  
 Daunon, tom. 1.º, pág. 76.  
 Dugald Stewart, tom. 4.º, pág. 27.  
 De Gerando, tom. 4.º, pág. 44.
- Erígenes, tom. 2.º, pág. 22  
 Eulero, tom. 2.º, pág. 233.  
 Eric de Berger, tom. 2.º, pág. 258.  
 Eichhorn, tom. 2.º, pág. 279.  
 Eckerman, tom. 2.º, págs. 279—281.  
 Eschenmayer, tom. 2.º, pág. 284.
- Francklin, tom. 1.º, pág. 71.  
 Ficin, tom. 2.º, pág. 6.  
 Foxio, tom. 2.º, pág. 12.  
 Fludd, tom. 2.º, pág. 27.  
 Forge (Luis de la), tom. 2.º, pág. 64.  
 Fenelon, tom. 2.º, pág. 71.  
 Fontenelle, tom. 2.º, pág. 72.  
 Fichte, tom. 2.º, págs. 86—248 y tom. 3.º, pág. 118.  
 Formey, tom. 2.º, pág. 231.  
 Fieftrunk, tom. 2.º, pág. 243.  
 Flugge, tom. 2.º, pág. 245.  
 Feberbach, tom. 2.º, págs. 245—262.  
 Fischaver, tom. 2.º, pág. 245.  
 Forberg, tom. 2.º, pág. 255.

- Fries, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 264.  
Fergusson, tom. 4.<sup>o</sup>, pág. 15.  
Gasendo, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 35.  
Glamvill, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 40.  
Gravesande, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 54.  
Genovesi, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 56.  
Garat, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 80.  
Gall, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 81.  
Gioja, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 84.  
Gante, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 4.  
Gaza, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 5.  
Glisson, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 63.  
Geulinx, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 65.  
Gabler, tom. 2.<sup>o</sup>, págs. 279—280.  
Gostchel, tom. 2.<sup>o</sup>, págs. 284—262.  
Goethe, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 284.  
Guericke, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 286.  
Gingnené, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 76.  
Gerson, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 32.  
Guevara, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 33.  
Hobbes, tom. 1.<sup>o</sup>, págs. 44—304.  
Hartley, tom. 1.<sup>o</sup>, págs. 56—208.  
Hume, tom. 1.<sup>o</sup>, págs. 57—234.  
Helvecio, tom. 1.<sup>o</sup>, págs. 64—252.  
Holbach (baron de), tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 72.  
Herrera, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 11.  
Huarte, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 12.  
Hegel, tom. 2.<sup>o</sup>, págs. 87—259 y tom. 3.<sup>o</sup> pág. 266.  
Heydenresch, tom. 2.<sup>o</sup>, pág., 244.  
Hoffhaber, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 244.  
Herder, tom. 2.<sup>o</sup>, pág. 287.

Henke, tom. 2.º, pág. 281.  
 Heyddereich, tom. 2.º, págs. 85-283.  
 Hamann, tom. 2.º, pág. 284.  
 Hengsternberg, tom. 2.º, pág. 286.  
 Hahn, tom. 2.º, pág. 286.  
 Hutcheson, tom. 4.º, pág. 10.

Jacob, tom. 2.º, pág. 243.  
 Jacobi, tom. 2.º, pág. 263.  
 Justiniani, tom. 2.º, pág. 32.  
 Jancourt, tom. 4.º, pág. 36.  
 Jouffroy, tom. 4.º, pág. 68.

Keplero, tom. 2.º, pág. 26.  
 Kant, tom. 2.º, págs. 85 y 234 y tom. 3.º, pág. 4.  
 Knutzen, tom. 2.º, pág. 231.  
 Kern, tom. 2.º, pág. 243.  
 Kindeswater, tom. 2.º, pág. 243.  
 Kunhardt, tom. 2.º, pág. 243.  
 Kinker, tom. 2.º, pág. 244.  
 Kiesewetter, tom. 2.º, pág. 244.  
 Krug, tom. 2.º, pág. 247.  
 Kayssler, tom. 2.º, pág. 258.  
 Klein, tom. 2.º, pág. 258.  
 Koeppen, tom. 2.º, pág. 264.  
 Krause, tom. 2.º, pág. 271.  
 Krung, tom. 2.º, pág. 283.  
 Klopstok, tom. 2.º, pág. 284.  
 Kleinert, tom. 2.º, pág. 286.  
 Kinker, tom. 2.º, pág. 33.  
 Kames, tom. 4.º, pág. 12.

Ludovici, tom. 2.º, pág. 230.

- Lambert, tom. 2.º, pág. 231.  
Lange, tom. 2.º, pág. 232.  
Lessing, tom. 2.º, pág. 265—85.  
Lutero, tom. 2.º, pág. 274.  
Loffer, tom. 2.º, pág. 281.  
Lignac, tom. 4.º, pág. 35.  
La Romigiere, tom. 4.º, pág. 39.  
La Mothe le Bayer, tom. 1.º, pág. 39.  
La Rochefoucauld (duque de), tom. 1.º, pág. 45.  
Locke, tom. 1.º, pags. 49—99.  
Lametrie, tom. 1.º, pág. 72.  
Leon el Hebreo, tom. 2.º, pág. 7.  
Lulio (Raymundo), tom. 2.º, pág. 33.  
Lamy, tom. 2.º, pág. 71.  
Leibnitz, tom. 2.º, págs. 220—287.
- Mandeville, tom. 1.º, pág. 261.  
Magnen, tom. 1.º, pág. 34.  
Montagne, tom. 1.º, pág. 34.  
Marsais (Cesar du), tom. 1.º, pág. 55.  
Morellet, tom. 1.º, pág. 65.  
Mably, tom. 1.º, pág. 65.  
Marechal, tom. 1.º, pág. 74.  
Mill, tom. 1.º, pág. 84.  
Mirandola, tom. 2.º, pág. 7.  
Mazzoni, tom. 2.º, pág. 9.  
Mersenna, tom. 2.º, pág. 63.  
Mallebranche, tom. 2.º, págs. 67—130.  
Moriniere, tom. 2.º, pág. 73.  
Meyer (Luis), tom. 2.º, pág. 83.  
Mendelssohn, tom. 2.º, págs. 85—266.  
Meyer (Jorge), tom. 2.º, pág. 231.  
Mutschelle, tom. 2.º, pág. 242.

- Mellin, tom. 2.º, pág. 242.  
 Mathias, tom. 2.º, pág. 245.  
 Maimon, tom. 2.º, pág. 246.  
 Micælis, tom. 2.º, pág. 255.  
 Melancton, tom. 2.º, pág. 274.  
 Michælis, tom. 2.º, pág. 279.  
 Moro, tom. 2.º, pág. 279.  
 Moro (Enrique), tom. 2.º, pág. 32.  
 Marzal, tom. 2.º, pág. 33.  
 Mackintosh, tom. 4.º, pág. 17.  
 Maupertuis, tom. 4.º, pág. 33.  
 Monestrier, tom. 4.º, pág. 46.  
 Maine de Biran, tom. 4.º, pág. 42.  
 Montesquieu, tom. 4.º, pág. 36.  
 Maistre (conde de), tom. 4.º, pág. 53.
- Nizolio, tom. 1.º, pág. 32.  
 Nicole, tom. 2.º, pág. 64.  
 Norris, tom. 2.º, pág. 71.  
 Nicolás (Federico), tom. 2.º, pág. 233.  
 Niehammer, tom. 2.º, pág. 255.  
 Neander, tom. 2.º, pág. 286.  
 Nuñez Delgadillo, tom. 2.º, pág. 33.  
 Necker, tom. 4.º, pág. 51.
- Occampo (Guillermo), tom. 1.º, pág. 31.  
 Orobio, tom. 2.º, pág. 84.  
 Oswald, tom. 4.º, pag. 26.
- Pomponat, tom. 1.º, pág. 41.  
 Priestley, tom. 1.º, pág. 68.  
 Petrarca, tom. 2.º, pág. 5.  
 Plethon, tom. 2.º, pág. 6.

- Policiano, tom. 2.º, pág. 7.  
Patrizzi, tom. 2.º, pág. 8.  
Pereira, tom. 2.º, pág. 12.  
Paracelso, tom. 2.º, pág. 25.  
Pordage, tom. 2.º, pág. 32.  
Polignac, tom. 2.º, pág. 72.  
Ploucquet, tom. 2.º, pág. 231.  
Phiseldeck, tom. 2.º, pág. 245.  
Poelitz, tom. 2.º, pág. 245.  
Paulo, tom. 2.º, pág. 279.  
Planck, tom. 2.º, pág. 280.  
Policiano, tom. 2.º, pág. 33.  
Price, tom. 4.º, pág. 23.  
Pouilly, tom. 4.º, pág. 33.  
Penhoen (baron de), tom. 3.º, pág. 6.
- Quevedo, tom. 1.º, pág. 34.
- Roscelin, tom. 1.º, pág. 30.  
Raynald, tom. 1.º, pág. 74.  
Renchlin, tom. 2.º, pág. 7.  
Ramus, tom. 2.º, pág. 8.  
Ruiz, tom. 2.º, pág. 12.  
Ruysbrœck, tom. 2.º, pág. 24.  
Regis, tom. 2.º, pág. 67.  
Rehbeg, tom. 2.º, pág. 85.  
Reinbeck, tom. 2.º, pág. 230.  
Reusch, tom. 2.º, pág. 230.  
Reimaro, tom. 2.º, pág. 230.  
Rievoo, tom. 2.º, pág. 230.  
Ridiger, tom. 2.º, pág. 232.  
Reinhold, tom. 2.º, pág. 243.  
Rixner, tom. 2.º, pág. 259.

- Rhenihard, tom. 2.º, pág. 275.  
 Rohr, tom. 2.º, pág. 281.  
 Rosencrantz, tom. 2.º, pág. 284.  
 Richter (Juan Paulo), tom. 2.º, págs. 285—261.  
 Rudelbach, tom. 2.º, pág. 286.  
 Riera, tom. 2.º, pág. 33.  
 Reid, tom. 4.º, pág. 20.  
 Rousseau, tom. 4.º, pág. 48.  
 Royer Collard, tom. 4.º, pág. 56.
- Sanchez, tom. 1.º, pág. 38.  
 Sanchez (el Brocense), tom. 2.º, pág. 12.  
 Silesio, tom. 2.º, pág. 31.  
 Sabuco de Nantes (Oliva), tom. 2.º, pág. 35.  
 Servet, tom. 2.º, págs. 35—36.  
 Spinosa, tom. 2.º, págs. 75—161.  
 Sabatier, tom. 2.º, pág. 83.  
 Schelling, tom. 2.º, págs. 87—256 y tom. 3.º, pág. 215.  
 Schultz, tom. 2.º, pág. 242.  
 Schmid (Jorge), tom. 2.º, pág. 242.  
 Schmid (Juan), tom. 2.º, pág. 242.  
 Socher, tom. 2.º, pág. 243.  
 Schmalz, tom. 2.º, pág. 243.  
 Schmid (Cárlos), tom. 2.º, pág. 244.  
 Suell, tom. 2.º, pág. 244.  
 Stœudlin, tom. 2.º, pág. 244.  
 Schwartz, tom. 2.º, pág. 244.  
 Schaumann, tom. 2.º, pág. 244.  
 Schulze (Teófilo), tom. 2.º, pág. 246.  
 Snabedissen, tom. 2.º, pág. 258.  
 Stutzmun, tom. 2.º, pág. 258.  
 Strauss, tom. 2.º, págs. 262—279.  
 Salat, tom. 2.º, pág. 264.

- Sulzer, tom. 2.º, pág. 264.  
Schleiermacher, tom. 2.º, pág. 268.  
Schlegel, tom. 2.º, pág. 269.  
Stenibahrt, tom. 2.º, pág. 276.  
Semler, tom. 2.º, pág. 278.  
Schultze, tom. 2.º, pág. 283.  
Stadlin, tom. 2.º, pág. 283.  
Steffens, tom. 2.º, pág. 284.  
Schwarz, tom. 2.º, pág. 284.  
Schiller, tom. 2.º, pág. 284.  
Stark, tom. 2.º, pág. 285.  
Stalberg, tom. 2.º, pág. 285.  
Sieyes, tom. 1.º, pág. 76.  
Sabonde, tom. 1.º, pág. 36. y tom. 2.º, pág. 33.  
Sanchez de Lizarazu, tom. 2.º, pág. 33.  
Sahftesbury, tom. 4.º, pág. 8.  
Smith, tom. 4.º, pág. 13.  
Saint Martin, tom. 4.º, pág. 37.  
Stael (Mad), tom. 4.º, pág. 52.  
Sanz del Rio, tom. 2.º, pág. 271.  
  
Tomás (Santo), tom. 1.º, pág. 30.  
Telesio, tom. 1.º, pág. 42.  
Toussaint, tom. 1.º, pág. 73.  
Trebisonda, tom. 2.º, pág. 6.  
Thomeo, tom. 2.º, pág. 7.  
Taurelo, tom. 2.º, pág. 9.  
Teresa de Jesus (Santa), tom. 2.º, pág. 34.  
Terrason, tom. 2.º, pág. 72.  
Tulleborn, tom. 2.º, pág. 245.  
Tennemann, tom. 2.º, pág. 246.  
Teller, tom. 2.º, pág. 276.  
Tieftrank, tom. 2.º, pág. 283.

- Tholuck, tom. 2.º, pág. 286.  
 Turot, tom. 1.º, pág. 76.  
 Thurot, tom. 4.º, pág. 41.
- Usteri, tom. 2.º, pág. 284.
- Vanini, tom. 1.º, pág. 42.  
 Voltaire, tom. 1.º, pág. 57.  
 Volney, tom. 1.º, pág. 80.  
 Vives, tom. 2.º, pág. 11.  
 Van-Helmont, tom. 2.º, pág. 31.  
 Versé (Auberto de), tom. 2.º, pág. 84.  
 Van-Leenhof, tom. 2.º, pág. 84.  
 Valdegamas (marqués de), apéndice.
- Weigel, tom. 2.º, pág. 25.  
 Wittich, tom. 2.º, págs. 66—83.  
 Wolff, tom. 2.º, págs. 85—229.  
 Walch, tom. 2.º, pág. 230.  
 Vendt, tom. 2.º, pág. 245.  
 Weber, tom. 2.º, pág. 258.  
 Weisse, tom. 2.º, pág. 262.  
 Wesler, tom. 2.º, pág. 264.  
 Weiss, tom. 2.º, pág. 264.  
 Wegscheidr, tom. 2.º, pág. 281.  
 Weiland, tom. 2.º, pág. 285.
- Zorzi, tom. 2.º, pág. 24.  
 Zummer, tom. 2.º, pág. 258.
-

1. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and a statement of the main results. It is shown that the problem is equivalent to a certain type of boundary value problem for a second order elliptic equation in a domain with a piecewise smooth boundary.

2. In the second part the problem is reduced to a system of integral equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

3. In the third part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

4. In the fourth part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

5. In the fifth part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

6. In the sixth part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

7. In the seventh part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

8. In the eighth part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

9. In the ninth part the problem is reduced to a system of ordinary differential equations. The kernel of the integral equations is shown to be continuous and the system is shown to be solvable in the space of continuous functions.

# INDICE GENERAL.

## TOMO PRIMERO.

|                   | Págs. |
|-------------------|-------|
| PROLOGO . . . . . | I     |

### CAPITULO UNICO PRELIMINAR.

|   |   |
|---|---|
| Cuadro general de la filosofía moderna como base del juicio crítico de los sistemas filosóficos y division de la obra en esta forma . . . . . | 5 |
|---|---|

#### SISTEMA EMPIRICO.

#### SISTEMA IDEALISTA.

#### SISTEMA PSICOLOGICO.

## PARTE PRIMERA.

### SISTEMA EMPIRICO.

#### HISTORIA.

|  |  |
|--|--|
| CAPITULO I... Desde el renacimiento de las letras hasta la filosofía de Locke.—Nominalismo y realismo.—Nizolio.—Principio sensualista.—Magnen.—Quevedo.—Gasendo.—Montagne.—Charron.—La Mote le Bayer.—Sanchez. |  |
|--|--|

|               |  |    |
|---------------|--|----|
|               | —Glamvill.—Rogerio Bacon.—Pomponat.—Telesio.<br>—Vanini.—Bacon de Verulamio.—Hobbes.—La Ro-<br>chefoucauld. . . . .  | 29 |
| CAP. II.....  | Desde la filosofía de Locke hasta la filosofía de Condi-<br>llac.—Locke.—Collins.—Gravesande.—Bolingbroke.<br>—Du Marsais.—Deslandes.—Hartley.—Genovesi.—<br>Hume.—Voltaire.. . . .  | 49 |
| CAP. III..... | Desde la filosofía de Condillac hasta la revolución de 1789.<br>—Condillac.—Bonnet.—Delisle.—Helvecio.—Bec-<br>caria.—Morellet.—Mably.—Condorcet.—Priestley.—<br>D'Alembert.—Diderot.—Franklin.—Holbach.—La-<br>mettrie.—Argens.—Raynal.—Marechal. . . . . | 62 |
| CAP. IV.....  | Desde la revolución de 1789 hasta la aparición de Royer<br>Collard en 1811.—Desttut de Tracy.—Cabanis.—<br>Broussais.—Volney.—Garat.—Gall.—Bentham.—<br>Gioja. . . . .   | 76 |

## DOCTRINA.

|                |  |     |
|----------------|--|-----|
| CAP. V.....    | La experiencia sensible origen de los conocimientos hu-<br>manos.—Bacon. . . . . | 85  |
| CAP. VI.....   | Puro empirismo.—Locke.. . . .  | 99  |
| CAP. VII.....  | Sensualismo.—Condillac.. . . .   | 145 |
| CAP. VIII..... | Materialismo.—Broussais.. . . .  | 168 |
| CAP. IX.....   | Fatalismo.—Hartley. . . . .  | 208 |
| CAP. X.....    | Escepticismo.—Hume. . . . .  | 234 |
| CAP. XI.....   | Principio moral.—Helvecio.. . . .  | 252 |
| CAP. XII.....  | Legislacion.—Bentham.. . . .   | 278 |
| CAP. XIII..... | Derecho político.—Hobbes.. . . .   | 394 |
| CAP. XIV.....  | Lenguaje.—Desttut de Tracy.. . . .   | 334 |
| CAP. XV.....   | Resultados ventajosos del sistema empírico. . . . .                              | 342 |
| CAP. XVI.....  | Resultados adversos del sistema empírico. . . . .                                | 355 |

## TOMO SEGUNDO.

## PARTE SEGUNDA.

## SISTEMA IDEALISTA.

|             |   |
|-------------|---|
| CAPITULO I. | Primeros gérmenes del idealismo en el renacimiento.—<br>Conches.—Chartres.—Gante.—Petrarca.—Aretino.— |
|-------------|---|

Dante.—Boccaccio.—Gaza.—Trebisonda.—Besarion.—  
 Plethon.—Ficin.—Cusa.—Leon el Hebreo.—Policiano.  
 —Mirandola.—Renchlin.—Thomeo.—Cesalpino.—Ra-  
 mus.—Bayer.—Patrizzi.—Taurelo.—Mazzoni.—Bruno.  
 —Vives.—Ruiz.—Huarte.—Sanchez.—Percira.—Fo-  
 xio.—Bocarro. . . . . 14

**CAP. II.....** Desenvolvimiento, tendencias y término del idealismo  
 despues del renacimiento.—España.—Francia.—Ale-  
 mania.—Division de este sistema en esta forma:

    Panteismo místico.  
 Panteismo filosófico.  
 Panteismo teológico racionalista. . . . . 14

**PANTEISMO MISTICO.**

**HISTORIA.**

**CAP. III.....** Panteismo místico.—Erigenes.—Dinante.—Amaury.—  
 Ruysbroek.—Zorzi.—Paracelso.—Weigel.—Keplero.—  
 Fludd.—Boehme.—Van-Helmut.—Silesio.—Pordage.  
 Raimundo Lulio.—Servet.—Otros místicos españoles. 21

**DOCTRINA.**

**CAP. IV.....** Sistema de Miguel Servet.—Esposicion y crítica. . . . . 36

**PANTEISMO FILOSOFICO.**

**HISTORIA.**

**CAP. V.....** Panteismo filosófico.—Descartes.—Mersenna.—Glisson.  
 —Cordemoy.—La Forge.—Arnauld.—Nicole.—Clau-  
 berg.—Genlinch.—Wittick.—Bossuet.—Regis.—Male-  
 branche.—Lamy.—Fontenelle.—Polignac.—Terrason.  
 —El abate Andrés.—Clarke.—Bousier.—Moriniere.—  
 Spinoza. . . . . 57

**DOCTRINA.**

|                |  |     |
|----------------|--|-----|
| CAP. VI.....   | Sistema de Descartes.—Esposicion.—Crítica. . . . . | 89  |
| CAP. VII.....  | Doctrina y crítica de Malebranche !. . . . .       | 130 |
| CAP. VIII..... | Sistema de Spinoza.—Esposicion.—Crítica. . . . .   | 161 |

**PANTEISMO TEOLOGICO-RACIONALISTA.****HISTORIA.**

|              |   |     |
|--------------|---|-----|
| CAP. IX..... | Panteismo teológico-racionalista.—Leibnitz.—Kant.—<br>Fichte.—Schelling.—Hegel.—Filósofos indepen-<br>dientes.—Jacobi.—Sulzer.—Lessing.—Mendelssohn.<br>—Herder.—Schleiermacher.—Schlegel.—Krause.—<br>Influencia de los sistemas filosóficos en las creencias<br>religiosas de Alemania.—D'Ernesti.—Semler.—<br>Michaelis.—Eichhorn.—Eckerman.—Strauss.—Ga-<br>bler.—Henke.—Rohr.—Wegscheider. . . . . | 218 |
|--------------|---|-----|

**DOCTRINA**

|             |   |     |
|-------------|---|-----|
| CAP. X..... | Doctrina y crítica de Leibnitz. . . . . | 287 |
|-------------|---|-----|

**TOMO TERCERO.**

|               |  |     |
|---------------|--|-----|
| CAP. XI.....  | Sistema de Kant.—Esposicion.—Crítica. . . . .      | 5   |
| CAP. XII..... | Sistema de Fichte.—Esposicion.—Crítica. . . . .    | 118 |
| CAP. XIII.... | Sistema de Schelling.—Esposicion.—Crítica. . . . . | 215 |
| CAP. XIV....  | Sistema de Hegel.—Esposicion.—Crítica. . . . .     | 266 |



## CONOCIMIENTO DEL YO.

|              |  |     |
|--------------|--|-----|
| CAP. VI..... | Del alma considerada como sustancia.—El alma considerada en sus operaciones.—Deslinde del hombre psicológico.—Facultades del alma en general.—De las facultades intelectuales del hombre.—De las facultades activas y morales de hombre. . . . . | 115 |
|--------------|--|-----|

## CONOCIMIENTO DEL NO-YO.

|               |   |     |
|---------------|---|-----|
| CAP. VII..... | Mundo material.—Mundo estético.—Mundo humano.—Mundo metafísico. . . . . | 152 |
|---------------|---|-----|

## ELEMENTO QUE UNE EL YO CON EL NO-YO.

|                |  |     |
|----------------|--|-----|
| CAP. VIII..... | Idea del infinito. . . . .   | 159 |
| CAP. IX.....   | Desenvolvimiento de la idea del infinito.—Tipo de lo verdadero.—Ciencias cosmológicas.—Tipo de lo bello.—Ciencias estéticas.—Tipo de lo bueno.—Ciencias morales.—Tipo del infinito.—Ciencias metafísicas . | 179 |

|             |  |     |
|-------------|--|-----|
| CAP. X..... | Arbol enciclopédico de las ciencias en el orden de la razon. . . . . | 202 |
|-------------|--|-----|

|                      |  |     |
|----------------------|--|-----|
| Conclusion . . . . . |  | 207 |
|----------------------|--|-----|

|                   |  |     |
|-------------------|--|-----|
| Apéndice. . . . . |  | 217 |
|-------------------|--|-----|

|  |  |     |
|--|--|-----|
| Nota de los filósofos que se citan en esta obra. . . . . |  | 228 |
|--|--|-----|

## FE DE ERRATAS.

### TOMO PRIMERO.

| Páginas. | Lineas. | Dice.        | Lease.       |
|----------|---------|--------------|--------------|
| 17.      | 14.     | al . . . . . | la.          |
| 30.      | 7.      | Granville.   | Glamvill.    |
| 68.      | 5.      | pueblo.      | pueblo.      |
| 86.      | 7.      | filosofía.   | filosofía.   |
| 124.     | 10.     | fuego.       | flujo.       |
| 128.     | 8.      | Youffroy.    | Jouffroy.    |
| 143.     | 1.      | Luis XVI     | Luis XIV.    |
| 175.     | 1.      | al . . . . . | la.          |
| 189.     | 5.      | fisiólogos.  | fisiólogo.   |
| 189.     | 7.      | psicólogos.  | psicólogo.   |
| 189.     | 8.      | fisiolgo.    | fisiológico. |

### TOMO SEGUNDO.

|      |     |                          |                          |
|------|-----|--------------------------|--------------------------|
| 4.   | 9.  | Concha . . . . .         | Conches.                 |
| 12.  | 5.  | imparcia.                | imparcial.               |
| 25.  | 28. | refundiéndose.           | reduciéndose.            |
| 27.  | 2.  | creadora.                | creadora.                |
| 50.  | 27. | <i>es sencia.</i>        | <i>esencia.</i>          |
| 50.  | 27. | <i>cuatenus</i>          | <i>quatenus.</i>         |
| 50.  | 28. | communicator.            | communicatur.            |
| 83.  | 12. | Sabalien.                | Sabatier.                |
| 83.  | 22. | tan bien.                | tambien.                 |
| 85.  | 14. | se resta.                | ser esta.                |
| 85.  | 44. | . παν, εν και:           | : εν και παν             |
| 97.  | 25. | en los ojos.             | con los ojos.            |
| 101. | 21. | su forma.                | su reforma.              |
| 104. | 18. | digo . . . . .           | dijo.                    |
| 119. | 19. | psicología               | fisiología.              |
| 134. | 10. | las fantasmas nocturnas. | los fantasmas nocturnos. |

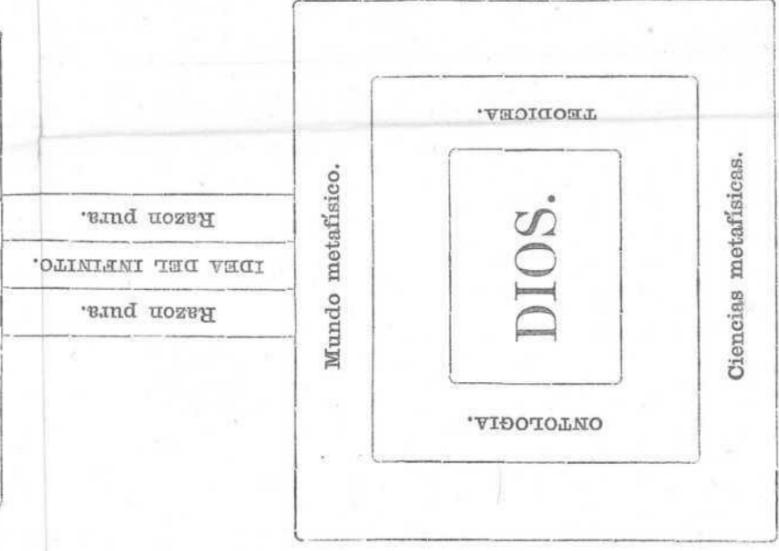
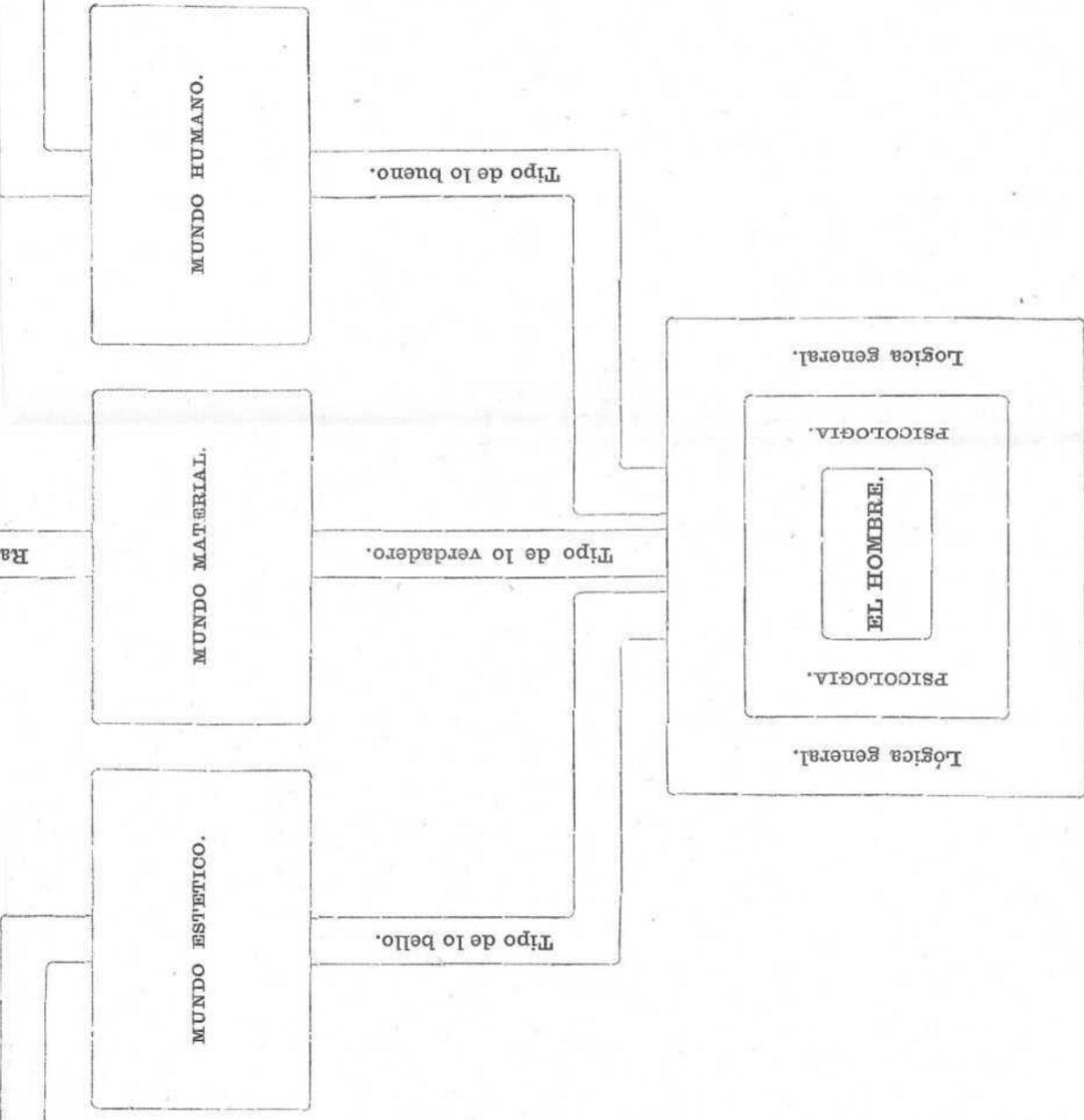
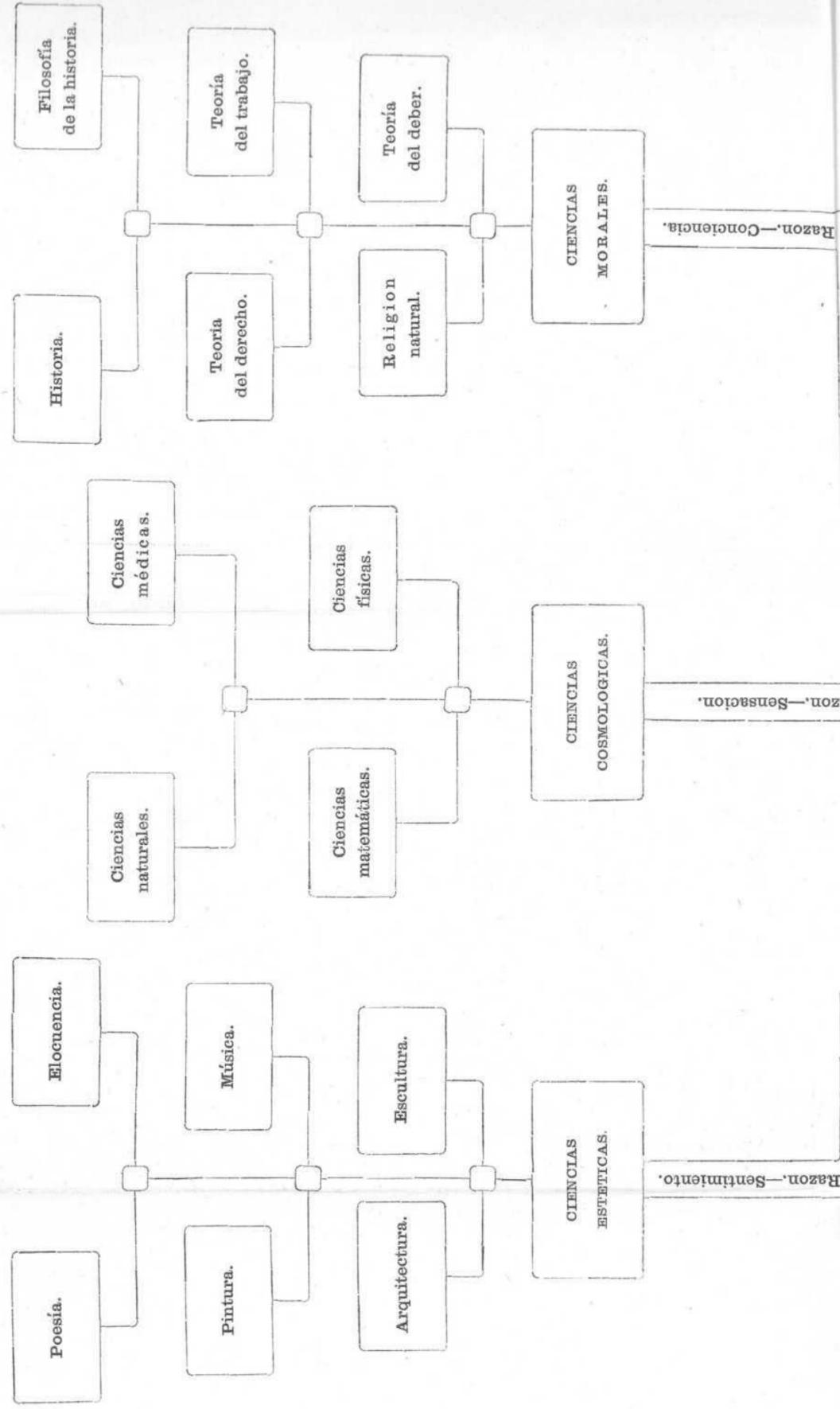
| Páginas. | Líneas. | Dice.                      | Lease.            |
|----------|---------|----------------------------|-------------------|
| 146. . . | 20. . . | esta. . . . .              | este.             |
| 146. . . | 29. . . | establecido. . . . .       | establecidas.     |
| 148. . . | 2. . .  | el pensamiento. . . . .    | el pensamiento;   |
| 150. . . | 8. . .  | s lo son . . . . .         | si lo son.        |
| 171. . . | 30. . . | comprenderlo. . . . .      | comprender lo.    |
| 199. . . | 23. . . | irresistiblemente. . . . . | irremisiblemente. |
| 225. . . | 12. . . | fetiz. . . . .             | feliz.            |
| 225. . . | 17. . . | la segund; les. . . . .    | la segunda es.    |
| 227. . . | 4. . .  | Ptolozea . . . . .         | Ptofozea.         |
| 282. . . | 12. . . | avidez . . . . .           | aridez.           |
| 282. . . | 13. . . | avidez. . . . .            | aridez.           |
| 293. . . | 30. . . | llegaron . . . . .         | llegarán.         |
| 300. . . | 25. . . | modificaciones. . . . .    | modificaciones,   |
| 311. . . | 20. . . | parente. . . . .           | aparente.         |
| 320. . . | 33. . . | percepcion. . . . .        | perfeccion.       |
| 323. . . | 21. . . | anterior. . . . .          | interior.         |
| 326. . . | 22. . . | en las que la. . . . .     | en la que las.    |

## TOMO TERCERO.

|          |         |                      |            |
|----------|---------|----------------------|------------|
| 32. . .  | 5. . .  | afectos. . . . .     | efectos.   |
| 38. . .  | 6. . .  | reducciones. . . . . | reducirse. |
| 38. . .  | 8. . .  | otra. . . . .        | otras.     |
| 40. . .  | 8. . .  | mas . . . . .        | unas.      |
| 41. . .  | 3. . .  | nos. . . . .         | no.        |
| 84. . .  | 10. . . | es no. . . . .       | es ó no.   |
| 87. . .  | 12. . . | ssgun . . . . .      | segun.     |
| 103. . . | 11. . . | subjecion . . . . .  | sujecion.  |
| 134. . . | 6. . .  | ugar . . . . .       | lugar.     |
| 174. . . | 26. . . | vopunta . . . . .    | voluntad.  |
| 240. . . | 14. . . | y visible . . . . .  | invisible. |
| 247. . . | 17. . . | destitino. . . . .   | destino.   |
| 268. . . | 23. . . | es . . . . .         | son.       |
| 286. . . | 16. . . | da . . . . .         | de.        |

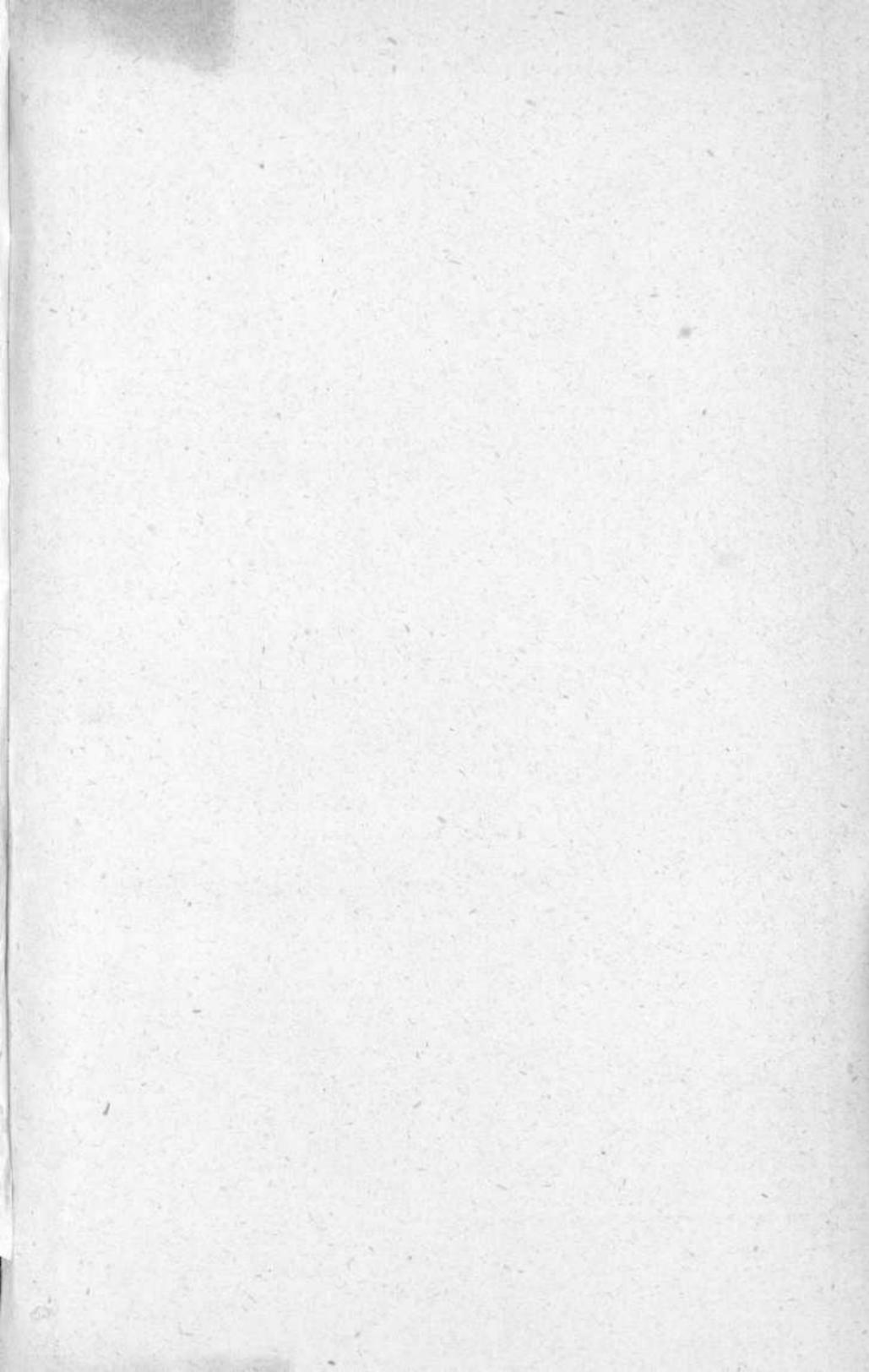
## TOMO CUARTO.

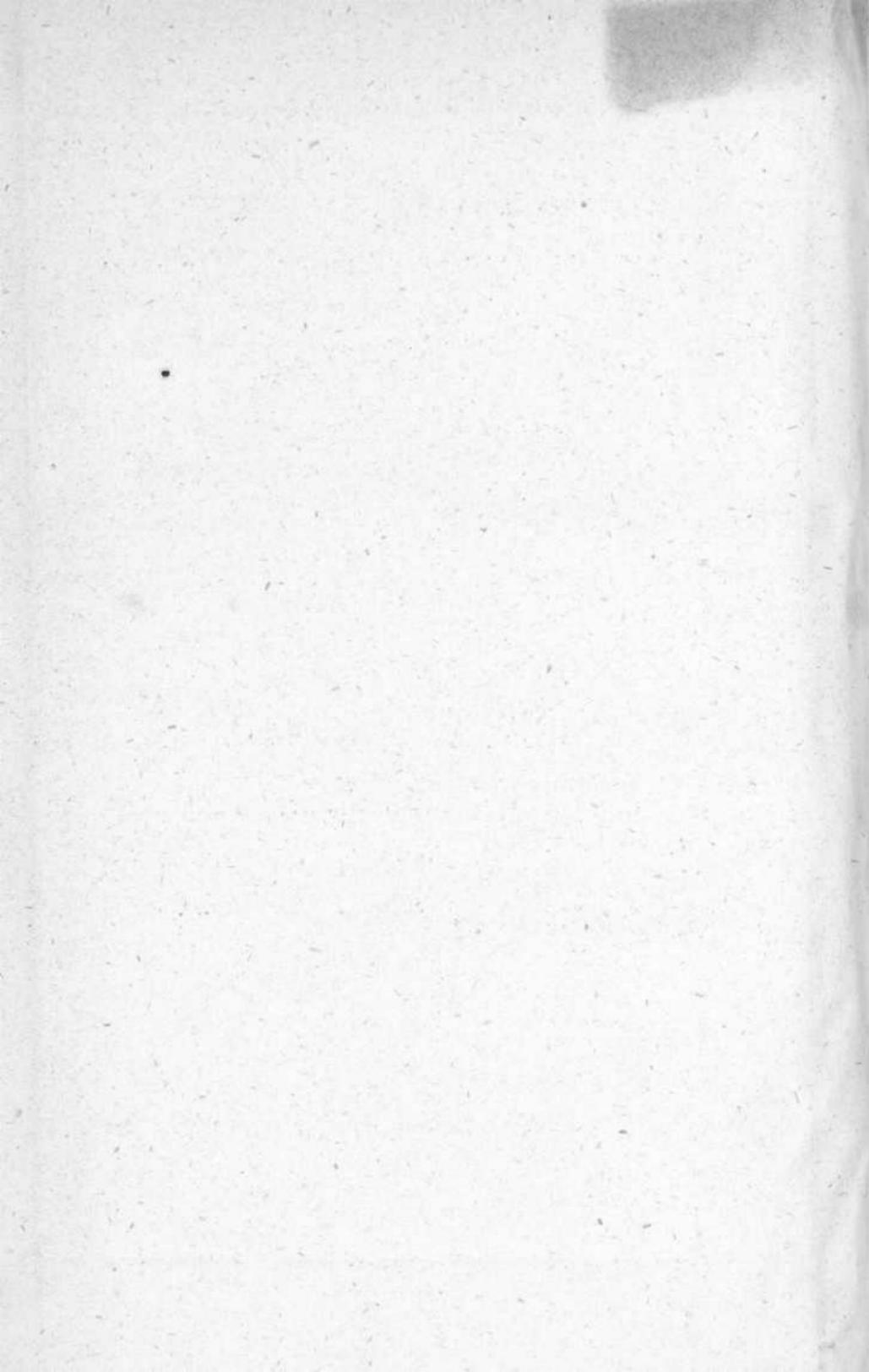
|          |         |                      |               |
|----------|---------|----------------------|---------------|
| 7. . .   | 29. . . | ma. . . . .          | mal.          |
| 18. . .  | 20. . . | sen. . . . .         | son.          |
| 21. . .  | 8. . .  | hiz. . . . .         | hizo.         |
| 57. . .  | 3. . .  | y . . . . .          | que.          |
| 66. . .  | 10. . . | imitacion. . . . .   | limitacion.   |
| 78. . .  | 15. . . | amistiádolo. . . . . | amistiándolo. |
| 82. . .  | 5. . .  | de los . . . . .     | los.          |
| 114. . . | 9. . .  | estudia res. . . . . | estudiarse.   |
| 180. . . | 28. . . | las. . . . .         | la.           |



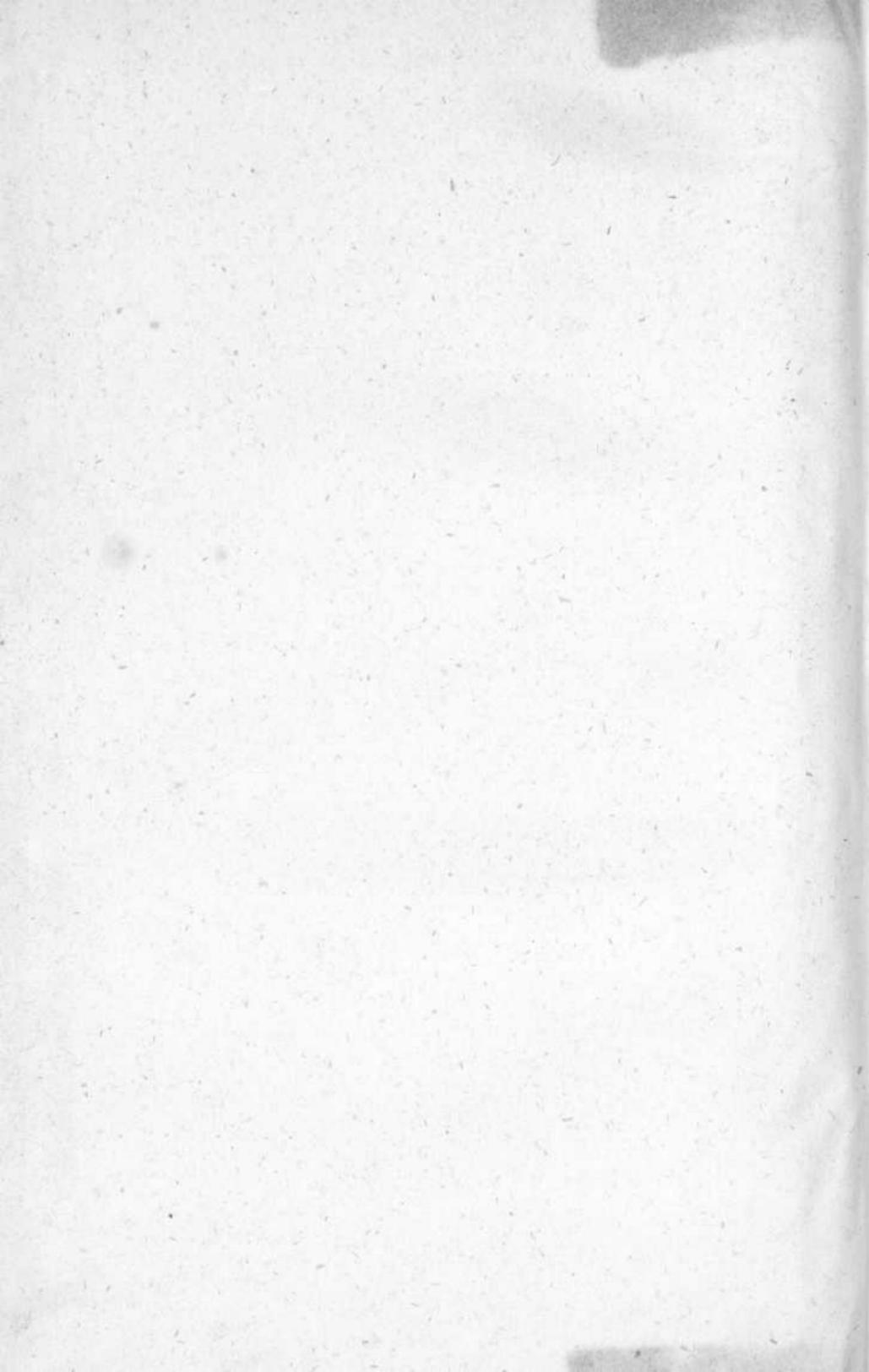
Razon pura.  
IDEA DEL INFINITO.  
Razon pura.

















AZCARATE.

EXPOSICION  
DE LOS SISTEMAS  
FILOSÓFICOS.



3-4

1874

